



NUESTRA MISIÓN

Gene Ewards

Traducido por Esteban A. Marosi



><>

Dedicatoria

A aquellos jóvenes que primeramente escucharon estos mensajes y los vivieron en realidad.

Ustedes eran alrededor de veinte; su edad promedio era de unos 22 años. Eso fue hace 14 años. Nunca he conocido, ni habré de conocer jamás, un honor mayor que éste: Yo los serví a ustedes en Cristo.

Al presente ustedes tienen alrededor de treinta y cinco años. Tengo la esperanza de que algún día volveré a ver a algunos de ustedes. ¿Quizás cuando tengan cuarenta o más? Confío en que, en ese momento futuro, los veré como yo los veía hace 14 años... bien alto en una montaña... con un estandarte en la mano y un fulgor en los ojos.

Reconocimientos

Siendo así que han transcurrido ya cerca de 14 años desde que di estos mensajes, me resulta bastante difícil recordar a todos los que ayudaron a imprimirlos.

Estos mensajes aparecieron primeramente en tres folletos, como cuatro años después de haberlos dado. Recuerdo bien que Patty Sammons calificó un enorme montón de hojas de examen de mis alumnos de secundaria, a fin de que yo tuviera tiempo para revisar la transcripción de los mensajes orales. Asimismo recuerdo que Brad Barrett dirigió una cruzada unipersonal para obtener algunos de estos mensajes en forma impresa. De igual modo también agradezco a Kathy Bodycombe, que hizo varias veces la composición tipográfica del libro, y a Bárbara Kloos, que desempeñó un importante papel en hacer imprimir todos mis escritos.

Quiero dar las gracias a Lance Thollander por venir en mi rescate y ayudarme a escribir la introducción, cuando la misma llegó a ser uno de los proyectos escritos más difíciles que yo haya intentado jamás. Efectivamente, la introducción es obra de dos plumas.

Y por último, a todos ustedes que han solicitado que estos mensajes sean presentados en forma de libro.

Historia del trasfondo del libro

Este es un libro sobre un tema acerca del cual nadie desea escribir la división en el cuerpo de Cristo.

Yo me convertí a Cristo a la edad de diecisiete años, y, no

obstante mi poca edad, ya había presenciado dos importantes divisiones de la iglesia así como varias de menor importancia) ¡aun antes de ser yo cristiano!

Desde hace algún tiempo acá vengo haciendo una informada encuesta con respecto a los obreros cristianos. Basado en mis hallazgos altamente no científicos, me aventuraría a decir que el obrero cristiano puede esperar que, para cuando llegue a la edad de cincuenta años, haya pasado ya por un mínimo de tres divisiones importantes –catastróficas-- de la iglesia. Y el cristiano típico puede esperar lo mismo.

Una división de la iglesia habrá de constituir uno de los acontecimientos más importantes de la vida de cualquier cristiano. La probabilidad de que usted sobreviva espiritualmente una sola división durante su vida, intacto, es tal vez menos de un cincuenta por ciento.

No creo que por ninguna razón haya de haber divisiones en el cuerpo de Cristo. (Quizá la única posible excepción pudiera ser que se estuviera consintiendo la inmoralidad sexual.) La verdadera razón de una división y la razón que se aduce para efectuar una división, nunca son las mismas. El corazón del hombre es demasiado engañoso como para que ninguno de nosotros confíe en nadie que cause divisiones.

Pero aun cuando yo no creo que haya de haber divisiones, duele decirlo, ocurren de todas maneras. Me aventuraría a decir que de las 250.000 congregaciones protestantes que hay en los Estados Unidos, un mínimo de cinco mil a diez mil llegarán a dividirse durante los próximos doce meses, afectando la vida de al menos un millón de creyentes profesos.

En realidad no deberíamos ignorar un problema tan enorme y tan trágico. (Si es que este libro no logra nada más, quizás haga, por lo menos, que en algún lugar algunos hombres sabios empiecen a sacar este esqueleto fuera del armario y a lidiar con él por lo que él es: un importante problema en la familia cristiana.)

Hace algunos años salí de un ambiente más formal de la fe cristiana a esa área infinitamente menor del cristianismo

informal. En este minúsculo mundo de cristianos hallé algunos de los más amados creyentes, algunos de los más preciosos grupos y, ciertamente, los más castizos y nobles de todos los obreros cristianos. Pero, al parecer, también me he tropezado con más chiflados, maniáticos y excéntricos, que en todos mis años de trabajar, en docenas de países, con miles de pastores y obreros cristianos que están dentro del cristianismo formal.

Me apresuro a añadir que los cristianos que se encuentran fuera de la experiencia de la iglesia organizada, se dividen mucho más que los que se hallan dentro, y mucho más de lo que cabría esperar jamás si tomamos en cuenta su pequeño número.

Este libro es acerca de muchas cosas, pero principalmente es acerca de la división. Espero que les sirva de ayuda a los cristianos de las tendencias principales de la fe cristiana, y a los pequeños grupos anónimos que se congregan en hogares. Pero es por estos últimos que siento mayor solicitud. Los grupos pequeños, no organizados, no tienen la salvaguardia que se encuentra naturalmente en las denominaciones organizadas. El estrago de la división 'fuera del cristianismo formal' resulta absolutamente consternador. Confío en que este libro habrá de jugar algún pequeño papel en eliminar algo de esa división, en ayudar a los creyentes a sobrevivir una división, y en confortar a los que ya han bebido de esa copa amarga.

Las circunstancias bajo las cuales fueron dados los mensajes que constituyen este libro, se han mantenido en secreto cuidadosamente guardado y no comentado por cerca de 14 años. Todavía me es un poco enervante estar sentado aquí y revelar una pequeña parte de la historia, pero usted tiene derecho a conocer el drama circunstancial, pues de otra manera el mensaje del libro será deficiente. ¡Y si que todo eso fue un tremendo drama! Así, pues, este libro es una serie de mensajes in situ, dados justamente antes de una división.

A fin de ser claro, debo acopiar algunos acontecimientos aparentemente no relacionados, y entretrejerlos para que usted pueda ver cómo todos esos acontecimientos convergieron.

Yo me convertí a Cristo durante mi primer año de colegio universitario. En aquel mismo tiempo un avivamiento recorría a

Norteamérica. A veces se hace referencia al mismo como el avivamiento de la posguerra. Hay algo que se destaca claramente en mi memoria con relación a esos días: Ese avivamiento, como la mayoría de los avivamientos, duró cuatro años (sin contar el fulgor precursor ni el resplandor posterior); no obstante parecía que, prácticamente, todos los cristianos fervorosos y visionarios que conocí en los diez años subsiguientes, se habían convertido durante ese breve período.

Exactamente veinte años después, cuando yo tenía 37, otro avivamiento recorrió a Norteamérica. Ese avivamiento también duró aproximadamente cuatro años. Los mensajes que usted está a punto de leer, fueron dados durante ese avivamiento.

(Supongo que, si podemos predecir el futuro basados en el pasado, habrá otro avivamiento en Norteamérica hacia fines del siglo veinte.)

El avivamiento que vi a la edad de 17 años, fue bastante diferente de los que observe, a los 37 años. El primero fue de relumbrón y estuvo dirigido especialmente a la juventud. Había grandes coros, reflectores móviles y oradores vestidos de colores llamativos. ¡Tuvo lugar más o menos en el tiempo en que Norteamérica estaba 'inventando al adolescente'!

Quizás el resultado más importante de ese avivamiento fue el comienzo de la aceptación de las organizaciones cristianas interdenominacionales. Los Navegantes, Cruzada Estudiantil para Cristo, Juventud para Cristo, Vida Joven --todas ellas adquirieron prominencia y aceptación en ese tiempo.

Como todos los avivamientos norteamericanos, éste también fue tipificado por un gran fervor, por el hecho de ver a multitudes conducidas a Cristo, y por emerger algunos nombres y movimientos prominentes. Pero, es triste decirlo, se puso muy poca atención en desarrollar una espiritualidad profunda, y como resultado, se logró poco. Eso había de tener un gran impacto en el siguiente avivamiento.

Que conste, yo personalmente recuerdo ese tiempo --poco profundo o no-- como días preciosos y atesorados.

El segundo avivamiento de la posguerra, ése durante el cual estos mensajes fueron dados, fue diferente de cualquier otro avivamiento que ha habido en la historia de Norteamérica. Ese avivamiento, como prácticamente todos los avivamientos, comenzó espontáneamente entre los jóvenes; pero fue el único avivamiento que este país haya visto jamás que ocurriera fuera de los confines del cristianismo organizado.

El avivamiento comenzó entre los jóvenes; no tuvo líderes ni dirección. Estuvo personificado por esas cosas hermosas e increíblemente desordenadas llamadas "Casas de Jesús". Por toda Norteamérica, en poblaciones y ciudades, jóvenes cristianos recién convertidos que vivían todos juntos, alquilaban grandes casonas viejas del tipo de graneros. Típicamente, todos cooperaban en preparar las comidas y en cubrir los gastos, había mucha solicitud, amor, aceptación, y una atmósfera de comunidad y de tolerancia, caracterizada por un Evangelio maravillosamente simplista. Asimismo, había una atmósfera no sectaria de aceptación cristiana. Resulta difícil hallar otra semejante a ella en los anales de la historia de la Iglesia. Para decirlo de otro modo, aún no se habían levantado entre esos amados jóvenes las barreras doctrinales y denominacionales que han caracterizado por tanto tiempo al cristianismo.

Aquello era puro, refrescante y hermoso. Pero no iba a durar mucho.

¿Y que fue lo que causó su extinción? Entre otras cosas, los resultados del primer avivamiento fueron iguales a los del segundo. Lo que quiero decir es esto: había falta de liderazgo en ese nuevo avivamiento, así como falta de dirección, lo cual estaba destinado a producir un nuevo elemento en su evolución. Ese nuevo elemento era el ingreso de hombres de mayor edad esos grupos --hombres ambiciosos, que en su mayor parte no habían sido quebrantados-- que venían con un trasfondo mental, con doctrinas, con denominaciones, con la necesidad de proteger, de dirigir, de ajustar.

Por otra parte, había muchos miles de jóvenes cristianos contagiados con el entusiasmo de experimentar la bendición del Señor y dispuestos a creer todo lo que se les dijera. Estaba montado el escenario para que esa novedad y sinceridad dieran

paso a las formas y prácticas de hombres mayores.

Era evidente el destino eventual de ese avivamiento. El tiempo de aquella inocencia pasó. La refrescante espontaneidad e informalidad de la 'gente de Jesús' dio paso a formas definidas de hacer las cosas. Surgieron muros, barreras, temores, 'grupismo', 'elitismo', 'sectarismo' --todo eso fue insemñado en aquel avivamiento, por medio de las convicciones, doctrinas, formas, rituales y prácticas antiguas, superficiales y gastadas, de hombres mayores y de días pasados.

De ese avivamiento provinieron movimientos grandes y pequeños. La sinceridad que había existido entre esas pequeñas confraternidades en todo el país, quedó gradualmente reemplazada por el temor de que un visitante pudiera ser un 'lobo'. Conforme los hombres 'protegían sus rebaños', se fueron originando aceleradamente pruebas, de confraternidad, hasta que las mismas, llegaron a ser legión.

¿Y después de todo eso?

Bueno, desafortunadamente los obreros mayores en edad no parecen comprender que sus jóvenes seguidores no permanecen jóvenes, cándidos ni crédulos para siempre. Eventualmente, algunos hombres y mujeres en cada uno de esos grupos --al llegar aproximadamente a los 30 años de edad-- empezaron a pensar por sí mismos, se consideraron como que habían sido ¡engañosos, extraviados, usados y abusados! Entonces, correcta o incorrectamente, justa o injustamente, impulsados por la carne o por fuentes espirituales (o tal vez sólo psicológicas)... aquellos seguidores se volvieron contra sus líderes.

Entonces la consiguiente presión, la predecible división, las palabras rencorosas y el desmoronamiento de la mayoría de esos grupos señalaron el fin de lo que había empezado como una obra de Dios singularmente diferente y bendecida.

¿Era inevitable semejante fin? ¿Lo habrá de ser siempre? ¿O se les podría haber evitado a algunos de esos jóvenes cristianos la desilusión y el pesar que les esperaba?

Personalmente, yo creo --y no pido que nadie se me una en

esta convicción-- que la mayor necesidad entonces era, así como es ahora, la aparición de un nuevo tipo de obrero. Obreros que, en tiempos de avivamiento, en lugar de doctrinas les den Cristo a los jóvenes creyentes, obreros que construyan muros fuera de los cristianos, en vez de entre ellos. Sólo entonces podrán ser reducidos los estragos de la división. Así, pues, el propósito de este libro es presentar un patrón completamente nuevo para el obrero cristiano, y para los creyentes.

Esto me lleva al grupo de jóvenes a quienes fueron dados primeramente estos mensajes. Esté usted completamente seguro, estimado lector, de que ellos no eran más 'espirituales', sino más bien posiblemente bastante menos, que sus iguales de toda la nación.

El lugar era una pequeña y oscura población, de alrededor de 4.000 habitantes. (Bueno, 4.000 durante el verano; pero al llegar septiembre y el comienzo del curso escolar, ese número crecía rápidamente a un gigantesco 16.000.) Allí, en esa menuda población comenzó un pequeño grupo de cristianos. Eran el remanente de una organización estudiantil universitaria cristiana internacional, que había cesado de operar en los predios de esa universidad. Siendo prácticamente inadvertidos y desconocidos, su número creció hasta alrededor de veinte. Su franco esfuerzo en buscar al Señor los llevó a desear una experiencia de lo que en aquellos tiempos se llamaba 'vida corporativa'.

Constituían un 'no-grupo' de jóvenes, muy unido y carente de dirección. Decir que eran libres, no estructurados, sinceros y espiritualmente ignorantes, es imprimirle un nuevo sentido a la frase: "Hermano, eso es expresarlo con suavidad."

Un día yo llegaría a conocer ese pequeño grupo de otros tiempos, y la probabilidad de hacernos amigos de la noche a la mañana, parecía verdaderamente remota. Al menos a primera vista, nuestros antecedentes tenían menos en común que el aceite y el agua. Ellos eran gentiles estudiosos y dedicados, en su mayor parte procedentes de la generación 'hippie'. Yo, en cambio, era de la tribu de los bautistas --y no sólo bautista de bautistas, sino que yo había recibido mi ciudadanía por derecho de nacimiento (bautista del sur, por tres generaciones, de ambos lados de la familia). Un año después de mi conversión, ingresé en un

seminario bautista del sur; a continuación fui pastor por cinco años, y después pasé a ser evangelista bautista del sur.

Por cierto que, si la historia se hubiese detenido allí, esos cristianos de Isla Vista y yo habríamos sido aceite encontrándose con agua. Pero algo me aconteció a los 30 años de edad. Siendo yo ministro, me hallé en una crisis de conciencia. Hubo tres elementos en esa crisis.

En primer lugar, mi visión del cuerpo de Cristo estaba ensanchándose. Llegó el momento en que sentí que ya no podía seguir denominándome más dentro de la comunidad de creyentes. Yo quería, necesitaba abandonar todas las barreras puestas a otros cristianos.

En segundo lugar, yo estaba pasando por una callada agonía con respecto a eso que llamamos 'iglesia'. El hecho de haber viajado mucho, creo yo, era lo que estaba provocando este problema en mi vida. Siendo evangelista, yo había conocido a tantos obreros cristianos y había hablado en tantas iglesias de tantas denominaciones. Yo estaba absolutamente abrumado por la enorme brecha que había entre la expresión de la iglesia de nuestros días, contrapuesta a la expresión de la iglesia del primer siglo. Aquello no era una crisis doctrinal ni una crisis de creencias; era una crisis de práctica. Poco a poco me encontré soñando con otras formas en que la iglesia del Señor podría expresarse.

El tercer elemento de esa crisis tenía que ver con una ansia de mi propio corazón de conocer mejor a Cristo. Yo había entrado en una crisis que tenía que ver con mi propia profundidad espiritual (o la carencia de ella). Y esa sensación de necesidad espiritual se convirtió en un inexorable grito, ahí, dentro de mí -- una silenciosa agonía. Con todo mi amor y respeto --entonces y ahora-- por mi rica herencia bautista, hablo históricamente cuando digo que a nosotros los bautistas nunca se nos conoció por nuestra gran profundidad espiritual. No había lugar a dónde ir, dentro de mi propia herencia, para mitigar esa sed interior.

A propósito, el segundo elemento y el tercer elemento de esa crisis continuaron topando uno con el otro. O sea, yo deseaba ver y experimentar una más elevada expresión de vida de iglesia.

Asimismo, yo quería tener un andar mucho más profundo con Jesucristo. Juntando estos dos elementos, yo esperaba hallar una experiencia más, profunda de Cristo, dentro de una más elevada experiencia de la expresión de la iglesia. Finalmente, soñé con encontrar ambos elementos en medio de una congregación de creyentes que no conocieran, ni tuvieran en la práctica, ninguna clase de barreras. Ni sectarismos. Ni ese “hablar de un modo y hacer de otro”

Como dije antes, era una crisis de conciencia. El hecho de que el corazón ansíe cualquiera de estas cosas como realidad, es una crisis. Las tres al mismo tiempo, constituyen una crisis muy grande. Finalmente, esa crisis había de culminar en mi dimisión de todo ministerio en que yo estaba comprometido.

A más de eso, esa crisis estaba complicada por mis antecedentes. Yo tenía entonces, como lo tengo ahora, un sincero y profundo respeto por mi herencia, educación y formación bautistas. (Hasta el día de hoy me resulta difícil considerarme ninguna otra cosa sino un ministro bautista, que trabaja para mantenerse, quien en vez de congregarse en un ‘edificio eclesial’, se reúne de modo informal con cristianos que se congregan en hogares.)

Con todo, finalmente tome una decisión. Fue la decisión más sencilla posible: dimitiría de todo ministerio en que yo estaba comprometido. Para decirlo de otro modo, fue una decisión para ver a la proverbial carreta quedar fuera de servicio hasta tanto el caballo pudiera estar delante, donde le correspondía estar. Yo quería conocer a Cristo de una manera mucho más profunda que como lo conocía, antes de volver a ministrar jamás. El ministerio sin un conocimiento más profundo de Cristo no tenía ninguna importancia para mí. Conocerlo de veras me era absolutamente importante, Yo habría de conocerlo mejor; el que yo volviera a ministrar o no, era asunto de Él.

Poco después de tomar esa simple decisión, me ocurrió algo muy notable. Ahora bien, una afirmación como ésta hace que, por lo general, la gente lo mire a uno con expectación.

¿Una visión?

¿Recepción de poder?

¿Expresiones proféticas?

No. Nada de eso.

El Señor escogió un método de transformación mucho más efectivo. El dolor. Un dolor que habría de afectar profundamente el resto de mi vida. Contraí una enfermedad muy mortal y muy destructiva. Pasé, el siguiente año en cama, sin la menor seguridad de que yo habría de ver mi próximo cumpleaños, mucho menos la restauración de la vida de iglesia.

En los, tres años subsiguientes me encontré tan sólo ligeramente mejor.

Cuatro años casi totalmente perdidos.

No subestime usted los métodos de Dios.

Finalmente recuperé una apariencia de salud. Pero no dejé de percibir que mi deseo de conocer mejor al Señor me llevó a cuatro años de descanso obligado en cama y a quedarme con un cuerpo privado de fuerza para siempre.

Fue precisamente entonces, cuando el Señor estaba permitiendo que una pizca de salud y de fuerza fluyera de nuevo en mi cuerpo, que recibí una invitación para ir a visitar ese insólito y pequeño grupo de jóvenes cristianos universitarios en aquel insólito y pequeño pueblo de Isla Vista.

No caí en la cuenta de este hecho hasta mucho más tarde pero para mí su invitación fue como una última esperanza. Esos jóvenes habían agotado todos los demás recursos, y realmente no sabían a dónde más ir para obtener ayuda práctica ni luz, respecto 'al cuerpo' y a cómo éste funcionaba.

Tanto ellos como yo éramos un verdadero lío. ¡Aquello fue amor a primera vista!

Ahora considere usted esto: Ahí estaba ese cándido grupo de jóvenes cristianos libres, carente de líder y de dirección; y allí

entró “el obrero cristiano de edad mayor”. La historia se detuvo para repetirse; pero, estimado lector, ese deteriorado y endeble ministro bautista y ese pequeño grupo de jóvenes cristianos no -- repitieron la historia.

Adelantándome un poco en el relato, quiero que usted sepa que ellos y yo vivimos juntos la mayor parte de diez años. No hicimos ningún alarde, no reclamamos pretensión alguna, no levantamos barreras, no lanzamos ningún movimiento, no fundamos ninguna otra iglesia, no hicimos nada sensacional y fuimos totalmente pasados por alto por todos los demás, conforme todos pasaban velozmente a nuestro lado.

Por otra parte, llegó el momento en que, de haber proseguido, habríamos progresado menos que disolviéndonos. Hicimos una de las cosas más sabias, mas cristianas que un grupo de creyentes haya hecho nunca. Nos disolvimos. Sí, usted lo está leyendo correctamente. Nos disolvimos. Hubo una década de rica y variada experiencia en Cristo entre un grupo de jóvenes universitarios. Parte de la misma fue gloriosa, y parte nos costó muchísimo, conforme nos esforzábamos en conocerlo a Él solo. Si usted hubiese vivido allí durante nueve o diez años, como la mayor parte de nosotros lo hizo, habría comprendido que la disolución era un proceso en marcha, no un final.

Así pues, vivimos y nos desvanecíamos, un pequeño grupo de no más de 100, sin dejar monumentos, ni edificios, ni una cadena de iglesias. No tenemos nada que podamos mostrar respecto de esa década que pasamos juntos. Esto es, nada visible. Nada en ámbitos visibles. Nos separamos amándonos todavía unos a otros, aún solícitos unos por otros, aún esperando, aún creyendo. Hoy nos hallamos esparcidos a los cuatro vientos.

Pero ¿por qué nos disolvimos?

Oh, bueno, esa es otra historia --pero le diré una de las razones. Yo nunca he deseado tener seguidores. Sí he deseado tener iguales --y ‘mejores’. Nunca he querido trabajar con gente que pensara como yo... sino más bien con hombres que tuviesen la mente de Cristo. Tampoco he podido sentirme a gusto trabajando con hombres que estuviesen lado a lado conmigo, pero que estuviesen allí sólo porque --quizás-- estuviesen programados

para estar allí. A este respecto mi corazón fue compendiado cierta vez en este pequeño adagio:

Si usted ama algo,
¡déjelo en libertad!
Si luego retorna,
entonces es suyo.
Si no retorna,
nunca lo ha sido.

De modo que, al disolvernlos, todos quedaron en libertad. Ahora el tiempo dirá hasta dónde ese pequeño adagio sea aplicable.

Para contestar cualquier otra pregunta que usted pudiera tener con respecto a por qué un grupo que procura restaurar la vida de iglesia se había de disolver “como un proceso en marcha”, yo le indicaría la obra *Foundation Stones* (Piedras de fundamento) próxima a aparecer.

Pero prosigamos la historia presente.

Acepté la invitación de visitar a los jóvenes cristianos de Isla Vista. Después de cuando en cuando volví allá. Luego, al cabo de algunos meses, me senté con ellos y tuvimos una seria conversación. En esencia esto fue lo que les dije:

“Vendré de cuando en cuando a visitarlos durante un año entero. Voy a hacer todo lo que yo pueda para dirigirlos a Cristo,... a fin de que lo conozcan, lo experimenten y vengan a conocer su cruz. Me esforzaré por continuar mostrándoles la iglesia y cómo experimentar la vida de iglesia como una realidad viviente en su vida diaria.

Pero al cabo de un año me iré. Y habiéndome marchado, me mantendré alejado por lo menos por un año entero.”

Ahora, ¿por qué habría de optar yo por ayudar a un grupo de jóvenes cristianos en los asuntos de Cristo, y del cuerpo de Cristo, por un año y entonces irme por un año? La respuesta tiene que ver algo con la misionología, de modo específico con esa fascinante forma en que Pablo da Tarso establecía iglesias frente a

insuperables dificultades y afrontando circunstancias imposibles.

Me refiero al método casi invariable de plantar iglesias que Pablo tenía:

Entraba en una ciudad en que Jesucristo nunca había sido nombrado siquiera... y pasaba (un promedio de) seis meses a un año en esa ciudad. Mientras estaba allí, ponía el fundamento de Jesucristo en la vida de un abigarrado grupo de ex paganos. Al cabo de ese breve periodo los dejaba. (Por lo regular, lo echaban de la ciudad.) Con frecuencia Pablo no regresaba a esa ciudad --y a esa iglesia-- por un año o dos.

Y observe usted esto (lea la crónica muy cuidadosamente), él se iba de esas iglesias dejándolas sin ancianos o líderes. Cuando las dejaba, eran todavía grupos sin estructura, sin dirección. (Era, por lo regular, durante la segunda visita de Pablo que en esas iglesias se nombraban ancianos.)

Y era siempre durante ese crucial periodo de la iglesia, cuando Pablo no estaba presente y aún no existían líderes, que al parecer la iglesia era asaltada por increíbles problemas y crisis. Y luego resultaba ser que en todos los casos la iglesia sobrevivía.

Pablo hizo un comentario acerca de este hecho. Fue más o menos algo así:

“Todos los que edifican la casa de Dios pueden estar seguros de que vendrá un día de prueba. Y su obra será probada por fuego. Si alguno edifica, o sobreedifica, con madera, heno y hojarasca, entonces en ese día de fuego su obra se quemará.”

“Yo edificué con plata, oro y piedras preciosas; el fuego no puede destruir éstos.”

Pablo edificaba con Cristo, y más tarde, en la hora del fuego, las iglesias no eran consumidas.

Durante mi vida de obrero cristiano yo había visto arder mucha madera, heno y hojarasca. Había visto también a muchísimos hombres tratar de hacer todo lo que ellos podían --en el inevitable día de la división y del fuego-- para impedir que su

obra se quemara. Invariablemente, sus esfuerzos para prevenir la división y la crisis parecían tan sólo añadir a la magnitud del problema.

Entonces me fije esta meta: Durante un año entero me esforzaría en edificar entre aquellos jóvenes cristianos con un material que fuera incombustible. Procuraría edificar con nada más que Cristo. Quería saber si, al cabo de ese año, ese grupo de jóvenes cristianos podía sobrevivir y permanecer en buena forma durante un año, del todo solos y completamente sin ninguna protección.

Eso no era nada fácil de lograr, como lo veremos.

Allí, durante el período de mi Vida que transcurrió entre el día que abandoné el ministerio y cuando empecé a trabajar con esos jóvenes creyentes en Isla Vista, yo había pasado mucho tiempo considerando el ministerio de Pablo de Tarso. Me sentía abrumado al ver cuán cristocéntrico había sido su ministerio. No sólo en la palabra, sino experimentalmente. Ese hombre, al igual que su gente, estaban realmente centrados en Cristo. ¡Y qué increíblemente profunda era su experiencia, qué tremenda su fortaleza! Y toda esa hondura y fortaleza de fundamento era impartida, experimentada y hecha real en un tiempo tan, pero tan breve.

Y después, contra las peores acometidas de las tinieblas, cada iglesia se las ingeniaba para sobrevivir.

Francamente, me pareció que semejante ministerio cristocéntrico, semejante impartición de realidad espiritual, debían ser la meta y el patrón de todo obrero cristiano. Entonces determiné que serían los míos también.

Pablo tenía algunos conversos bastante vulgares --paganos gentiles-- para su 'laboratorio', donde él podía comprobar su teoría de *Cristo como* todo. En una forma muy real, yo también tenía eso. ¡Esa hipótesis tenía el lugar adecuado y las personas adecuadas y las circunstancias adecuadas para un genuino terreno de prueba!

Allí estaban unos 20 jóvenes; todos ellos tenían alrededor de

21 años; todos eran conversos muy recientes, prácticamente sin ningunos antecedentes cristianos. Muchos de ellos, si no la mayor parte, habían salido de la cultura de drogas o de los movimientos revolucionarios de aquellos tiempos. ¡Sí, eran verdaderos *gentiles* certificados! Lo que sabían acerca de las profundidades de Cristo podría haberse escrito fácilmente en el borde de un pedacito de papel. A más de eso, vivían en una comunidad de unos dos kilómetros y medio cuadrados, que muy probablemente era uno de los territorios en que eran mas orientados hacia las drogas en toda Norteamérica. Probablemente era asimismo uno de los más inmorales (o amorales) también. Y la universidad ubicada allí, era el brazo de filosofía del sistema universitario del estado. Con el paso de los años, la universidad, así como la comunidad, habían asumido una actitud anticristiana muy agresiva.

¡Está de mas decir, que vivir corporativamente para Cristo en ese ambiente, estaba destinado a causar una conmoción!

Con frecuencia interrumpían nuestras reuniones o las invadían. Nos rompían los vidrios de las ventanas, nos cortaban las llantas de los automóviles, se robaban las bicicletas y... oh... bueno, probablemente usted no lo creería si le contáramos el resto.

Como quiera que sea, pasé aproximadamente unos 100 días de los subsiguientes 365 con aquellos jóvenes creyentes. Durante ese tiempo nos reunimos muchísimas veces, pasamos largos años sentados, hablando, cantamos más de lo que se puede imaginar, y oramos mucho.

Ese primer año que pasamos juntos fue precioso y maravilloso. Fue una experiencia gloriosa y memorable. El Señor hizo mucho para ganar nuestro corazón.

Con el ministerio hablado no toqué ninguna de las doctrinas periféricas de la fe cristiana. Y me temo que en mi prisa omití algunas de las básicas también. Procuré poner énfasis en Cristo, en experimentarlo a Él, y en su cruz.

Una noche empezamos a analizar el avivamiento que estaba recorriendo a Norteamérica. Compartí con ellos algunas de las cosas que yo creía que serian los resultados de ese avivamiento.

Finalicé con un comentario a ese efecto: “Dejemos pasar este avivamiento. El mismo es una gran oportunidad para crecer y extenderse, etc. Pero yo creo que debemos dejar pasar no sólo este avivamiento, ¡sino toda la próxima década también! Que todos los demás tengan esta década. Simplemente mantengámonos escondidos. Y crezcamos juntos. ¡Tal vez entonces tengamos la sabiduría y la experiencia necesarias para atender bien a la década de 1.990! Ciertamente para entonces ustedes tendrán algo de Cristo que impartir.”

Bueno, finalmente aquel primer año dorado terminó y llegó el momento de marcharme.

Yo estaba bastante temeroso (asustado es un término mucho mejor), y esperanzado. Deliberadamente los dejé con muy pocas (sí acaso algunas) pautas para la supervivencia. No tenían ni la más vaga idea de tener ancianos y líderes. Me imaginé que Pablo de Tarso, al marcharse precipitadamente de una población tan sólo unos pasos delante de una turbamulta, habrá aconsejado bien poco a sus conversos --y nombrado a *ningún* líder. Deliberadamente, yo haría igual.

Para fines de ese año habíamos crecido en número hasta llegar a alrededor de 70. Todos eran aún terriblemente jóvenes y totalmente candorosos. Cualquiera que mostrase una amplia sonrisa y les predicase cinco buenos sermones, habría podido venderles fácilmente la Meca, Roma, Nueva Delhi o el puente de Brooklyn.

Yo había prometido marcharme, permanecer ausente, no regresar y no interferir en forma alguna durante un año entero. ¿Podrían subsistir todos ellos? ¿Estarían allí un año más tarde cuando yo regresase? En caso afirmativo, ¿en qué clase de forma estarían?

Bueno, como son casi siempre los caminos de Dios, sucedió algo totalmente inesperado. Para decir lo menos, mis deseos se cumplieron. Aquel oscuro grupito de cristianos de Isla Vista tenía más o menos tanto fuego, como era posible poder imaginarse. (La única cosa era que simplemente eso no ocurrió *cuando* yo había pensado que ocurriría.)

Contaré una parte muy pequeña de la historia. Y, estimado lector, recuerde usted que han pasado cerca de 14 años desde que todo esto tuvo lugar. Es una historia no conocida ni contada hasta ahora. Ni siquiera esos jóvenes cristianos, tomados en la vorágine de la misma, la han contado nunca ni la han oído contar nunca. Como ya lo he expresado, ese acontecimiento se registra aquí porque, de otra manera, el libro “Nuestra misión” sería mucho menos de lo que debe ser como un libro.

Pasemos ahora a un lado, a otra ciudad y otra gente. El lugar es las oficinas centrales de una de las mayores organizaciones cristianas de los Estados Unidos. Una división --un terrible cisma-- está teniendo lugar. Hay puntos en disputa declarados, pero de acuerdo a como la psicología humana y las divisiones funcionan, en realidad era más una lucha de poder entre dos hombres. Las acusaciones del que encabezaba la división eran que la organización era demasiado legalista, demasiado estructurada, demasiado autoritaria.

En breve lanzaron un movimiento propio, constituido por líderes y estudiantes que habían abandonado esa organización. Por supuesto, el nuevo movimiento no estaba estructurado. Ese movimiento elaboró un mensaje que era un extremo criterio de la gracia. Sus doctrinas y conceptos habían de pasar por muchas etapas. Y conforme pasaban, cada etapa se tornaba más y más radical. En un determinado punto, su concepto de la iglesia probablemente podría haberse resumido en el comentario siguiente: “Si Dios quiere que los creyentes se congreguen, Él se los dirá, y Él les dirá dónde deben hacerlo y a qué horas ha de comenzar la reunión.”

Por último, el movimiento y su mensaje empezaron a desintegrarse. Su mensaje de gracia estaba produciendo, en un grado extremo, juramentos, maldiciones, embriaguez e inmoralidad. El movimiento se precipitó vertiginosamente en el caos y se derrumbó, dejando a centenares de cristianos --así líderes como seguidores-- desilusionados, confundidos, amargados, con la capacidad de expresar su hostilidad, por lo general hacia el liderazgo del movimiento.

Ahora bien ¿qué tiene que ver todo esto con unos 70 jóvenes cristianos de Isla Vista?

Justo antes de que yo me apartara de esos jóvenes creyentes universitarios, vino uno de los cristianos procedentes de aquel extraño movimiento de 'gracia' y comenzó a reunirse con ellos. Era *una sola* persona, pero él resultó haber sido un importante factor en ese ahora difunto movimiento de gracia. En el curso de los 12 meses siguientes, muchos de sus amigos y seguidores se pasaron allí también. Con el tiempo, su número llegó a cerca de 100.

(¡Yo me estaba yendo precisamente cuando las cosas estaban a punto de ponerse interesantes!)

Durante la primera parte de ese año en que estuve ausente las cosas marcharon suavemente. Pero a medida que llegaron más y más de esos cristianos, hubo un definido cambio de actitud. Algunos de ellos eran líderes altamente dotados y bien conocidos en toda la nación. Muchos de ellos eran de voluntad recia. Todos estaban heridos. Algunos estaban increíblemente amargados. Y en todo ese ambiente estaba aún presente esa naturaleza divisiva, esa propensión hacia la controversia, ese preciarse en osadas obras del pasado... y, todavía bajo la superficie --una predilección por la violencia, el libertinaje moral y, en algunos, un lenguaje increíblemente vulgar.

Y, como se descubrió más tarde, tampoco habían perdido el don de sembrar discordias y de crear divisiones en el cuerpo de Jesucristo. Al principio algunos de ellos llegaron allí con el propósito de ser sanados. Algunos más vinieron por pura curiosidad. Otros vinieron con ánimo de desafiar. La mayor parte de esa gente, como había llegado mientras yo estaba ausente, nunca me había conocido y ni siquiera había *oído hablar* de mí. Ni yo de ellos. Yo era tan sólo un nombre. Pero para *ellos* ese nombre representaba alguna clase de liderazgo, aunque fuera muy benigno. Entonces, gradualmente comencé a percibir un mensaje, al principio tan sólo un hilillo, luego fuerte y claro:

“No sabemos quién es usted, pero quienquiera que sea, su regreso aquí no es bienvenido.”

En ese punto había, muy definidamente, dos grupos separados que casualmente se reunían bajo el mismo techo. Los de uno de los grupos eran como de 20 a 23 años de edad. La edad

de los del otro oscilaba entre los 24 y los 40 años. Los que formaban uno de los grupos eran increíblemente cándidos. Los del otro, mayores, se estaban tornando poco a poco una vez más en un grupo intranquilo y cohesivo. Mayores, más sabios, pero tan propensos a ser divisivos como siempre.

Era a esa situación a la que yo habría de regresar.

Tremenda escena, ¿eh?

Mis limitaciones son innumerables, pero no estoy completamente muerto. Y cualquiera de mi edad tendría que estar *tan* muerto para no ver lo que iba a pasar. El grupito original de muchachos inocentes estaba a punto de ser lanzado en una fiera y severa prueba de primera magnitud.

Por ese tiempo yo tenía dos o tres opiniones hondamente reservadas respecto de las divisiones que ocurren en el cuerpo de Cristo y de cuál debía ser mi papel en medio de una tal división, caso que ocurriese una.

Creencia número uno: La división es inevitable. La misma es una prueba de nuestro corazón. Creencia número dos: Cuando una división amenaza una obra, el obrero no debe interferir. Debe dejar que ocurra... porque, después de todo, *ocurrirá*. El obrero puede diferir, y hasta puede pensar erróneamente que la ha detenido, *¡pero la división habrá de venir!* Creencia número tres: El obrero debe edificar de tal manera que el fuego no pueda quemar la obra. Y si se quema, allí mismo, en el inevitable holocausto, *ciertamente el obrero debe ser el primero en saber, en querer saber, y en admitir, que ha edificado con madera, heno y hojarasca*.

He sostenido y sostengo, que el obrero debe desear saber la respuesta a esta pregunta: *¿He edificado con combustibles o con incombustibles?* No hay forma de saberlo, excepto en las crisis. El proteger siempre una obra, el estar siempre lanzando cruzadas contra los disidentes; es no llegar a saber nunca de qué composición es su material de construcción.

Jesucristo, o heno --¿de cual de éstos hemos edificado? Sólo

el fuego lo puede decir. Yo he creído --y aún creo-- que cuando una obra (esto es, una iglesia) que está experimentando vida de iglesia, está a punto de ser precipitada en una crisis, ¡el obrero debe marcharse! (Este no solamente es el paso más honorable que se puede dar --el único paso lleno de fe que se puede dar-- sino que es el único paso que el obrero puede dar a fin de minimizar el daño. ¡Trate no más de *quedarse por allí*, y vera lo que ocurre!)

¡Regrese cuando la fiera prueba haya terminado! Rebusque en las cenizas y vea si puede encontrar, ahí en los escombros, un *pedacito* de metal precioso que *no* se haya quemado.

De acuerdo, ésta puede *no* ser la opinión que usted tiene comúnmente acerca de lo que debe hacer un obrero cristiano durante una crisis en el reino de Dios. Pero yo creí entonces, y creo ahora, que el mejor camino, el más elevado, y muy posiblemente el más bíblico que un obrero puede seguir, es irse de la ciudad.

Si los creyentes que se dejan en el caos de una división han aprendido la cruz, y si han visto al Señor, para ellos *la división no habrá de ser ninguna cosa arriesgada ni peligrosa* por la que hayan de pasar. Ciertamente, una división puede ser una experiencia brutal, pernicioso y dañina, cuando hay dos lados. Pero tan sólo si *hay* dos lados. Yo había mostrado, o al menos esperaba haber mostrado, a un grupo de jóvenes cómo tomar la cruz en todas las cosas. Si mi presentimiento en cuanto a una inminente división era correcto, en breve yo sabría cuán bien ellos se hallaban agarrados de Cristo frente a la disensión y el caos. ¿Irían ellos a la cruz... para allí morir?

Estos eran los pensamientos que predominaban en mi mente al contemplar yo el regreso a una confraternidad de creyentes cristianos, la mitad de los cuales yo no había conocido nunca y quienes no querían que yo regresase.

Bueno, finalmente llegó el día en que mi esposa y yo habíamos de regresar a Isla Vista. Volvimos allá por vía aérea. No me avergüenza en lo más mínimo decir que vine sentado en mi asiento llorando durante todo el vuelo. Me embargaba un terror sin límites con respecto a lo que nos esperaba cuando saliésemos

del avión.

El siguiente fin de semana se celebró una reunión, un retiro para hombres, en las montañas que se levantan por encima de Isla Vista. El lugar era un establecimiento presbiteriano para conferencias llamado Rancho La Sherpa. Había allí 40 hombres presentes. Más o menos la mitad de ellos eran nuevos para mí. La otra mitad eran esos jóvenes a quienes yo había llegado a amar el año anterior.

De modo que, estimado lector, ahora usted sabe los antecedentes de los mensajes que está por leer. Los di allá arriba en una montaña, a un grupo de hombres jóvenes que, muy probablemente estaban a punto de ser precipitados en un infierno. Para ellos fue un llamado a que se elevaran a una nueva norma de conducta frente a una división devastadora. Yo tenía cierta esperanza de que el cisma no llegara a ocurrir; que estos mensajes llegaran a desviar el curso de una división; *pero* desde un punto de vista realista, era más probable que ésa *viniera* a ser mi última oportunidad de dirigirme a esos jóvenes corazones... porque yo estaba comprometido a *marcharme* si, y cuando, una división comenzara a formarse.

¡Estos mensajes eran posiblemente mis pláticas de despedida!

“¿Y tuvo lugar la división?”

Sí. Un poco después.

“¿Y se marchó usted cuando aquello comenzó?”

Me fui --otra vez-- justamente antes de que la división comenzara.

“¿Y resultó muy malo eso?”

La palabra *brutal* pudiera ser más descriptiva.

“¿Y aquellos jóvenes? ¿Y aquellas jóvenes? ¿Cuál fue su conducta? ¿Cumplieron la norma? ¿Avanzó el estandarte?”

El estandarte avanzó.

De pocas cosas estoy seguro. Pero de esto estoy seguro:

Ese estandarte avanzó. Ellos afrontaron aquella horrible hora sin ayuda ni consejo terrenales y sin ninguna experiencia anterior con que planear su curso. Y sobrevivieron por la gracia de Dios. Convirtieron en realidad los mensajes que usted está a punto de leer.

¡Y sobrevivieron!

Tal vez yo debiera compartir un breve relato que viene al caso, para, que usted pueda tener una vislumbre de cómo un grupo de jóvenes cristianos, hombres y mujeres, manejaron una situación sumamente volátil... en forma espontánea e instintiva. ¡Y completamente *solos!*

Recientemente estuve hablando con una de las apreciadas hermanas en el Señor que pasaron aquella hora destructora. Tenía 23 años entonces. Ahora tiene 36. Aquí está, en esencia, lo que ella me dijo acerca de aquella experiencia conforme la recordaba:

“Usted sabe, todos nosotros éramos muchachos, no sabíamos *nada* acerca de situaciones como ésa; sin embargo ninguno de nosotros se refirió ni una sola vez en todo ese tiempo a lo que estaba pasando. Yo nunca lo mencione a nadie, ni siquiera a mis compañeras de habitación; ni ellas me dijeron nunca nada. Ni tampoco ninguno de los hermanos --ni tan siquiera los que recibieron los embates más fuertes de aquello. Hasta donde yo sé, ninguno de entre nosotros dijo nunca ni siquiera una palabra uno al otro acerca de lo que estaba ocurriendo. Y en todos estos años desde entonces nunca he oído a ninguno referirse a eso, y yo no creo que ninguno de los demás lo haya hecho nunca. Hasta donde sé, *nunca* se ha mencionado aquello.”

Aquello fue una catástrofe violenta; no obstante, en unos pocos meses todo ese asunto quedó atrás. Al cabo de un año había quedado prácticamente olvidado.

Hay mejores formas que las que ahora están en boga en el país y por medio de las cuales los cristianos pueden manejar las crisis de la iglesia.

Alrededor de cuatro años después que estos mensajes fueron dados, los mismos fueron publicados en forma de folletos. Recuerdo una carta que recibí de un lector que dijo, en esencia:

“Usted está presentando un ideal que es demasiado etéreo; no funcionará en la realidad.” Bueno, ya lo han vivido en la realidad los integrantes de un grupo de alrededor de 70 jóvenes cristianos. Fueron ellos, no yo, quienes probaron que no es necesario pasar por un cisma con toda esa reciprocidad de palabras rencorosas que producen tantas heridas y tanto daño.

Hay una alternativa:

¡Usted puede perder!

Usted puede dejar que las cosas sean destruidas.

Usted puede morir.

¡Que el Señor apresure el día en que más cristianos escojan una conducta semejante en presencia de una división!

Y ahora confío en que, con esta introducción, usted encuentre estos mensajes un poco más significativos. Espero que los acepte de un modo muy personal para su propia vida. Confío asimismo en que mientras los vaya leyendo, usted tome alguna decisión personal en su propio corazón, en lo que respecta a su propio comportamiento en esa futura hora de crisis extrema que *habrá* de encarar algún día en el cuerpo de Cristo. Con toda seguridad, la crisis se encuentra allá afuera. Seguramente, usted la habrá de encarar. Seguramente, su corazón será probado, y su corazón *se manifestará*.

Y por su proceder en esa hora, los ángeles sabrán (según palabras de Pablo) de qué estaba edificada su obra.

Y si sobre este fundamento (Jesucristo) alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues *por el fuego será revelada*; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará.

1 Corintios 3:12, 13.

El Señor *habrá de* enviar esa hora a la vida de usted. Los motivos secretos de su corazón *serán* probados. ¿Cuál será su conducta?

Catorce años son un largo tiempo. Si yo fuera a dar hoy otra vez los mensajes que usted está por leer, el contenido de los mismos sería un poco alterado. Ponderaría con más cuidado algunas aseveraciones. Dejaría fuera algunas cosas. Hasta podría añadir un poco. Volvería a redactar bastante. Modificaría muy definidamente muchas afirmaciones relativas a la cristiandad estructurada. Usted encuentra aquí los mensajes tal y como se los di entonces, no como los daría hoy, puesto que tal vez estoy un poco más suavizado por la edad.

Una palabra final. Algunos libros dan el punto principal al comienzo y después lentamente pierden fuerza. Otros libros van edificando, cobrando vitalidad, siendo su parte final la más valiosa. La Parte III de *este* libro constituye muy definidamente la porción más importante.

Y ahora, estimado lector, si por casualidad un día nos llegamos a encontrar, confío en que en esa hora usted también tendrá un estandarte en la mano y un destello en los ojos... ya que hay muchas montañas más que es necesario escalar.

Gene Edwards

Quebec, Canadá

PARTE PRIMERA

CAPITULO 1

Tres grupos en la historia de la Iglesia

¿A cuál de ellos pertenecemos?

Pónganse ustedes a hojear las páginas de un libro de historia de la Iglesia y quedarán pasmados por un hecho: desde el año 325 de nuestra era hasta alrededor de 1.500 d. de C., todo lo que ustedes leen, es acerca del catolicismo romano. Comenzando alrededor de 1.500 d. de C. encontramos una segunda corriente: el protestantismo. ¿Pero eso es todo lo que hay en lo que se refiere a la historia de la Iglesia? ¿No hay nada más? ¿Es que estamos tan mal parados, que toda la historia de la fe cristiana no tiene nada más de que hablar, sino solamente del catolicismo romano y del protestantismo? (No necesito decirles que hoy en día el protestantismo no se parece mucho a lo que era la iglesia durante el primer siglo.)

Pues, sí; *hay* una tercera línea, un tercer grupo de personas. Vuelvan atrás y agarren otra vez ese libro de historia de la Iglesia, y esta vez lean las *notas* que vienen al pie de la página. *Allí* es donde ustedes encontrarán la tercera línea. La constituyen los creyentes cristianos que permanecieron fuera de la religión organizada.

¿Y quiénes son ellos? ¿Cuál es su historia?

Considérenlos muy atentamente porque predican... ¡*nuestra*

misión! (Cuando aprendemos acerca de *ellos*, empezamos a ver *nuestro* lugar en la historia, nuestra razón de existir. Esta es la razón por la cual voy a comenzar estos mensajes sobre nuestra misión, echándole primero un vistazo a la historia.)

La de ellos es la más bella epopeya de la historia de la Iglesia --¡los cristianos ocultos a lo largo de los siglos! Su historia es la rica y apremiante historia de hombres que vivieron una fe primitiva. Esa epopeya no tiene paralelo en los anales del género humano.

No busquen ustedes un determinado grupo, ni una línea ininterrumpida. Tampoco busquen la mítica 'sucesión apostólica', porque no la van a encontrar. Esos cristianos han existido en cada siglo desde el año 325 d. de C., pero en cada siglo su historia es un poco diferente. El primer grupo apareció en escena alrededor del año 350 d. de C. en España, entre todos los lugares. Odiado, despreciado y perseguido, ese grupo en particular sobrevivió por unos 100 años. El siguiente grupo surgió en la isla de Iona, ubicada cerca de la costa de Escocia, durante el siglo sexto. Hubo otros grupos después de ellos. Uno estuvo en los Bálticos; en una época posterior, estuvieron los de los Alpes suizos e italianos; y en otra época más, los del sur de Francia. Esos pequeños grupos han existido en *toda* época de la historia de la Iglesia. Se los ha llamado con docenas de diferentes nombres. Figuran como testimonio de la simplicidad de la fe en Jesucristo.

¿Y qué estaba haciendo Dios con cada uno de esos pueblos? Simplemente esto: Estaba manteniendo vivo su propio testimonio. Un testimonio de la centralidad de Cristo en el universo --su preeminencia. Esa es la razón por la cual Dios los levantó. Esa era la misión *de ellos*. Así, al percibir el propósito que Dios tuvo con esos distintos pueblos, nosotros también empezamos a percibir nuestro lugar. Nuestra misión.

Los hombres tuvieron una tarea en cada época, pero Dios mismo también trabajó. En cada época existió siempre su obra muy propia en alguna parte de esta tierra. Por lo regular, su obra era pequeña, y su pueblo, por lo general, anónimo. Se Podría decir que su obra con cada grupo tenía poca duración. Por un breve y

glorioso momento vivían, y Él tenía una obra en la tierra. Era como una maravillosa explosión de luz. Dios usaba ese grupo a lo largo de cuarenta a ochenta años, tal vez cien años. Durante ese tiempo *Él* tenía su pueblo... y cuando la luz palidecía y se extinguía en ese grupo, Dios proseguía a fin de trabajar de nuevo, en alguna otra parte.

En las tempranas épocas de la historia de la Iglesia, del año 325 a 1.517 d. de C., podemos leer la historia de unas pocas personas que, durante la era del oscurantismo, mantuvieron brillando una tenue luz. Después de 1.517, se aceleró el paso y se alteró el curso. Ahora bien, esa tercera fuerza en los anales de la Iglesia fue llamada para ser no sólo una luz, sino también un pueblo *restaurador*: un pueblo que redescubría, restauraba y reexperimentaba los caminos de Dios. Para restaurar la experiencia del primer siglo, esto es, para redescubrir la plena experiencia de conocer a Cristo y restaurar la experiencia de la iglesia.

Hubo restauración antes del siglo XVI, pero la mayoría de los registros de esa restauración fueron destruidos; de modo que las cosas restauradas en aquellos tiempos se han perdido para nosotros. La persecución, la espada y la quema de libros se encargaron de ello. Por tanto, aquellas cosas tuvieron que ser restauradas *otra vez* y restituidas al pueblo de Dios como un testimonio *permanente*. Esa tarea le ha tocado a todos los pequeños grupos en los cuales Dios ha trabajado desde 1.517. De hecho, la misión de ellos ha sido la *restauración*. Y, en general, las verdades de las cosas restauradas desde 1.517 todavía se hallan disponibles para nosotros.

Esta tercera corriente de la historia de la Iglesia siempre ha sido pequeña. En algunos siglos los que la formaban no eran más que un puñado. Pero noten esto: su contribución siempre ha sido inmensurable. Su luz siempre ha sido grande. Con frecuencia, si no siempre, tenían más luz que las otras dos líneas combinadas. Algunas de las verdades más puras y algunos de los atisbos más claros y más profundos a lo íntimo de Cristo se encuentran entre esta gente. Así ha sido, desde el año 325 directamente hasta la fecha.

Y ahora venimos a este tiempo presente. Cómo pueblo, ¿en cuál de estos grupos encajamos? Podríamos estar con los católicos romanos, o podríamos unirnos a los protestantes.

En realidad, no formamos parte de ninguno de los dos. Somos parte de la línea de los que están afuera. Formamos parte de las notas puestas al pie de la página. Constituimos parte de los que han venido abogando por la centralidad y la supremacía de Cristo... en su vida, en sus reuniones. Así pues, estos mensajes les darán a ustedes una idea de nuestra propia perspectiva, conforme salimos de no se sabe dónde y entramos en esa procesión de la historia de la iglesia. Tomamos nuestro lugar al lado de aquellos que estaban determinados a conocer solamente a Cristo; para marchar con esos pequeños grupos que estaban buscando tener una plena experiencia del cuerpo de Cristo... ¡la experiencia de la iglesia!

¡Vuélvase y miren hacia atrás! Sí, por todos los medios posibles miren hacia atrás. Sean estudiantes de la historia de la iglesia. Consideren esos pequeños grupos que vinieron antes de nosotros. Beban a grandes sorbos de su experiencia. Sepan ustedes por todo lo que ellos pasaron. Lean sus mensajes. Lean su historia. Descubran qué fue lo que aprendieron. Necesitamos saber todo lo que *ellos* aprendieron. ¡Nunca llegaremos a ninguna parte a menos que sepamos de antemano lo que ellos ya han descubierto! No hemos de empezar en cero. Más bien debemos empezar allí donde ellos se detuvieron.

Debemos ser estudiantes de la historia de la iglesia. *Debemos* saber lo que Dios *ya* ha hecho. ¡Averigüen qué es lo que Dios ya ha restaurado! Hallen los asuntos que Dios ya ha revelado. Necesitamos familiarizarnos con la obra que Dios hizo en el pasado. ¿Por qué? Porque necesitamos tener alguna idea de lo que aún no se ha hecho. Saber lo que se ha hecho. Lo que no se ha hecho. Qué gloria se ha logrado. Qué errores se han cometido. Tenemos que saber estas cosas.

Hoy nos incorporamos a esta innumerable multitud y ocupamos nuestro lugar. Al hacerlo, echamos una mirada hacia atrás y, sin avergonzarnos, sacamos de la sabiduría, de la experiencia y de *los errores* de los que han venido antes de nosotros.

Cómo conocer nuestra herencia

Imagínense conmigo una gran montaña. La cima de esa montaña es importante. Esa cima ya ha sido alcanzada. Una vez. Desde entonces otros han tratado de conquistar esa cumbre. Y en cada era esa cumbre queda más cerca de nuestro alcance. ¡Y ahora! Ahora ustedes forman parte de los que han sido llamados a conquistar sus alturas.

Cuando, estando parados al pie de la montaña, ustedes miran hacia arriba, deben comprender que *en realidad* no empiezan en ese punto. Otros antes de ustedes han hecho posible ir directamente a alguna elevada avanzada... un lugar a donde otros ya llegaron en el pasado reciente. Hasta allí ellos abrieron camino. Ahora han dejado su equipo de escalar; el campamento está inanimado. Los ángeles esperan que otro grupo de hombres emprenda la tarea.

Ustedes pueden ir directamente a ese campamento. ¡No les llevará mucho tiempo, *si* ustedes conocen el camino! *Si* saben qué es lo que se ha hecho antes. Otros han abierto ya un camino hacia arriba por esa montaña para ustedes. Gracias a Dios, ya se ha retomado gran parte de esa montaña. No, aún no se ha vuelto a llegar a la cima; pero algunos ya han ido por un largo trecho hacia arriba por la cuesta, tal vez más lejos de lo que ustedes pudieran comprender. Y a un precio cruento. ¡Seguro que cualquiera que trate de comenzar de nuevo, *nunca* va a llegar a ninguna parte! Ustedes deben avanzar hasta la experiencia de aquellos que ya han tratado de conquistar aquellas alturas, y comenzar desde allí.

Convézanse: debemos *saber* lo que Dios ya ha hecho. Tenemos que saber mucho en lo que respecta a esos pequeños grupos que han venido antes. Debemos conocer a fondo nuestra herencia. Ahora, al comenzar a escalar la empinada cuesta, ustedes notan una serie de estandartes que se ven a lo largo del camino. Esos estandartes fueron clavados en la tierra hace mucho tiempo por esos grupos que vinieron antes de ustedes.

Miren hacia arriba por la falda de la montaña. ¿Pueden ver un estandarte que flamea allá arriba en lo alto --lejos, lejos por encima de todos los demás? Alguien ya ha alcanzado un punto lejano. ¡Aquella es la última avanzada! De hecho, ese punto fue alcanzado no hace mucho. ¡En este siglo! Miren bien el suelo. Se pueden ver aún las pisadas de aquellos que vinieron antes de ustedes.

A lo largo del camino pueden llegar a pensar que han alcanzado un lugar adonde nadie pudo haber llegado antes. Tengan cuidado. Ustedes alcanzarán lugares que parecerán imposibles de forjar. ¡Pero, miren! Aunque parezca increíble, vean, allá en la distancia, otro estandarte ondeando alto y orgulloso. Después de un tiempo ustedes empezarán a apreciar hondamente lo que Dios ya ha hecho; toda la enormidad de sufrimiento, de sacrificio; la experiencia que ya ha sido derramada por hombres que se esforzaron por alcanzar las alturas.

Con el tiempo, una sensación de humildad los invadirá a ustedes. A veces incluso se sentarán y se preguntarán, sí, se preguntarán muy seriamente, si algún grupo de personas (de modo especial aquellos de nosotros que nos hemos criado en esta sociedad moderna) puede igualar jamás la devoción de aquellos santos que vinieron antes de nosotros. ¿Puede alguno de esta edad moderna avanzar el estandarte más arriba? Al ver los sitios que ellos han escalado, ustedes se preguntarán si tenemos el coraje de ir más allá de donde ellos pararon. En realidad, debo confesar que ¡esta pregunta aún está por contestarse plenamente! Esperemos que el veredicto sea: “¡Sí!” Y si ésta va a ser la respuesta, entonces *esta* era va a necesitar una nueva generación de hombres. Aquellos que vinieron antes de nosotros renunciaron a tantas cosas; amaron tanto al Señor, con semejante entrega. La idea de que podríamos alcanzar su devoción, ¡nos deja pasmados!

Avancen hacia arriba en la montaña. ¡Vean! La distancia que hay entre un estandarte y otro se acorta cada vez más, y las cuestas se hacen cada vez más empinadas. Pero, aun cuando no hay mucha distancia entre los estandartes, se necesitó tanta gracia (y devoción) para salvar esas pequeñas distancias, como se necesitaba para las mayores.

Por último, ustedes llegan a un estandarte que ondea tan alto. El mismo se encuentra en un sitio tan remoto, un lugar tan espectacularmente difícil de alcanzar, ¡que apenas pueden creer que un hombre haya llegado jamás tan lejos! Ustedes saben, saben instintivamente que “*allí* es donde *nuestra misión* comienza”. (Francamente, no puedo decir siquiera cuántos años podrá tomar tan sólo llegar a esa avanzada, pero yo creo que a cada uno de ustedes le quedarán por lo menos de 20 a 30 años de vida cuando alcancen ese último campamento, ese último estandarte.) Ahora den la vuelta y miren hacia atrás. Y ahora vuélvanse de nuevo y miren *hacia arriba*. ¿Dónde se encuentra la cima? ¿Está cerca o está muy lejos?

Desafortunadamente, no lo sabemos. O tal vez yo debiera decir: *afortunadamente*, no lo sabemos. Dios no nos lo va a decir. En su sabiduría Él ha encubierto la cumbre. Puede estar a tan sólo unos pasos o puede estar allá bien lejos. ¡Quizá sean unos pocos y cortos años! ¡Quizás generaciones! Tal vez unas pocas y breves horas. Tal vez sean siglos. Nunca se les dirá de antemano.

Y ahora esto los enfrenta a una pregunta. ¿Se atreven ustedes a conquistar la montaña? ¿Se atreven a avanzar más allá de este punto? ¿Hay alguna probabilidad de que puedan alcanzar la cima, la cresta? Tengan cuidado. Si deciden seguir avanzando, puede que estén comprándose nada más que una amarga desilusión. Miren una vez más hacia atrás. Consideren a todos los que han venido antes. Recuerden su sufrimiento. Recuerden que *ellos* fallaron en llegar a la cima. No existen garantías para este asunto. ¿A ellos, les importó eso? ¿Lo harían de nuevo, sabiendo que no llegarían a la cima? El futuro no sólo es incierto, sino *desconocido*. Nadie puede penetrar la niebla que hay arriba. No hay profetas en este monte. Ustedes pueden conjeturar, pero *no pueden* saber.

Estén seguros de esto --los que vinieron antes que ustedes, *sufrieron*. Si ustedes agarran ese estandarte desflecado y manchado de sangre, *ustedes habrán de sufrir!*

Sí, siempre se ha alabado a esos apreciados pioneros por haber sido los más admirables cristianos de su siglo... pero recuerden ustedes que esa alabanza vino varios cientos de años

después que ellos habían muerto y habían sido sepultados. En tanto que vivieron, *fueron aborrecidos*. Fueron menospreciados. Decían cosas horribles de ellos. Y ocurre que eso duele. Honradamente. Esos apreciados santos sufrieron abusos increíbles. Hasta que ese aborrecimiento se haya amontonado sobre ustedes, individualmente, personalmente, ustedes no pueden imaginarse realmente cuan terrible ha de ser eso. Oh sí puede que un día sus nietos estén frente a su tumba y digan: “Si nosotros hubiésemos vivido entonces, habríamos honrado, y no perseguido a esta gente santa.” Pero ése es un estímulo muy escaso cuando ustedes ya han estado muertos por cien años. ¡Recuerden esto!

Las tragedias del Éxito, La certeza del fracaso

Pero hay mucho más que sólo sufrimiento. De hecho, ése es el lado romántico. Hubo éxito, y con este hecho quisiera cambiar un poco el tema.

Escudriñen ustedes los registros. Pasen lista. Vean los nombres. Priscilianos. Hermanos. Valdenses. Los moravianos. La Pequeña manada. Todos éstos --y otros-- fueron en su tiempo el centro de la obra de Dios en la tierra. *Eran* su obra. Eran la vanguardia de la restauración. Eran la norma de su época. Son aquellos a quienes *Dios solo* levantó. Pero lean la historia de cómo agarraron el estandarte. Cómo subieron la cuesta. Un día ellos también llegaron a un lugar que *sabían* que era territorio nuevo. (¡Ese es un momento emocionante!) Inexplorado, desconocido, sabían sin lugar a dudas que estaban yendo donde no había estado nadie desde los tiempos de los Apóstoles. Estaban a punto de lograr lo que nadie había logrado jamás por más de un milenio. Además, percibían que la plena bendición de Dios estaba sobre ellos.

Pero ahora viene la parte triste de la historia. El lado oscuro de esa maravillosa odisea. Veámoslo. Cuando un grupo de personas alcanza ese ‘nuevo territorio’, sin excepción, alguno de entre ellos exclama: “¡Nosotros somos eso! ¡Mírennos, nosotros somos eso! ¡Somos la obra de Dios en la tierra hoy! Nosotros hemos visto, hemos experimentado lo que nadie más de nuestra era ha visto. Conocemos una restauración más plena del misterio

de Dios, que cualesquiera otros que han venido antes de nosotros.”

A ese momento lo sigue otro grito. Momento fatal es éste. “*Nosotros* vamos a ser los que completamos la restauración. *Nosotros* somos *eso*.” (No es que quieren decir que ellos son los únicos cristianos en la tierra. No quieren decir que ellos son los únicos salvos. Sólo quieren decir: “Nosotros somos aquellos por medio de quienes Dios esta realizando la obra de su mismísimo corazón, su verdadero sueño. Nosotros somos su plan más importante en la tierra hoy.” Y con frecuencia: “Nosotros somos los que vamos a llegar a la cumbre.”)

Bueno, apreciados santos, cuando ustedes oigan eso, sepan que ésa no es una actitud correcta, y sepan que ustedes no deben cometer ese error. Pero tampoco los critiquen demasiado. Y no se engañen. Somos sólo un pequeño grupo de personas, pero todos nosotros hemos tenido exactamente esos mismos sentimientos, aquí mismo entre nosotros. Además de eso, estamos agudamente conscientes de que resulta casi imposible impedir que tengamos estos sentimientos. En otras palabras, sabemos contra qué estamos luchando. La tentación es abrumadora. ¡Y hoy estamos estableciendo este mismísimo hecho en blanco y negro! Es probable que también nosotros vayamos a caer en ese mismo hoyo. De hecho, es prácticamente seguro que caigamos.

De modo que tenemos tres colosales preguntas delante de nosotros al estar parados al pie de la montaña. En primer lugar, a la luz de un sufrimiento tan grande, ¿nos atrevemos a presentar batalla por llegar a la cumbre? En segundo lugar, ¿se dan cuenta de la gran improbabilidad de llegar a la cima? En tercer lugar, ¿se dan cuenta de las grandes trampas en que podemos caer... ¡en vista de que todos éstos del pasado han cometido terribles desatinos!?

Por ejemplo, ya hemos experimentado cuán difícil resulta *no* sentirnos especiales a los ojos de Dios. La verdad es ésta: cuando pasamos repentinamente a alguna nueva altura, y *sabemos* que nos hallamos en territorio nuevo, nos resulta muy difícil no sentirnos especiales.

Ha habido veces en nuestra experiencia cuando algunos

jóvenes hermanos de entre nosotros exclamaron: “Somos la obra de Dios de estos tiempos.”

Pero ahora mismo no es ese momento. Este es un momento más tranquilo. Y ya no soy un hermano joven que está hablando hoy. (No obstante, confieso públicamente que hay una excelente oportunidad de que vayamos a caer en esa misma trampa. La tentación es casi irresistible.) Hasta donde yo sé, todos los que han recorrido este camino antes de ahora --al menos durante un milenio-- han caído en ese hoyo. Francamente, no conocemos cura alguna para esta enfermedad. ¡Pero hay una cosa que podemos hacer! ¡Hoy! ¡Aquí mismo! ¡En este retiro! Podemos mirar esta terrible tentación directamente a los ojos. Hemos reconocido el peligro. Lo hemos expresado, en voz alta. Hemos sacado a la luz este perverso villano y lo hemos hecho estar aquí parado. Hemos calculado el peligro. Nos hemos puesto en guardia.

Nuestras alternativas

Ahora, la decisión. ¿Tomaremos el estandarte en la mano? Y si lo tomamos, ¿cuál es *nuestra* misión? Porque Dios le dio a cada uno de esos creyentes una misión. Bueno, ya hemos cubierto un punto. ¿Cuál? Podríamos empezar determinando permanecer fuera de ese lazo que acabamos de mencionar. (O no caer en él, que es lo mismo.) Por la misericordia de Dios, vamos a tratar de lograr esto también, pero sabiendo perfectamente que nuestras probabilidades están en algún punto entre nada y cero. ¿De manera que, tal vez no debemos ir?

Esto nos trae al siguiente punto. Veamos nuestras alternativas. Son *dos*. Primera: quedarnos en casa. Segunda: ir... y caer en la trampa. ¡Si seguimos, estamos casi seguros de caer en alguna clase de hoyo! ¡De modo que tal vez no merece el esfuerzo! ¡Nos quedaremos en casa! (*No nos aventuremos a salir si vamos a pasar nuestra vida entera atemorizados de que vamos a caer en alguna trampa.*)

Quizás pueda haber una tercera posibilidad también.

Podemos mirar el peligro directamente a los ojos y consagrarnos en un espíritu de humildad, en un espíritu de ‘enseñabilidad’, y en un espíritu de receptividad... y podemos

pedir al Señor que nos guarde. Podemos ser consolados sabiendo que de todos modos Él nos habrá de descartar cuando haya acabado con nosotros. (Y podemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para ver que no sobrevivamos durante un tiempo demasiado largo después que Él haya terminado con nosotros.)

Sí, *podemos* aventurarnos a salir, pero es muy peligroso. Si lo hacemos, entonces de este día en adelante debemos procurar vivir sin ningún orgullo espiritual, sin pretensiones, sin sectarismos y sin actitud jactanciosa alguna. No sabemos quiénes somos. Asimismo, no conocemos el deseo final de Dios. Ni nuestro destino.

Por tanto, en caso que nos aventuremos a salir, ¿plantaremos este estandarte en aquella cumbre? ¡Quién sabe! El hecho es que puede que no pasemos del mismísimo primer estandarte. Pero esto también es un hecho: es nuestro ánimo tomar ese estandarte y colocarlo en la cumbre *más elevada*. No sabemos si lo lograremos, y no alardearemos. Con todo, tenemos una esperanza: si no logramos llegar a la cumbre, le pedimos al Señor lleno de gracia que, por lo menos nos conceda el privilegio de llevar ese último estandarte más allá de su sitio actual. *¡Ese será ya un premio suficiente!*

De cuando en cuando alguien dice: “Vamos, todos ustedes van a terminar exactamente igual que todos los demás grupos. Ustedes van a terminar como una denominación; como otra secta. Todos los demás que vinieron antes de ustedes en la historia de la iglesia, han fracasado. *Y ustedes también van a fracasar.* ¿Por qué quieren ir ustedes también y añadir una tragedia más a todo ese revoltijo? El caos actual ya es suficientemente malo.” De acuerdo. Sí. Todo lo que se dice en esta aseveración es verdad. Pero, amigo mío, contemple nuestras alternativas:

¡Quedarnos en casa, o arriesgarnos!

Si nos quedamos en casa, entonces simplemente nos quedaremos con la esperanza de que de alguna forma etérea podremos tener comunión con todo el cuerpo de Cristo. Podemos ser un grumo. Estaremos sentados en el ectoplasma; un algo viscoso, un antimundo, por el resto de nuestros días.

¡O podemos *atrevernos!* Arrostrar los peligros, arriesgar el fracaso. El camino está repleto de destrucción. Corremos el riesgo de fracasar donde todos los demás han fracasado antes de nosotros, donde todos los demás han errado el blanco. Estimado hermano, al enfrentar estas dos alternativas y no tener ninguna otra opción delante de nosotros, nuestro derrotero es claro: ¡¡¡NOS ATREVEREMOS!!!

Bajo ninguna circunstancia nos vamos a quedar sentados en casa. ¡*No* seremos un grumo etéreo, universal! Nosotros, en el día de hoy, nos *atreveremos*. Vamos a reflexionar sobre nuestra herencia; ¡vamos a averiguar lo que no es! Vamos a apropiarnos de la sabiduría, de la experiencia, de las conquistas, de las victorias, y de las *derrotas* de aquellos que han ido antes que nosotros. Vamos a usar a esos apreciados santos como nuestro mapa, como nuestra brújula.

No nos vamos a quedar sentados solos en nuestra sala de estar, y saludarnos con las manos unos a otros a través de la calle. Nos *atreveremos* a hacer aquello que a otros hombres les ha costado la vida hacer en épocas antiguas. Nos *congregaremos*. Nos reuniremos. ¡*Serenos!* ¡Y seremos un pueblo! Con una visión tan amplia como el horizonte y tan elevada como la cumbre. Y vamos a tener una oración por misericordia. Estimados santos, *no tenemos otra alternativa*.

Echémosles un vistazo sobrio, sí, *incluso austero* a los problemas que enfrentamos. Habiendo hecho esto, debemos ordenar nuestra vida a fin de evitar los muchos peligros que están delante de nosotros. Pero un gesto tan noble como éste no es garantía de absolutamente *nada*. No tenemos garantías. Quisiera repetir esto. *Probablemente fracasaremos*. Si fracasamos, pues fracasamos. Pero esta única cosa no haremos nunca: quedarnos sentados en casa. *Seremos*. Nos *atreveremos*.

Al lado de ustedes se encuentra el estandarte. Delante de ustedes, tras una jornada que bien podría tomar un mínimo de 50 años, está la cumbre.

CAPITULO 2

Testimonio del pasado

Antes de proseguir, quisiera considerar otra vez esas tres corrientes de la historia de la Iglesia. La primera llega desde aproximadamente el año 325 d. de C. hasta nuestros días. Los nombres de las personas involucradas son bien conocidas. Son:

Agustín, Tomás de Aquino, Loyola y los Papas. Y también están los queridos santos que iluminaron aquella oscuridad: Teresa, San Juan de la Cruz, Guyon, Lorenzo. Esto es catolicismo.

Luego tenemos la segunda corriente --el protestantismo. Los nombres nos son aún más conocidos: Lutero, Calvino, Zuinglio, Knox, Edwards, Wesley, Carey, y en años más recientes:

Moody, Mott, Taylor, Finney, Graham, etc.

Pero ¿qué decir de la tercera corriente? ¿Quién ha oído hablar de Waldo, de Zinzendorf, de Darby?

Se supone que ustedes han oído hablar de los católicos, de los luteranos, de los presbiterianos, de los metodistas, de los bautistas. Pero ¿quién ha oído hablar de los bogomils, o de los valdenses, o de los hermanos unidos? ¡Estos no son sus verdaderos nombres! Estos son nombres dados a los innominados. Ustedes no encontrarán muchas obras escritas acerca de ellos. Hasta el año 1.500 la mayor parte de lo que ellos mismos escribieron, fue destruido. Por eso, hay muy poco publicado de lo escrito por ellos o acerca de ellos.

Seamos realistas. Todos y cada uno de esos grupos tuvieron sus propias peculiaridades (¡de hecho, algunos fueron muy peculiares!... hasta desafortunados). Pero sus creencias desafortunadas no desagradaban a Dios. Siempre pienso en los cuáqueros cuando pienso en este hecho. Así, los cuáqueros no creían en la Trinidad. De hecho, era el Espíritu Santo en quien ellos no creían como persona; no obstante, ese mismo Espíritu Santo derramó su bendición sobre esa gente por una generación entera. ¡Dios no se

había desagradado!

Al considerar a cada uno de esos grupos, ustedes notarán algunos factores bastante comunes a todos ellos. (Con frecuencia muchos autores actuales retornan a esos grupos primitivos tratando de encontrar que su doctrina 'favorita' fuese enseñada 'por *todos* esos grupos'. Aquellos que están del todo por el estudio de la Biblia, hallan que todos esos grupos estudiaban la Biblia; los que promueven las lenguas, encuentran que toda esa gente hablaba en lenguas.)

En primer lugar, todos ellos tenían simplicidad --éste es tal vez el término más importante. En segundo lugar, *no* había teología sólida o intrincada. Tercero, eran profundamente espirituales. Cuarto, eran piadosos. Quinto, vivían ocultándose. Sexto, a causa de la persecución, (mayormente) se reunían en hogares. Séptimo, rehusaban tomar un nombre. Octavo, demostraban tener un increíble amor unos por otros. Asimismo mostraban una increíble movilidad (podían Salir de la ciudad e irse a la primera señal). La mayoría no tenía clero. La mayor parte de ellos, pero no todos, tenía también los siguientes rasgos: ponían énfasis en las Escrituras; y a causa de la persecución, muchos de ellos vivían en común; no dejaron edificios ni instituciones.

Otra cosa interesante es que, por lo común, la bendición de Dios permanecía sobre ellos por no más de una generación, y raramente por más de tres generaciones. Pero incluso en esto encontramos excepciones. Por ejemplo, parece que los valdenses tuvieron la bendición de Dios por *cientos* de años, lo que es fascinante.

Por último, (y es de suponer) todos esos grupos han sido más o menos pasados por alto por los historiadores de la Iglesia. Esto es asombroso, porque --desde el punto de vista del cielo-- ellos debían ser el mismísimo centro de la historia.

Dos cosas más vienen a mi mente respecto de esta tercera fuerza en la historia de la Iglesia. Y aquí puede estar el meollo de todo el asunto. Tomamos esto más como un *sentir*, pero aparece en cada carta que escribieron y en cada página de esas cartas que ustedes leen: parecían tener un sentir increíble y subjetivo de que

ellos *debían* existir. Tenían un innato sentido de: “Nosotros formamos parte, es imperioso que *existamos*.” Gustosamente se dejaban torturar y matar, puesto que no renunciaban al hecho de que sencillamente sentían que tenían que existir sobre la tierra. Con frecuencia, sin una doctrina que defender o una causa por la cual abogar, morían en la hoguera porque simplemente sabían que tenían que ser. Tenían cierta clase de sentido de la necesidad de dar un testimonio en aquellos días tenebrosos. Es intangible, pero estaba ahí.

La otra cosa que notamos, quizá la cosa más obvia, es que casi universalmente (pero no absolutamente) *experimentaban un genocidio*. La historia de los creyentes ‘anónimos’ es una historia de tortura y de muerte. Muchos de esos grupos fueron del todo eliminados de la faz de la tierra. Con frecuencia un grupo de éstos entregaba a cientos de miles de sus miembros a las formas más crueles de muerte. Es una historia sangrienta, muy sangrienta.

¿Y habrá de ser éste el destino de todos esos grupos? No lo sé. Hay algunas excepciones. Por ejemplo, los Hermanos Plymouth han existido mayormente sin ser perseguidos. Han sufrido pocas pérdidas por muerte. Por otro lado, los valdenses, los albigenses y los Hermanos Unidos (Husitas) fueron aniquilados casi completamente. Los Hermanos Suizos, los bogomiles y los priscilianos lo fueron todavía más.

(Francamente, no espero que hayamos de sufrir de la manera que sufrieron los Hermanos Suizos. Y ni siquiera como los miembros de la Pequeña Manada. Yo dudo que, en general, hayamos de pagar con nuestra vida. Pero *si* espero la posibilidad de que algunos de nosotros *pudiéramos* tener que hacerlo. En realidad, yo no espero que hayamos de ser suprimidos por una violenta persecución y muerte, pero debo advertirles que sólo estoy conjeturando.)

Como quiera que sea, éstas fueron las principales características de esa gente. Pero se sabe tan poco acerca de la mayor parte de ellos. Por lo general, todo lo que tenemos es una sensación, un aroma. A veces todo lo que se les permitió dejarnos fue el dulce aroma de su sacrificio. Le debemos tanto a cada uno de esos grupos. Nosotros existimos hoy porque ellos existieron

antes de nosotros. Nos congregamos debido a ellos.

Esta es, pues, la epopeya de aquellos que asieron el estandarte. Y nosotros hemos pedido el privilegio de poder estar en ese linaje triunfante. Sin embargo, recuerden ustedes que ésta es una herencia de sufrimiento.

Ahora una última palabra acerca de esa gente.

Es increíble, pero cada uno de esos grupos parecía haber comprendido algo de la herencia de aquellos que habían venido antes de ellos. Vuélvanse y miren hacia atrás. ¿A quiénes ven primero? Los que se destacan más en el pasado reciente son la Pequeña Manada. Pero se puede trazar una línea. La Pequeña Manada tomó el estandarte de manos de los Hermanos. Sabemos que antes de los Hermanos los moravianos agarraron el estandarte de manos de un pueblo llamado los Hermanos Unidos. A su vez, ellos lo tomaron de los husitas y de los valdenses. (¡En caso de que usted no lo sepa, eso nos lleva atrás aproximadamente al año 1.000 d. de C.!) Antes del año 1.000, nos resulta muy difícil obtener información alguna. Desde el año 400 d. de C. hasta el 1.000 d. de C. las páginas están *casi* en blanco. Pero a partir de entonces podemos aprender de la historia: esos grupos estuvieron siempre topándose unos con otros y evolucionando unos de otros.

Cada grupo de alguna importancia parece haber dado vuelta; cada uno tomó la antorcha de manos de alguien que había venido antes que ellos. Nosotros también debemos tener tal herencia. Pero no seamos estrechos. Tomemos de *todos* ellos.

Voy a terminar con mi segundo punto. Parte de nuestra misión es *reflexionar sobre la historia de la iglesia tan bien como podamos*, quizás mejor que cualquiera lo haya hecho antes. Estudiemos esta tercera fuerza que hay en la familia cristiana y aprendamos de esa gente. No aprendamos de un grupo, sino de todos ellos, y hallemos todo lo que tienen que decirnos. Porque esto también es nuestra misión.

CAPITULO 3

Testimonio del pasado reciente

Era aproximadamente el año 1.820 d. de C. El lugar era Dublín, Irlanda. Con frecuencia, un grupo de cristianos se congregaba como grupo de reunión de oración. Esas reuniones de oración crecieron hasta llegar a ser reuniones de hogar. (Esas reuniones de hogar deben haber sido experiencias preciosas, pero se sabe muy poco acerca de ellas.) Luego las mismas crecieron pasando a ser, de reuniones de hogar, una congregación de muchos cristianos, de muchos lugares, que se juntaban en una casi espontánea exhibición de vida de iglesia. (Esto no es demasiado raro: de hecho, ocurre en todas las épocas. Lo que sí es raro, es que dure más de cuatro o cinco años... y es todavía más raro -- casi inaudito- que la misma dure más de cuatro años *como vida de iglesia.*)

Entonces, un día entró allí a grandes zancadas un hombre llamado John Darby, un ministro anglicano. ¡Y en un año o dos la dirección de aquellas preciosas reuniones de hogar quedó trágicamente cambiada! (No viertan ustedes lágrimas, porque es muy probable que de todas maneras esa obra hubiese muerto o cambiado.)

El año 1.820 d. de C. fue un tiempo maduro en la historia de la iglesia, un tiempo propicio para que la iglesia de Jesucristo pasase por una nueva fase. Era tiempo de que la iglesia entrase en la era del 'Estudio Bíblico'. Gradualmente, Darby condujo a esa gente de Dublín a las Escrituras. (De hecho. sólo alrededor de la última parte del siglo XVIII empezaron a haber en abundancia ejemplares de las Escrituras. El escenario estaba montado para los acontecimientos subsiguientes. Para el año 1.830 era muy natural que hubiera un considerable interés en el estudio de las Escrituras.)

Darby hizo que para esa gente las Escrituras llegasen a ser el centro de todo. Y entre los años 1.830 y 1.845 la exposición

bíblica tuvo su edad de oro, probablemente la época más importante de esclarecimiento escritural de toda la historia de la Iglesia desde el primer siglo mismo. Pero Darby remachó su clavo *demasiado* bien. Dijo que se debía seguir las Escrituras en todas las cosas, e insistió en que se las siguiera de la manera que él las entendía. No les relataré la historia de lo que sucedió. Es extraño que a menudo los hombres terminan haciendo exactamente lo contrario de aquello que defienden tan firmemente. Darby rompió con las sanas normas bíblicas practicándolas tan diligentemente.

Los Hermanos Plymouth no estuvieron tan sólo centrados en el 'Estudio Bíblico'. También fueron un franco testimonio al cuerpo de Cristo. (Tengo que añadir aquí, que hasta donde yo puedo decir, ellos no experimentaban demasiada 'vida de iglesia' que digamos, --de hecho, poquísima-- pero más que cualesquiera otros.) Hablaban mucho acerca de la unidad del cuerpo de Cristo. Y ¿cuál fue el resultado? Debido a que adoptaron un criterio tan inflexible en cuanto a que todos creyeran la Biblia exactamente de la misma manera, comenzaron a dividirse. Probablemente se han dividido más que cualquier otro movimiento cristiano en los últimos 1.900 años. Esto no es una crítica. Es un veredicto de la historia.

Es una historia agridulce --la gloria y la pena de los Hermanos. ¡De veras que esa gente hacía un gran esfuerzo! se hallaban completamente fuera del sistema religioso; captaban cosas importantes de las Escrituras. Y se picoteaban en pedacitos uno al otro.

Punto: Desde que vino la libertad religiosa en el siglo XVIII, con frecuencia los cristianos de fuera del sistema han sido tan feos como los *de adentro*.

Pero prosigamos. Miremos aun más cerca que los tiempos de los Hermanos. La historia del *pasado reciente* de aquellos que están fuera del sistema tiene mucho que enseñarnos.

Ahora venimos a la década de 1.920 y a la China. Watchman Nee fue grandemente influido por los Hermanos Plymouth, de modo especial por los tayloritas (quienes, debo confesarlo, fueron algunos de los mas extremistas de todos los Hermanos). Nee no tuvo nada que ver directamente con los tayloritas mismos, pero

aprendió muchísimo de su exposición de las Escrituras. La obra que levantó Nee era mucho más compasiva, amorosa y comprensiva, y yo diría incluso que tenía mucha más piedad en lo que respecta, que los Hermanos. (Watchman Nee ponía mucho énfasis en Cristo y en la experiencia interna. Era una fe verdaderamente *viviente* lo que él presentaba.)

Tengo poco que decir acerca de Watchman Nee o de la Pequeña Manada. ¿La razón de esto? Hay demasiados creyentes de ese grupo que viven todavía. Hay demasiadas cosas que la historia misma no ha tenido todavía tiempo para establecer acerca de ellos. Las dejamos al *futuro* veredicto de la historia de la Iglesia. Yo sólo voy a decir dos cosas. Ha pasado mucho tiempo desde que ellos comenzaron. En años recientes, la única característica específica más importante que ustedes podrían notar en esos hombres, es que la mayor parte de ellos todavía se encuentra detrás de la Cortina de Bambú, sufriendo grandemente. Al presente el movimiento de la Pequeña Manada está prácticamente aniquilado. Los que la formaban, perseveraron noblemente en ese gran testimonio de los tiempos; un pueblo que ha sido realmente digno de esa tercera corriente de la historia de la Iglesia. La segunda cosa que ustedes notarían entre ellos es un desarrollo más reciente: la división que continúa entre sus obreros.

Una vez más, una historia agridulce.

Les he contado estos relatos acerca de los Hermanos Plymouth y acerca de la Pequeña Manada, para que ustedes puedan interesarse. Esos grupos que han vivido en el pasado reciente --los Hermanos y la Pequeña Manada-- nos señalan los enormes peligros que yacen adelante, así como las imposibilidades de una jornada segura. En todas partes hay estragos.

Simplemente les he trazado, en forma muy breve, esa tercera corriente según se la ha visto en estos últimos 150 años. Sabemos dónde estuvo el estandarte. Estuvo bien alto, pero no bastante alto. Obviamente, hay una cosa que debemos hacer. Debemos aprender de aquellos que nos precedieron. Y habremos de sufrir. ¡Pero sufrir qué! Suframos de una nueva manera. Algo que otros hicieron... pero no lo suficientemente bien. ¡Soportémonos --sufrámonos-- unos a otros! Lo que se necesita ahora es un

pueblo, y especialmente obreros, que no se dividan, que no estén en desacuerdo, que no se ataquen unos a otros, y no sometan al cuerpo de Cristo a semejante sufrimiento; hombres que rehusen dividir el cuerpo de Cristo por ninguna razón.

Quizá más que ninguna otra cosa, *ésta* es nuestra misión: ser un testimonio contrario al pasado. La historia pasada *no* es buena; ha habido demasiada división.

Pero, por ahora, echémosle también un vistazo al futuro: *nuestro* futuro. Al escudriñar los días desconocidos que tenemos delante, veo mucha gloria, gozo y asombro; el asombro de ver a Dios obrar en nuestro medio mismo.

Pero veo sufrimiento allá adelante. Ustedes que se atreven, van a sufrir. Ahora ustedes son jóvenes. Es muy probable que nunca hayan sido heridos profundamente. Tengan por seguro que allá afuera hay sufrimiento, sacrificio y dolor (y heridas -- profundas heridas) esperando por ustedes.

Pero ustedes saben que palabras tales como “sacrificio” son términos muy románticos. Pueden hablarle a cualquier creyente con respecto a esto, y podrán notar de inmediato que él (o ella) están dispuestos a “sufrir por el Señor”. En efecto, la mayoría de los cristianos que aman al Señor están esperando ansiosamente --románticamente-- ese encuentro.

Las páginas de color rojo sangre

Esta es parte de mi carga por ustedes. No estoy seguro de si ustedes comprenden lo que significa la palabra *sufrimiento*. Yo creo que ustedes tienen un significado en la mente y Dios tiene otro. Existen áreas en las cuales los cristianos nunca consideran que hayan de sufrir jamás. Probablemente a algunos de ustedes nunca se les ocurriría siquiera que deben conformarse con ciertas cosas. En efecto, una vez más estamos frente a los anales de la historia de la Iglesia. ¿Cuáles son aquellas áreas en que los hombres rehusan sufrir? Las áreas en que nadie parece desear llevar la cruz. Áreas que están ‘excluidas’ del sufrimiento. Cuando las consideren, ustedes se darán cuenta de que ésas son las áreas

en que *debemos* aprender a sufrir. *Aquí* está nuestra misión.

¿Habrá de ser nuestro *futuro* igual que el *pasado* de cualquiera otro?

Estoy maravillado al ver cuántos santos a lo largo de la historia han estado dispuestos a morir por Jesucristo --el sacrificio supremo. Y con todo, estoy igualmente tan maravillado al ver que esos mismos estimados hermanos y hermanas que están perfectamente dispuestos a morir por el Señor, no están dispuestos a dejar de sentirse heridos. No están dispuestos, ni son capaces de dejar de enfadarse por cosas pequeñas. Esto parece tan insignificante. Pero el hecho es que *este* asunto ha demostrado constantemente ser ¡más crucial que todos los debates doctrinales de la historia de la Iglesia combinados! “No me van a pasar por encima.” “No van a abusar de mí.” Pero sobre todo... estamos resueltos, constreñidos y determinados a declararnos a favor de aquello que es justo; a ponernos contra la *injusticia*. Lean la historia. Los cristianos están determinados a defender los principios *justos*. Este es un derecho indisputable, inalienable. Oh, que la sangre fluya tan alto como los frenos de los caballos, que la destrucción necesaria sea el resultado, pero vamos a estar en contra de la injusticia. Vamos a defender nuestros derechos.

¿Habrá de ser nuestro futuro como el pasado de ellos?

Yo quisiera que ustedes volviesen a tomar una vez más ese libro de historia. Primero, lean las páginas más vergonzosas que hay allí: aquellas páginas en que los cristianos se hicieron cosas horribles unos a otros. En segundo lugar, lean esas páginas en que la sangre corrió de la forma más roja. Lean las páginas de persecución, de sangre y de muerte. En tercer lugar, lean las páginas en que los hombres fueron valerosos, en que se declararon a favor de los principios justos, donde defendieron la dirección correcta. Lean las páginas en que los hombres estuvieron a favor de las enseñanzas claras, sanas y correctas.

Ahora observen algo. Las páginas en que los cristianos lucharon unos contra otros... las páginas cubiertas con la mayor cantidad de sangre del pueblo del Señor... y las páginas en que hombres valerosos defendieron la sana doctrina --noten ustedes,

¡todas esas son las mismas páginas! Lean eso. Todo está allí. Cuando los hombres se declaran a favor de lo que es justo, contra lo que es injusto, cuando los hombres tienen sus sentimientos heridos porque otros han abusado de ellos, cuando alguien les hace un mal, cuando algún otro cristiano está en error --ésas son *también* las páginas en que los hombres mueren y la sangre corre a raudales.

Lean las grandes controversias. Vean las acusaciones personales que un hombre le achacaba a otro; vean los rencores, los resentimientos. Entonces observen cómo el otro lanzaba un contraataque. Lean lo que esos hombres decían en sus ataques. Lean lo que otros hombres decían como defensa contra esos ataques. Lean los mensajes. Lean las fieras denuncias. Vean los escritos, apilados uno encima de otro --cosas feas, cosas malignas. Lo peor de todo, esa sórdida historia se halla en *cada* generación. Desafortunadamente, esas cosas se encuentran allí en cada grupo, en cada movimiento hasta *este* día mismo.

No sólo marchamos en el largo linaje de aquellos que fueron adelante antes que nosotros para realizar la obra de Dios, sino que siento decirles también que estamos parados en medio de una carnicería. Si nos atrevemos a enfrentar la cumbre, a entrar en esta procesión, habremos de recorrer un camino sangriento y controversial. Noten ustedes, al proseguir, cómo los cristianos se han estado destruyendo unos a otros a lo largo de todos los tiempos.

Alcen la vista y miren una vez más esa cuesta de la montaña. Vislumbren el estandarte ondeando, alto y glorioso. Pero ese estandarte aún *no* está en la cumbre. Miren ese estandarte, pero al hacerlo, échenle igualmente su primer vistazo claro a cuál es nuestro llamado. (Si no es nuestro, entonces será el de alguno.) En algún lugar, algún día, de alguna manera Dios habrá de tener un pueblo que se restrinja de ser 'supersensible'. Él deberá tener un pueblo que no sea 'rencilloso', que no ataque. Y si es atacado, que no contraataque. De hecho Dios está buscando un pueblo que *no* sea defensor de la fe, que *no* sostenga principios. Él está buscando un pueblo que rehuse, a todo costo, comprometerse en sangrías. Él va a tener ese pueblo. Si no nosotros, ¡pues, *otros!*

Dios está buscando un pueblo que simplemente no recorra el camino del pasado. ¿Qué es lo que quiero decir? El camino que todos han recorrido antes de nosotros. Dios está buscando un pueblo que soporte los ataques; y hasta más, un pueblo que *sufra* las largas y agonizantes consecuencias de *no* haber devuelto el ataque.

Este es el llamado de nuestro Señor y ustedes pueden estar seguros de que Él no se va a acomodar. Él no va a bajar su norma. Algún día Él va a tener ese pueblo en alguna parte, de alguna manera. Él va a esperar allí mismo donde se encuentra el estandarte, hasta que aparezca un pueblo que lleve ese estandarte a nuevas alturas, más allá de esta lastimosa norma de las edades. ¿Y qué si no aparece nadie? ¡Él esperará! ¡Allí mismo! Nuestro Señor no va a quedar satisfecho con nada que no sean *sus* propios caminos. Él no quedará satisfecho con *nuestros* caminos.

El hombrecito de adentro

¿Hay alguna esperanza? La historia del pasado muestra un fracaso universal. ¿Esperanzas? Francamente, no tenemos ninguna. Estamos destinados a fracasar. ¿Y por qué? Porque hay una simiente en nosotros --esa simiente es natural, innata. Hay algo inalienable escrito dentro de nuestro mismísimo ser; cuando un hombre es atacado, se defiende. Cuando se lo contraría, acomete. “Usted me difama, y hermano, yo lo voy a difamar a usted.” Susceptible, se ofende fácilmente, que guarda rencor.

Cuántos obreros cristianos se jactan de su valentía... en defenderse, en abogar por principios justos. Al parecer nunca se le ocurre a la gente de mi clase (obreros) que eso pudiera no ser la manera suprema de Dios. ¿Por qué? Porque tal proceder es innato a nuestra naturaleza. Y después de todo, ¿quién puede denunciar la valentía?

Quiero hablarles acerca de ese ‘hombrecito’ que está ahí dentro, en lo profundo de ustedes. Es un tipo muy interesante. Está dentro de cada hombre y cada mujer. Lleva por todas partes, prendida en la solapa de su chaqueta, una larga lista de principios según los cuales vive, y de derechos que son

innegablemente suyos.

Veamos un poco más de cerca a este sujeto. Observen que está henchido de opiniones... acerca de cualquier cosa. ¿Convicciones? Oh sí, tiene convicciones que se le salen hasta por los poros. Es 'un hombre de *profundas convicciones*'. Y que no va a hacer componendas en cuanto a ninguna de esas elevadas convicciones. Escúchenlo enunciar sus convicciones. Obsérvenlo cómo golpea con el puño la mesa --"éstas son cosas con las que los hombres *nunca* deben hacer componendas". Además, está listo para desbaratar cualquier cosa (y todo) por permanecer fiel a esas convicciones.

¡Ustedes tienen ese hombrecito dentro de sí! Él a su vez, tiene una lista de absolutos. ¡Y eso crea un pequeño problema! ¿Por qué? Porque desafortunadamente cada uno de nosotros tiene un *diferente conjunto* de 'absolutos'. Y desafortunadamente las diferentes listas no se solapan ni hacen juego. ¡De hecho, algunos de esos absolutos son absolutamente contrarios unos a otros! Pero cada uno de esos pequeños sujetos es un hombrecito intransigente.

Así que, consideren ustedes en qué están metidos. Pueden ver lo que se reserva el futuro --cuando todos ustedes sean adultos mayores. Cuando tengan 40 ó 50 años. Cada uno con sus absolutos. Sin que ninguno de ellos haga juego con otro. Hay naufragio allá afuera. Naufragio como el que está esparcido por todas las páginas de la historia.

Pero quisiera ir un poquito más allá, al hablarles acerca de ese pequeño sujeto. Ustedes tienen que habérselas con él. Él es muy experto en tres áreas. En primer lugar, él sabe decirles exactamente qué es lo que se necesita hacer en la vida diaria de la iglesia. Oh, vamos, ese hombrecito sabe decirles la solución de todos los problemas: por ejemplo, qué hacer con los inmorales, qué hacer con los perezosos. Él sabe decirles qué debe hacerse con la gente que no tiene ocupación, con los borrachos, con los drogadictos. Sabe decirles exactamente qué debe hacerse con los bizcos y con los zurdos. Sabe mostrarles cómo despachar sumariamente cualquier crisis de la iglesia. Él sabe resolver cualquier problema: tanto en la vida de ustedes, como en mi

vida... tanto en la vida de la iglesia, como en la vida de los obreros... cualquiera, cualquier cosa, dondequiera, cuando quiera, bajo cualquier condición... él sabe *exactamente* qué debe hacerse.

¡Y sabe citar un versículo bíblico para probarlo!

Esto nos trae a la segunda área en que él es experto. Es experto en las Escrituras. Ese pequeño sujeto lee la Biblia. Sabe citarles todos los versículos de las Escrituras respecto a qué se debe hacer con los *herejes*. Sabe decirles *qué* es un hereje. (A propósito, aquí está su definición: “Hereje es todo aquel que está en desacuerdo conmigo.”) Él sabe decirles las exactas limitaciones bíblicas de tolerancia --cuándo deben dejar la tolerancia y cuándo deben comenzar a corregir. Él sabe darles los siete principios para reprender a otro santo. Sabe celebrar un taller sobre cómo *corregir* (‘en amor’... por supuesto). Sabe recitar los 10 pasos que se deben dar respecto a ‘cómo ajustar a otro santo’.

Sabe decirles cómo reproducir el orden de adoración de un servicio de excomunión. Sabe decirles las cinco señales que se debe buscar a fin de discernir la falsa enseñanza. De hecho, él es paranoico de la falsa enseñanza. Déjenlo por su propia cuenta y recursos, y hará que todos los demás miembros de la iglesia sean paranoicos de la falsa enseñanza. Lo escucharán disertar en la iglesia sobre “Los peligros de la falsa enseñanza” Hablará tan bien que quedarán abarcados prácticamente todos en la iglesia ¡excepto él mismo! Cuando ustedes salgan de la disertación, oh, estarán viendo una falsa enseñanza bajo cada arbusto. Cada vez que alguno se levante para hablar, especialmente si ocurre que esa persona es alguien que no les cae bien, pues miren, ahí tienen *un falso maestro*.

Y un falso maestro... --¡Ajá! Cuando ese hombrecito que tienen adentro termine de hacer una descripción de lo que es un falso maestro, verán a ese monstruo colmilludo corrompiendo a todo el rebaño. Ustedes van a dormir debajo de la cama por la noche.

Ese pequeño sujeto también conoce la sana doctrina. Conoce asimismo las Escrituras. Aboga por que se obedezcan *todos* los mandatos bíblicos.

Pero ahora quiero llegar al lugar en que él es realmente experto. Ese hombrecito se distingue mejor que nada al decirles qué debe hacerse con cualquiera que no esté de acuerdo con él, de modo especial si no enseña *su* interpretación de la Biblia. Y de forma doblemente especial, si ocurre que tocan su doctrina 'favorita'. (Sí, todos tienen a lo menos una doctrina favorita.) Y de forma súper, pero súper especial, respecto de aquellas cosas en las que él ha tenido una '*visión*' de parte del Señor.

Quiero que sepan esto respecto de ustedes mismos. Vuelvan a leer la historia de la iglesia otra vez. Y al mismo tiempo examinen su propio corazón. Después vayan y tengan una plática con diferentes obreros cristianos por todo el país.

Escúchenlos hablar. *Todos* ellos tienen límites de tolerancia definidos. Ustedes podrán casi oír el tono de 'más allá de este punto pelearé' en la voz de cada uno.

A propósito, tengan cuidado con el hombre que haya tenido una visión de parte del Señor. De buen grado los crucificará, si ocurre que ustedes no concuerdan con su visión. Pero, ahora olvídense de los demás. Miren al hombrecito, dentro de ustedes en *su propio* corazón. Escúchenlo hablar: "Hoy el Señor me habló. Hoy el Señor me mostró algo de parte de *su* mismo corazón. Y debido a que yo soy yo, y a que todos saben que hoy día yo soy el personaje viviente más importante en el escenario de la historia de la iglesia, y siendo así que fue *Dios* quien me habló... por lo tanto, aquello acerca de lo cual Dios me habló, debe ser la cosa *más* importante de la tierra." "Quédense atrás todos. ¡Cuidado! He recibido una visión de parte de Dios. No voy a tolerar ningún desacuerdo." Probablemente ustedes van a ser más peligrosos en el área de una '*visión*' que en cualquier otra parte. Muchos hombres han matado a otros hombres por el hecho de que "Dios me habló... y el otro no lo vio de esa manera."... ¡Una visión, nada menos! De hecho, éste es exactamente el caso de lo que les aconteció a muchos individuos del pueblo del Señor, que han sido sometidos a la hoguera, a la espada y al calabozo.

Ese sujeto sabe qué hacer en todos los casos. Él cree en vivir por medio de las Escrituras en todos los casos problemáticos. No

tolerará ningún desacuerdo.

Cuidado con una cosa más. Mientras él está haciendo todas estas cosas, hablará *tan* noblemente y sonará *tan* espiritual.

¡En realidad hay una sola cosa que ese hombrecito no sabe hacer! Vean el historial de su actuación. ¡Oh sí, él es fiel a las Escrituras, no hay duda en cuanto a eso; hasta la mismísima última gota de sangre, él es fiel! Pero ¿qué podemos decir del historial de su actuación, *cuando se trata de sufrir*? Miren más allá de la noble palabrería. Él sabe *infligir*, pero no sabe *aceptar*. Miren más allá de esos principios bíblicos, de esas poderosas convicciones, de ese inflexible coraje. ¿Cómo es ese pequeño sujeto que está dentro de ustedes respecto a la *paciencia*? Respecto a negar su propia naturaleza? ¿Respecto a no ver las faltas de los demás? ¿Respecto a tolerar las debilidades de los demás? ¿Cómo es él respecto a esperar meses y años antes de corregir, o de hablar claro? ¿Cómo es respecto a mantener la boca completamente cerrada? ¿Tiene tolerancia, o paciencia, en absoluto? ¿Puede permanecer sentado en medio de una crisis y *no hacer absolutamente nada*? ¿Puede él contemplar cómo la obra alrededor de él cae en pedazos? ¿Puede quedarse sentado y no hacer ningún esfuerzo para salvar esa obra? ¿Puede estar callado cuando todos sus sagrados principios están en juego? ¿Puede permanecer quieto y en silencio, y ver cómo se derrumba delante de él la obra de su vida?

Les pregunto otra vez, ¿cómo es ese pequeño sujeto cuando se trata de ir a la cruz? La respuesta es: su historial es muy pobre. No, no es pobre. Es cero. No subestimen a ese pequeño sujeto. Él es peligroso. El no soporta la cruz, solamente cita las Escrituras. Solamente corrige. Tan sólo se defiende. Él ha hecho naufragar la obra de Dios a lo largo de estos 1.900 años de historia de la iglesia. Ha traído mucha vergüenza sobre el nombre de Jesucristo. De hecho, este hombrecito era el que vivía en el corazón de aquellos judíos y romanos que crucificaron al Señor Jesucristo. Él estuvo allí durante la Inquisición también. Ha estado presente en toda controversia a lo largo de la historia de la Iglesia. Y no lo olviden nunca, él vive dentro de ustedes y dentro de mí, *ahora mismo*.

¿Qué nos reserva el futuro? ¿Habrá de ser nuestro futuro tan tenebroso como ha sido el pasado? A menos que repudiamos a ese pequeño sujeto que está en nosotros, *sí*. Y ese estandarte no se va a mover.

Así, pues, vengo a mi tercer punto más importante. Si es que hemos de avanzar más allá de este campamento presente, si hemos de llevar el estandarte hacia arriba, entonces *debemos* habérmolas con ese pequeño sujeto.

Ahora en su mayor parte ustedes son jóvenes. Todavía no se han encontrado en situaciones graves. Todavía no han estado en crisis de la iglesia. Todavía no saben cuán indignos somos nosotros, los obreros. Ni se pueden imaginar tampoco cuán tenebroso es nuestro corazón. Sus espaldas todavía no han sido apretadas contra la pared. Todavía ustedes no han vivido bajo una presión insoportable. Ustedes no han visto todavía cómo se forma poco a poco una crisis y cómo crece, hasta abismarlos a ustedes y a todos los demás de la iglesia. Ustedes no han entrado aún en ese salón tan cargado de tensión, para enfrentar allí la confrontación final.

Esas conflagraciones se encuentran allí afuera en el futuro. Estén seguros de ello. Están esperando por ustedes. Hay por ahí algunas situaciones verdaderamente feas con el nombre de ustedes escrito en ellas. Y, desafortunadamente y con toda seguridad, ustedes van a reaccionar. Su reacción será tan predecible como lo es el otoño. Su reacción *no* habrá de ser nada nuevo. Su reacción habrá de ser tan antigua como es el mismo pecado. ¿Y qué harán ustedes? Pues, algo noble, desde luego. Algo valeroso. Sacarán la cara por sus convicciones. Y defenderán lo que es justo, y seguirán siendo fieles a “las claras enseñanzas de la Palabra de Dios”.

Esa es la trampa abierta. Lógicamente, no sé cuántos años van a vivir ustedes, ni qué problemas van a afrontar en la vida... pero su día vendrá. Y en aquel día, van a tener un caso irreductible.

¡Sin duda alguna, ustedes *tendrán* la razón! ¡El *otro* va a estar equivocado! Además, ustedes van a *tener que* actuar. Si no

lo hacen, todo lo que consideran valioso se desmoronará. La situación va a ser tan crítica, que a menos que ustedes hablen claro y saquen la cara con firmeza, se perderá *todo*. Repito: su texto bíblico tendrá la razón. Lo que ustedes estén haciendo será razonable. Lo que es más, estarán en una posición en que, si no actúan enseguida, el Reino de Dios habrá de sufrir una irreparable pérdida. La presente obra de Dios quedará des-caminada y la vida de cientos de personas quedará afectada de una forma muy seria. Todo el futuro y toda la dirección de la obra de Dios sobre esta tierra (no, el destino del Reino mismo) habrá de estar en la balanza. Los riesgos serán tan altos y los principios tan importantes, que probablemente nunca, nadie, en toda la historia de la Iglesia, habrá tenido que encarar lo que ustedes estarán enfrentando en ese momento. Y será imprescindible que ustedes actúen.

Ahora, háganme un favor: Justo antes de actuar ¿quieren darse la vuelta y mirar la historia una vez más? En todas las épocas (y en *toda* obra) ha habido una matanza de aquellos que abogaban por “la clara enseñanza de las Escrituras”... al momento del peligro final. Les ruego: tómense tan sólo un momento para mirar. Veán qué es lo que ocurre cuando los hombres toman la situación en sus propias manos. Veán qué ocurre cuando los hombres echan fuera a ese tunante inútil; o corrigen a alguien porque es lo correcto, lo lógico, lo razonable, y sobre todo, lo bíblico. Ciertamente, puede ser todo eso. Pero recuerden esto: Lo que están a punto de hacer, será también lo más destructivo --en todo el universo-- que posiblemente puedan hacerle al cuerpo de Cristo.

Miren ustedes hacia atrás una vez más a través de la historia y verán que ese destripamiento de los santos ha sido lo que todos, así en la corriente católicorromana, como en la corriente protestante (y durante estos últimos doscientos años, incluso en la tercera corriente) han estado haciéndose unos a otros. Obviamente, eso debía ser *lo que* había de hacerse. En efecto, al leer esas páginas, ustedes llegan a la conclusión de que tiene que ser que aquellos hombres no creían que hubiese nada más en el mundo que se pudiese haber hecho. ¿Es esto lo que ustedes habrán de hacer también?

¡Por favor, no lo hagan! Porque *hay* una forma mejor. Una

forma más elevada. ¿Cuál?

Ustedes pueden sufrir. Pueden retorcerse. Pueden doblarse en la agonía del silencio. Pueden perder. Pueden ser atropellados. Pueden sufrir abuso. Pueden quedarse quietos y no hacer nada, en tanto que otros rompen en pedazos la obra de toda su vida. ¡En efecto, ustedes pueden no hacer nada, sino sólo quedarse atrás y mirar, mientras los hombres destruyen la presente obra de Dios en la tierra! ¡¡¡Sí, ustedes *pueden* hacer eso!!! ¿Han pensado ustedes en algo tan inconcebible?

Llamo por testigo a la historia de la Iglesia: ¿Dónde están aquellos que muestran paciencia? ¿Dónde están aquellos que cuando son atacados, no devuelven el fuego? ¿Y dónde está ese pueblo, dónde está ese hombre, que simplemente se quedará sentado en medio de la carnicería? Y aun cuando él esté armado con toda buena razón bíblica, ¿dónde está ese hombre que no va a hacer absolutamente nada?

Cuán raros, cuán rarísimos son tales hombres. Hombres que en medio de una crisis tan importante, en que la destrucción del Reino está en juego, hayan optado por ir a la cruz... y dejar que caiga el Reino de Dios.

¿Han conocido ustedes jamás a tal hombre? Un hombre que no hizo nada durante la hora final... cuando el mismísimo Reino estaba en juego; cuando *había* que hacer algo absolutamente.

¡Yo conozco a un tal Hombre! Él anduvo de esa forma enrarecida. Y al ordenar así su vida, obtuvo eterno favor delante de Dios. De hecho, *Él* es Aquel que estableció esa norma que se ha perdido. ¡La mismísima norma que ahora estamos procurando restablecer!

Agarren, pues, el estandarte. ¡Plantémoslo en alturas tales que la historia de la Iglesia no haya visto en 1.600 años!

Pero si hemos de hacer esto, deberemos estar preparados para *perder*. Todos los días *debemos* estar preparados para perder, para que abusen de nosotros, para ser pisoteados, y para ver cómo nuestra obra es destruida. Y no una vez, sino una y otra vez... en tanto que ustedes, a su vez, observan en silencio cómo la

misma está siendo desmembrada, Y si ésa ha de ser nuestra porción final, que así sea. Al menos nuestro testimonio habrá de ser limpio.

¿Pero podemos hacer semejante cosa? Probablemente no. Recuerden que estas alturas que enfrentamos son alturas que aún no han sido escaladas. Seguramente habremos de pagar un precio terrible, un precio muchísimo mayor que el que pagaron los que han invocado sus derechos bíblicos; un pueblo que --hallándose en esos antiguos lugares de disputa-- se agarre de la cruz.

Dios está buscando personas que tengan un comportamiento divino. Hombres que, cuando el destino mismo del Reino celestial esté en juego, vayan en silencio a la cruz y dejen que todo se derrumbe en pedazos. Esta no es una conducta terrenal. Este es el proceder del nuevo hombre celestial. Y llegar a ver un semejante proceder en esta tierra --ésta es nuestra misión.

CAPITULO 4

La solución

Cristo.

Todo lo que nos falta.

Cristo.

Todo lo que necesitamos.

Voy a hablarles acerca de sobrevivir una crisis, o mejor, *cómo* sobrevivir una crisis.

Las crisis son inevitables

El día de la crisis vendrá. La iglesia de Jesucristo ha de pasar por el fuego. Y ustedes habrán de estar allí cuando venga. Pero es probable que esa crisis venga mucho más pronto de lo que cualquiera de ustedes cree. ¿Qué harán ustedes en esa hora tenebrosa? Obrero, ¿qué hará usted? Anciano, ¿qué hará usted? El fuego habrá de venir. Pero, ¿por qué? ¡Para probarnos! Para descubrir de qué material estamos hechos: sí de oro o de heno. Hermano, hermana... ustedes no han soñado nunca que semejante discordia, murmuración y contienda fueran posibles entre el pueblo del Señor... Sí, viene. Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es: ¿Cuál será el proceder de ustedes en esa hora de crisis? Permítanme repetirlo, esa hora debe venir. La historia dice que vendrá. Cualquiera que opta por ascender por ese sendero de la montaña, habrá de encarar las horas tenebrosas de una profunda crisis. Está inscrito en la estructura misma del universo que estas cosas *deben ser*. Cuando llegue una crisis, al principio los hombres se sentarán y hablarán acerca de la misma. Se tendrán discusiones. Algunos dirán que ése es el momento de ser denodados. De hablar claro. Y ustedes considerarán esa hora y sabrán que esos hombres tienen *razón*.

El problema

Pero permítanme preguntarles, ¿quién de entre nosotros aquí es suficientemente sabio como para saber la respuesta a esta pregunta: Cuándo es el momento apropiado para actuar? ¿Y quién de entre nosotros es bastante sabio como para saber *cuál* principio es el que es suficientemente importante como para que haya de ser defendido? ¿Cuál hermano de entre nosotros discernirá *el* principio que se ha violado; y *el* derecho de derramar

sangre respecto de eso? ¿Y quién de entre nosotros ha de decidir qué acción ha de tomarse cuando la “clara enseñanza de la Palabra de Dios” nos dice qué es lo que hemos de hacer?

He presenciado muchas crisis y he notado que ambas partes (y las mismas están casi siempre diametralmente opuestas una a la otra) alegan saber exactamente cuál es la “clara enseñanza de la Palabra de Dios”. ¿Cómo sabrán ustedes cuál parte tiene la correcta interpretación de la “clara Palabra de Dios”? Como antes lo señalé, cada hombre en esta tierra tiene un *diferente* conjunto de convicciones fundamentales. ¿Las convicciones de cuál hombre debemos seguir? Ustedes ven, aquello que hace que un hombre explote en una andanada, ni siquiera molesta a otro; al paso que ese segundo hombre experimenta un porrazo por todo lo que es santo, cuando cualquiera otro queda conmovido por lo mismo. Cada uno de nosotros tiene una mecha de diferente longitud. El umbral de enojo de cada hombre es diferente.

Les pregunto: ¿qué es una cuestión suprema?

¿Hubo un momento más importante en la historia en que los hombres debieron haber alzado la voz, que el día que Jesucristo fue crucificado, absolutamente al margen de la justicia? Sin embargo, yo puedo nombrar a dos personas que en ese día de días no alzaron la voz. Dios no levantó la voz. Ni Jesucristo tampoco. Pregunto una vez más: ¿qué es una cuestión suprema?

Por allí se sienta un hermano en la iglesia que dirá (no, *insistirá* en) que lo que necesitamos, lo que la iglesia necesita, lo que se ha necesitado durante 1.800 años para resolver este problema de desunión, es que todos “seamos sinceros unos con otros”. Él dirá: “Tenemos que ser sinceros. Siempre debemos ser francos. Siempre debemos ser transparentes.” (Y, desde luego, “Debemos hablar la verdad en amor”.) ¿Es ésta la solución? ¿Es ésta la simple y sencilla solución de 1.800 años de desunión? ¿Es *tan* simple la solución?

Échenle un vistazo a ese hermano. Por su naturaleza misma él es brusco, tenaz, insistente. Él no está realmente abogando por la “clara enseñanza de la Palabra de Dios”. Simplemente ocurre que tiene un alma recia e inquieta. Él ha expresado su disposición

básica, innata. (O con otras palabras, su naturaleza caída.)

¿Seguiremos a ese hermano? Si lo hacemos, debemos reconocer que, sentado allí en el *otro* lado, hay *otro* hermano más. Este es tímido, callado y reservado. Pídanle que sea franco, transparente y abierto. Pídanle que hable siempre la verdad en amor. ¡Pero despierten! Esa apreciada alma tímida realmente no puede hacer eso. Eso quebrantaría todo su ser. Él no puede sobrevivir en una atmósfera donde todos son “abiertos, francos y transparentes, y hablan la verdad en amor”. Moriría bajo semejante presión. Él no puede vivir en esa atmósfera. Una mañana simplemente faltaría en una de las ‘sesiones de sinceridad’.

De hecho, si ustedes regresan al cabo de uno o dos años y visitan ese grupo que va a ser “sincero, franco, transparente, abierto y de los que hablan la verdad en amor”, hallarán que los únicos que habrán quedado son aquellos que son sinceros, francos, enérgicos, ásperos... por naturaleza. ¡La naturaleza caída! Denles incluso a ellos suficiente tiempo y ustedes volverán un día y sólo hallarán algunos cabos de hacha, algunas garras y algunas uñas.

La solución

Tenemos un problema que tiene alrededor de 1.800 años de edad. En alguna parte debe haber una solución. ¿Hemos de ser sinceros? ¿Tal vez democráticos? ¿Diplomáticos? O tal vez hemos de continuar siguiendo el más grande grito de guerra de todos los tiempos: “¡Adhiérete a las claras enseñanzas de la Palabra de Dios!” Sí, pasemos por encima de todos los cadáveres y hagamos exactamente eso.

Desafortunadamente, los hombres enérgicos, de voluntad de acero y porfiados, que arden con firmes convicciones respecto de “la Palabra de Dios”, no pueden ponerse de acuerdo en cuanto a esa palabra “clara”. Vuelvan a ese libro de historia de la iglesia. Ábranlo en cualquier página. Ustedes verán dónde terminó semejante curso. Está escrito con sangre, está escrito con angustia, con lágrimas. Está escrito con el sufrimiento de nuestros antepasados.

Debe haber una pauta en alguna parte. Pero, ¿Cuál es esa pauta? ¿Exactamente en qué punto debemos tomar posición? ¿Cuál ha de ser, exactamente, nuestra pauta? ¿No hay ninguna estrella polar que nos guíe?

Ciertamente sería mejor que hubiera.

¡Pues, sí hay! ¿Pero cuál?

Para contestar esta pregunta en todo sentido importante, voy a cambiar el tema bruscamente.

Voy a hablarles acerca de los inconversos, los que no son salvos, y les voy a hacer una pregunta acerca del evangelismo. ¿Qué es lo que necesitan esas personas? ¡Nuestra *respuesta* en gran manera necesaria puede depender de una *pregunta* tan simple! Si alguna vez ustedes han testificado mucho, entonces se habrán dado cuenta de que es muy difícil ganar almas para el Señor. Cuando yo era joven, leí muchos libros acerca de cómo llevar a la gente a Cristo. La mayor parte de esos libros me decía: “Descubra cuál es el problema del inconverso y conteste todos sus argumentos con ‘la clara Palabra de Dios’”. Esos libros me decían que le citara textos bíblicos. *¡Demuéstrele que está equivocado! ¡Con la Biblia! ¡¡¡Use la Biblia!!!*

Yo hice eso. Y ganar almas para Cristo fue monumentalmente difícil. Yo abría las Escrituras y disparaba a quemarropa. Directamente entre los ojos. Hasta donde puedo recordar, nunca llevé a nadie a Cristo de esa manera. Y mi testimonio es simplemente el testimonio de casi todos los que han probado ese método de testificar.

¿Han tenido ustedes alguna vez esta experiencia? Los inconversos simplemente no llegarán a ser salvos si ustedes usan la Biblia contra ellos de esa manera. Lo siento mucho, pero es la verdad.

Un cierto día tuve una revelación. Fue una revelación que resultó ser una revolución. Y a partir de entonces, empecé a poder llevar almas al Señor.

Descubrí qué era lo que un inconverso necesitaba. Descubrí

qué era lo que le faltaba. Y eso cambió mi vida.

¿Qué es lo que le falta a uno que todavía no es cristiano? ¿De hecho, qué es lo que *realmente* necesita? Bueno, ahora ustedes son salvos. ¡Entonces saben la respuesta! Ustedes saben que lo que él necesita no son textos bíblicos que prueben que está equivocado. *Necesita a Cristo*. No sólo es eso lo que él necesita, sino que eso es todo lo que le falta. A veces él sabe eso, y a veces no lo sabe. Pero sabiéndolo o no, todo lo que le falta, todo lo que necesita, es Jesucristo. Esa fue mi revelación y mi revolución.

¿Qué es lo que ustedes le dan a un inconverso cuando le hablan? ¿Han tratado alguna vez de darle a un incrédulo cualquier otra cosa que no sea el Señor Jesucristo? Cítenle una docena de textos bíblicos, si les parece. Arrincónenlo. Discutan con él. Intimídenlo. Acabarán sin nada que mostrarle, sino un argumento abismal.

¡Traten de hacerlo! ¡Háblenle acerca del infierno! Describan su condición de perdido. *Prueben* que está equivocado. El resultado será nada más que bullicio; ese método no funcionará. ¿Por qué? Porque le estarán dando algo que no necesita y que no le hace falta. Todo lo que le falta a su corazón y todo lo que su corazón necesita es Jesucristo.

De manera que ustedes le dan a un inconverso algo excepto Cristo y ¿en qué terminan? En una disputa teológica entre un cristiano y un incrédulo. Ahora bien, si todo esto es verdad, consideren qué les ocurrirá cuando el hombre con quien están hablando (discutiendo) ¡es un cristiano que cree que *él* conoce las Escrituras!

Pero ahora tenemos una nueva posición ventajosa. Hagamos uso de ella. Todo lo que el inconverso necesita, y todo lo que al inconverso le falta, es Cristo. Esto está claro. Entonces, les haré otra pregunta: ¿Qué necesitan los hombres que no son inconversos?

Creo que ustedes pueden comprender si les hablo de esta manera: tomemos la propia vida de ustedes. Ahora mismo, muchos de ustedes, en este mismo momento, están enfrentando una crisis. Tienen una necesidad, les falta algo. Ahora mismo.

¿Cuál es la solución a su problema? ¿Por qué están clamando realmente? ¿Qué necesitan *ustedes*? ¿Qué es lo que les *falta*? Bueno, respecto a cada uno de ustedes, la respuesta es bien diferente. ¿Lo es, realmente? Lo que realmente necesitan, lo que de verdad les falta... es Cristo. ¿Quieren saber algo más? Lo que *yo* necesito es Cristo. Lo que a *ustedes* les falta, lo que ustedes necesitan... lo que me falta, y lo que yo necesito, es el Señor Jesucristo. Nada más.

Tóquenlo a *Él*... ¡¡¡y eso es suficiente!!!

Muy bien. Hasta aquí, en cuanto al individuo. ¿Y qué decir de la iglesia? No he mencionado la iglesia. ¡Vamos! ¿Qué decir de la iglesia, cuando está en crisis? ¿Qué necesita la iglesia? A veces podemos ver a la iglesia pasar por un periodo de sequedad. ¿Qué es lo que la iglesia necesita durante un período de sequedad? Cuando surge un problema, ¿qué necesita la iglesia? ¿Qué le falta? Y cuando surge una verdadera lucha a vida o muerte dentro de la iglesia (o fuera de la iglesia) (o entre los obreros), ¿qué necesita la iglesia *entonces*?

¿Qué es lo que necesita el inconverso? El inconverso necesita a Cristo. ¿Qué necesita el individuo? Este necesita a Cristo. ¿Qué es lo que le falta? Cristo. ¿Y, qué *necesitamos* nosotros, como cristianos corporativos... como la iglesia...? ¿Y qué es lo que *le falta* a la iglesia? ¿Qué es lo que *realmente* le falta a la iglesia?

Por cerca de dos milenios, el Señor ha estado llamando a su pueblo a las alturas ascendentes de esa montaña. Si nosotros hemos de completar la obra que ha comenzado, no seremos *nosotros* los que vamos a completar esta obra. La obra va a ser completada *por Cristo mismo*. La obra será completada *en* Cristo. La obra va a ser terminada *por causa* de Cristo. En otras palabras, Jesucristo será el centro.

¡La restauración de cosas perdidas es muy semejante a la *creación*! En la creación todas las cosas fueron hechas por *Él*. Nada fue hecho que no fuera hecho por *Él*. Todas las cosas que hay en todo el ámbito de la creación están sustentadas y mantenidas juntas por el Señor Jesucristo. *Él* es la unión misma por medio de la cual esta creación se mantiene unida. Cristo es el

aglutinante del universo. Este universo no puede salirse de su lugar ni fragmentarse, debido a Él. Sin Él, todo volaría en innumerables fragmentos. Pero eso es la *creación*. ¿Qué podemos decir de la iglesia? Bueno, la iglesia misma es la nueva creación. Todo debió ser creado por Él; nada fue creado que no fuera por Él, y para Él, y todas las cosas se mantienen unidas *por medio de Él*. Cuando ustedes ven esto, verán que la iglesia de Jesucristo tiene *realmente* una gran necesidad de restauración. Así, la iglesia logrará cumplir el llamado del Señor de una sola manera: por medio de la restauración. ¿Pero qué es lo que necesita ser restaurado? Jesucristo mismo es lo que necesita ser restaurado. La restauración vendrá a estar completa cuando Jesucristo haya sido restaurado, cuando Él venga a ser la solución de todas las cosas.

¿Qué quiere decir esto? "...que en todo (Cristo) tenga la preeminencia", es decir, que Él tenga el primer lugar en todas las cosas. Jesucristo tuvo que crear primero; segundo, Él sustenta todas las cosas. Sí, para que Él tenga el primer lugar. Pero hay más. Que Él tenga el primer y *único* lugar. El primer lugar, ¿dónde? ¡Dondequiera! ¡Y en todas las cosas!

Ciertamente Él debe tener el primer lugar en estas áreas de que estamos hablando; lugares donde se necesita tanto de Él y de forma tan grande. ¿Y dónde están esos lugares? Se lo necesita en el individuo; en la iglesia. Se lo necesita en la obra. Se lo necesita --tal vez más que en cualquier otro lugar-- entre los obreros. Se lo necesita entre las iglesias. En mí, en ustedes; en las circunstancias en que puedo estar, en las que pueden estar ustedes; en la obra, entre los obreros; en la iglesia, en las iglesias; ¡en todas estas cosas, tendrá que estar Cristo Jesús, y nada más!

Acabamos de abrir todo un nuevo mundo. Miren arriba. *Esa* obra está por encima de nosotros. Para llegar a esas alturas, ustedes no van a encontrar ningún sendero. ¡Ese es territorio nuevo! Observen bien el suelo: no hay huellas. ¡Habiendo venido hasta aquí, ahora nos quedamos fuera del mapa! Todo lo que tenemos para guiarnos, son las antiguas historias de hombres que hace mucho exploraron este camino celestial.

Hace un momento me referí a las circunstancias en que cada

uno de ustedes puede encontrarse. Algunos de ustedes tienen una confusión muy seria en su vida personal. Eso simplemente sucede. De cuando en cuando la vida de los cristianos se llena de confusión. Con todo, sin tener en cuenta cuán abrumadoras sean las circunstancias en que puedan hallarse, les puedo asegurar que sus problemas palidecen en comparación con las crisis que les esperan a todos ustedes allá afuera en el futuro.

¿Por qué? Déjenme tratar de explicarles. A medida que el Señor se acrecienta en nosotros, también incrementa la envergadura de su obra en nosotros. Hace eso para poder quebrantar. Al hacerlo, Él logra lo que quiere en esta tierra. Al comenzar su obra en cada uno de ustedes, pueden tener la certeza de que los dejará jadeando. Él los pondrá en situaciones tensas. Es en esas situaciones donde Él obtiene de ustedes lo que quiere. Y Él *introduce* en ustedes lo que quiere. ¡Les prometo que lo peor está por venir!

Pero prosigamos. Quiero que ustedes sepan qué es lo que podrían intentar como solución en esas horas futuras.

Su primera reacción habrá de ser de asombro. Ustedes dirán: “Señor, ¿cómo voy a manejar todas estas cosas? ¿Cómo debo conducirme? Esta es una nueva prueba que afronta la iglesia; nunca he estado en nada como esto antes. ¿Qué he de hacer? Señor, no tengo nada que me guíe.” Podrá ser una crisis personal o una crisis de la iglesia, una crisis en la obra o una crisis entre los obreros. Ustedes exclamarán: “Señor, ¿qué he de hacer?” (No les puedo garantizar que vayan a obtener respuesta clara alguna.)

Bueno, ustedes pueden estar seguros de una cosa. En tiempos como ése, al hombrecito ese que está dentro de ustedes no le faltará todo un montón de buenas ideas. La mente de ustedes estará rebullendo de buenas ideas. Mientras más caliente sea el fuego, más buenas ideas tendrán. Probablemente esas ideas serán muy similares a las que todos los hombres han tenido a lo largo de los últimos 1.700 años en aprietos similares. ¡Vean ustedes a dónde los han llevado *aquellas* buenas ideas! Debemos abrirnos paso por ese banco de niebla y entrar en las tierras altas de allá arriba. *Olvidense* de sus buenas ideas. Pueden tener la seguridad de que miles de hombres las tuvieron antes. Ustedes conocen el resultado final de tales ideas.

¿Qué usarán ustedes entonces, si no pueden emplear todas esas ideas brillantes? *Hay una estrella polar. Es ésta.*

Cualquiera que sea la situación que esté allá afuera esperando por ustedes, todo lo que necesitan es el Señor Jesucristo. Todo lo que cualquier otra persona necesita realmente, es Jesucristo. Todo lo que se necesita es Jesucristo. Mañana enfrentaremos una situación enteramente nueva, un mundo nuevo. No importa cuán oscura vaya a ponerse esa hora, cuán singular sea la situación, cuán inusitado sea el problema; todo lo que a todos les falta, todo lo que todos necesitan realmente y todo lo que es necesario, es Jesucristo. Al menos esto es cierto con respecto a ustedes. Aun cuando no sea cierto respecto de otro... ni de cualesquiera otras personas en este planeta.

Ustedes tienen que redescubrir este hecho. Deben *restaurar* esta práctica. Van a tener que aprender un modo de andar enteramente nuevo. “De ahora en adelante al afrontar cualquier situación, deberé hallar un modo de hacer tan sólo aquello que es Jesucristo.” Ninguno de ustedes aquí entiende hoy plenamente todo el significado de lo que acabo de decir. Pero escuchen esto: *ustedes deben comenzar.*

En los próximos años ustedes se van a encontrar en algunas situaciones espeluznantes en la iglesia. Van a arrostrar algunas tentaciones terribles... tentaciones increíbles. Algunos de los problemas que la iglesia tendrá que resolver serán grandes. Cuando esa hora llegue, recuerden a aquel inconverso. Recuerden cómo era tratar de convencerlo cuando le daban menos que Cristo. Eso no funcionaba.

Hermanos, aquí tienen un principio: Si tratar de convencer a un inconverso con algo menos que Cristo no funciona... entonces no importa cuáles sean las circunstancias o la situación, no importa cuán excelente sea la solución, o cuán buena parezca... *cualquier cosa que sea menos que Cristo, no va a funcionar.* Esto es cierto en todo el futuro de ustedes.

Los exhorto, cuando afronten sus dificultades, **NO SE MUEVAN** hasta que tengan a Cristo, *y tan sólo a Cristo.* Cristo es

la solución. El solo es la salida. Menos que Cristo *no* funciona. Nunca ha funcionado, y nunca funcionará. Estéense sentados hasta que sepan que se han agarrado de Cristo; no hagan nada. Y cuando se hayan agarrado de Cristo, no hagan nada más. Hasta que tengan a Cristo y sólo a Cristo, y hasta que puedan impartir nada más que a Cristo y solamente a Cristo, estéense sentados allí y dejen que todo se haga pedazos.

Este es nuestro llamado.

Ahora quisiera hablarles un poco acerca de cómo prepararse para esos inevitables días que están por ahí adelante. Eso puede venirles individualmente, o puede acontecernos a todos nosotros, en forma corporativa, como iglesia. Sea lo que sea, será peor que lo que ustedes pudieran creer jamás ahora mismo. Su primera reacción será: “¡Hállale una solución! ¡Resuélvelo!” Déjenme advertirles que, cuando ese día venga, más vale que ya hayan adquirido mucha experiencia en tomar a Cristo en sus situaciones diarias. Necesitan conocerlo como su todo *ahora* en los pequeños problemas diarios, para que puedan localizarlo en esos encuentros gigantes.

De modo que ¡comiencen ya! Más adelante, cuando la prueba definitiva venga, ustedes tendrán alguna experiencia de la que puedan valerse. ¿Qué es lo que necesitan? Cristo. ¿Qué es lo que les falta? Cristo. ¿Qué es lo que no funcionará? Todo lo que no sea Cristo.

Hemos conversado acerca de lo que el *inconverso* necesita, hemos visto lo que *ustedes* necesitan. Veamos ahora qué es lo que los *demás* necesitan.

Digamos que un hermano está hablando con ustedes pidiéndoles consejo. Si ustedes le dan algo menos que Cristo, no han satisfecho su necesidad. Si le dan una opinión, le están proporcionando algo que le *servirá* de ayuda. Pero, aun cuando se le haya proporcionado alguna ayuda, de hecho, en realidad ustedes lo han perjudicado. Le han dado algo carente de Cristo. En alguna parte, de algún modo, en toda situación, ustedes van a tener que hallar a Cristo para darlo. Deben hallar a Cristo, e

impartir a Cristo e impartir nada más que a Cristo.

Cuando ustedes mismos se metan en alguna terrible crisis, su primera reacción va a ser: “Tengo que salir de esto.” Y si encuentran una forma de salir, en realidad no han resuelto su problema: han ido alrededor del problema. No han hallado una solución. Simplemente han ido *alrededor* buscando una solución. Así también otros cristianos que están en el fuego obran de la misma manera. Automáticamente quieren, en primer lugar y sobre todo, *salir* del problema. “¡Necesito alivio!” Así, con respecto a todos nosotros, si yo trato de ayudar a otro creyente con algo que no es Cristo, si trato de decir algo excepto Cristo, si trato de hacer algo aparte de Cristo, si trato de obtener una solución que no es Cristo, yo sufriré pérdida. Y de igual manera ese creyente.

Estoy hablando de una elevada meta. ¿Es posible que podamos escalar semejantes alturas? Francamente, no podemos. Esas alturas son demasiado empinadas. Esperar promediar un 100% de perfección en una situación como ésta, es simplemente demandar demasiado del hombre caído. Así, la iglesia debe ser un lugar donde a veces sea posible sobrevivir cuando se obtiene “menos que Cristo”. La única forma en que esto puede suceder, es que “menos que Cristo” sea una rara excepción. (Es por esto que el Señor nos ha dado a cada uno de nosotros *setenta* años de vida en esta tierra. Durante esos setenta años ustedes están destinados a sufrir algunos contratiempos. De hecho, todo un montón de ellos.) Estamos destinados a errar el blanco, y --alabado sea Dios-- a aprender algunas lecciones muy valiosas.

Cuando se trata de aprender a Cristo y dar a Cristo, vamos a obtener algunas calificaciones bajas como ‘C’s y ‘D’s, antes de empezar a sacar ‘B’s y ‘A’s. (Es probable que comencemos esta clase obteniendo algunas ‘F’s.) Su primera tarjeta de calificaciones puede no lucir del todo buena. Si éste fuera el caso, confío en que el Señor no escribirá la palabra “*Ichabod*” en ustedes, en nosotros. Pero estimados santos, realmente no podemos hacernos un hábito de las bajas calificaciones. La iglesia puede sobrevivir eso por un poco de tiempo, mas no por mucho. Ustedes no pueden sobrevivir una continua dieta de menos que Cristo. De modo que debemos comenzar. Aquí. Hoy. Debemos empezar a dejar que el Señor se grave en nosotros en todo sentido, y en toda crisis y en todo problema. Además de esto, debemos empezar a abrirnos a la

cruz. La cruz *debe* ser aplicada a *todo* lo que sea menos que Cristo.

Así que empecemos preparándonos para lo inevitable. Empecemos adquiriendo *esta* clase de experiencias. La iglesia tiene que levantarse por encima de su nivel presente. Debemos ir más allá de este lugar, más *allá* de adonde el Señor nos ha traído hasta aquí. Sólo iremos más allá de este presente punto cuando empecemos a conocerlo, y a *tomarlo a Él* en todas las cosas.

Ahora tengo que volverme un poco más práctico. ¿Qué entiendo al decir: conocer tan sólo a Cristo? Desde luego que no estoy hablando de nada religioso. No les estoy pidiendo que, cuando entren en una crisis, se hagan esa insípida pregunta religiosa: ¿Qué haría Jesús si estuviese en mi lugar? Eso no es más que una tontería religiosa; pura esclavitud.

Entonces ¿qué fue lo que entendí al decir: “tomar a Cristo y dar nada más que Cristo?” Lo que quiero decir con esto es que, cuando ustedes hayan llegado más allá de todo motivo humano, y todo haya quedado ya purificado y eliminado de ustedes --cuando se las hayan habido ya con los secretos motivos de su corazón-- y sepan que no hay nada que provenga de ustedes sino sólo del Señor viviente... (De hecho, sea la vida del Señor la que esté viviendo y reinando en ustedes.) Cuando ya todo, cada motivo de su corazón, haya sido purificado, toda esperanza haya ido a la cruz, toda buena idea que puedan haber tenido haya sido crucificada, y allá en lo profundo de las reconditeces de su ser hayan brotado los manantiales de Dios mismo... Entonces Él habrá llegado a ser el que vive y habla. No hasta entonces. No hasta *entonces*.

Pudiéramos decir que hay un punto A, un punto B y un punto C. El punto A es donde la crisis comienza. El punto B es cuando ustedes se forman todas esas ideas. (El punto B es donde ustedes tienen muchas reacciones humanas, buenas ideas para lograr soluciones... y es *aquí* que la mayor parte de los hombres en la historia de la Iglesia han actuado.)

Ustedes no pueden evitar siempre que el punto B ocurra... pero si pueden llevarlo a la cruz. Alabado sea Él... existe un punto

C. El punto C es cuando ustedes han encontrado al Señor y *ustedes lo saben*. ¡Es posible semejante lugar! Todo lo demás ha sido depurado, eliminado. El punto B fue aniquilado, quitado por Dios. Ahora ustedes han llegado al punto en que están dispuestos a perderlo *todo*. Ahora tienen la mente del Señor; pueden hablar. (¡No! No exactamente. Con frecuencia sabrán que no pueden hablar. Hablar sería menos que el Señor. Todo lo que pueden hacer --muy probablemente-- es guardar silencio. Vayan a la cruz. Y mueran.) Todo lo que quiero que ustedes sepan es esto: Entre el punto A y el punto C tendrá que haber mucho sufrimiento, dolor de cabeza y agonía. ¡Pura agonía!

Resumamos ahora. Yo necesito a Cristo. Ustedes necesitan a Cristo. El que no es cristiano necesita a Cristo. La iglesia necesita a Cristo. Su hermano que tiene un problema necesita a Cristo. Esto deja a una persona: el obrero.

Les he pedido que lean la historia de la Iglesia. Ahora, ¿puedo sugerirles que también lean cuidadosamente la historia que tenemos en Hechos? Si lo hacen, notarán una serie de problemas. Algunos entre miembros. Algunos entre individuos. Algunos entre iglesias y algunos entre obreros. El primer gran problema que surgió en la iglesia, ocurrió en Jerusalén. Fue local, y el problema no fue causado por obreros. Ese problema fue de viudas y alimentos. Pero noten ustedes el gran problema siguiente. Sucedió en Antioquía. Ese problema fue causado por obreros procedentes de Jerusalén. La mayoría de los problemas realmente serios son causados por obreros. El problema fue tan grande, que para resolverlo, se convocó un concilio en Jerusalén. Después de ése siguieron muchos conflictos, pero ustedes pueden estar seguros de que en cada caso hubo al menos algunos hombres presentes que estaban dispuestos a soportar un sufrimiento casi sobrehumano. Ellos actuaron así por la unidad del cuerpo. Ese fue un distintivo de los creyentes primitivos.

No encontramos una historia tan hermosa *después* del primer siglo. Quisiera señalar también, que la mayor parte de los problemas y de las controversias que han surgido desde el año 325, *ni* siquiera han sido problemas de asuntos bíblicos. Los mismos fueron sobre cosas como... bueno... edificios de iglesias (lo cual no es un problema de asuntos bíblicos). Esperemos que la

mayor parte de nuestros problemas sean al menos de asuntos bíblicos; problemas que sean verdaderos duplicados de problemas hallados en la *vida de iglesia* de los santos primitivos. Si seguimos los caminos del Señor, lo serán.

Baste decir que conforme ustedes leen la historia de los últimos 1.700 años, pueden ver que los obreros han sido los que han causado la mayor parte de los conflictos. Y ahora *nosotros* debemos entrar a la arena de la historia de la iglesia. ¡Cuán elevada norma debemos establecer! Ahora. De lo contrario estamos perdidos.

La mayoría de ustedes son jóvenes ahora, pero no lo serán siempre. Irán creciendo en edad, y algunos de ustedes recibirán dones del Señor. Algunos de ustedes se incorporarán a la obra del Señor. Y bien, amados santos, es mejor que empiecen a tomar a Cristo como su todo ahora. Mejor es que vengan a conocer esto llamado 'pérdida' y 'renuncia'. Si esperan hasta que sean ya obreros para *empezar* a vivir esa vida, habrán esperado demasiado.

(Y si usted, estimado lector, es un obrero también, sea quien sea... lo más sensato que usted puede hacer es entregar su distintivo. Comience nuevamente. Usted es una conveniencia peligrosa. Hoy día los obreros no conocen ni la vida de iglesia, ni la renuncia, ni las cosas profundas de Dios. La era en que vivimos *no* lo preparó a usted apropiadamente para la obra del Señor.)

¡El Señor les proporcionará una introducción a este andar más elevado en cosas pequeñas, como es aprender a convivir con su compañero de habitación! Él es fiel en enviar cada día las crisis pequeñas. Más adelante aumentarán las crisis. La demanda de pérdida aumentará. ¿Tomarán ustedes a Cristo en los problemas pequeños? ¡Mejor lo toman! Necesitarán muchísima práctica para los encuentros titánicos que esperan allá adelante. Tengan por seguro: si adquieren mucha práctica en tener a Cristo como su todo ahora, entonces pueden esperar que más adelante -- cuando se trate de habérselas con la obra y con el obrero-- ustedes van a necesitar cada pizca de esa experiencia para sacar de ella. ¡La situación es seria, alpinistas! Cada escalón hacia arriba es no sólo un poco más alto, sino un poco más difícil. Los riesgos son cada vez más grandes. La posibilidad de fracaso es

cada vez mayor; ¡la demanda de que ustedes pierdan, cada vez reclama una pérdida *más grande!* Desafortunadamente, la tentación de contentarse con algo menos que Cristo también se hace más grande. La tentación de tomar una herramienta indigna del nombre del Señor crece con cada año subsecuente. Sí, ustedes necesitan muchísima práctica. AHORA. De modo que, comiencen ahora.

¿Necesitan ustedes alguna motivación para estar dispuestos a experimentar un llamado tan arduo? Miren hacia arriba: vislumbren las expectativas. Consideren las cosas nuevas que Dios podría tener en la tierra. Aprendan a perder. Aprendan a sufrir. Aprendan ahora, en tanto que son simples, no complicados. Pongan en su vida un fundamento de sufrimiento, de dolor y de pérdida... ¡ahora!

Permítanme recalcar este punto. ¡¿Qué sucederá si *no lo hacen?! Bueno, ustedes van a pasar por algunas experiencias de seria reflexión y quebrantamiento espiritual. ¿Y qué sucede en esos tiempos si actúan con algo menos que Cristo? ¡Habrán regresado a esas formas que los hombres han empleado a lo largo de 1.700 años! Ténganlo por muy cierto. Hay otras formas. Desafortunadamente, algunas de esas formas son muy elevadas... muy espirituales y nobles. ¡En efecto, son bíblicas? Sobre todo, son *extremadamente* razonables. Ustedes se sentirán abrumados al ver cuán *racional* es esa solución. *Tendrán* una excusa. ¡Y tendrán un versículo que justifique sus acciones!*

No estoy seguro de que ustedes me entienden. Existen herramientas, Buenas herramientas. Pero son menos que Cristo.

Un día *deberán* discernir la diferencia que hay entre lo que es bueno, pero es menos que Cristo... y lo que es Cristo. Ustedes deben tener un espíritu fuerte. ¡*Necesitan* experiencia! Sin embargo, la experiencia que deben tener sólo la puede ver uno que esté *colgado* en una cruz. Desde allí las cosas lucen muy distintas que desde cualquier otro lugar en la tierra. Déjenme explicarles lo que quiero decir. Ustedes están ciegos hasta que puedan ver las cosas desde la cruz. Hay algunas cosas que sólo puede ver uno que esté suspendido en crucifixión: cosas que ustedes nunca sabrán, cosas que nunca verán, hasta que puedan

verlas mientras estén clavados entre el cielo y la tierra.

El Señor *tiene que* hacer pasar por tales experiencias a cada uno de sus siervos. Él *tiene que* ponerlos a ustedes en la cruz. Algunas experiencias que esperan por ustedes son absolutamente horribles. Posiblemente nadie puede soportarlas, a no ser que haya tenido algunas experiencias 'sólo ligeramente menos severas' y similares, sólo un poco de tiempo antes. ¿Por qué? ¡Porque sin un preacondicionamiento tal, ustedes serían destruidos!

Muchos de ustedes quieren ser obreros. No puedo proporcionarles una clara definición de las idoneidades necesarias para esta ocupación (perdónenme por sonar gracioso), pero sí puedo hablarles de alguna excelente preparación. De hecho, voy a catalogar la preparación *esencial*. *Esencial* si la persona ha de ser lo que Dios desea que sea. Preparación para ser obrero: una *frecuente* experiencia de ser clavado a una cruz. Una frecuente experiencia de perderlo todo. Repito, hay algunas cosas que ustedes aprenden en medio de esos aprietos, que no pueden aprender en ningún otro lado.

¿Qué verán ustedes mientras cuelgan en una cruz? Una cosa importante: que, sin tener en cuenta la oscuridad de esa hora, la seriedad del conflicto, ni la enormidad de los riesgos, todo lo que necesitan es Cristo. ¡Aun en la cruz! En todo, debe ser Cristo. ¡Incluso su conducta durante la crucifixión! ¡Su propia crucifixión! Nunca olviden esto.

Así que, hemos hallado la línea de arrancada. Ahora, alcen la vista y miren esa ladera de la montaña. ¡Miren! ¡Allí! ¡Las alturas! Esas son las que tenemos que escalar ahora. Que Dios tenga un pueblo sobre la tierra que sea un pueblo de la cruz; un pueblo de Cristo y sólo de Cristo.

Que ésta sea, oh Señor, nuestra misión.

CAPITULO 5

Cómo sobrevivir a las consecuencias

Hemos hablado acerca de las crisis, y acerca de días cruentos que están por venir. Hemos hablado acerca de qué hemos de hacer en esos días. De nuestra conducta. De la solución. (Siendo la solución no conocer nada más que a Cristo.) ¿Y qué decir de cuando la crisis ya ha pasado, de cuando toda la severa prueba ha terminado? Ahora ustedes encaran una situación tan crítica como la crisis misma. Una crisis siempre es testigo de la deserción de muchos. Las crisis destruyen a los hombres. Pero, bastante extrañamente, hay otro período de destrucción... que es igualmente tan importante. Muchos que sobreviven a una crisis quedan destruidos por las consecuencias de ella. Digamos que viene un día en que ustedes ven una inminente contienda. Ustedes rinden su vida. Se abstienen de atacar. No reaccionan cuando son atacados. No reclaman sus derechos bíblicos. No hacen nada. ¿Cuál será el resultado?

Algunos de ustedes pudieran pensar: “Bueno, el Señor intervendrá y me libraré.” Pudiera ser. Por mi parte lo dudo. Si lo hace, pueden estar seguros de que será una excepción. Yo no creo que ustedes puedan imaginarse siquiera cuán oscuras serán las noches; cuán lejos estará el amanecer. La mayoría de ustedes no puede creer cuán cargado de sufrimiento habrá de ser su porción. *Serán* maltratados. *Serán* denunciados. Calumniados. De hecho: crucificados. Esa será su porción. Y además, no habrá nadie alrededor para notar cuán nobles han sido ustedes durante la severa prueba. En efecto, serán atacados por haber guardado silencio. Será una situación de... palo porque bogas... palo porque no bogas. La conducta más limpia, más noble no solamente *no* será advertida... sino que será atacada. Y mientras todo eso esté sucediendo, su vida misma será quebrantada. Sus sueños quedarán hecho pedazos. Su obra, diezmada. Su ministerio, destruido. Su reputación, arruinada. Probablemente ustedes habrán vuelto al cero, o cerca del mismo.

Las consecuencias también devastan

Esto nos trae al punto siguiente. Cuando ya todo ha terminado, cuando ustedes salen de la prueba, con sus vestidos humeando, su alma abatida y su espíritu paralizado... ¿entonces qué...? (Estoy hablando de una crisis de la iglesia, una crisis entre iglesias, y de conflictos entre obreros, así como de algunos de los enormes problemas personales que se nos presentan.)

Creo que puedo decirles exactamente lo que les sucederá a ustedes, basado en lo que le ha sucedido a la mayor parte de las personas que han pasado por esas severas pruebas, por esos trágicos y horribles cataclismos. ¡Pueden esperar que queden naufragados por el resto de su vida! ¡Eso es! Espiritualmente destruidos. Como mesmerizados. Amargados. Deambulando aturridos por brumosos corredores. Continuamente perseguidos por los recuerdos de esos horribles días. *¡Dañados irreparablemente!*

¿Será ése el fin de ustedes? ¿Es ése el único fin posible para ustedes? ¿Para hombres que permiten la pérdida de todas las cosas? Probablemente. Pero debe de haber un algo mejor que eso. ¿Por qué? ¡Porque ustedes *van* a pasar por esas horrendas pruebas! Muchísimas personas que pasan por ellas *nunca* sobreviven. Con todo, tiene que haber alguna forma de sobrevivir. Alabado sea Dios, sí hay. Pero la misma está en seguir subiendo la cuesta... ¡Vaya una forma!

Mejor es que ustedes conozcan esa forma. Es mejor que vivan por medio de ella. ¡En ella está su única esperanza! Cómo sobrevivir a las consecuencias de una crucifixión es una de las cosas más importantes que habrán de aprender jamás.

Su pasado

La mayoría de ustedes son jóvenes. Aún no han pasado por ninguna de las profundas crisis de que les he hablado. Pero, por otro lado, creo que cada uno de ustedes ha sido desilusionado alguna vez, ¿no es verdad? ¿Profundamente herido? Las frustraciones pueden devastarlos. De modo que déjenme preguntarles... traten de recordar... ¿cómo se comportaron ustedes cuando pasaron por las horas más tenebrosas que habían vivido jamás? La respuesta les proporcionará alguna pista en cuanto a cómo la van a pasar en futuras crisis.

Con frecuencia ustedes me han oído expresar mi gozo por el hecho de que tantos de ustedes son tan jóvenes. Más de la mitad de los aquí presentes tienen bastante menos de 25 años. Sólo cuatro o cinco de nosotros tenemos más de 35 años. Estoy tan agradecido por esto. Por muchas razones. Una de ellas es porque no tienen mucho *pasado*. Anoten esta palabra. Es a esto a lo que quiero referirme: el pasado. Si es que ustedes han de sobrevivir a las severas pruebas que he descrito, ¡entonces no deben acopiar nunca el pasado! Que por la misericordia de Dios ustedes nunca tengan un pasado.

Ahora bien, ¿qué entiendo por este término? Bueno, a lo largo de los años ustedes tienen muchas experiencias: algunas son positivas, otras, muy negativas. Algunas casi los destruyen a ustedes. Algunas son tan perjudiciales que es increíble. Mientras más jóvenes son ustedes, menos de esas experiencias han tenido. Con todo, cada uno de ustedes ha tenido o tiene un pasado. Suficiente como para apreciar lo que estoy diciendo: una mala experiencia puede devastarlos.

He visto un gran número de hombres devastados por lo que les ocurrió. Estaban devastados debido a *una* cosa. No podían librarse nunca de la terrible experiencia. La misma los perseguía; los agobiaba día y noche. De algún modo, en alguna parte habían sido heridos por alguien. Y hasta entonces simplemente no habían podido recobrase del recuerdo de esa experiencia. Ese recuerdo permanecía ahí. Les iba royendo el corazón. ¡El tenebroso e incommovible recuerdo!

¿Saben ustedes quien será el que jugará el papel más importante en darles un pasado? Bueno, podría ser un empleador. Puede ser alguien allegado a ustedes. ¿Pero saben quién es *más probable* que lo sea? Un cristiano. Por increíble que

parezca, nadie puede herirlos de forma verdaderamente tan profunda como un cristiano. Ellos habrán de ser los autores de la mayor parte de los terribles recuerdos de ustedes. Una vez más, éste es un testimonio de la historia de la iglesia. (Es muy probable que sea un obrero el que lo haga.) Esto es verdad. No se sorprendan si les ocurre a *ustedes*.

Hay un versículo muy serio en Hebreos. Por medio de uno de sus escritores, el Señor nos dice: “Mirad bien, no sea... que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe.” Esto sigue siendo efectivo aun cuando sea un cristiano el que los hiera y cause la amargura.

He visto a muchos hombres eliminados de la carrera. A excepción de (¿quizá?) la inmoralidad o una franca herejía, lo que ha destruido a más hombres, ha sido la rebelión y la *amargura*. ¡*La amargura!* Este estorbo destruye a más cristianos que prácticamente cualquier otro obstáculo que nos es colocado delante en esta carrera que estamos destinados a correr.

¿Y qué es la amargura? ¿Cuándo pueden ustedes saber que ella los domina? Pueden saber que la amargura ha entrado en su vida cuando andan arrastrando su pasado por ahí. Una vez que ustedes han arrastrado su *pasado* trayéndolo a su *presente*, la amargura se extiende, penetrando en su alma como una oruga. En breve esa amargura los infectará, y no sólo a ustedes, sino a todos aquellos que los rodean. Ustedes los infectarán. Ustedes estarán destruidos, y a su vez estarán destruyendo a otros.

Quiero repetir esto. ¡Allá adelante hay tribulación *para ustedes!* No hay forma de escapar de ella. Si alguno de ustedes cree que alguien lo ha herido, hasta ahora todavía no ha visto nada. Sería más sensato que hiciera sus maletas hoy y se fuera y no volviera nunca... y se evitara de ese modo tener que experimentar la angustia que está por venir. Estoy diciendo esto desde un punto de vista bíblico, y estoy diciéndolo por experiencia --hay tribulación allá adelante.

Tenemos que tomar una posición con respecto a este asunto. Después de todo, el mundo y todo lo que hay en este mundo, se va a levantar un día de éstos y nos va a atacar. Si ustedes dejan

que el pasado penetre en su presente... si *no* permiten que Cristo sea su pasado... entonces su futuro los va a destruir. Es posible que no puedan sobrevivir al futuro si en su presente hay una raíz de amargura. La raíz de amargura destruye a todo hombre que toca. Les digo: no permitan que el ayer entre en su hoy. Hay una sola cosa que deben dejar que entre en su hoy. Ese es Cristo, y tan sólo Cristo. Cristo es el único camino a través de las crisis que están allá adelante.

(Estoy tratando de decirles cómo pasar las consecuencias de una crucifixión.)

¿Qué es lo que entiendo por: “no adquirir nunca un pasado”? ¿No es cierto que todos nosotros tenemos un pasado? No, no es verdad. Sólo tenemos un pasado si arrastramos nuestras experiencias oscuras trayéndolas a nuestra vida presente. ¿Cómo pueden ustedes evitar eso? Conociendo sólo al Señor Jesús en su presente. Vean, el Señor Jesús no es pasado. No es presente. No es futuro. Él está fuera del tiempo y del espacio. Cubre los recuerdos tenebrosos. Hagan que la experiencia de Él sea *su* presente. Hay esperanza de supervivencia en esto.

Tal vez yo debiera definir qué entiendo por ‘el pasado’. Dicho en forma simple, el pasado es una mala experiencia. Con esta definición, todos los que se encuentran en esta sala tienen un pasado. Cierto. Pero si ustedes han de seguir adelante, hacia arriba, entonces su pasado tendrá que terminar *hoy*. Su pasado tendrá que ser el Señor. De otro modo ustedes van a ser destruidos. Los recuerdos tenebrosos deben quedar a un lado.

Déjenme darles una ilustración de esto: Ustedes saben que hace unos días volví de un viaje al medio oeste del país. ¿Cómo estuvo mi viaje? ¡Agradable, gracias! Estuve allí alrededor de una semana. ¿Fui herido por algo que sucedió allí? ¡No, absolutamente no! De hecho, el viaje de regreso fue maravilloso. Al considerar el día de ayer, veo sólo a Cristo. Ahora bien, ¿qué les diría si les hablara del día de anteayer? Puedo decirles que fue un día maravilloso también. De hecho, todo lo que recuerdo acerca de ese día es Cristo. Ustedes debieron haber estado allí.

¿Pero qué puedo decir del día anterior a ése? Bueno, si ustedes indagaran retrospectivamente en mi calendario por

bastante tiempo, quizá podrían hallar un día que no fue tan agradable. Hubo un día que no fue Cristo. Ese día las cosas fueron feas. ¿Y qué voy a hacer con ese día tan malo que tuve? Bueno, si así lo prefiero, puedo hacer de ese día parte de mi presente. Puedo pensar en ese día. Puedo hablar de él. A cualquiera. A todos. Puedo analizar ese día. Puedo justificar ese día. Sí, puedo revivir ese día. Puedo abrigar ese día. Puedo traérmelo a casa conmigo. ¡Puedo adoptarlo! ¡Puedo nutrirlo! Puedo proporcionarle una habitación. Puedo hacer que venga a ser parte permanente de mi vida. Puedo establecer ese día como parte de mi historia pasada. Puedo hablar de él y recordarlo. Y ciertamente, si un día es bastante malo, si una situación es bastante grisácea, eso es exactamente lo que va a ocurrir.

¿Tuve yo realmente un día tan malo? Bueno, hermanos, eso *depende*. Si deajo que lo sea, si... ése pudo muy bien haber sido un día horrible. Asimismo, pudiera haber algunos días en mi experiencia pasada que, si los deajo entrar en mi vida de hoy para que vivan allí, me pueden destruir. Yo podría mirar atrás y decir: “Ese fue el peor día que yo he vivido jamás. Eso que ocurrió fue injusto; abusaron de mí; los que hicieron eso eran una pila de gente inútil,” etc., etc.

Si tomo ese punto de vista, si caigo en ese comportamiento, entonces... si, he tenido algunas experiencias horribles en mi vida... días que arruinaron mi vida. El hecho es que yo podría hacer una profesión de lo que me aconteció un día. ¿Han tenido ustedes alguna vez un día como ése en su vida? ¿Un día tan injusto que pudiera destruirlos, que los obsesiona, tanto que podrían armar una tienda y hacerlo su profesión? Podrían hablar de él, podrían poner énfasis en él, podrían fomentarlo por el resto de su vida.

¿Han estado alguna vez heridos tan hondamente? ¿Les ha ocurrido alguna vez algo tan abismal que podrían escribir un libro acerca de ello? ¿Hasta tres libros? ¿Han tenido ustedes alguna vez un día tal, que podrían iniciar una revista mensual tan sólo para hacer campaña contra los involucrados? ¿Han tenido ustedes alguna vez un día tan malo que podrían iniciar un movimiento nacional sólo para reprimir a esos sucios granujas? Bueno, ésa es la clase de día que puede penetrar profundamente en su alma,

anidar allí, y *destruirlos*. De hecho, eso es exactamente lo que les ocurre a muchos hombres.

¿He tenido alguna vez un día como ése? La respuesta es: *solamente* si le pongo énfasis y lo tengo presente.

Hay algunos días tan horribles, tan injustos, que cuando ocurren, muchos de entre el pueblo del Señor simplemente nunca se recobran de ellos. Si alguna vez ocurre que yo tenga un día como ése, y si no me libero de él, entonces me seguirá, entrará en mi presente, y entonces ya no será mas mi terrible pasado. Será mi amargo presente. Estaré lesionado. Si no sucede algo rápidamente, si el mismo penetra en mi hombre interior, y de esa manera en mi futuro, entonces estaré arruinado.

¡Ustedes van a tener días semejantes! Los puedo ver ya en el horizonte. O quizá debiera decir: “¡Levanten la vista, ahí están! ¡Están esperando por ustedes allá arriba, en algún lugar en la ladera de esa montaña! Están esperando al peregrino que se atreva a emprender las alturas.

¿Están ustedes seguros de que todavía quieren hacer este viaje? Si es así, entonces lo que es pasado debe ser dejado de lado. Y cuando allá afuera en el futuro se tropiecen con días malos, esos días deberán ser dejados de lado inmediatamente. Ustedes tendrán que dejarlos de lado.

No deben permitir que ni una pizca de su pasado entre en su presente, ni en su futuro. Es pasado; y ciertamente no es Cristo. ¡Por tanto, se *ha* ido! Y, gracias a Dios, se *ha* olvidado. Ese día ha sido reemplazado. ¡Gloria!

De hecho, no puedo recordar absolutamente ese día. ¿Qué fue lo que ocurrió? Lo siento, no recuerdo. ¡Se ha ido! ¿Eso fue la semana pasada? ¿O sucedió el año pasado? ¿En qué fecha fue? ¿Fue justo o injusto? Lo siento, no puedo recordarlo. Eso nunca se anidó en mi corazón.

Bueno, ¿han estado ustedes curiosos acerca de algunas de las cosas que han tenido lugar en mi pasado?

¿Quieren saber realmente qué es lo que me ha sucedido en

días de crisis? (¡Si, ustedes quieren saberlo! El hombre caído tiene la curiosidad de un gato.) ¿Cuáles son algunas de mis experiencias pasadas?

¡Bueno, probablemente les podría contar historias que ennegrecerían sus oídos! ¡Pero mírenme! A cualquiera que tenga mi edad le han ocurrido montones de cosas. Y, desafortunadamente, algunos hombres ponen énfasis en esos acontecimientos y hablan de ellos durante años. Tengan cuidado cuando hayan vivido otros veinte años. Para entonces muchas experiencias desagradables habrán llenado una buena parte de su vida. Pero las mismas no serán tan extraordinarias. Muchos de los siervos del Señor han tenido experiencias horribles. Sin embargo, raramente otras personas tienen conocimiento de ellas. ¿Por qué? Pues porque ellos nunca hablan de ellas; por consiguiente, en breve esos días atroces quedan en el olvido. Pero otros pueden estar hablando de esas cosas por el resto de su vida. Las malas experiencias han anidado en su corazón.

A propósito, cuando ustedes pasen por esos días tenebrosos, probablemente habrá algunos santos más que también estén pasando por ellos. Tengan cuidado: ustedes querrán reunirse y formar un 'club de amargados'. Las personas que tienen problemas graves se magnetizan unas a otras. Ustedes pueden pararse por ahí y hablarle uno al otro acerca de lo que ocurrió, una y otra vez, por el resto de su vida. Será mejor que hagan su maleta y se vayan de la ciudad. Si es que no pueden deshacerse de eso, al menos no vivan entre los que han quedado permanentemente perjudicados por el problema. Bien pronto la herida de ellos vendrá a ser la herida de ustedes, y la de ustedes, la herida de ellos. En breve el enfoque de ustedes será el enfoque de ellos, y el de ellos, el enfoque de ustedes. El daño de ellos será el daño de ustedes, y el prejuicio de ustedes, el prejuicio de ellos. Mucho daño vendrá a ustedes, hermanos. No tan sólo que ustedes quedarán heridos, sino que habrán herido a muchos otros. "... no sea que brotando alguna raíz de amargura... por ella muchos sean contaminados."

Francamente, acaba de dar un relato casual de historia de *la Iglesia*, Aquí está en substancia: Alguien quedó herido; en respuesta éste se desenfrenó contra la persona que lo hirió. Entonces otras se ofendieron por los improperios y devolvieron la

andanada. Tal vez lo que se dijo era injusto, pero la andanada que devolvieron también era injusta. Ciertamente, su legítimo derecho había sido destrozado, su reputación arruinada, y lo que se dijo de ellos era justamente lo que no se debía hacer. Pero cuando todo acabó, muchos en ambos lados quedaron devastados para siempre. Ninguno fue a la cruz.

Semejante proceder no es Cristo. Por consiguiente, ustedes no se atrevan a pasar semejante conducta a nadie. Tal vez ustedes creen que están justificados por haber sido heridos. Muy bien. Incluso pueden creerse justificados para hablar claro. Quizás lo estén, pero lo que están a punto de decir no es Cristo, y cuando lo digan --va a devastar a otros.

Aquí está lo que les estoy diciendo a todos ustedes: Es hora de que la historia de la Iglesia tenga una mejor página insertada en ella. Todo lo del pasado debe terminar aquí, hoy, con nosotros.

Si ustedes permiten que una herida profunda halle lugar en su vida, entonces el estandarte no avanzará. Si el estandarte avanza, avanzará solamente porque Dios tiene un grupo de personas que han renunciado al privilegio de tener un pasado. Debe haber un pueblo sobre esta tierra que sea ciego para sus propios derechos --un pueblo sordo a lo que otros dicen, y un pueblo que no contesta, con la misma moneda, el trato injusto que haya recibido.

Si ese estandarte avanza, será porque el pasado ha cesado de existir. Eso quiere decir que todas las cosas negativas que les hayan acontecido jamás a ustedes... nunca acontecieron.

Curiosidad

Hace un rato me referí a la curiosidad del hombre. Bueno, aun la curiosidad de ustedes va a tener que llegar a ser el Señor Jesucristo. Nosotros, los seres humanos somos gente curiosa. Nos olemos que algo está sucediendo... y de modo especial sí oímos que es algo negativo... de inmediato queremos saber todo al respecto. Miren. Aquí viene todo un montón de personas. Ahora están parados ahí frente a su puerta esperando ansiosamente ser

influidos por ustedes. Casi que pueden oírlos decir. “Influyan en mí su prejuicio!” “Oh sí, déngle color a mi punto de vista.” “Oh, pronto, pronto, cuéntenme esa perversa historia. Yo estaré de su parte, ¡Tan sólo completen los detalles para que yo pueda estar apropiadamente horrorizado! ¡Apenas si puedo esperar! Cuéntenme los detalles sombríos. Cualesquiera que sean. ¡Les prometo defender la versión que ustedes tienen sobre todo ese maloliente asunto!”

El mundo está lleno de esta especie, ¡De hecho, ustedes pueden ser parte de ellos! ¡Y probablemente lo son! Apreciados santos, ustedes no sólo han de rendir su pasado, sino que no lo han de divulgar por ahí a otros. Ustedes no han de mitigar la insaciable curiosidad de otros.

(Ahora bien, todo esto requiere un estilo de vida totalmente nuevo --una nueva forma de pensar, de actuar, de vivir. Una forma de vida contraria a los hábitos culturales de ustedes y contraria a su viejo hombre.)

Su curiosidad tendrá que desaparecer. Absténganse de saber las cosas sórdidas por las que otros han pasado. Sí, puede ser divertido escuchar. ¡Sí, puede ser tremendamente interesante! ¡Sí, eso puede ser entretenido! ¡Sí, eso satisfará a su viejo hombre... como la tarta de cumpleaños satisface a un niño! Pero, con todo, ustedes no deben escuchar, y con todo, no deben hablar. Duda que ustedes podrían encontrar una forma más placentera de pasar esta noche, que escuchar el relato de algún sórdido desbarajuste cristiano. ¡Y mañana! ¡Ah! ¡Mañana! Ustedes podrán hacerla el principal tópico de conversación entre todos sus amigos cristianos. Pero, escuchen ustedes, los oídos del pueblo del Señor no fueran creados para semejantes cosas. Nosotros no debemos oír hablar nunca de la pobre conducta del pueblo del Señor. ¡Dejen eso para que sea leído en los libros de historia! Tal vez si leemos lo que ocurrió hace cien o doscientos años, pudiéramos aprender una lección. Pero hablar de lo que ocurre alrededor, trae tinieblas a nuestra propia alma. Si nos permitimos semejante placer natural, estaremos pagando un terrible precio por ese entretenimiento. ¿Por qué? Porque habremos llegado a ser exactamente como los que anduvieron antes de nosotros. ¡Exactamente como ellos! Porque eso es lo que todos ellos hicieron. Y dejaremos detrás de nosotros los mismos restos de

naufragio que también ellos dejaron. Divertido, sí. Entretenido, sí. Lo que todos han hecho antes de nosotros, sí. ¿Pero, es eso Cristo? No. No es.

¿Y si eso no es Cristo? Entonces es un lujo que nosotros no podemos permitirnos.

Problemas de la iglesia, problemas de los obreros, problemas de los creyentes individuales... todos son interesantes y entretenidos, y todos satisfacen nuestra curiosidad. Pero no es digno del Señor que hablemos repetidamente de los terribles conflictos. ¡Al satisfacer nuestra curiosidad, también habremos sacrificado la posición de ese estandarte!

Ustedes pueden agasajar pródigamente su curiosidad; pueden obtener muchos relatos interesantes y entretenidos, a fin de pasarlos luego a otras personas curiosas. Pero, oh, oh, el precio que pagan. Oh, la destrucción que habrán labrado. (Ustedes pueden usar la razón y decir: "Yo se los relaté tan sólo para que no fueran a caer en el mismo error." Sí, ustedes pueden ayudar a esa persona, y hablar de eso puede muy bien ser terapéutico para los heridos sentimientos de ustedes. Admito que aun pudiera ser imaginablemente de ayuda. Pero noten esto: *no es necesario*, ¡Nunca lo será! Hay una sola cosa necesaria, y ésa es Cristo.)

Lo he dicho antes y lo digo otra vez: ¿dónde está un pueblo dispuesto a sufrir?

Les traigo buenas nuevas: no tenemos que hablar acerca de nuestro pasado. Ustedes no están forzados a perjudicar a otros con la experiencia por la que ustedes han pasado, ¡Oh, ustedes pueden hacerlo! ¡Pero no tienen que hacerlo! Pueden renunciar a su pasado. Todo lo que cualquiera de nosotros realmente necesita es Cristo. Y no me importa cuán curioso pueda mostrarse el hermano que está delante de ustedes, ni cuánto él les ruega que le cuenten el relato. Recuerden que todo lo que le *falta realmente* a ese hermano es el Señor. Denle el Señor. Es todo lo que él *necesita*. En algún recóndito rincón, allí dentro de ustedes, esperando contra esperanza, hay otra persona. Y asimismo en algún lugar profundo dentro de su prójimo cristiano, esperando

contra esperanza, hay *otro* hombre. Ese hombre está esperando oír nada más que a Cristo de parte de ustedes; y si ese hombre obtiene a Cristo de parte de ustedes, quedará edificado, y será fortalecido, y quizás, tan sólo quizás, quedará cambiado por el resto de su vida. Podrá aprender una lección de conducta que cambie su dirección para siempre.

Herramientas que ustedes no deben usar

Déjenme decirles un secreto, un secreto que ustedes *habrán* de aprender algún día. Una vez que descubran este secreto, ustedes serán tentados, como la mayoría de nosotros lo es, a usar este secreto.

Aquí está, pues: ustedes pueden usar su pasado como una herramienta para su propia ventaja. ¿Qué quiero decir con esta afirmación? Pueden usar su pasado para unificar la obra. (La obra *de ustedes*.) Todas aquellas sombrías experiencias por las que pasaran, ¿Recuerdan? Pueden usarlas para prevenir a unos contra otros. Al hacer así, ustedes los unirán alrededor de un prejuicio común. ¡Este es uno de los grandes secretos de dar comienzo y sostener un movimiento! Alguien dijo una vez, que si uno quiere iniciar un movimiento, entonces reúna un grupo de personas y enséñeles cómo odiar a un común enemigo. Y esto es verdad. Este hecho requiere exposición.

Déjenme ilustrar esto. Un día ustedes fueron heridos por alguien; entonces quedaron amargados. O tal vez no es eso absolutamente. Tal vez su obra está siendo amenazada por alguien de su propio grupo. Bueno, como quiera que sea, ustedes tienen un problema. Empiezan a mirar alrededor buscando un instrumento que salve la situación. Todo lo que ahora ustedes necesitan realmente es una buena ilustración. Ven el peligro presente. Ahora pues, penetren en su pasado y saquen una experiencia que ilustre este peligro *presente*, Una que haga erizársele el pelo en la nuca a todos. Que realmente hiele la sangre en las venas. Mientras más espantosa, mejor.

Muchos obreros cristianos han edificado la obra de toda su vida sobre la base de contar historias con respecto a sus

enemigos. Sembrando el prejuicio en sus seguidores, reúnen a todos alrededor de un enemigo común o un temor común.

Miren a su alrededor. Una gran parte de las obras cristianas de hoy se mantienen juntas enseñando ya sea a odiar o a temer a alguien o a algo. Eso, o alguna visión privada (o *ambas cosas*, combinadas).

No es Cristo quien unifica la mayoría de los grupos. Con frecuencia es un enemigo común, ¿Han de usar ustedes su pasado como un instrumento tal? Escuchen, estimados santos del Señor. *Ustedes no tienen ningún enemigo*. ¡Recuerden bien esto! ¡Mientras vivan, ustedes no tienen enemigos! Tienen una sola cosa, y ésa es el Señor.

Ustedes hallarán que a su alrededor hay muchos instrumentos que pueden usar. Mientras más vivan, más podrán encontrar. En unos cuantos años, todos ustedes tendrán varias docenas de ellos, y sentirían un verdadero placer en poder utilizar algunos de ellos. Algunos de esos instrumentos son absolutamente perfectos para ayudarlos a pasar una crisis. Una crisis que amenace su posición. Con esa sola herramienta ustedes podrían adelantarse y unir... podrían adelantarse y eliminar... la inminente amenaza. Mientras más vivan, más herramientas habrá. Algunas de ellas lucen muy nobles. Pero obsérvenlas otra vez. ¡Cada una de ellas es *menos* que Cristo!

Siento decirles que esas herramientas no se van tampoco. A veces ustedes creerán que, a menos que utilicen una de esas herramientas, no podrán realizar en absoluto la tarea que Dios les ha encomendado. Estarán convencidos de que, a no ser que las usen, *se habrá de perder toda su obra*. (Después de todo, ese hombrecito tunante que tienen adentro les dice: “Ustedes pasaron por aquella experiencia simplemente terrible hace sólo unos años. Fue exactamente igual a ésta. Prosigan. Adviertan a todos. Y realicen un trabajo tan bueno que intimide a todos al máximo... y los salve en la presente amenaza.”) Entonces dejen que su obra se pierda. Todo lo que el pueblo del Señor necesita es Cristo. Si Cristo no es suficiente, si Cristo no puede librarlos de la situación en que están, entonces dejen que todo quede destruido.

¿Entonces cómo he de habérmelas con mi pasado?

Abandonándolo. Hay una sola experiencia proveniente de mi pasado que yo necesito traer a mi presente, *abandono* todo el resto. Todo lo que necesito llevar al futuro es Cristo. El Cristo a quien yo he experimentado. Si yo hablo de cualquier otra cosa además de Cristo, o que no sea Cristo, traigo algo indebido a mi presente y quedo en un lugar arriesgado. Si es que no puedo salvar toda la distancia desde A hasta C (con B totalmente anulado), entonces no debo nunca tratar de hablar la Palabra. Si ustedes no pueden llegar al punto C, no digan nada. Si es necesario, hagan las maletas y váyanse.

Durante los pocos años que llevo viviendo en esta tierra, he aprendido tan sólo una pizca de Cristo. Alabado sea el Señor. Puedo sacar eso conmigo de mi pasado, pero nada más. Si yo hago algo, o digo algo, proveniente de mi pasado, que no es Cristo, no he alcanzado la meta. Lleven al futuro lo que tienen de Cristo.

Las cosas que estamos tratando aquí no se comprenden fácilmente, pero yo creo que podemos aprender estas lecciones. Debo tener un pasado que sea Cristo o no debo tener ningún pasado en absoluto. Nosotros podemos alcanzar semejante norma. *Podemos* lograrlo.

Su presente

Acabamos de hablar acerca de pasar por la cruz. Ahora vamos a ver cómo hemos de sobrevivir a las consecuencias de una crisis. Hemos hablado acerca del pasado, ahora veamos el presente. El presente es enteramente nuevo. Es un mundo que aún no se ha experimentado.

Digamos que ustedes han pasado por una horrible pesadilla. E imaginemos también que de alguna manera ustedes se han librado de ella. No están viviendo en el pasado, están estrictamente en el presente. Pero he aquí que... justamente cuando comienzan a embarcarse en una nueva experiencia, ¿se topan con la cruz otra vez? Cuando eso ocurre, ¿qué querrán ustedes? Lo mismo que querían en el pasado. ¡Salir de eso!

¿Recuerdan al hombrecito ese allá adentro en lo recóndito de

ustedes? Él puede proveerlos todavía de todas las formas de salir del problema. Y todavía está opuesto a ir a la cruz. (Ese hombrecito tiene respuestas, pero recuerden que él es básicamente fraudulento. De hecho, él es un bribón.) Además, ese hombrecito es un miedoso. Tramará nuevas formas para que ustedes evadan la cruz del presente.

Ahora mismo ustedes son jóvenes. En cierta forma, ésta es la mejor época de su vida para ser cristianos. Ustedes están en la iglesia, todavía no están casados. Su compañero de cuarto los ofende. Encaran una decisión en blanco y negro. Ojalá que todas las experiencias con la cruz que ustedes tengan en el futuro puedan ser tan en blanco y negro. La suya es una decisión simple: ponerse de mal humor, o ¡ir a la cruz!

Ya cuando ustedes tengan más edad, la intensidad de estos blancos y negros se va desvaneciendo: se vuelven tenues como una pintura al pastel. Al ocurrir esto, ustedes descubren que es mucho más difícil reconocer a ese pequeño bribón que está dentro de ustedes. El problema se torna más grande, los riesgos llegan a ser bastante más altos, y las consecuencias, más cataclísmicas, pero las sombras se ponen borrosas. Los linderos se desvanecen. Todo se vuelve como una pintura al pastel. Ustedes se encuentran en un aire enrarecido. Entonces se preguntarán: “¿Cuál es la forma correcta?” Francamente en ese día les será difícil saber la respuesta.

Quedan advertidos. Ese pequeño tunante *estará* allí mismo. Hasta cuando sean viejos, les estará diciendo: “Si ha habido jamás un tiempo para hablar claro, ahora es ese momento.”

Aquí hay algo con que yo quisiera dejarlos a ustedes. Sin reparar en los problemas, recuerden que... ese hombrecito, con todas sus ideas, *no es el Señor*. Él *no* es el Señor. Y ustedes necesitan una experiencia presente, en circunstancias corrientes, para distinguir entre el pequeño bribón y el Señor.

Sé lo que me van a preguntar: “Entonces, ¿vamos a dejar que la gente nos atropelle del todo, por el resto de nuestra vida?” Esta es una buena pregunta. ¿Hemos de tornarnos en personas pasivas, introspectivas, de voluntad débil, temerosas de hablar, temerosas de avanzar? ¿Vendremos a ser como lo de ese antiguo

dicho: “Gente de modales apacibles, apremiada por un hombre de modales apacibles, a ser de modales más apacibles”?

Pidámosle al Señor que nos haga fuertes. Denodados e intrépidos. ¿Sabían ustedes acaso que no hay nada más fuerte, ni más intrépido (ni más temible), que un hombre valeroso que está dispuesto a ser crucificado? El hombre más poderoso que vivió jamás fue el hombre que estuvo dispuesto a ir a la cruz.

Nosotros vamos a ser fuertes e intrépidos. Pero es que no hay nada más poderoso sobre esta tierra que un hombre que puede refrenar su fuerza, sentarse y... esperar. Nada más poderoso que un hombre que puede no hacer nada en absoluto en medio de un mundo que se está deshaciendo; ése es el más elevado orden de fuerza. Es fortaleza *divina*. No se ha alcanzado nunca un punto de hombría o de valentía más elevado que el que alcanza el hombre que se somete silenciosamente a la injusta e injustificada crucifixión. Este hecho fue demostrado hace casi 2.000 años.

¿Pero esto no nos dejará expuestos al error, si cedemos siempre ante el mal? Y asimismo, si las cosas andan mal en la iglesia... y si toda la gente buena cede... ¿quién detendrá el mal elemento? ¿Quién impedirá que todos nosotros nos desviemos fuera del camino? ¿Quién hablará claro contra todas las cosas injustas? ¿Quién nos traerá de vuelta cuando algún hereje entre nosotros trate de desviarnos al error?

Estas son buenas preguntas. Muchos hombres las han estado haciendo durante siglos. De hecho, estas preguntas suenan absolutamente cruciales --e incontestables. Pero también quiero que sepan que a lo largo de la historia los hombres han propuesto *una sola respuesta!* “Debemos ser defensores de la fe.” En las horas tenebrosas, *¡hablen claro!*

Estas preguntas las han hecho antes, durante siglos; los hombres también han propuesto la misma respuesta durante siglos. Y mientras todos esos individuos de elevados principios viven por medio de todos esos principios altisonantes, la obra del Señor en la tierra ha sido desgarrada.

Hoy el Señor está buscando un grupo de personas que digan: “Nosotros no conoceremos nada más que al Señor. De algún

modo, Señor, Tú tendrás que mantenernos en el camino, aun en medio de la hora más espantosa que hayamos de vivir jamás.”

Así es, entonces, cómo debemos enfrentar nuestro diario presente.

Las avispas de Dios

Sé que puede sonar inmaduro e incluso de adolescentes sugerir que vayamos en esa dirección. Pero déjenme contarles una historia. Todos ustedes están familiarizados con el relato en que Moisés encabeza a mucho más de un millón de personas y sale de Egipto con ellos. Su destino era la tierra prometida. Por último, cerca de cuarenta años después, llegaron a los límites de la tierra prometida. ¿Pero saben ustedes que ésa fue la *segunda* vez que llegaron a sus límites? ¿Que fue la *segunda* vez que estuvieron a punto de entrar? Allá, al principio, cuando salieron de Egipto, llegaron en poco tiempo a los límites de la tierra prometida. Pero nunca entraron. ¿Saben por qué? El Señor les había dicho que entrasen. ¿Recuerdan? Ellos enviaron adentro doce espías. Luego empezaron a hacer preguntas: “¿Cómo vamos a tomar esa tierra con toda esa gente que ya está allí adentro? Ellos son nuestros enemigos, Señor. Están empeñados en destruirnos. ¿Cómo podremos sobrevivir a su superioridad?”

Para Israel aquella fue una hora crucial. Pero el Señor tuvo una respuesta interesante. Él simplemente dijo: “Entren y Yo echaré fuera a sus enemigos delante de ustedes.” Ellos rehusaron creerle.

A propósito, el Señor explicó (Éxodo 23:28) exactamente cómo Él, Él mismo echaría fuera a todos los enemigos que vivían en la tierra.

¡¡¡Los hombres ni siquiera habrían tenido que luchar!!! ¿Pero cómo? Dios dijo: “Habrá avispas.” El Señor no iba a usar fuerza humana. Dejaría que el pueblo se metiera en una derrota segura, y entonces Él los libraría en forma soberana. Esa era la forma más elevada de Dios. Pero unos 38 ó 40 años después, cuando entraron en la tierra, Dios hizo que ellos tuvieran que combatir por cada centímetro de la tierra, porque sus padres antes de ellos

no habían confiado en el Señor. No habían confiado en las avispas de Dios.

El Señor les dijo cómo habría de ser. “Conforme ustedes avancen, una ciudad a la vez, conforme necesiten el espacio, cuando ellos salgan para pelear con ustedes, Yo enviaré avispas. Pero lo haré sólo a medida que ustedes avancen. Lo haré tan sólo conforme ustedes necesiten espacio. Pero no les entregaré una tierra totalmente conquistada. Si Yo hiciera eso, la tierra quedaría desierta. No les daré una gran victoria absoluta.” El Señor había planeado echar fuera al enemigo por medio de avispas, conforme el pueblo necesitase la tierra. Las avispas vendrían y echarían fuera al enemigo durante las crisis. Pero ellos no creyeron. Era una solución demasiado simple para un problema demasiado grande. Ellos eran gente demasiado sesuda, demasiado perspicaz, demasiado llena de sabiduría. Casi cuarenta años después, Dios tuvo que apelar a los jóvenes. ¡Solamente los muchachos creen en avispas!

Se les había demandado a los hombres que confiaran en las avispas. Dios se había propuesto librar toda la batalla. Esa es la forma más elevada.

Estoy bien consciente de que ésta no es una respuesta muy razonable para las preguntas de ustedes. ¿Quién nos guardará de ser desviados por algún hereje? Yo no sé. ¿Quién guardará la obra de ser destruida? Yo no sé. ¡Tal vez será destruida!

Nadie debe hacer absolutamente nada para salvarla. ¿Pero qué decir si alguien hace algo para destruirla? Entonces ustedes no deben hacer nada para salvarla. Cuando por fin se aclare el horizonte, lo que habrá quedado será piedra. Lo que se quema es madera, heno y hojarasca. Dios edifica solamente con material incombustible. De modo que venga el fuego. La piedra y el oro no se queman en el fuego; ni siquiera en un holocausto.

Francamente, prefiero más bien perder de *esta* manera, que *ganar* de la otra manera. Sean hombres que saben ser vencidos. Sean hombres que saben perder. Sean hombres que saben ver destruida la labor de una vida entera. De alguna manera Dios nos guardará, o de alguna manera Él sacará de una obra ya infinitamente pequeña, una obra de vencedores todavía más pequeña.

Cuando ustedes sean atacados contra toda razón, contra toda probabilidad... *confíen en las avispas de Dios*. Si no pueden ser liberados de esa manera, *entonces sean destruidos*. A toda costa, *no* tomemos el camino de la historia de la iglesia.

Déjenme darles una prueba realmente difícil y ver si la pueden pasar. Imagínense que ustedes tienen un apreciado amigo que es cristiano. Imagínense también que ocurre algo entre él y ustedes. Ese amigo está haciendo algo tocante a ustedes que no tiene nada de cristiano. Algo que ni siquiera un inconverso haría. De hecho, es la peor cosa de que hayan oído hablar jamás. Entonces ustedes descubren que *no* va a parar. Se propone hacer una profesión de ustedes. De pronto ustedes se hallan en una crisis de primera categoría. Una gigantesca inundación se viene sobre ustedes. Onda tras onda rompe sobre su cabeza. La situación es tan mala y tan injusta, que ustedes saben que estaría justificada cualquier cosa que hiciesen.

Ustedes lo soportan por un tiempo; se muestran amables y agradables. Hacen todas las cosas en forma religiosa y espiritual. Entonces les llega un informe enteramente nuevo: Él está urdiendo algo peor todavía. Déjenme darles una idea de que es lo que podría hacer. Ha mentido tocante a ustedes. Ustedes han sufrido pérdida. Sus amigos ya no creen en ustedes. De hecho, están perdiendo amigos por todas partes.

El momento es tenebroso. Si no alzan la voz, se va a perder todo. Se los ha llamado mentirosos, engañadores, herejes, sectarios, sirvientes de Satanás, falsos profetas y Judas. Todo esto dicho por un hombre que una vez los llamaba amigos. Y ahora todos creen todo lo que dice. Su vida está siendo arruinada. Emocionalmente ustedes están destruidos. Su familia está viviendo bajo una tensión bajo la cual nadie debiera vivir. Su reputación está siendo destruida, tal vez para siempre, y eso está aconteciendo internacionalmente. Toda su vida, su ministerio, su obra, todo, se está terminando para siempre. Ustedes se dan cuenta de que están siendo víctimas de uno de los ataques más malignos de que se haya oído o leído jamás, en cualquier lugar, en cualquier época.

En medio de todo ello, tómense un momento y deténganse. No dejen que sus emociones se desboquen. No empiecen a pensar

mal de ese hombre. No se pongan a escuchar al hombrecito que está dentro de ustedes. Antes bien, por un momento, acérquense a la montaña y miren con los ojos de Jesucristo. A fin de tener la perspectiva celestial (la perspectiva que *nadie* que se halla en una crisis se atreve *jamás* a admitir respecto de su oponente).

¿Y cuál es el punto de vista *del Señor*? Él mismo pudiera dejar atónitos a ustedes. A pesar de todos los versículos de la Biblia que podrían citar contra ese hombre, ustedes podrían quedar sorprendidos por lo que *el Señor* piensa de él, que es el peor enemigo de ustedes. Desde el punto de vista del Señor -- durante los momentos más tenebrosos de ustedes y en medio de semejante trato injusto-- Él mira a ese maligno enemigo de ustedes, y ¿qué es lo que *Él* ve? El Señor ve un hombre a quien *Él* ama mucho. Un hombre por quien *Él* murió.

El Señor ni siquiera está enojado con ese hermano. De hecho, el Señor está teniendo mucha paciencia con él. El Señor lo está amando, lo está perdonando. ¡El Señor está demostrando solicitud por él, está supliendo sus necesidades! Está ordenando las circunstancias de él. ¡Y créanlo o no, el Señor está incluso escuchando sus oraciones! Él está cuidando de los hijos de ese hermano, y de su esposa, y de sus seres queridos. El Señor Jesucristo no está disgustado con ese hermano. Ustedes pueden estarlo, pero el Señor no lo está. El Señor no ha hecho descender plagas sobre ese hombre. El Señor no ha decidido condenarlo al infierno. El Señor sigue siendo bondadoso. El Señor está obrando aún en la vida de ese hombre, está tratando de guiarlo más lejos y más hondo. Nuestro Señor ni siquiera ha criticado a ese hombre por lo que les ha hecho a ustedes.

Estas cosas son ciertas. Creer menos que esto es exponer nuestra vida a quedar destruida por las circunstancias... las circunstancias mismas que esperan a *ustedes* allá afuera.

Si eso es lo que el Señor está haciendo, entonces, ¿qué es lo que harán *ustedes*? En ese momento tenebroso, negro, todo lo que hay en su vida esta siendo arrancado de debajo de ustedes. ¿Cómo responderán ustedes? ¿Van a responder con menos que Cristo? Recuerden, Cristo es todo lo que necesitan. Recuerden, Cristo es todo lo que les falta. Y por tanto, Cristo es todo lo que

deben procurar. El Señor ha carecido de un pueblo que vaya a una montaña y vea las cosas desde el punto de vista de *Él*. De hombres que tengan a Cristo, conozcan a Cristo y den a Cristo, sin importar quién esté haciendo qué, sin importar las circunstancias.

Además, probablemente ustedes van a enfrentar una crisis igual que la que he descrito. En esa hora ustedes pueden optar por hacer algo muy abnegado, y tal vez hasta algo muy noble. Con todo y eso, háganse la pregunta: “¿Es esto menos que Cristo?” Levanten la cabeza hacia las montañas. Miren por encima de ustedes. Capten una vislumbre de los propósitos de su Señor. Vean un suelo en el que no se hallan rastros. Vean esas alturas que no han sido holladas por cerca de dos milenios.

Agarren el estandarte.

PARTE SEGUNDA

CAPITULO 6

Nuestra relación con otros

*“...peligros de... los de mi nación, peligros de los gentiles...
peligros
entre falsos hermanos... 2 Cor. 11:26.”*

Pablo vivió una vida de lo más arriesgada y peligrosa que haya vivido jamás hombre mortal alguno. Fue debido a su ministerio dedicado al pueblo del Señor que él encaró casi toda situación con que nosotros podamos encontrarnos jamás. Entre esos peligros Pablo enumera tanto a “los judíos” como a “los gentiles” --¡en ocasiones ambas facciones querían matarlo!

De la misma manera nosotros también habremos de arrostrar a “los judíos” y a “los gentiles”, aun cuando hayan transcurrido ya dos milenios. Sin embargo, la situación ha cambiado. Ahora no hay judíos enviados desde Jerusalén ni desde las sinagogas que nos amenacen. No existe el Imperio Romano gentil con el que tengamos que contender. No obstante, en principio, estos dos elementos existen todavía en el mundo. Siempre han existido, y hasta que el Señor venga, siempre van a existir.

Veamos ahora a los “judíos” de Pablo y a sus “gentiles”. Entonces podremos tener alguna idea de quiénes habrán de ser los equivalentes modernos de “los judíos” y de “los gentiles”. Nosotros no afrontaremos la situación de Pablo. Pero *sin duda alguna* si habremos de encarar el *equivalente* de su situación. Y cuando lo hagamos, cumplamos nuestra misión.

“Los gentiles”, para Pablo, eran el Imperio Romano en sí; pero más específicamente, eran los gobiernos municipales locales

que se oponían a él. “*Los judíos*” de los que él habla, *no* eran, desde luego, la raza judía entera. ¡Pablo mismo era judío! ¡Y de la misma forma lo era más del noventa por ciento de los cristianos cuando él escribió estas líneas que encabezan el capítulo! No, al decir “los judíos” él se refería más bien a los hombres que eran los *líderes* de la religión judía. Él quería decir los dirigentes del *sistema religioso* de sus días, si les parece a ustedes. Los “*falsos hermanos*” eran aquellos cristianos que también eran judíos (o mejor: judíos que eran también creyentes), pero que aborrecían a Pablo porque Pablo trastornaba la tradición judía.

En un momento u otro, todos esos grupos, los tres, casi le costaron la vida a Pablo.

Hay un grupo más que hemos de añadir a esta lista. Estamos rodeados de millones de ellos, pero Pablo nunca conoció ni siquiera a uno de ellos. ¿Y de quiénes estoy hablando? De los cristianos devotos que pertenecen a organizaciones religiosas. Tenemos que resolver cómo nos relacionamos con los cristianos que pertenecen a organizaciones religiosas y que no tienen ni la menor idea de qué quiere decir vida de iglesia. Pablo nunca conoció a criaturas semejantes. Es que no había organizaciones religiosas en sus días... al menos no con la palabra ‘cristiana’ en ellas.

CAPITULO 7

El primer peligro: El sistema religioso

Miremos la historia y veamos qué entendía Pablo al decir “peligros de los judíos”. ¿Quiénes eran “los judíos”? ¿En qué peligros metían ellos a Pablo? Bueno, simplemente las estadísticas *solas* ya son abrumadoras. Pablo sufrió muchísimo a manos de los judíos... esto es, del sistema religioso de *sus* días.

Qué fue lo que el sistema religioso le hizo a Pablo

Reseñemos la vida de Pablo de acuerdo a las crisis que enfrentó, que fueron causadas por los dirigentes religiosos judíos. Es una considerable lista.

1 Los primeros años.

(1) Inmediatamente después de su conversión, Pablo trató de predicarles a los judíos en la sinagoga de Damasco. Los judíos se le opusieron violentamente, a él, a su conversión y a su mensaje. Esa fue casi ciertamente su primera experiencia de recibir los treinta y nueve azotes. Si fue así, entonces ésa fue una especie de ‘celebración de *debut*’ por la que un cristiano flamante hubo de pasar.

(2) A su regreso a Damasco algunos años después, los judíos se asociaron con el gobierno local (los gentiles), a fin de tratar de eliminar a Pablo. Los cristianos lo hicieron irse de la ciudad a hurtadillas en una canasta.

(3) Pablo huyó a Jerusalén. Allí, después de sólo dos semanas, tuvo que huir de nuevo. Entonces los judíos tramaron un complot para asesinarlo.

2. El primer viaje.

En su *primer viaje*, Pablo estableció cuatro iglesias. Los judíos se le opusieron en *tres ciudades*.

(1) *Antioquía de Pisidia*. Los judíos instigaron a mujeres distinguidas y a los principales hombres de la ciudad, quienes a su vez, expulsaron a Pablo de esa ciudad.

(2) *Iconio*. Los judíos se asociaron con los gentiles y trataron de apedrear a Pablo.

(3) *Listra*. Vinieron judíos de Iconio y aun de Antioquía con el único propósito de instigar a los ciudadanos locales contra Pablo. Resultado: Pablo fue apedreado, casi fatalmente.

3. El segundo viaje.

Durante el *segundo viaje* de Pablo, cuatro iglesias más fueron establecidas. Una vez más los judíos se le opusieron en tres ciudades:

(1) *Tesalónica*. Los judíos alborotaron la ciudad entera, volvieron contra Pablo a los gobernantes de ella, e hicieron que Pablo fuera expulsado oficialmente de la misma.

(2) *Berea*. Los judíos siguieron a Pablo desde Tesalónica hasta Berea, alborotaron a las multitudes contra él, y una vez más lo forzaron a huir.

(3) *Corinto*. Dos veces hubo de enfrentar Pablo a los judíos: al principio de su visita, y dieciocho meses después, cuando se levantaron por segunda vez, como un solo hombre, para librar de él la ciudad.

4. El tercer viaje.

En su *tercer viaje*, Pablo visitó solamente una nueva ciudad. Pero ahora nos vamos a apartar aquí por sólo un momento para ver qué fue lo que los judíos le hicieron a Pablo en este viaje. La razón de por qué quiero esperar un momento es porque fue allí, en la ciudad de Efeso donde el apóstol Pablo escaló nuevas

alturas... ¡nuevas alturas para el estandarte! Levantó la norma más alta posible en su actitud hacia aquellos que se oponían a él.

Ustedes acaban de oír la lista de todo lo que Pablo pasó a manos de los judíos, desde cuando se convirtió hasta el final de su tercer viaje. ¡Tremenda crónica!¹

Ahora ya estamos preparados para hacer la pregunta; ¿Cuál fue la actitud de Pablo hacia un sistema religioso que lo trataba tan horriblemente?

¹Añadan a esta lista las cinco azotainas que Pablo recibió de los judíos. No se enumeran las mismas, debido a que no sabemos cuándo ni dónde tuvieron lugar.

La historia de Efeso

Volvamos ahora al final del tercer viaje de Pablo. El Apóstol se encuentra en Efeso. Está a punto de partir para visitar la iglesia de Corinto. Desde allí, espera ir a Jerusalén. Al menos va a tratar de ir. Pero ahora mismo no puede salir de la ciudad. Allí está él, sentado, con la espalda contra la pared y el rostro hacia la puerta. Hay ciertos hombres en esa área, todos ellos judíos devotos, que lo matarían si tuviesen la más mínima oportunidad. (Oiremos más respecto de esta gente un poco más adelante.)

Esta nueva situación --intento de asesinato-- es nada más que el clímax de cerca de veinte años de persecución que Pablo ha venido sufriendo de manos de los judíos. Para entonces, el esfuerzo de ellos ha llegado a ser una cruzada total, organizada. Parece que Efeso está lleno de espías, vigías, señales, planes y complots. Es casi una invasión armada que Asia Menor ha sufrido. Todos ellos se encuentran allí por una sola razón: asesinar a Pablo.

¡Así que esto es lo que Pablo recibió de los judíos en su tercer viaje! Añadan esto a la larga lista que hicimos un poco más arriba. ¿Cómo se sentirían ustedes? Después de veinte años de

este tipo de tratamiento, ¿cuál sería la actitud de *ustedes* hacia un sistema religioso que los ha tratado de esa manera? Bueno, vamos a averiguar la actitud de Pablo. Por el momento él se dispone a escribir una carta. En esta carta nos dice su actitud cabal hacia esa gente maligna.

Actitud de Pablo hacia el sistema religioso

“¡Veinte años, Pablo! Apedreado por ellos, apaleado por ellos, calumniado, perseguido, atropellado por ellos. Ellos han tratado de matarte. Han intentado socavar tu reputación, destruir las nueve o diez iglesias que has establecido. Tu cuerpo está retorcido, lacerado, agobiado de dolor y virtualmente destruido debido a ellos. Tu obra en la tierra habría sido mucho más fácil, mucho más grande si tan sólo esa gente te hubiese dejado en paz. Y tú *nunca, ni una sola vez has dicho una palabra de crítica respecto de ellos*. Te han hecho muchísimo daño. Y si logran matarte, entonces con toda probabilidad les caerán a las iglesias que estableciste. También intentarán destruir tales iglesias, si es que pueden.”

Esta es la escena circunstante cuando Pablo intenta completar su tercer viaje; y teniendo *esta* escena como telón de fondo, quiero que ustedes observen lo que ocurre a continuación. Pablo se las arregla para deslizarse fuera de Efeso, y finalmente llegar a Corinto. Mientras está en Corinto, Pablo decide escribirle una epístola a un pequeño grupo de creyentes que está en una ciudad distante... una ciudad que él nunca ha visto, un grupo de cristianos que él nunca ha visitado. Quiere escribir una carta bien clara, una carta concienzuda, una carta que trate todos los problemas que han de encarar --porque ellos están apenas comenzando ahora-- y Pablo sabe que posiblemente él no llegue a vivir nunca el tiempo suficiente para ir a visitarlos. Ellos necesitan todos los consejos, toda la ayuda, y muy ciertamente, todas las *amonestaciones* que él pueda darles. Ellos son tan pocos, y la situación en su distante ciudad es tan frágil. Podrían ser extinguidos en cualquier momento. Probablemente el más mínimo problema podría destruirlos. Esa carta *tendrá* que hacer las veces de una visita.

¿La ciudad? ¡Roma! Pablo abriga la esperanza de ir allá algún día (viaje número cuatro), ¡pero es mucho más probable que él esté muerto en unos días!

En vista de que esta carta deberá hacer las veces de una visita, con toda seguridad debes tratar una cosa, Pablo. ¡Prevénlos con respecto a los judíos! Menciónales todo lo que te han hecho durante cerca de dos décadas. ¡Prepáralos, Pablo! Esa gente que ahora mismo, al tomar tú la pluma y la tinta para escribir, está tratando de matarte... ¡fustígalos, Pablo! Al menos *prevén* a esos cristianos de Roma. Puede ser que ésta sea tu última oportunidad (no, tu *única* oportunidad) de tratar este asunto. Prepara a los cristianos romanos para el día inevitable en que esos judíos vayan allá también, para levantarse contra ellos.

Efectivamente, Pablo tomó la pluma y, en efecto, *escribió* acerca de los judíos. Con sus espaldas pegadas contra la pared y mirando de reojo la puerta, a sabiendas de que en cualquier momento podía ser muerto a puñaladas; con su cuerpo maltratado y arruinado, con todo lo que los judíos le habían hecho; con unos veinte años de semejantes confrontaciones espeluznantes, horripilantes, grabadas como a fuego en su memoria, Pablo escribe... y escribe acerca de los *judíos*. Acerca de los hombres del sistema religioso.

De hecho, escribió unas tres páginas (en la Biblia) con respecto a los judíos. Probablemente escribió esas páginas teniendo las puertas atrancadas. ¡Vamos, léanlas! Y al hacerlo, recuerden que las mismas fueron escritas por un hombre que podía haber sido muerto en cualquier momento, por un hombre que había sufrido abusos sin paralelo por bastante más de quince años. Sí, lean esas páginas detenidamente. Traten de encontrar *una palabra* de animosidad, una palabra de amargura, ¡una sola palabra negativa de cualquier clase! ¡Pablo ni siquiera hace referencia a las cosas que le hicieron o dijeron acerca de él! No hay ninguna refutación a sus ataques y mentiras. No hay defensa. ¡Y lo más increíble, no hay *ninguna* advertencia! No hay ni una sola palabra, ni siquiera una insinuación de la crisis que él está atravesando en ese momento.

Pablo escribe esa carta como si nunca en toda su vida hu-

biese tenido ningún problema con esa gente. Traten ustedes de encontrar en esas páginas alguna amargura o alguna crítica. No hay ninguna. ¿Qué es lo que hay, entonces? Miren atentamente. Si ustedes leen cuidadosamente, notarán una de las afirmaciones más gloriosas que hay en toda la Sagrada Escritura.

En toda la escritura inspirada divinamente, se encuentran solamente tres hombres que hicieron la afirmación de que estaban dispuestos a tomar el lugar de alguna otra persona en el infierno... si, en el infierno, si les parece... a fin de ver a aquellas personas salvadas. Moisés fue el primer hombre en la tierra que hiciera jamás una afirmación extrema semejante. Por supuesto, el segundo hombre fue el Señor Jesucristo. (De hecho, Él hizo más. ¡Él murió por nosotros!) ¿Y quién fue el tercero? ¡El hermano Pablo! ¿Y dónde hizo él esa afirmación? ¿Y respecto de quiénes la hizo? Él hizo esa afirmación en su epístola a los Romanos, en uno de los momentos más tenebrosos de su vida, ¡cuando aquellos mismos hombres acerca de quienes él estaba escribiendo (aquellos mismos por quienes él estaba dispuesto a ser anatema, para que ellos pudieran ser salvos) estaban procurando matarlo!

Así pues. ¿Pueden ustedes ver cómo consideraba Pablo toda esa crisis en que se hallaba? No estaba enojado ni resentido. Estaba acongojado, por consideración *a ellos*.

Pablo, que había pasado esa última parte de su vida siendo rasgado en pedazos, siendo hostigado a diario más allá de toda medida... este hombre, Pablo, sobre quien se vertía odio hirviente como lava cada día de su vida, y que había visto en innumerables ocasiones detenerse totalmente el progreso del reino de Dios... este hombre --que habla encarado la muerte tantas veces a manos de sus compatriotas, los judíos-- ahora escribe estas increíbles palabras:

“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos...” Romanos 9:1-3

Pablo hablaba así a favor de personas que le habían proporcionado cerca de dos décadas de aflicciones sin igual. Su

oración era una oración absolutamente increíble.

Y ahora, mis queridos hermanos, creo que ustedes comprenden acerca de qué estoy hablando yo; porque fue allí, en ese lugar alto, que el estandarte, clavado en la tierra por Pablo, fue visto ondear por última vez. ¡¡¡Si, *un hombre* realmente llevó el estandarte *tan* alto!!! ¡Qué norma de vida!²

Es necesario que ustedes y yo estemos conscientes de todo esto. Como grupo de personas, tenemos que saber dónde estaba el estandarte, y tenemos que reconocer los posibles abusos que habremos de afrontar en el futuro... a manos del sistema religioso... y cuál debe ser nuestra conducta.

No importa quiénes sean: judíos, griegos, musulmanes, budistas o cristianos. No importa lo que *digan* contra ustedes, no importa lo que les *hagan* a ustedes, no importa cuán grande precio les obliguen a pagar, cuán difícil les hagan la tarea a ustedes, ni cuán total sea la destrucción que tengan que presenciar alrededor de ustedes... ustedes deben recordar la actitud de Pablo hacia el sistema religioso de su día: “...tengo gran tristeza y continuo dolor. Deseara yo mismo ser anatema.”

² En el original inglés: *standard*. Significa tanto ‘estandarte’ como ‘norma’. El autor usa constantemente este término con ambos significados, aquí como juego de palabras. (N. del T.)

¡Hermanos! ¡Hermanas! Ahora ustedes conocen cuál es su llamado. Somos llamados a demostrar paciencia para con otros hombres que hacen esta clase de cosas, y mostrar paciencia así como Pablo hizo; demostrar tanta paciencia, por *tanto* tiempo, hacia *todos* los hombres.

Aquí es donde el estandarte fue plantado hace ya casi dos mil años; plantado allí por un hombre llamado Pablo. Tiene que haber un pueblo en esta tierra que lleve ese estandarte de regreso allá arriba por esas cuevas y lo planten en ese mismo lugar alto... porque *ésta* es nuestra misión.

CAPITULO 8

Un vistazo más íntimo al sistema religioso

Hemos visto algo de la increíble actitud del apóstol Pablo hacia el sistema religioso de sus días. Ahora debemos considerar el sistema religioso de nuestros días y determinar nuestra relación con él.

Y ¿por qué hacer esto? ¡Porque Pablo habló de “peligros” procedentes de esa proximidad! Ustedes ven, podemos no aventurarnos demasiado lejos o podemos ir hasta lo último de la tierra. Pero de *esto* podemos estar seguros: En cada ciudad a que vayamos, no importa qué país sea o qué continente, sea cercano o distante, allí nos toparemos con un sistema religioso. Hay *algún* tipo de sistema religioso que hemos de encarar en cada ciudad de la tierra. De seguro nos hemos de topar con él.

En Nepal puede ser el sistema religioso formulado por los budistas; en Afganistán, uno elaborado por los musulmanes; en Roma, un sistema establecido por los católicos; en el este de Tejas, uno establecido por los bautistas; y en Isla Vista, uno erigido por organizaciones interdenominacionales. Vayan ustedes a la población vecina o al continente próximo, si hay religión allí, hay un sistema allí.

Y si se puede conceptuar la *futura* historia de la iglesia por la *pasada* historia de la iglesia, entonces podemos estar seguros de que en algún punto ese sistema se levantará contra ustedes. Así, al menos, ha sido en todas las épocas pasadas.

Ustedes acaban de oírme decir que un día el sistema religioso se les opondrá, no importa a donde vayan. Quizás ustedes también me han oído decir: “No tengan nada que ver con el sistema religioso.” Ahora bien, ambas son frases fuertes. Mejor es que yo tenga una poderosa buena razón para estas afirmaciones --realmente poderosa y buena. La tengo. Ustedes verán por qué, cuando vean qué es realmente el sistema religioso.

Primeramente, hay una gran diferencia en decir: “No tengan nada que ver con el sistema religioso” y decir: “No tengan nada que ver con otros cristianos”. Si decimos: “No tengan nada que ver con otros cristianos”, estaremos metidos en un gran problema. Si hablamos de esa manera o actuamos de esa manera, seremos sectarios y exclusivistas. Tenemos que ser totalmente abiertos a

todos los cristianos. Más abiertos que nadie mas en la tierra. Cristo murió por todos nosotros. Simplemente no debe haber comprobación de confraternidad entre ninguno de los creyentes. ¡Ninguna! (Bueno, quizá hay una: Inmoralidad declarada, franca, categórica, de la cual no se quiera arrepentir.) Abiertos a todos los creyentes, dondequiera. Sin barreras. Con la puerta abierta y las bisagras quitadas.

Pero ¿y el sistema religioso? Ese es otro asunto. Si nos involucramos otra vez en un sistema religioso, estaremos en un *gran* problema. ¿Por qué? Las razones son formidables y son interminables. Veremos algunas de esas razones. ¡No debemos tener absolutamente nada que ver con el sistema religioso! ¿Por qué? La respuesta es desconcertante. Veamos.

Comenzaremos rastreando el origen del sistema religioso a lo largo de la historia, siguiendo directamente hasta nuestros tiempos. Al hacerlo, podremos ver claramente *qué* es en principio el sistema religioso, así como *quién* constituye ese sistema en nuestros días.

Yo uso el término *sistema religioso*. ¿Y qué quiero decir con este término? Quiero decirles claramente qué es lo que yo entiendo cuando hablo del sistema religioso. La mejor manera de hacer esto es rastrear 1) el origen de la sistematización y 2) el origen de la religión. Quizás surja entonces una clara definición.

Historia del sistema

Las palabras 'sistematización' y 'organización' son palabras de significado muy similar. Así, yo puedo decir: 'religión organizada', como puedo decir: 'sistema religioso'. Ahora, ¿cuál es el origen del 'sistema' y de 'organización'? ¡Bueno, la respuesta es desconcertante!

Dios es el autor de la organización. En realidad, todo el patrón organizacional de la civilización occidental --ese sistema de estructura que penetra y cala cada faceta de nuestra vida diaria... ya sea la medicina, la educación, la política, los negocios, el trabajo, la actividad cívica, la labor social o lo que sea-- fue inventado por Dios.

¡Cómo! ¡¿Que Dios inventó la organización?! ¿Entonces por qué soy tan radicalmente opuesto a ella en la vida de iglesia? La razón es sencilla. Puede que la organización controle toda actividad de todo el género humano, y asimismo puede que Dios haya inventado eso... *pero...* y éste es un *pero* muy grande... ¡la organización nunca fue destinada para el *hombre!* El hombre no tenía nada que ver nunca con la organización o la sistematización. Que el hombre sucumba a la 'estructuralización', es imponerse los métodos de una forma de vida extraña. Dicho de otra manera, que el hombre se permita llegar a ser parte de un orden sistematizado, es *esclavizarse* a sí mismo al estilo de vida de seres extraños provenientes de otro universo. O para decirlo en forma un poco menos dramática, Dios inventó la organización para los ángeles y no para el hombre. *Los ángeles*, si les parece, se volvieron y 'sobreimpusieron' su civilización --su sistematización, su vida organizacional angélica, su cultura-- al *hombre*.

¡Los ángeles le impusieron a la criatura destinada a ser la criatura más libre del universo --el hombre-- su propia e innata forma de funcionar! Al hombre no le compete someterse a los métodos angélicos. La civilización y sistematización angélicas son orgánicas para ellos pero extrañas para nosotros. El hombre fue creado para que tuviera libertad absoluta. Un grupo de ángeles está usando su innata inclinación hacia la organización para esclavizar al hombre. Al esclavizar al hombre, los ángeles frustran el propósito fundamental que Dios tuvo con la creación. Esto suena como algo sacado directamente de una novela de viajes interplanetarios, ¿verdad? Extraños procedentes de otro universo procuran esclavizar al hombre.

Esto ahora, estimados hermanos, les proporcionará alguna base para comprender por qué estoy tan completamente opuesto al sistema y la organización en la fe cristiana, especialmente en la

vida de iglesia.

Historia espiritual de la organización

Yo quisiera volver a contar la historia del origen de la organización. Para hacerlo, vamos a usar los anales de la historia espiritual. Después de considerar el origen y la historia de la sistematización en la historia *espiritual*, quiero luego pasar a la historia secular y ver qué es lo que ella nos dice. Ustedes verán que las dos engranan.

Al principio, en la creación, Dios creó los lugares celestiales. Cuando lo hizo, Dios también creó seres celestiales a fin de que poblaran ese ámbito celestial. Ahora, ¿cuál fue el propósito de Dios al crear esos seres? Ellos fueron formados con un doble propósito: para que fuesen servidores de Dios y para que viniesen a ser servidores del hombre. En cuanto a género, Él los creó neutros. Los seres angélicos no son hombres. Tampoco son mujeres. Ellos no se multiplican ni procrean nunca. Hoy hay exactamente el mismo número de ángeles que hubo al principio; no más... ni menos. Los ángeles tienen en sí mismos una vida creada que prosigue por siempre. Dios los creó como seres maravillosos, y como un ejército innumerable. Efectivamente, los ángeles están constituidos como legiones. (¡El Nuevo Testamento parece denotar que la constitución organizacional del cielo y la constitución organizacional del ejército del Imperio romano eran *idénticas!* Ahora, ¿quién creen ustedes que copió a quién?)

El cielo tenía la siguiente estructura: Dios. Libre. Sin leyes. Sin restricciones. Está por encima incluso de la libertad. En calidad de Creador, Él es por naturaleza Rey. Señor. Soberano y Potentado. Debajo de Él están los ángeles. Dios dividió la hueste angélica en tres divisiones de un número igual de ángeles. Sobre cada una de esas tres divisiones Él estableció un glorioso arcángel.

Consideren ustedes eso. ¿Qué es lo que ven? ¡Dios estableció la *cadena de comando* original! Es un sistema de 'orden desde arriba' que penetra abajo hasta los niveles bajos. Esa es una norma estructural que le es familiar a todo aquel que ha estado alguna vez en el ejército. Recuerden, sin embargo, que la idea y la

práctica de eso no comenzó con ningún antiguo ejército. No. Comenzó allá en los lugares celestiales. La estructura 'piramidal' de la organización. El 'organigrama', la jerarquía de precedencia u 'orden de gallinero', y la 'cadena de comando' son todos términos que se usan para describir esta organización.

Ahora viene la parte triste de esta historia. Uno de esos tres arcángeles encabezó una revuelta en los lugares celestiales. Por esa insurrección él fue echado fuera del cielo a la tierra. Con él fueron sus legiones. Un tercio de todos los ángeles fueron echados fuera de los lugares celestiales. Todos ellos tendrían que hallar un nuevo hogar en algún otro lugar en el universo. Lucifer vino a las regiones de alrededor de la tierra. Acaudilló y trajo consigo a los ángeles caídos. Ellos vinieron de acuerdo a un orden inherente.

Observen ustedes que la organización vino a la tierra por medio de la *traición*. La organización nunca estuvo destinada para el planeta tierra. Es algo extraño. Es ajena a la tierra y al hombre. ¿Entonces cuál había de ser la norma social del hombre? El hombre, igual que el Dios a cuya imagen fue creado, no estaba destinado a ser sistematizado ni organizado ni controlado. El hombre, creado a semejanza de Dios, fue hecho para que tuviese una libertad total. El hombre no fue ordenado a ser controlado ni gobernado. ¡*El hombre --al igual que Dios-- había de gobernar!*

Ahora la conjura se cierra. ¿Pueden ver ustedes la situación que surgió? Con la venida de Lucifer, tanto el hombre como los ángeles caídos compartían el mismo territorio. Lucifer, arcángel sobre una tercera parte de la hueste celestial, ahora pone toda su atención en engañar al hombre. Logra hacer caer al hombre. El hombre queda puesto en conocimiento del pecado. Y así como Dios había expulsado antes a Lucifer de su morada en los lugares celestiales, ahora tiene que expulsar al hombre del huerto. El hombre caído es echado del huerto para que se busque un lugar donde vivir fuera del huerto. Él --ahora es un hombre caído-- debe vivir... en un planeta caído.

En esa situación, el hombre estaba fuera de la presencia de Dios. Asimismo se encontraba desnudo, y lo sentía en todo respecto. Sentía su necesidad de protección. Luego, de manera específica, Caín edificó una ciudad llamada Enoc. Ese lugar de protección llegó a ser algo perverso, y más tarde se fundaron otras

ciudades como ésa en otras partes de la tierra. Después Dios destruyó esos lugares de protección por medio de un diluvio. No obstante, poco después del diluvio, el hombre estaba otra vez en lo mismo, haciendo las mismas cosas viejas.

Todo esto nos trae al origen de la ciudad de Babel. Parece que fue allí donde Satanás logró por primera vez, en forma embriónica, imponer su organización angélica sobre la actividad humana. Un hombre muy caído que se llamaba Nimrod fundó la ciudad de Babel. ¿O fue él el que realmente la fundó? ¿No fue uno procedente del cielo el verdadero fundador? Luego, a partir de Babel, Satanás introdujo al hombre poco a poco pero muy cumplidamente, en una forma de vida sistematizada. En nuestros días, al hombre le gusta realmente la sistematización de la actividad humana, hasta se jacta de ella y a menudo se deleita en ella. El hombre perseguirá, encarcelará y matará resueltamente a cualquiera que de cualquier manera sea una amenaza a este 'sistema' de vida.

Hasta Babel, hemos estado relatando historia espiritual según viene registrado en las Escrituras. Esta es historia cuyo autor es Dios. Creo que resulta muy interesante que en este punto específico la historia secular se hace cargo de seguir y traza el desarrollo de este mismísimo asunto.

Historia de la organización en la historia secular

La historia secular nos habla del sucesivo surgimiento de cuatro grandes reinos antiguos: Egipto (alrededor de 1.400 a. de C.); Asiria (alrededor de 700 a. de C.); Babilonia (alrededor de 550 a. de C.) y Persia (500 a. de C.).

Asiria fue el abuelo de la sistematización humana. Ellos fueron los primeros conquistadores mundiales. Eran gente militar, y por lo mismo impusieron su pauta organizacional militar sobre todo país, ciudad y persona que capturaron. Luego, a su vez, Babilonia --una Babel revivida-- conquistó a los asirios.

Ahora bien, Babilonia era también una dictadura militar, de modo que cada faceta de su vida humana estaba constituida como el ejército mismo... cadena de comando. ¡Eso era el hombre en orden angélico! Fue por aquel entonces que se estableció la norma, En breve, toda persona en todo país 'civilizado' de la tierra sería criado y enseñado según esa norma, Casi podríamos decir que está en nuestra sangre. Por cierto que está inamoviblemente encajada en cada circuito de nuestra norma de pensamiento. La trampa de Satanás, funcionó. El hombre formaba parte de un sistema tan todopenetrante, que cada área de su vida era un sistema y cada sistema quedaba ajustado en un sistema aún más grande.

Sí, el día que la trampa funcionó, toda persona podía mirar hacia arriba y decir que daba cuenta a alguien que estaba por encima de ella. En la cúspide de la cadena de comando estaba Nabucodonosor, rey de Babilonia. ¿O de veras era él? En realidad, uno de los antiguos profetas hebreos dijo que *Lucifer* era la cabeza.

Y hoy. Mire usted cualquier organigrama de *cualquier cosa*. Todos dan cuenta a alguien que está encima. ¿Quién está en la cúspide?

Darío I

Entonces, antes de pasar mucho tiempo, Babilonia fue vencida y conquistada por Persia. En breve apareció una de las más grandes y más titánicas figuras de la historia humana, un hombre que ha influido a todos nosotros... Darío el Grande (521-486 a. de C.).

Ese hombre conquistó una nación tras otra. Estableció un gobierno monolítico que se extendía desde la India hasta Grecia, uno de los más grandes imperios de todos los tiempos. Él hizo todo eso alrededor del año 500 a. de C. ¿Cómo? Dejemos que un historiador lo diga.

“Los persas hicieron dos relevantes contribuciones al mundo antiguo: La organización de su Imperio y su religión. Ambas

contribuciones han ejercido considerable Influencia sobre nuestro mundo occidental. El sistema de administración imperial fue heredado por Alejandro Magno, adoptado por el Imperio romano y con el tiempo transmitido a la moderna Europa.”¹

Interesante ¿verdad? Ahora ustedes saben cómo el gobierno de su país adquirió su estructura; y asimismo su escuela, su universidad, la profesión médica, la política, los fabricantes de automóviles, las tiendas al detalle, la policía, el ejército, la compañía para la cual usted trabaja, la civilización en que usted vive.

Darío I se la dio. ¡No olviden esto!

¿Pero qué tiene que ver eso con que nosotros nos quedemos fuera del sistema religioso? ¡Muchísimo! El sistema religioso que ustedes y yo hemos heredado, llegó a nosotros --no del Señor del Nuevo Testamento-- sino por medio de uno de los más grandes genios militares de todos los tiempos, De Darío, uno de los más grandes organizadores que se conocen en la historia. Él es uno de los más grandes nombres de la historia, pero él adquirió sus ideas de la tierra que él conquistó: de Babilonia. ¿Quién fue ese Darío? ¿Qué fue ese hombre a quien todas las organizaciones políticas y religiosas occidentales de todas las épocas han copiado?

¹ Trueman: *The Pageant of the Past*, pág. 105.

Bueno, ese hombre era zoroástrico. Darío I fue uno de los monstruos más crueles que hayan derramado sangre sobre las páginas de la historia. Además, su mayor imitadora fue Roma. Y, agárrense bien ¡su segunda mayor imitadora ha sido la iglesia!

Tal vez ustedes dudan un poco, ¿no es así?

Bueno, entonces yo llamo una vez más a la historia secular al banquillo de los testigos, En *The Pageant of the Past*, el autor D. C. Trueman nos enumera algunas de las contribuciones que el Imperio romano nos dejó. (Recuerden ustedes que ese imperio --

esa maquinaria militar-- tomó su patrón de Darío I, quien a su vez la adquirió de Babilonia.)

Finalmente, de los romanos vino una magnífica organización: el Imperio. La iglesia moldeó sus unidades administrativas (!) según las subdivisiones políticas romanas, y con el tiempo, los sucesores de San Pedro, el obispo de Roma, llegaron a ejercer cierta autoridad, de modo que la Iglesia, al igual que el Imperio, vino a tener su cadena de comando y sus administraciones cuidadosamente vinculadas. Ninguna otra religión podía preciarse de tener una organización tan completa y eficiente.²

Difícilmente veo cómo se pudiera afirmar esto más claramente. Aquí se nos dice que la Iglesia Católica fue moldeada según el Imperio romano y ha sido, en efecto, la religión activa mejor organizada. Buena alumna, la Iglesia Católica. Pero la misma ha tenido algunos buenos imitadores también. ¿Quiénes? Hoy día la estructura de todas las grandes denominaciones son réplicas exactas de la estructura organizacional de la Iglesia Católica, del Imperio romano --de Grecia, Persia, Babilonia, ¡y los ángeles! Si ustedes desean ser parte de eso, sigan chapoteando no más. Perdónenme si rechazo tal oportunidad dorada. Prefiero pasar una emocionante tarde en el cuarto de la lavadora mirando secarse mi ropa en la secadora. No, no tengo la intención de ser parte del sistema religioso.

² Ibid., pág. 311.

Ahora vinculemos las dos historias; la historia espiritual y la historia secular.

La historia: espiritual y secular

Dios creó la organización cuando creó a los ángeles. Entonces Él los alineó según un intrincado patrón jerárquico. Esa cadena de comando existe aun hoy entre todos los ángeles.

Hace mucho, cuando Lucifer fue expulsado de los lugares celestiales y fue forzado a permanecer aquí en el ámbito visible, él trajo consigo un tercio de los ángeles. Él comandaba sus legiones

por medio de una cadena de comando, Lucifer tenía un plan. Ideó cómo entrapar al hombre; cómo distraer al hombre a fin de apartarlo de Dios, y cómo romper su dependencia de Dios. Para hacer eso, introdujo al hombre en algo llamado 'civilización'. Al principio lo hizo poco a poco.

Pero, ¿qué es realmente eso que llaman civilización? Es nada más que el orden angélico. Satanás logró que el hombre se relacionara con sus métodos. Gradualmente entretejió al hombre en el mismísimo orden que él dirigía. Entonces, por medio del plan de Satanás, tanto los ángeles como los hombres quedaron entretejidos en una civilización, un sistema, bajo un gobernador. Satanás comenzó en las ciudades. La civilización es 'vida urbana' ensanchada. Luego la vida urbana fue ensanchada, duplicada en una medida colosal, para incluir principados, luego regiones, después naciones, más tarde continentes y, finalmente, el mundo entero. Todo esa quedó unido --entrelazado-- en el orden de sus ángeles.

Las Escrituras nos dicen que Nimrod fue el fundador de la civilización. Él parece haber sido el hombre que introdujo el orden angélico sistematizado al hombre caído. Fue Nímrod quien fundó a Babel.

La historia secular toma aquí la narración. En una época posterior, Babel fue renovada. La nueva Babilonia --como con frecuencia la historia la denomina-- vio su patrón organizacional recogido por los medos y los persas. Estos, a su vez, se lo dieron a todo el planeta. Más adelante los griegos se la apropiaron de los medos. Grecia organizó de esa manera prácticamente cada faceta de su vida.

Roma conquistó a Grecia. Ustedes necesitan saber que Roma le dio a nuestro mundo moderno su entero patrón organizacional presente. Ese patrón penetra tan completa y totalmente la tierra, atravesando toda cultura, filosofía y política, que nos resulta difícil hasta tratar de imaginarnos vivir la vida por medio de cualquier otro patrón. Todo lo que tocamos hoy día en la actividad humana, está organizada exactamente como la antigua Roma.

Ahora bien, la Biblia se refiere a todo este intrincado tejido como "el sistema mundial". Satanás sistematizó al hombre dentro

de un complejo estilo de vida. Tuvo un éxito total en distraer al hombre de Dios. Lo que llamamos civilización, de hecho es tan sólo el orden angélico impuesto sobre el hombre. Un sistema. No más. Tan sólo uno. Ahora ese sistema está impuesto sobre toda actividad humana. Miren ustedes a su alrededor y vean cada unidad de contacto social dispuesto conforme este idéntico patrón.

Es como pequeños engranajes dentro de engranajes mayores, dentro de una gran rueda dentada, o pequeños patrones de mosaicos dentro de otros grandes, que constituyen --por último-- un vasto mosaico. Déjenme ilustrarlo.

Todo el mundo de la educación no es más que una pieza de ese vasto mosaico. Dentro del mundo de la educación hay pequeñas miniaturas del grande. Juntas escolares, escuelas, universidades; luego, subiendo por la cadena, está la organización educacional del estado y la estructura federal de educación. Retrocedan, Miren. Ustedes captan la vista de un vasto sistema educacional. Pero, eso que se llama el sistema educacional es tan sólo una de muchas áreas de la vida. El mundo de la educación es tan sólo uno de los engranajes, uno de los mosaicos. La medicina es otro, el comercio, otro más, la industria, uno más, la agricultura, otro. Retrocedan todavía más. ¿Qué es lo que ven ahora? Ustedes ven a todos ellos combinados en un gran sistema mundial. Y este sistema encaja cómodamente bien en el orden angélico.

Muy bien, ahora teniendo este poco de historia delante de nosotros, creo que estamos listos para continuar.

La Iglesia: Anoten ‘antiestablecimentarismo’

¡Y entonces vino la Iglesia! Es el año 30 d. de C. El lugar es Jerusalén, Israel. Roma es la potencia ocupadora tanto de Jerusalén como de Israel. Todo lo que está a la vista se halla sistematizado. Y ahora, vean ustedes, la Iglesia entra en la historia. Esta hermosa y Joven muchacha es la única excepción a toda esta larga historia. La iglesia era, y es, un sistema antimundo. La iglesia no es una organización. No; la iglesia es antiestablecimiento. Ella no funciona mediante una cadena de

comando. La iglesia es la única cosa que Lucifer no dirige. Jesucristo es la Cabeza directa de su Iglesia, que es su Cuerpo. ¡Ella no es una organización, sino una Mujer! Ella no está relacionada con un reloj de pulsera. Ella está viva. Es una mujer. ¡La desposada de Jesucristo!

(Dicho sea de paso, la iglesia ha sufrido tan sólo de un enemigo en toda su historia: del sistema mundial. Hay un sistema en particular dentro del sistema mundial, que es el que más persigue a la iglesia. Obviamente es el sistema religioso. Ciertamente, el segmento político del sistema mundial también toma, de tiempo en tiempo, su turno contra ella. Pero es el sistema religioso el que tiene en esto la puntuación más alta.)

Bueno, la iglesia funcionó muy bien durante los primeros 200 años. Ella, como los ángeles, tenía un estilo de vida que había venido de Dios. Pero su sistema de vida no era de cadena de comando. La iglesia no fue moldeada según un molde organizacional angélico. Ciertamente la iglesia tiene orden, pero no está organizada. Entonces ¿cómo está constituida organizacionalmente? La iglesia no está constituida organizacionalmente, Ella es una criatura viviente. Solamente las 'cosas' son organizaciones. Ella no es una cosa, ella es un ser humano... una mujer. Tal vez ustedes no pueden comprender el concepto de la iglesia sin una estructura organizacional. Hay varias razones para ello. Ninguna buena.

La primera es: en la mente de ustedes, la palabra 'iglesia' ha sido asociada con una organización que se denomina a sí misma la iglesia. Bueno, esa organización no es la iglesia. Aun cuando ella se llama la iglesia, sigue siendo sólo una organización. Una organización religiosa. La segunda: que todos ustedes tienen un patrón organizacional soldado allí dentro de su cabeza. A ustedes les resulta muy difícil formarse el concepto de cualquier otra cosa.

El estilo de vida propio de Dios

Cuando Dios organizó a los ángeles, los incorporó en un sistema. Los ángeles eran una forma de vida inferior. Debido a que Él estaba completamente solo, hasta donde concierne su propia forma de vida, no podríamos decir si Él mismo estaría

organizado o no, caso de que viviese en (perdóneseme) una sociedad de dioses. Bueno, hoy El no se encuentra solo. Tiene hijos, y una familia, y una casa. Nosotros somos esa casa y esa familia. Él es Padre. Él es Cabeza. Pero Él es Cabeza de cada uno de nosotros, individualmente. Agarren esto. Esto es totalmente opuesto a una cadena de comando. Miren ustedes a su propia familia. La familia no está organizada. Cada miembro de ella se relaciona directamente con la cabeza. Su familia es una entidad viviente. (No vamos a abordar el tema del orden orgánico de la iglesia, sino sólo hacemos una pequeña pausa para decir, enfáticamente, que la iglesia primitiva nunca fue incorporada en un molde estructurado, ni por Dios, ni por ángeles, ni por hombres.)

Corolario. Nadie podría saber de seguro si Dios, cuando estaba solo, habría de vivir, como los ángeles, en una estructura cerrada. ¡Él vino a tener su propia raza comenzando con Jesucristo! Entonces el asunto quedó resuelto. ¡No! La familia de Dios no está estructurada!

La Iglesia cae víctima de la organización

Desafortunadamente, para el año 200 d. de C. la iglesia estaba deslizándose. Una y otra vez, la persecución había tomado lo mejor de su pueblo. Pero el villano mayor no fue la persecución, sino el propio *tiempo*. Gradualmente, el ambiente estaba triunfando. Los modos de obrar del sistema mundial se estaban infiltrando tanto en las iglesias de Italia como en las iglesias de Asia Menor. (Las de África del Norte se conservaban considerablemente más fieles.) Para comprender lo que realmente tuvo lugar en aquel crucial y trágico período de la vida de la iglesia, necesitamos ver también lo que le estaba ocurriendo al Imperio mismo. Tres veces en su larga historia, el Imperio romano alcanzó puntos culminantes de gloria organizacional. El primer elevado ascenso a la grandeza organizacional fue el período de Julio César y Augusto César. Anterior al mismo, una serie de contratiempos y balances había impedido la formación de una

estructura super colosal. Más tarde, el emperador Adrián restauró y refinó la vasta cadena de comando del Imperio. Finalmente, Constantino fue el que la perfeccionó. Quizá desde Darío I ninguna organización había sido tan perfeccionada. Es increíble que fuera en ese período --la más primorosa hora de gloria organizacional-- que la iglesia primitiva fue arrastrada tan completamente dentro del sistema mundial.

Lloren ustedes.

Este es el recuento histórico: A comienzos del siglo IV, Constantino tuvo cierto tipo de conversión a Cristo. (La calidad de esa conversión es uno de los acontecimientos históricos acerca de los cuales se ha especulado más.) De hecho, Constantino debe ser catalogado como el primer cristiano medieval: un 90 por ciento cristiano de nombre; un 90 por ciento pagano en su pensamiento. Debido a su conversión y su ascenso al trono, para el año 313 Constantino pudo quitar la presión de la persecución de sobre las muy diezmadas iglesias.

Hasta aquella hora, Constantino, al igual que todos los emperadores anteriores a él, fue no sólo cabeza del Imperio, sino cabeza de todo departamento del Imperio. (A propósito, él sólo podía *pensar* en esos, términos. Él era cabeza de todo.)

Eso significaba que él era el sumo sacerdote: el sumo pontífice en el paganismo. Así pues, *empezó* a arrastrar a la iglesia primitiva a su organización.

Como resultado, durante los subsiguientes 75 años, 1) el cristianismo llegó a ser una de las religiones oficiales del Imperio, al lado mismo del paganismo. Eso significaba subvenciones directas a la iglesia, procedentes del dinero de los impuestos. También significaba que ahora la iglesia era sólo un departamento del gobierno del Imperio. 2) Poco a poco, el paganismo quedó completamente echado fuera, el sostén tributario que se le daba terminó, sus propiedades fueron otorgadas al cristianismo, y todo sostén tributario religioso pasó a la iglesia.

A medida que esos acontecimientos fueron evolucionando, gradualmente la iglesia asumió la estructura organizacional de todos los demás departamentos del sistema romano. Aquella

hermosa muchacha sucumbió; para reemplazarla, emergió una organización religiosa fuertemente entrelazada. La iglesia primitiva se desvaneció. Sólo quedó su nombre. El nombre 'iglesia' fue pegado a una organización religiosa. Quedaron palabras tales como 'diácono' y 'anciano'. (Asimismo aparecieron algunos términos nuevos --nuevos-, para los cristianos-- tales como 'cardenal' y 'clero'... ambos tomados directamente del paganismo.) Pero aun cuando algunos rótulos permanecieron, la recién impuesta estructura era puramente babilónica. Consideren ustedes la estructura de la Iglesia Católica tal y como emergió finalmente. Abajo en la base estaban los sacerdotes, luego más arriba los obispos, luego *los* arzobispos, luego los cardenales -- con el Emperador en la cúspide de la pirámide. Pero, oh, luego el Emperador quedó *eliminado* de la cúspide...

Ese estado de cosas continuó por varios cientos de años. Con el tiempo, el Imperio se vino abajo. Cuando se derrumbó, muchas naciones pequeñas emergieron de las ruinas. En vez de un Imperio --una sola nación-- ahora había numerosas naciones pequeñas. Ahora cada una de esas naciones tenía una estructura organizacional propia.

No tengo que decirles cómo quedó organizada cada nación. Ustedes lo saben. Cada nación vino a ser una miniatura organizacional del antiguo Imperio romano. Y en cada caso --sin excepción alguna-- el catolicismo romano vino a ser la única y sola religión oficial de cada nación. Previamente el catolicismo romano había sido la única y sola religión de un imperio entero. Ahora el mismo pasó a ser la única y sola religión de cada una de las naciones formadas del Imperio derrumbado. Habiendo sido antes la religión oficial del Imperio, ahora pasó a ser una religión internacional. Además, la estructura del catolicismo seguía siendo la misma que había sido allá en el siglo IV... una cadena de comando.

Todo esto es la historia de un terrible y trágico estupro de lo que había sido una vez la iglesia. Durante todo ese período -- desde alrededor del 325 d. de C. en adelante-- algunos cristianos rehusaron pertenecer a esa gigantesca organización religiosa. Por esa negativa fueron perseguidos... y muertos. Esa gente --ese otro grupo de cristianos en la historia de la iglesia-- descubrió, como descubrió Pablo (y como habremos de descubrir nosotros), qué

significaba (y significa aún) gustar el desagrado del sistema religioso.

El sistema religioso --una organización-- es el enemigo natural de la iglesia, que es un ser orgánico...

Lugar de la organización durante la Reforma

Bueno, finalmente la situación cambió. Llegó el año 1517 y con él Martín Lutero. Lutero vivió en un país llamado Sajonia. Por supuesto, ese país tenía como su religión oficial del estado la Iglesia Católica. Lutero rompió con la Iglesia Católica romana. Y lo mismo hizo Sajonia. ¡Aquello era inaudito! Por primera vez en 1.500 años había una nación en Europa que no tenía al catolicismo como su religión oficial.

Sajonia echó fuera al catolicismo del departamento de religión. En su lugar se designó un grupo enteramente nuevo... los luteranos. Todas las naciones de la cristiandad tenían al catolicismo como su religión oficial --¡¡¡excepto Sajonia!!! ¡Algo revolucionario!

Bueno, los luteranos vinieron con una nueva teología. Sus enseñanzas eran radicalmente diferentes. Y vinieron nuevos rituales, nuevas palabras, nueva libertad, y nuevos títulos para sus dirigentes. ('Sacerdote' dio lugar a 'pastor'.)

Todo aquello lucía grandioso. Pero Lutero hizo algo inconscientemente. ¡Conservó el mismo patrón organizacional!

Hasta cierto punto, no tuvo otra alternativa. Veamos aquí por qué.

Sajonia estaba organizada exactamente de la misma manera que hacía mucho lo había estado el Imperio romano. Sajonia era una miniatura del antiguo Imperio. Desde luego, todas las organizaciones menores de Sajonia estaban estructuradas según el patrón del gobierno del Rey. De modo que, cuando el luteranismo quedó insertado como la nueva religión oficial... los rótulos cambiaron, sí, pero el patrón organizacional siguió siendo prácticamente idéntico al de la Iglesia Católica romana.

Estructuralmente, el luteranismo encajó bien en la forma de vida sajona, de la misma forma que encajaba todo el resto de la sociedad sajona... por medio de una cadena de comando. Asombroso ¿verdad que sí?

Bueno, la historia dice que en breve otras naciones empezaron a romper con el catolicismo. A continuación Escandinavia tomó el luteranismo como su nueva religión oficial. Luego Inglaterra, bajo Enrique VIII, obtuvo una nueva iglesia. Escocía otra más. Las teologías eran diferentes. Los nombres eran diferentes. Los rituales eran diferentes. Pero sin embargo, el concepto de 'cadena de comando' permaneció inalterado.

Para entonces el rumbo quedó establecido. Cada nación tenía una religión oficial. La religión podía diferir de nación a nación, *pero el patrón estructural era siempre el mismo*, (En cada una de las naciones los cristianos que no se alineaban con esa estructura... sufrían persecución.)

Organización después de la Reforma

Observemos ahora el nuevo desarrollo siguiente. Poco después emergieron las denominaciones bautista, congregacionalista, la alianza (e incluso más tarde las pentecostales). Estos grupos eran algo diferentes. ¡Disidentes! Nunca fueron una religión oficial en ningún país. Nunca entraron impuestos del estado en sus platillos de ofrendas para mantenerlos a flote. Estos son los que los europeos llaman "evangélicos libres": libres del control del estado y del sostén estatal. Sus rótulos eran diferentes, su teología radicalmente diferente, su ritual (sí, lo tienen) mucho más simple. Pero la estructura organizacional de cada uno es tan vieja como Roma; no, tan antigua como Babilonia. ¡Tampoco! ¡Tan antigua como los ángeles!

(Algunos grupos nombran a sus líderes, algunos los eligen por medio de comités, algunos son democráticos y lo hacen por votación... y cada denominación usa una serie de nombres enteramente diferente. Pero en todos ellos el 'organigrama' es una 'cadena de comando'.)

Cuando yo era joven ministro, se me invitó a trabajar por un

breve tiempo estrechamente ligado con la denominación carismática más grande del mundo. En el proceso, me llevaron en un recorrido de todo el conjunto de las oficinas centrales de la denominación. Recuerdo que se me dijo que ellos habían estudiado a todas las demás denominaciones mayores para ver cuál tenía la mejor, más dinámica y más eficiente estructura organizacional. Descubrieron (como ustedes podrían adivinar) que la *mayor* denominación protestante de Norteamérica era la más aerodinámica (de mayor rendimiento) y la mejor organizada. En consecuencia, me dijeron con orgullo que habían copiado la estructura organizacional de la denominación en que yo me había criado... la habían copiado desde arriba hasta abajo. Era algo de que se podían preciar y estar orgullosos. ¿Mi conclusión? El concepto de organizar nuestra religión está en nuestras venas, aun en los tuétanos de nuestros huesos.

Estado actual de la organización

Bueno, desde los tiempos de los disidentes, como que se ha detenido el nacimiento de denominaciones mayores. Ahora, en vez de nacer nuevas denominaciones, más recientemente están surgiendo organizaciones religiosas ‘no denominacionales, y sin interés de lucro’. Ahora bien, todos ellos lo declaran directamente y lo dicen: “¡Somos una organización!” ¡Y lo son, de veras, también!

En los siglos XVIII y XIX, cuando un hombre religioso y enérgico quería hacer algo importante, probablemente salía e iniciaba una nueva denominación. Ahora eso resulta anticuado. (Además, hoy prácticamente todas las disputas teológicas han sido consideradas ya y rumiadas.) En estos días, el tal hombre consigue un estado legal libre de impuestos y funda una organización religiosa. Hoy, en vez de pastor, iglesias y oficinas centrales denominacionales, hay ‘personal’, ‘centros’ y... este... sólo ‘oficinas centrales’. En esencia, por lo menos en la estructura, hay muy poca diferencia entre el organigrama de una denominación y el organigrama de una organización religiosa sin interés de lucro.

Con frecuencia he visitado las oficinas centrales de la

organización de ese tipo más grande del mundo. Ellos se precian de su eficiencia organizacional. Una vez se me dijo (no sé si el relato es cierto, pero el objetivo es, no obstante, obvio) que cierta vez un estudiante graduado de la Escuela de Negocios de Harvard estudió cuidadosamente esa organización y llegó a la conclusión de que la misma estaba tan bien organizada y era tan eficiente, ¡como la *General Motors!*

Sí, la estructura de todas las organizaciones religiosas y de todas las denominaciones es, prácticamente, la misma: La estructura de Nimrod, de Darío, de Alejandro Magno, de Julio César, de Constantino, del Rey Jorge, de Washington, de Jefferson, de Napoleón, de Hitler, de Churchill y de Henry Ford. Mis queridos hermanos, tanto las denominaciones como los movimientos religiosos libres de impuestos son organizaciones. Y eso es *todo* lo que son... no más. Organizaciones *religiosas*. Esas cosas *no* son la Desposada de Cristo.

Yo no sé, estimado lector, cómo se siente usted después de leer todo esto. Personalmente, ardo en deseos de no tener que ver más con semejantes prácticas y de terminar semejantes andanzas alejadas de los propósitos del Señor. La historia de la iglesia es tal vez la más trágica historia narrada o escrita... cuando pensamos en qué podría ser todo si los cristianos nunca hubiesen adoptado, o abandonaran ahora la estructura organizacional.

Este punto subraya *nuestra misión*. Habremos de comprenderlo partiendo de las instituciones religiosas --si se puede juzgar el futuro por el pasado-- por no estar organizadas. (Es muy extraño que, aun cuando la cristiandad organizada cubre la tierra, con todo, parece que esta vasta organización se siente terriblemente amenazada cuando ve que alrededor de ella se levantan personas que no se organizan, y le causa consternación ver que *cualesquiera* cristianos estén fuera de una estructura. La historia dice que los dirigentes religiosos harán *cualquier cosa* para detener una manifestación semejante.)

Pocas cosas demandan más una restauración, que el simple asunto de que los cristianos se congreguen como el cuerpo de Cristo, fuera de un predecible patrón organizacional. Nuestro derrotero es claro. No seremos parte de ninguna

institucionalización. ¿No pueden ustedes ver que el Reino de Dios --dado al hombre-- debe permanecer fuera del orden angélico?

La parte ‘religiosa’ del sistema

He rastreado el sistema; ¡se originó en los lugares celestiales! Pero también he usado el término “*sistema religioso*” y “*religión organizada*”. Antes de seguir adelante, tal vez sería mejor que le diéramos un poco de atención a la segunda palabra de esa frase. ¿Qué entiendo al decir un sistema ‘*religioso*’?

Si yo fuera a afirmar que el budismo es un sistema, o que el hinduismo es un sistema, ustedes estarían de acuerdo. Cada uno de éstos es un sistema religioso. Pero ¿qué decir del judaísmo? ¿Lo es también? Sí. ¿Lo fue siempre? No. En un tiempo fue la mismísima obra de Dios en la tierra. Durante los días de Moisés y los días de David, el Dios vivo lograba su propósito en un grupo de personas. Pero un día Dios se apartó del judaísmo. No obstante, el judaísmo continuo... sin Dios. ¡Ahí tenemos un movimiento religioso! Allí estaba una unidad religiosa privada del propio Dios que la había creado. Con todo, la misma sobrevive hasta este mismo día. ¿Pero cómo es que sobrevive? Bueno, de muchas maneras, pero una de las maneras que usa para sobrevivir (y ésta es absolutamente necesaria para sobrevivir cuando Dios no está con uno) es estar organizada. Es esto lo que el judaísmo hizo. De hecho, el judaísmo ya había hecho esto *mucho* antes de que Pablo apareciera.

Yo creo que, en todo tiempo, aquellos que están fuera de la sistematización religiosa, están destinados a chocar con el sistema religioso de alguien que exista en sus días en particular. El sistema contra el cual Pablo chocó fue el judaísmo. (Los anabaptistas chocaron contra los católicos. Watchman Nee, Bakht Singh y Prem Pradhan chocaron contra la gente buena: los cristianos evangélicos... quienes demostraron ser capaces de perseguir como el que más.) Muy probablemente el judaísmo *no* será el sistema religioso contra el cual ustedes van a chocar allá afuera. Pero, ténganlo por seguro, *hay* uno allá afuera. “Peligro de los judíos” es un hecho de la vida para los cristianos que están fuera de la religión organizada. Allá afuera se encuentra algún

sistema religioso esperando.

En otro tiempo el judaísmo era la obra de Dios. Dios lo abandonó y el judaísmo se organizó. (¿O es que fue al revés?) Mas tarde, el judaísmo llegó a ser el enemigo mismo de la nueva obra de Dios en la tierra. Aquello que comenzó como la obra de Dios se tornó en el enemigo de Dios. Si ustedes no pueden encontrar ninguna otra razón para temer el hecho de organizarse, teman por esta única razón.

El budismo es un sistema religioso. Asimismo el judaísmo es un sistema religioso. Pero ¿puede esto ocurrir también a la fe cristiana? ¿Puede una obra cristiana que es de Dios tornarse más tarde en el enemigo mismo de una nueva obra de Dios?

¿Le aconteció eventualmente esta misma tragedia incluso a la iglesia primitiva? ¿Se organizó ella, con el transcurso de los siglos, llegando a ser la mismísima enemiga de Dios, o está Dios todavía con la iglesia primitiva en nuestros días? ¿Es posible que Dios haya dejado hasta la iglesia primitiva y haya ido a otra gente?

Sé lo que ustedes están pensando: “La iglesia primitiva ya no existe; se acabó alrededor del año 300 d. de C. ¿Cómo es que usted pregunta: ‘Está Dios todavía con la iglesia primitiva *hoy día?*’” No estén tan seguros. Pudiera ser que la iglesia primitiva aún no se haya acabado... como a menudo se nos dice. ¡Tal vez todavía existe... hoy!

Cuando yo era un joven estudiante en el seminario, aprendí dos enseñanzas respecto de “¿Qué le aconteció a la iglesia primitiva?” Algunos aseguraban que la iglesia primitiva ya no existía. Otros enseñaban que la iglesia primitiva sobrevivió en forma de pequeños grupos ocultos en los Alpes, en España, etc. Bueno, he venido estudiando historia de la iglesia desde los diecisiete años, y aquí están los hechos conforme los he descubierto. Ninguna de las dos afirmaciones mencionadas tienen mucha validez histórica. La evidencia principal, por mucho que no nos guste admitirlo, se encuentra en algún otro lado.

¡La iglesia primitiva existe todavía, en una línea

ininterrumpida! No existe en su estado original, seguramente. Pero está aquí; en un largo, evolucionado, corrompido, radicalmente alterado, pero no obstante *ininterrumpido* linaje. ¡En nuestros días, la iglesia primitiva se llama la Iglesia Católica romana! La iglesia primitiva está aquí, más Constantino, más una dosis letal de paganismo, más organización, más 1.700 años de tradiciones, más quién sabe qué otras cosas.

En el año 325 d. de C. la iglesia primitiva se casó con el paganismo romano. Fue un casamiento profano; algo de pagano y algo de sagrado. Dios salió caminando durante la ceremonia. Desde aquellos días, la iglesia primitiva se convirtió en una organización religiosa. ¿Y Dios? Él se fue a alguna otra parte a realizar *su obra* con otra gente. (Dios no es sectario.)

Lo siento si esto sacude a usted. Dios comenzará una obra enteramente nueva mañana si encuentra necesario hacerlo así. ¡Despedirá un pueblo y adoptará otro en cualquier momento! Él continuará *su obra*. Así que, ustedes ven, el budismo *fue, es y siempre ha sido* una organización religiosa; el judaísmo *pasó a ser* un sistema religioso; y la iglesia primitiva también *llegó a ser* una religión sistematizada.

¿Y qué decir del cristianismo evangélico del día de hoy? ¡Ajá! Ahora nos ponemos un poco incómodos. Hoy el cristianismo es alrededor de un 99 por ciento organización y solamente un uno por ciento vida de iglesia. (Esto es ser benigno.) Todos aquellos de nosotros que somos creyentes renacidos crecimos en nada más que una organización religiosa. Repito, una organización --de propósitos religiosos. ¡Esto es el cristianismo de hoy! Esto es donde los creyentes están.

¿Qué es la cristiandad hoy? Es una colcha de retazos compuesta de un montón de movimientos que en alguna parte allá en el pasado Dios más o menos bendecía. Pero desde hace mucho Él quitó su bendición. (Dios *nunca* estuvo con algunos de ellos.) En la actualidad no son más que organizaciones, de naturaleza religiosa.

Una buena porción del cristianismo de hoy constituye simplemente los restos de algo de lo cual Dios se ha apartado.

¿Adónde se ha ido Él? Se ha ido a llamar un pueblo como Abraham, que le entregue su vida a Jesucristo y lo conozca supremamente, que lo conozca a Él solo.

¿Qué es el sistema religioso en nuestros días?

Es hora de que afrontemos esta pregunta: ¿Qué es exactamente el sistema religioso hoy? Después de eso consideraremos cuál ha de ser nuestra relación con él.

¿Pertenece todas las organizaciones religiosas de estos días --incluso las denominaciones y las organizaciones libres de impuestos-- al sistema mundial? ¿Son realmente esas organizaciones uno de los sistemas dentro del sistema máximo?

En primer lugar, no hay duda de la enseñanza de las Escrituras en cuanto a que hay un sistema mundial. Pero ¿es una iglesia denominacional parte de ese sistema? ¿Y una organización religiosa?

Me gustaría contestar esto invitando a ustedes a una pequeña población imaginaria del este de Texas.

Aquí en nuestra población imaginaria ustedes encontrarán el sistema educacional, Ese pequeño sistema educacional está estructurado exactamente en la forma que Darío el Grande estructuró su imperio hace más de 2.500 años. En esta población se tiene también el mundo de los negocios. Un duplicado. También encontrarán un sistema político en esta población. Igual que si visitáramos a Babilonia de nuevo.

Podríamos seguir indefinidamente: recreación,

entretenimiento, medicina, gobierno. Ahora pongámoslo todo junto. ¿Qué es lo que tenemos? Bueno, tenemos algo que allí la gente llama afectuosamente 'nuestra comunidad', así como 'nuestra pequeña población'. Efectivamente, esa población está integrada de muchas partes, o capas... como un pastel gigante. Pongámoslo todo junto y tenemos vida comunitaria, o mejor, 'civilización'. Muchos pequeños sistemas y organizaciones que forman el gran conjunto: una población en el este de Texas. Bueno, en el mismo centro de esa comunidad, exactamente en el medio de todas esas otras capas --y en una parte *muy* intrincada de ese pastel-- se encuentra el sistema religioso de esa comunidad. El mismo no sólo es parte integrante, sino que se espera, hasta se requiere que sea uña y carne. Lo sé. ¡Yo fui pastor en el este de Texas!

Esto resulta muy difícil de explicar, pero el sistema religioso es parte del sistema mundial. Sí, y nosotros pastores denominacionales éramos parte de ese sistema. (Sí, y mi denominación estaba, y está, organizada... hasta los dientes. Esto no es crítica, es una cita. Ellos afirmaban, anunciaban y desplegaban este hecho y se preciaban de él.)

Nosotros los pastores visitamos a los enfermos, enterramos a los muertos, presentamos la invocación en las reuniones cívicas, educacionales y políticas. Y (reminiscencias de los tiempos de Nerón) hasta subimos a la tribuna de la prensa, tomamos el micrófono y oramos pidiendo que desciendan bendiciones celestiales sobre una masacre de fútbol norteamericano que está a punto de comenzar. Servimos en comités de la Cruz Roja, de los *Boy Scouts* y de otras operaciones o empresas benévolas que levantan fondos. Obviamente, no hemos visto el mortal conflicto que tiene lugar entre el reino de este mundo y el reino de Dios. No hemos visto y no vemos, que la iglesia es también una civilización de clases; pero una civilización muy distinta y separada de la civilización del hombre; un reino que está en conflicto directo con esa civilización que la gente del este de Texas llama 'vida comunitaria'. Con todo, allí estamos, una organización religiosa que es parte integrante de la vida de 'nuestra pequeña comunidad'.

Pero igualmente tan malo --si no peor aún que formar parte integrante de este sistema-- es que tengamos una estructura del

todo idéntica al mismo. Una iglesia bautista típica es una organización. (Si ustedes no creen esto, les recomiendo que se hagan miembros de una. Nosotros estábamos tan organizados que podíamos hacer que un reloj suizo se retorciera de envidia.) Una vez más, esto no es en modo alguno criticar a los bautistas. Ellos se glorían en eso.

Repito, la iglesia de Jesucristo es una mujer, un organismo vivo, no una cosa, no una organización inorgánica. Los sistemas corresponden a los ángeles y --desde la caída-- a los modos de obrar del hombre caído. Pero la iglesia corresponde a la familia de Dios.

Durante los últimos 1.700 años la cristiandad ha sido, en todo respecto, parte del sistema mundial y ha sido estructurada igual que todas las instituciones seculares de la tierra. Aun así, en todas las épocas *siempre* ha habido cristianos que no se conformaban con esta tradición. Pacíficamente, tranquilamente, discretamente, sin ánimo de crítica, sin ningún orgullo ni alarde, me declaro a favor de este testimonio. Sin malicia hacia nadie y con caridad hacia todos, nos hemos salido de la iglesia tradicional para declararnos a favor de la expresión orgánica del cuerpo de Cristo.

La cristiandad es básicamente una gran organización, o un grupo de organizaciones, debiera decir. La mayor parte de ella está en una situación no demasiado diferente de la antigua fe hebrea. Los cristianos valdenses (que llevaron la antorcha tan valientemente durante la edad del oscurantismo), igual que los hebreos, una vez fueron el centro mismo de la obra de Dios en la tierra. Hoy, son una concha vacía, una organización religiosa que lleva colgado del cuello el rótulo 'iglesia'. Igual también los católicos romanos, los luteranos, los anabaptistas, los hermanos unidos, etcétera.

¿No sería maravilloso, si una vez que Dios terminase con un pueblo, ellos pudieran simplemente deslizarse fuera de las páginas de la historia y desvanecerse? En cambio, los huesos siguen caminando mucho después de haberse ido el espíritu.

He fijado algunos puntos sencillos. Hemos visto el origen de la organización del tipo de cadena de comando. Era para los

ángeles. Un ángel, Lucifer, procura constantemente entrelazar a todos los hombres en esa red organizacional. Además de eso, la iglesia en sí no es una organización, sino un organismo vivo. Numerosas entidades llamadas 'iglesia' son simplemente organizaciones religiosas establecidas según la estructura de la antigua Roma, Asiria y Babilonia. La mayor parte de la familia cristiana se encuentra en un sistema religioso, tremendamente similar --en su estructura-- al sistema mundial mismo.

Tan sólo por si ocurre que todavía hay uno o dos escépticos sentados allí atrás en la última fila, déjenme llamar una vez más a la historia secular al estrado de los testigos para preguntarle si la cristiandad es un sistema religioso. Que la historia dé fe de la verdad de estas afirmaciones. A continuación presento algunas excertas de la gigantesca obra *Story of Civilization* (Historia de la civilización) de once volúmenes, de Durant. Las siguientes citas han sido tomadas todas del volumen tres, *Caesar and Christ* (César y Cristo). Lean ustedes. Y lloren.

Organización romana

“Roma no ha tenido rival en el arte de gobernar... dentro de ese marco no superado Roma erigió una cultura de origen griego...; absorbió con aprecio y preservó con tenacidad la herencia técnica, intelectual y artística que había recibido de Cartago y de Egipto, de Grecia y del Oriente.”³

Triunfo del paganismo sobre la iglesia:

“Cuando el cristianismo conquistó a Roma, la estructura eclesiástica del [paganismo], el título y la vestimenta del sumo pontífice, la adoración de la Gran Madre... pasaron como la sangre materna a la nueva religión, y la Roma cautiva capturó a su conquistador.”⁴

³ Durant. *The Story of Civilization*, tomo III, pág. 670-671.

⁴ Ibid., pág. 670-671.

Estructura de la iglesia:

“Las riendas y destrezas de gobierno fueron transmitidas por un imperio agonizante a un papado más viril...”⁵

‘Conversión’ de Constantino al cristianismo:

“¿Fue sincera su conversión... o un consumado golpe de sabiduría política? Probablemente fue esto último... En su corte gala Constantino se rodeó de sabios y filósofos paganos... En todas partes de su extenso reino trató a los obispos como sus auxiliares políticos... Para él el cristianismo fue un medio, no un fin... Los maestros cristianos inculcaban sumisión a los poderes civiles... Constantino aspiró a una monarquía absoluta; ese tipo de gobierno se beneficiaba de un respaldo religioso... la Iglesia pareció ofrecer un correlativo espiritual para la monarquía.”⁶

Paganización del orden de la iglesia:

“No fue meramente que la Iglesia adoptó algunas costumbres religiosas... la estola y otras vestimentas de los sacerdotes paganos, el uso de incienso y agua bendita... el encender velas... la veneración de santos, la arquitectura... la ley de Roma como base (de las leyes eclesiásticas), el título... Sumo Pontífice... El aporte romano fue sobre todo una vasta estructura de gobierno, la cual... llegó a ser la estructura del gobierno eclesiástico (!!!). La Iglesia romana siguió las pisadas del estado romano... Como Judea le había dado ética al cristianismo... así ahora Roma le dio organización...”⁷

⁵ Ibid., pág. 671-672.

⁶ Ibid., pág. 655-656.

⁷ Ibid., pág. 618-619.

Ahora, mi pregunta es: ¿Formaremos parte de la religión organizada?

Bueno, yo sé que alguno puede estar en desacuerdo con mi interpretación del origen *espiritual* de la organización. Asimismo yo puedo estar equivocado (¡perezca tal pensamiento!). Pero la historia secular está de acuerdo: ¡el cristianismo de nuestros días está organizado! Y organizado a imagen de Roma, que fue organizada a imagen de Darío I. ¡Ese viejo superpagano! Ahora bien, apreciados hermanos, ¿creen ustedes realmente que cuando Dios nos dio esta gloriosa criatura llamada iglesia el Dios todopoderoso y viviente se basó en Darío I y le dio a *ella* una estructura organizacional hecha a imagen de Babilonia y de Persia?

No, todo nuestro ser nos dice que la función de la iglesia del primer siglo debe haber sido radicalmente diferente de cualquier otra cosa en la tierra: ella, para siempre no organizacional. ¿Nuestra misión? Retornar a aquella expresión no estructurada, orgánica, innata, natural, de la iglesia.

Yo no sé qué rumbo pueden escoger otros hombres, estimado lector, pero en cuanto a mí y mi casa... retornaremos a los caminos, no de Roma, sino de la iglesia primitiva.

¿Osaría usted separarse para una misión menor que ésta?

¿Quo vadís?

Ahora, yo quisiera sacar algunas conclusiones basadas en los hechos que acabamos de considerar.

En primer lugar, la vida de iglesia no puede sobrevivir en una estructura organizacional. Parte de nuestra tarea aquí en la tierra consiste en ver una clara restauración de la experiencia de la vida de iglesia sobre esta tierra. No debemos organizarnos. La vida de iglesia debe volver a florecer sobre esta tierra.

En segundo lugar, el sistema religioso ha estado causando constantemente dificultades a los grupos de cristianos que están *fuera* del sistema. Esto ha sido cierto en todos los países y en todo

tiempo donde han existido grupos de cristianos fuera del sistema. Sea el Islam, el budismo, el hinduismo, el judaísmo organizado o el cristianismo organizado... cuando menos, siempre ha sido y es la tendencia de las organizaciones religiosas oponerse a los cristianos que rehusan organizarse. No debemos sorprendernos si ésta haya de ser nuestra porción en alguna fecha futura.

Tercero, no podemos salirnos totalmente de la esfera del sistema mundial. El sistema mundial cubre la tierra. Nuestra única esperanza de apartarnos totalmente de él sería mudarnos a las montañas --o al desierto-- y volvernos ermitaños. En lo que respecta al sistema mundial, Éste es nuestro llamado: estar *en* el mundo, y sin embargo no ser *del* mundo. Pero hay un sistema dentro del sistema mundial, del cual debemos mantenernos tan alejados como podamos: debemos permanecer fuera de ese *sistema religioso*. Sin ayudarlo, ni alimentarlo, ni alentarlos --pero tampoco debemos combatirlo. Simplemente ignorarlo.

Tal vez la mejor ilustración de esto está comprimida en los primeros diez versículos del capítulo 6 de Daniel.

Este pasaje bíblico dice claramente que Babilonia entera estaba gobernada conforme este patrón organizacional. Los versículos 1 al 3 de ese capítulo nos proporcionan una perfecta descripción de la cadena de comando. Esos mismos tres versículos nos muestran la perfecta disposición de Daniel de hallar un empleo secular en el centro mismo de la estructura organizacional. Pero había un departamento en esa estructura con el cual Daniel no tenía nada que ver, y con el cual él no compaginaba... al cual no se conformaba en modo alguno, y él no iba a cambiar... ¡aun si ello significaba tener que renunciar a su habitación privada y dormir con leones!

De modo que, como aprendimos en la escuela bíblica de vacaciones cuando teníamos sólo siete años: ¡venga lo que venga, osemos ser como Daniel!

En cuarto lugar, si alguna vez el sistema religioso nos hiciera oposición --si llegamos a encarar nuestra propia versión moderna de “peligros de los judíos”-- deberemos tener la misma actitud, criterio y reacción que tuvo Pablo.

Una prueba

Quisiera terminar este punto con una referencia al futuro. El hombre en su estado caído es *naturalmente*, orgánicamente pagano. A lo largo de las edades, las obras de Dios se revierten eventualmente a los caminos del hombre caído. ¿Y cómo podemos saber con una seguridad absoluta cuándo hemos llegado a un estado tal?

¿Cómo podemos saber cuándo el Señor ha terminado con nosotros? Francamente, no tengo la menor idea. Aquí presento algunas posibilidades... Cuando *estas* cosas hayan llegado a ser tendencias definidas entre nosotros: Tal vez cuando nos hayamos institucionalizado... y poseamos propiedades permanentes. Cuando nos hagamos mundanos... otra vez. (Recuerden ustedes: estábamos en el mundo, y renunciamos al mundo; muy fácilmente podemos retornar allí.) Cuando dejemos a Cristo como centro de nuestro mensaje. Cuando la Biblia, o el evangelismo, o la moralidad o la 'iglesia' lleguen a ser nuestro centro. Cuando dejemos de experimentar al Señor, y sólo *hablemos* respecto de experimentarlo. Cuando dejemos de ser buscadores. Cuando nos volvamos sectarios. Cuando peleemos unos con otros. Cuando tomemos una lista como ésta y se la embutamos unos a otros por la garganta para abajo, con media docena de posibles interpretaciones de su significado. No tengo la menor idea de si *éstas* son realmente señales o no de que el Señor se haya ido.

Pero hay dos posibilidades que muy definidamente quisiera enumerar: 1) Cuando *empecemos* a confraternizar con el sistema religioso, será tiempo de que recojamos nuestra tienda y nos escurramos del escenario de la historia. 2) Cuando *dejemos* de ser abiertos con los cristianos individuales de ese sistema, cuando dejemos de confraternizar con ellos... entonces sí será tiempo de cerrar el negocio y desvanecernos de la tierra.

Parece imposible no tener nada que ver con el sistema religioso y al propio tiempo estar totalmente abiertos a todos los cristianos. No obstante, debemos hacer esto. Este es nuestro llamado. Apreciados hermanos o hermanas, cualquiera que sea nuestro futuro, cualquiera que sea nuestra porción, tengan delante de ustedes el ejemplo de Pablo, que estaba bajo la presión

de los judíos. Hagan que ésta sea su conducta.

CAPITULO 9

Nuestra relación con cristianos individuales

Ahora vamos a hablar de un tema totalmente diferente. Hemos hablado acerca de nuestra relación con “los judíos” y con “los gentiles”, pero, ¿qué decir de nuestra relación con los cristianos individuales del sistema religioso? Contestar esta pregunta plantea un problema tremendo. Muchas veces las Escrituras pueden ayudarnos y guiamos a través de los problemas que encaramos, ya sea por medio de una palabra directa, ya por medio de un ejemplo. ¡Pero no en este caso! Aquí enfrentamos un problema que simplemente era desconocido en el primer siglo. En aquellos tiempos los creyentes cristianos estaban en la iglesia... esto es, en la vida de iglesia. No estaban también en media docena de *otros* movimientos religiosos. Hoy en día lo contrario es cierto. Hoy casi ningún cristiano vive en la experiencia de la vida de iglesia; prácticamente todos los cristianos devotos están muy involucrados en una o más instituciones religiosas.

Tenemos un problema grande, y ningún paralelo bíblico que nos guíe. Simplemente échenle ustedes un vistazo a la situación única en su género que encaramos.

Hoy la inmensa mayoría de los cristianos nunca ha experimentado la vida de iglesia, o más bien... nunca ha oído hablar siquiera de la vida de iglesia. La ‘iglesia’ --para la mayoría de los creyentes de hoy-- es un edificio, y ‘vida de iglesia’ significa (si los hacen conjeturar) las dos a cinco horas por semana que pasan en ese edificio.

Hoy día el creyente más devoto probablemente es miembro participante (o trata de serlo) del 'edificio de la iglesia' y también miembro de una o *varias* organizaciones interdenominacionales.

Ahora bien, en el primer siglo no había ninguna mentalidad de este género. No existía nada como creyentes *que estaban* en el sistema religioso (pero *no* en la experiencia de la iglesia), en contraste con los que no estaban en el sistema religioso (y sí *estaban* en la experiencia diaria de la iglesia).

Déjenme tratar de ilustrar nada más cuán lejos y descaminada está la mentalidad cristiana de hoy, de la mentalidad del primer siglo. Si ustedes hubiesen podido ir a Tesalónica, habrían encontrado a santos que se congregaban en casa de Jasón. Podrían haber encontrado a algunos que se quedaban en casa, y hasta pudieran haber encontrado a algunos que habían abandonado la fe y que pudieran haber retornado a la adoración de los ídolos en los templos paganos.

Pero ustedes no habrían hallado una docena de organizaciones interdenominacionales, tres asociaciones ministeriales y 144 denominaciones; 75 'iglesias' independientes, 30 grupos de estudio bíblico en hogares, 10 'casas de medio camino', y tres organizaciones de 'iglesia en el hogar'. Simplemente tal situación nunca existió en el primer siglo.

Problemas sí tenían a montones. Pero problemas como los de más arriba no estaban en la lista.

De modo que el asunto queda sin resolver: ¿Cuál ha de ser nuestra relación con los cristianos que se hallan totalmente sumergidos en la religión organizada? Este problema casi desafía la solución. Cualquiera que sea nuestra respuesta a este problema, convendría que fuera elevada, ¿Por qué? Pues porque la situación así lo demanda.

Nuestra mentalidad presente

¿Qué diferencia hay entre nuestra mentalidad y la mentalidad del primer siglo? No estoy hablando de doctrina; no estoy hablando de creencias; no estoy hablando de nuestra práctica... en realidad. Ni siquiera me estoy refiriendo a algo de lo cual tenemos conocimiento consciente. Es una perspectiva, una actitud ambiental. Y en cierta forma, esta 'mentalidad cristiana moderna' ejerce más influencia en la manera en que hacemos las cosas, que todas nuestras doctrinas y todos nuestros métodos, metas, sueños, visiones y esperanzas combinados.

Hoy en día hay una mentalidad que iguala una organización interdenominacional sin interés de lucro con la iglesia. ¡Una organización hecha por el hombre tener igual facturación que el mismísimo propósito de Dios para la creación! ¡Increíble!

Y ésta no es una actitud deliberadamente premeditada. Es una realidad que simplemente está suspendida ahí en el ambiente que nos rodea... invisible, impensada, inadvertida... pero tan poderosamente presente y tan increíblemente influyente.

Cabe decir lo mismo de la división que hay en el cuerpo de Cristo. Esta es una era en que se elegía la división. Por supuesto que ninguno de nosotros piensa de este modo acerca de ello. Déjenme hacer una ilustración.

Un excelente hermano, muy espiritual, reúne un grupo de hombres de negocios. Comparte con ellos su visión de una nueva organización... que habrá de hacer algo único en su género... algo necesario. Los hombres presentes en la reunión captan su visión. Aplauden su denuedo... y ocurre allí *otra* división del cuerpo del Señor ¡La división es encomiable!

Esta es la indisputable mentalidad de nuestros días. Una cantidad de tres dígitos de iglesias en una ciudad... ¡que sobrepasan la cantidad de estaciones de gasolina! Proliferan las organizaciones interdenominacionales y los 'frentes de tiendas'; los grupos de estudio bíblico en hogares y las 'iglesias en el hogar' ¡¡¡se multiplican igual que los impuestos!!!

¡Y las organizaciones! La fe cristiana está cada día más enfrascada en buscar hombres que tengan grandes dotes organizativas. Hombres que sean capaces de formar a la mayor brevedad, una organización eficiente, ágil y perfecta... que haga la obra... para el Señor. Como dije anteriormente, algunas de las grandes denominaciones se precian en tener una operación organizacional intrincada, supereficiente, que funciona con toda suavidad.

Todo esto es una mentalidad inexpressada, impensada, que eleva una 'cosa' al nivel de 'persona'. La iglesia del Señor es una mujer. Un organismo vivo, divino, que respira. Una organización es una invención fría, estéril, concebida por los hombres. ¡Con todo, hoy día nuestra mentalidad exalta inconscientemente la 'cosa' por encima de la desposada de Cristo!

No tengo nada contra nadie con respecto a este asunto. Lo que he descrito aquí es simplemente el *statu quo*. Este es el estado en que las cosas están. Y tenemos que aprender a vivir en estos tiempos de la manera que las cosas están. Las mismas no van a cambiar... no, durante nuestra vida. La cuestión que tenemos delante, es ésta: "Con la situación como está, ¿cómo hemos de relacionarnos con otros creyentes?" Esta es una pregunta difícil. Tengan cuidado. *Tenemos* que hallar la forma más elevada posible. Cualquiera que esa forma sea, no será una manera fácil, porque nos encontramos rodeados de una mentalidad cristiana tan completamente alejada de lo que era el concepto de la vida del primer siglo.

Francamente, a veces envidio a nuestros hermanos del primer siglo. Sí, ellos tuvieron montones de problemas. Sí, ellos sufrieron muchísimo. Pero también tuvieron algunas cosas a su favor. Tuvieron problemas *bíblicos*. ¿Pero nosotros? ¡Nosotros tenemos tantos problemas que ni siquiera son bíblicos! ¡Piensen tan sólo en todos los problemas que ellos *no* tuvieron!

Las dos mentalidades en contraposición

Quisiera describir lo que la iglesia del primer siglo habría podido parecer si ellos hubiesen sido bendecidos (!) con nuestra

mentalidad. Pero eso requeriría un libro entero. En vez de eso, y tan sólo brevemente, veamos el contraste que hay entre estas dos mentalidades. Digamos que ustedes recibieron su salvación durante el primer siglo... en la ciudad de Iconio... en la iglesia gentil fundada por Pablo. Ustedes tenían solamente dos opciones: reunirse con los demás creyentes de su ciudad... u olvidarse de todo ese asunto. Esas eran sus *únicas* dos alternativas. ¡Bastante simple!

Había un grupo de cristianos en Iconio. Uno sólo. Eso era todo. No había ningún otro lugar adonde ustedes pudieran ir. Ninguna otra reunión de 'iglesia' calle abajo. Ninguna organización interdenominacional a la cual pudieran unirse a fin de "dedicarle sus talentos dados por Dios". Tampoco había ningún obrero independiente que visitara la ciudad, con una colección de tremendas anécdotas con que entretenerlos a ustedes toda la noche, allá abajo en el anfiteatro local.

Nada. No había diez iglesias. Ni una docena de obras o de organizaciones cristianas, ni obreros, entre los cuales escoger. Una iglesia. Una congregación. (¡Qué insípido!) No había alternativas. Ni nada más. Ni siquiera una mentalidad que pudiese concebir la idea de una alternativa, o de una división.

No había ningún ministerio de "Barrios bajos para Cristo". Ni ninguna casa para *hippies* atenienses. Ni una "Misión a Israel". No había ni siquiera una organización universitaria sin interés de lucro para ganar para Cristo a los "estudiantes de filosofía aristoteliana" locales. Ni "Rancho del Cristo", ni "Vegetarianos para Cristo"; ni siquiera unos terrenos para retiro veraniego, ni tampoco una sociedad interdenominacional de trataditos. Imagínense: no había escuelas bíblicas, ni colegios universitarios cristianos, ni una "Confraternidad carismática corintia internacional". Ni una "Misión de Plaza de Mercado". Ni casa de café cristiana, ni esfuerzo misionero alguno en pro de los leprosos gentiles del sudeste de Etiopía. Y ni siquiera un simple servicio de sanidad allá abajo en el Salón Garbanzo del Hilton de Iconio.

No había nada en Iconio sino solamente la iglesia, y sólo *una* de ellas.

¿Cuál es mi objetivo? Este: Que no había cristianos en el

sistema religioso de Iconio. Los cristianos habían de hallarse todos en un lugar y en un lugar sólo: en el cuerpo de Cristo --el cual se congregaba en unión no quebrantada-- en Iconio. La iglesia era el único repositorio de cristianos en la ciudad de Iconio. Había personas inconversas, no creyentes. Judíos no creyentes. Se los podía encontrar allá en la sinagoga local. Había gentiles no creyentes. Se los podía encontrar allá abajo en cualquiera de los templos cercanos, inclinándose delante de alguna diosa.

A los inconversos no creyentes había que buscarlos en dos sistemas religiosos: en el judaísmo y en el paganismo. A los creyentes había que buscarlos en un lugar: en la vida diaria y orgánica de la desposada de Jesucristo.

Imagínense ustedes. ¡Todavía no había nacido en este planeta el concepto --ni siquiera soñado en un sueño-- de que pudiera ser posible que un cuerpo de creyentes local pudiese experimentar una división!

Una vez más, piensen en todas las cosas que los creyentes del primer siglo no tenían en su ciudad.

No había caos: algunos cristianos se reunían en las casas, y otros, en la sinagoga... otro grupo rentaba el templo pagano local todos los domingos en la mañana.

No existía ninguna organización interdenominacional, con su presidente, su junta de directores y su personal, ubicada en un gran edificio a pocos pasos de la plaza de mercado, en que se escribían en letra cursiva y se enrollaban pequeños rollos de libro para ser repartidos entre (¡de toda la gente!) todos los cristianos de la ciudad... para levantar suficiente dinero a fin de enviar al hermano Apolos a Babilonia.

No había grupos itinerantes de jóvenes trovadores que se presentaban en la arena local, todos ellos vestidos con idénticas túnicas blancas con orlas doradas... que cantaban salmos al son de alguna de las últimas canciones paganas de moda, y que daban testimonio de cuán maravilloso era vivir por fe... justo antes de sacar de repente la bolsa de 'ofrenda de amor' (Ese ruido distante que ustedes acaban de escuchar fue de Pablo que dio la

vuelta en su tumba.) Oh, sí, los creyentes de la iglesia primitiva tenían algunas ventajas bien distintas a favor de ellos.

Por lo general los cristianos estaban en la iglesia (en la congregación). No había ninguna división. Ser salvo y estar en la confraternidad del cuerpo local de creyentes era estar *fuera* del sistema religioso.

Cierto, se podía encontrar un cristiano apóstata de vuelta en la sinagoga (si era judío) o en un templo pagano (si era gentil). Pero ustedes no encontraban una sala entera llena de ellos *congregándose* en el templo pagano y llamándose “la segunda iglesia de Iconio”... o “Templos paganos para Cristo, Internacional”.

Hoy aquella situación está invertida. La fe cristiana ha tomado sobre si misma la sistematización organizacional... y la mayor parte del pueblo del Señor se halla en esa estructura organizacional religiosa. Y, por lo mismo, repito, tenemos hoy un problema de primera clase --un problema no existente en la Biblia.

Para complicar el problema todavía más, el pueblo del Señor no sabe todo esto. No tienen ni la noción más elemental de que pertenecen a una organización estructurada, a la cual alguien pegó el título de ‘asamblea’ o ‘iglesia’.

Como quiera que sea, ahora ustedes ya tienen la idea: la mentalidad cristiana del día presente es una cosa establecida; es algo inconsciente; y tenemos que vivir con ella... a pesar del hecho de que está tanto universalmente adherida a la mentalidad y conceptos de los creyentes del primer siglo, como al propio tiempo totalmente opuesta a los mismos.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud?

Ahora veamos el gran problema. Un problema gigantesco. ¿Cuál ha de ser nuestra relación con los cristianos del sistema religioso? Recuerden, hay apreciados y preciosos cristianos en el sistema religioso. También recuerden esto: ellos no tienen ni la menos translúcida noción de que están en un sistema.

Mí querida y anciana abuela fue un miembro de la iglesia tan devota, o poco menos, como un ser humano puede ser. Ahora bien, si ustedes le hubiesen dicho a mí Abuelita que su denominación era una organización... y que esa organización había sido copiada de la estructura del Imperio romano, la cual había sido tomada de Babilonia, que a su vez era una réplica del orden angélico, presidido por Lucifer, ella podría haber sufrido un síncope, o posiblemente los habría echado de la casa.

Ella no sabía eso. Ella no habría estado de acuerdo con que eso fuese cierto, no habría querido saber que lo fuera, y ¡no habría cambiado si lo hubiese sabido! Esa era simplemente una información sin la cual Abuelita estaba mejor.

No todos habrán de irse. ¡No todos quieren irse!

Algunos procurarán encontrar una salida. Algunos se irán. La mayoría no se irá. Recuerden esto.

Ahora grábense bien en la mente esto: Hay una enorme diferencia entre el sistema religioso y los queridos y preciosos santos de Dios --algunos de ellos enamorados del Señor con todo su corazón-- que se encuentran en ese sistema. Esa gente es tan preciosa para Dios como lo somos nosotros, y tal vez más preciosos... y están bajo menos escrutinio y juicio que nosotros. ¡Ustedes no son más amados por el Señor que ellos! ¡Ni tampoco lo soy yo!

Bueno, ahora llegamos a nuestro llamado. ¿Cuál ha de ser nuestra relación con el pueblo del Señor que se encuentra en el sistema? Esta es nuestra misión... el Señor nos ha llamado a algo imposible. Vean ustedes, si no tenemos nada que ver con otros cristianos, acabaremos siendo intolerantes. Eso nos destruirá. Nos deberá destruir. Por otra parte, si tenemos algo que ver con ese *sistema* en el cual están, ¡acabaremos volviendo al mismo también! Y eso también nos destruirá.

El Señor nos ha llamado a una situación imposible.

Tenemos que abandonar ese sistema. Abandónenlo. No vuelvan jamás a él. Desprécienlo; no lo ayuden nunca, no lo

condonen nunca, nunca tomen parte en él, ni lo toquen siquiera... y al mismo tiempo, debemos ser totalmente abiertos con los cristianos que están en él. Un llamado imposible.

Abandonar el sistema, y no obstante ser tan abiertos, tan nada exigentes, tan cándidos, tan no criticadores, tan pacientes, tan incondicionales en nuestro amor, como somos con los santos con quienes vivimos a diario en la práctica de la vida de iglesia. Esto es imposible; esto no puede hacerse. ¡Sin embargo, debe hacerse!

No Estoy subrayando esta afirmación. La misma es evidente. Debemos ver a otros cristianos como la gente más amada en la tierra, ni un átomo menos maravillosos que los santos más amados en esta parte del cuerpo de Cristo, con quienes ustedes tienen comunión ahora y a quienes aman tan sin reservas.

¿Cómo podemos hacer esto? No será fácil encontrar la respuesta. Tal vez no la hallemos (les recuerdo: estamos lidiando con un problema no bíblico. Bíblicamente, todos los cristianos deben estar fuera de la sistematización de la religión organizada.)

Con todo, tenemos una cosa de nuestra parte. En gran medida, nuestros problemas son inexistentes. La mayor parte de los cristianos de 'allá afuera' están enormemente desinteresados en nosotros. Cuando oyen hablar de nosotros, se muestran indiferentes. Somos fácilmente inadvertidos. Somos gente muy olvidable. ¿Qué es lo que quiero decir con esto?

Básicamente, son solamente los que buscan, los cristianos de corazón hambriento, y los 'gentiles' recién convertidos que nunca oyeron hablar siquiera del cristianismo ni del sistema, quienes integran nuestras filas. El resto de la familia cristiana es, de cierta manera, incapaz de vernos siquiera.

No obstante, ustedes no deben decir nunca nada negativo respecto de otros cristianos; no comparen nunca a otros cristianos con 'nosotros', No hay ni 'ellos' ni 'nosotros'. Todos los creyentes son, a los ojos de Dios, tan amados como Pablo, o Pedro, o Juan. Algunos del pueblo del Señor que están en el sistema figuran entre los cristianos más bien amados en todo el mundo. Que ésta sea la norma de ustedes: Cuando se encuentren

con un cristiano que está en el sistema religioso, ¡trátenlo como nosotros nos tratamos unos a otros! Salúdenlo con todo el amor y sinceridad de un corazón no prejuiciado.

Por otra parte, tenemos una tarea, y no debemos distraernos. Y eso bien podría crear un problema. Ese cristiano estará encantado con la sinceridad de ustedes; y es muy lógico que él tratará de involucrarlos en sus actividades religiosas.

De modo que, seguramente un día ustedes despertarán y se encontrarán en un gran aprieto. Un día, con toda esa sinceridad no inhibida de parte de ustedes, van a ser invitados a un banquete para levantar fondos... ¡o a alguna otra actividad! ENTONCES ustedes van a tener un problema.

¿Y qué harán ustedes?

¡Como dije, se han metido en un problema! Lo siento. Hay pocas pautas que alguien pueda ofrecerles.

Recapitulemos.

En cuanto al sistema religioso: En los días de Pablo, había un sistema religioso. Él se crió en ese sistema, pero lo abandonó cuando se hizo creyente. Ese sistema lo persiguió... durante el resto de su vida. Pablo nunca volvió a esa sistematización. Y aquel sistema nunca entró en el cuerpo de Cristo. Pablo y el judaísmo eran dos mundos separados.

Hoy la situación está radicalmente cambiada. Nos hicimos cristianos tan sólo para descubrir que prácticamente todos los creyentes se encuentran dentro de un sistema religioso. Hemos sido llamados a salir de ese sistema... y no obstante ser totalmente uno con los creyentes que se hallan en él. Imposible. Pero, aún así, debemos serlo.

Además, podemos esperar alguna oposición de parte de ese sistema. La historia es la que lo dice. No debemos reaccionar nunca a esa oposición, ni ser afectados negativamente por ella en forma alguna... y debemos seguir siendo totalmente abiertos a todos los santos.

Hermanos, tomen a Cristo depositado en ustedes y compártanlo con el santo con que estén.

Una última palabra respecto a confraternizar con cristianos individuales que se hallan en el cristianismo organizado: Cuando estén con ellos, olvídense de cualesquiera experiencias o 'luz' que ustedes crean que puedan tener y que ellos no tengan. Tal actitud está situada muy cerca de la raíz principal de un espíritu sectario. (¡La raíz principal misma es el *orgullo!*) Sean simplemente hermanos comunes. Sobre todo, dejen a un lado todo recuerdo de la perversidad masiva de la confusión de los días presentes, que nosotros los cristianos hemos heredado de nuestros antepasados. Compórtense como si la iglesia todavía conociese esa unidad que conocía en cada ciudad hace unos dos mil años.

Cada día mi actitud --la actitud de mi corazón-- debe ser ésta: No ha habido división alguna en el cuerpo de Cristo. Todos nosotros somos uno todavía. Hay solamente una iglesia en esta ciudad... localizable, visible, concurrible. Todos nosotros nos congregamos, todos somos uno. Nos amamos unos a otros sin ninguna restricción e incondicionalmente; y todos los creyentes se congregan en perfecta armonía. Esta debe ser nuestra mentalidad.

Esta puede no ser la situación. Pero ésta debe ser nuestra actitud, nuestra posición ventajosa. Es únicamente desde este puesto de observación que debemos ver todas las cosas.

Volvamos al último punto. Sepan esto: Cuando otro cristiano ve la amigabilidad de ustedes, los invitará a participar de algo en ese sistema en que él está. Y entonces son ustedes los que van a enfrentar algunos problemas espinosos. Pero de todas maneras ustedes habrán de tener esos problemas, por esa sinceridad para con los cristianos y esa reserva para con la religión institucionalizada... Es parte de nuestra misión.

En cada situación de esta índole, ustedes van a tener que llevar el tal asunto al Señor. Cada uno de nosotros tendrá que tratar individualmente con el Señor en, lo que concierne a esas situaciones. El fundamento mismo de nuestra vieja naturaleza debe ser desarraigado. En cada hombre hay un espíritu de sectarismo... que ansía ser expresado. E, inversamente, también hay parte de cada uno de nosotros que quisiera muchísimo volver

a Babilonia. Tenemos que lidiar contra ambos elementos.

Somos llamados a ser un pueblo sin espíritu de sectarismo... y a estar *fuera* del sistema religioso. Es un llamado imposible. Sospecho que semejante pueblo está extinto hoy. Con todo, ésta es nuestra meta. Su cumplimiento será un acontecimiento divino.

Ojalá podamos ver cumplida una misión tan elevada...

CAPITULO 10

El sistema del mundo

Pablo habló de otro peligro: los gentiles. Consideremos esta crisis también.

Hemos señalado al principio, que en su término más simple, el sistema del mundo es el gobierno local. En un enfoque más completo se diría que “el mundo gentil es toda la sociedad secular organizada”.

En nuestros días, aquí en Norteamérica hay poco peligro --si es que hay alguno-- de parte de los gentiles... de parte, del gobierno. Pero en otras naciones sí hay peligros: de parte del gobierno chino, del gobierno español, del gobierno de Arabia Saudí o del de Afganistán, para decir algunos. Estos son los peligros de los *gentiles*.

Relatemos, en forma de crónica, los recorridos que Pablo realizó en tierras de “los gentiles”. Es el apóstol Pablo mismo quien nos ilustra tan claramente la norma por la cual hemos de vivir en medio de un mundo controlado totalmente por los gentiles. Pablo no encontró fácil “estar en el mundo, pero no ser del mundo”. ¡Veamos, a continuación, lo que los gentiles le hicieron!

1. Los primeros años de cristianismo.

Damasco. Siria, Pablo se fue de allí usando el medio nada ortodoxo de ser “bajado por el muro, descolgado en una canasta”, debido al complot del gobierno local para matarlo.

2. Primer viaje.

1) *Antioquía de Pisidia*. Los judíos estaban celosos, pero fueron principalmente los dirigentes gentiles, a quienes ellos instigaron, los que expulsaran a Pablo de la ciudad.

2) *Iconio*. Los judíos incrédulos excitaron y corrompieron los ánimos de los gentiles. Fueron los exasperados gentiles y sus gobernantes quienes dirigieron el intento de maltrato y el intento de apedreamiento.

3) *Listra*, Los judíos de Antioquía y de Iconio fueron definitivamente los responsables, pero las multitudes de la ciudad (los gentiles) resultaron ser los que realizaron el apedreamiento efectivo.

3. Segundo viaje.

1) *Filípos*. Aquí fueron los gentiles los que realizaron todo. (La ciudad estaba prácticamente exenta de judíos.) Tanto el juicio, como la paliza y el encarcelamiento, fueron todos efectuados por los gentiles.

2) *Tesalónica*. Los judíos instigaron una turba y alborotaron la ciudad, pero fueron los gobernantes gentiles los que arrastraron a Jasón a la corte, y también fue el gobierno gentil local, el que echó a Pablo.

3) *Berea*. Los judíos tesalonicenses efectuaron la instigación, pero luego fueron las multitudes gentiles alborotadas las que hicieron que Pablo tuviera que huir de la ciudad.

4) *Corinto*. Una hueste de judíos se levantó contra Pablo y lo trajo al tribunal gentil.

4. Tercer viaje.

Efeso. Los gentiles, dirigidos por Demetrio, fueron quienes le pusieron punto final a la estadía, de unos cuatro años, de Pablo en esa área del Asia Menor.

5. Más adelante.

Jerusalén. Los soldados gentiles salvaron la vida de Pablo, pero como resultado de ello, él pasó dos años encarcelado en Cesarea. Fue a una corte gentil de Roma que él fue enviado para ser procesado, y, finalmente, fueron los gentiles solos (absolutamente sin ninguna provocación de parte de los Judíos) quienes decapitaron a Pablo.¹

He enumerado aquí algunas de las persecuciones que Pablo sufrió a manos de los gentiles, a fin de hacer una pregunta: A la luz de todo ese injusto abuso, ¿cuál fue la actitud de Pablo hacia los gentiles?

O mejor, ¿cuál fue la actitud de Pablo hacia el sistema del mundo?

¹Resulta interesante notar, que a todo lo largo de los 1900 años de historia de la Iglesia, han sido “los judíos” --el elemento religioso de la sociedad-- quienes efectúan la mayor parte de la persecución, pero que son fundamentalmente “los gentiles’ --el elemento secular-- ¡quienes efectúan la matanza! Por lo general, son los gentiles los que aniquilan la obra de Dios. De entre cientos de posibles ejemplos, aquí tenemos uno: La Pequeña Manada recibió una Inexorable oposición de parte del sistema religioso... especialmente de los misioneros cristianos... Ellos casi nunca fueran molestados por los ‘gentiles’. Pero a la larga, fue el comunismo el que desenvainó la espada --esto es, fueron los ‘gentiles’ los que detuvieron a la Pequeña Manada en la China. Los, misioneros y la Iglesia institucional los persiguieron, pero el gobierno secular los detuvo.

Nuestra actitud hacia la mundanidad

Pablo mantuvo dos clases de relación para con el mundo. En lo que concierne a la ‘mundanidad’... Pablo desechaba el mundo. En cuanto a la persecución que el mundo le prodigaba, bueno... veremos este punto más atentamente un poco más adelante.

Veamos el primer punto. ¿Cuál ha de ser nuestra actitud hacia la ‘mundanidad’ del sistema del mundo?

Aquí comenzaremos a buscar y hallar una norma a la cual todos nosotros podamos aspirar.

Ustedes pueden hacer tres cosas con lo atractivo del mundo:

1) Entregarse al mismo, 2) desecharlo, o 3) acampar en alguna parte entre estos dos puntos, (Pueden acomodarse.)

Cada uno de ustedes desea dejar el mundo. Magnífico. Entonces tiremos las otras dos posibilidades. Sin embargo, esto hace surgir un problema. ¿Qué significa 'dejar'? Deseo recordarles que 'dejar' tiene un hemograma muy anémico en nuestros días. Dejar totalmente (desechar) el mundo es algo raras veces visto en *cualquier* época... muy ciertamente en ésta.

Digamos que ustedes sí dejan el mundo... de veras dejan atrás la línea de conducta de nuestros días y entran en algo más significativo. Ocurre el gran divorcio. Ahora han llegado al segundo gran problema.

“¿Cuál será ahora mi actitud hacia el mundo, y hacia la gente mundana, y hacia las cosas mundanas?” Bueno, ustedes podrían levantar la cabeza y mirar muy por encima de los hombros a la gente. Podrían ponerse una sotana de monje --o un hábito de monja-- para llamar la atención a su desposeimiento.

Hay algo más que ustedes pueden hacer: Vayan y consíganse un hacha de dos filos y pasen el resto de su vida atacando al mundo, la mundanalidad y a los que están en el mundo. “Salgan del mundo, como yo”, puede llegar a ser su centro.

Sí ustedes hojean la historia de la iglesia, pueden ver pronto que la mayor parte de los creyentes que se despojan del mundo, acaban siendo santurrones. De modo que aquí tenemos algunas posibilidades: 1) Sean mundanos, 2) acomódense, o 3) dejen el mundo. Si escogen la última categoría, todavía tienen opciones: 1) Sean santurrones y siéntense orgullosos de la que han hecho; 2) ataquen al sistema y a aquellos que no lo dejan.

Algunos van más lejos, no sólo en atacar y escarnecer al mundo y en tratar de hacer que otros “hagan exactamente como yo hago, crean como yo, vistan como yo”, sino también tornándose mordaces y hasta cínicos para con el mundo.

Bueno, todas estas actitudes mencionadas son bastante inmaduras, y pueden distinguirse fácilmente. Si hemos de ver que el estandarte avance hacia arriba por esa montaña, debemos

hallar una nueva actitud, más elevada, hacia un mundo que hemos dejado detrás de nosotros.

Quiero que seamos personas no mundanas; tan separadas del mundo como sea posible, al tiempo que sigamos estando en este mismo planeta con él, y teniendo que ganarnos la vida en medio de él. ¿Pero qué decir de lo que hay *después* del rompimiento? Digamos que ustedes rompen con la mundanalidad, tan esforzadamente como los antiguos monjes franciscanos trataban de hacerlo. ¿Qué clase de personas vendrán a ser *después* de eso?

Que ésta sea nuestra norma

Les recomendaría esta norma: Salgan de la sistematización en que el mundo ha metido al género humano. Sepárense de ella... completa, total, definitivamente... para siempre. Aun al costo, de perder todas sus posesiones mundanas por todo el resto de su vida.

Entonces, habiéndole dejado, guárdense contra todo *orgullo*. Ni se jacten, ni ataquen. No hagan una profesión de decir a otros lo que han hecho; y ciertamente, no pasen el resto de su vida atacando la mundanalidad.

Por último, habiendo roto con el mundo, les imploro, no fuercen su norma sobre *ninguna* otra persona. Por ejemplo, algún nuevo hermano que llegó anoche mismo al pueblo manejando su carroza de oro, arrastrando su televisor a colores, sus camisas de seda y su yate de tres cubiertas detrás de sí. Déjenlo estar. Su conducta no les concierne a ustedes. No traten de imponerle el modo de vida de ustedes. La que cada uno de nosotros hace, debemos hacerlo porque somos compelidos por amor a hacerlo -- no compelidos por ningún otro hermano.

De paso, si ocurre que ustedes son los que acaban de entrar al galope al pueblo en una carroza de oro, casi les puedo garantizar que muy probablemente un santo joven que ha estado aquí --oh, menos de un año-- se encontrará con ustedes en la puerta diciendo algunas cosas válidas bastante tremendas. Tengan cuidado... aun si trata de convencerlos, no se disgusten. Cuenten con esta clase de cosas. Han de ocurrir.

Nuestra actitud hacia el sistema mundano que persigue

Quisiera pasar ahora a nuestra segunda relación con el sistema del mundo. Con frecuencia el sistema del mundo --esto es, los inconversos, o más específicamente el gobierno gentil-- persigue al pueblo del Señor. ¿Cuál es la acertada conducta de un creyente durante tal tiempo de persecución?

Voy a recurrir a la vida de Pablo de Tarso para que sea nuestro ejemplo una vez más, Pablo anduvo por este mundo aparentemente sin darse cuenta de lo que la gente le hacía. Era casi como si aquellos casos cataclísmicos nunca hubiesen ocurrido. Olvidaba su pasado... rápidamente. Esta es una virtud que no se encuentra en la mayoría de los siervos del Señor.

No es lo que los hombres nos hacen lo que pone a prueba nuestro ser... destruyéndonos o transformándonos. No es su acción; es nuestra reacción lo que pone a prueba el temple. Anteriormente les hablé de “un hombrecito que está allí dentro de ustedes” que quiere defenderse. Bueno, ése tiene un hermano gemelo. Hay otro pequeño sujeto allá dentro de ustedes, que desea ser perseguido... para luego poder hablar (‘jactarse’ es un término mejor) acerca de ello, ¡Tengo una secreta sospecha de que aquí hay hermanos que tienen comezón de predicar algún día un mensaje, al cual puedan intitular “¡El día que fui perseguido por el sistema del mundo”!

A propósito, estoy consciente de que en esta sala también hay hermanos que tienen un problema totalmente opuesto. Ustedes caminarían hacia atrás todo el viaje alrededor del mundo a fin de evitar una confrontación o una situación de presión. De algún modo, apreciados santos, ambas actitudes caen bien lejos del blanco. Confío en que nosotros --como pueblo-- no seremos ninguno de éstos dos. Deseando ser perseguidos --deseando huir de toda situación de presión, no importa cual sea... estos dos extremos deben desaparecer, ambos.

¿Desean ustedes ser perseguidos? Piensen en ello. ¿Se deleitan en eso? Sé que cuando la iglesia está a la ofensiva, o está sufriendo un ataque, o cuando la iglesia está realmente en una

temporada de conquista victoriosa, invariablemente algún hermano o hermana quedan afectadas con ese síndrome. Yo no voy a censurar eso. Todo lo que puedo decir es que no condonen una actitud tal. El complejo de persecución no debe arraigar nunca en la iglesia. No adopten una actitud semejante.

De algún modo debemos aprender a seguir adelante, en lugares peligrosos, llevando un evangelio denodado, intrépido... sin contemporizar. Con todo, no debemos deleitarnos nunca en experimentar oposición. Si viene una persecución, que venga; pero tan rápido como sea posible, que igualmente *pase de nosotros...* sin comentarla. Ordenen su vida como si nunca hubiese ocurrido.

Y nada más que como una observación incidental, sepan ustedes que a veces parecemos ¡un tantito peculiares! Reuniones de aeropuerto, marchas callejeras, etc. A nosotros todo esto nos parece perfectamente normal. Pero quizás debiéramos darnos cuenta de que, para otros, podemos lucir tal vez un poquitín extraños. Estamos destinados a suscitar algunas reacciones adversas. Cuando las mismas ocurran, ustedes sean lentos en responder. No aprovechen esos pequeños antagonismos para sentirse “perseguidos por causa del Señor”.

Si alguna vez los ‘gentiles’ tornan su lado malicioso hacia ustedes, tomen eso como si nunca hubiese ocurrido. De la forma como hacía Pablo, ustedes nunca lo vieron, nunca la oyeron, pero sobre todo... *nunca lo sintieron*.

Quisiera resumir esto.

Desechen la mundanalidad. Completamente. Como pocos en la historia de la iglesia la hayan desechado jamás. Habiendo hecho eso, no se enorgullezcan, no hagan una profesión de atacar la mundanalidad. Y no traten de hacer que alguien más se conforme a la norma de ustedes.

En segundo lugar, cuando el sistema del mundo (los gentiles) nos cause dificultades, tomen esos incidentes como si no hubiesen ocurrido nunca. No cultiven ningún complejo de persecución. No obstante, seamos un pueblo denodado... en vista de que estamos llevando el evangelio a un mundo que no está

muy entusiasmado que digamos con respecto a Jesucristo... o a su iglesia, o con respecto a ambos.

Hay poca probabilidad de peligro público de parte de las autoridades civiles en Norteamérica o en el norte de Europa, (Esto no es cierto en el sur de Europa ni en Europa Oriental.) En la mayor parte del resto del mundo realmente hay peligro de recibir daños físicos de parte de 'los gentiles'. En caso de que alguna vez la persecución física directa de parte de las autoridades civiles sea nuestro destino, ¿cuál ha de ser nuestra actitud? Bueno, tomemos el estandarte que levantó Pablo, la principal autoridad mundial en ser perseguido por los poderes civiles.

Pablo declara su actitud hacia un imperio que lo perseguía

Pablo nos expresa claramente su actitud hacia el gobierno gentil que lo ha perseguido tan duramente. Lo hace en dos cartas. ¿Cuáles cartas? La epístola a los romanos y la epístola a Tito. Consideremos estos dos libros y lo que los mismos dicen.

Veamos primero Romanos. ¿Recuerdan ustedes que hace poco les conté la historia de cómo Pablo encaró la muerte saliendo de Efeso? Fue allí en Efeso que Demetrio encabezó un alboroto contra Pablo. Fue en ese ambiente donde Pablo escribió 2 Corintios. Se las arregló para salir de la ciudad y por último llegó a Corinto. Durante toda esta parte de su viaje los judíos estaban por dondequiera, tramando matarlo.

Fue en Corinto donde los miembros de una orden religiosa de judíos fanáticos, llamados los 'dagueros', que andaban armados de puñales, hicieron su más osado intento de asesinar a Pablo. Fue asimismo durante ese tiempo (de hecho eso ocurría en cada lugar donde Pablo se detenía), que un creciente testimonio de advertencias siguió llegando a él, y que decía: "No vayas a Jerusalén." Pablo sabía que probablemente enfrentaba una muerte segura en su viaje a Jerusalén. Él podía decir llanamente

que, con toda probabilidad, nunca volvería a ver otra vez aquellas doce iglesias gentiles, y que jamás vería a Roma o nunca ministraría personalmente a la iglesia de Roma.

Pablo llegó a creer una vez que su segunda epístola a los corintios (escrita en Efeso y enviada desde allí) podía ser su última carta. Ahora --al escribir una epístola a los santos de Roma (en Corinto, para enviarla desde allí)-- él está prácticamente seguro de que ésta carta suya *habrá de ser su última* palabra escrita.

Él habló acerca de “los judíos” en esa epístola, ¿Recuerdan? Pero él también habló de los “gentiles”. Justo antes de leer este pasaje, vayan atrás unas páginas en este libro y vean esa lista de lo que ‘los gentiles’ le hicieron a Pablo.

Muy bien, ahora lean lo que Pablo escribe acerca de esos bellacos --los gentiles-- en su carta a los romanos.

Recuerden ustedes que estas líneas fueron escritas por un hombre que huyó de las autoridades civiles gentiles de Damasco, un hombre que fue expulsado de Antioquía de Pisidia y de Iconio por los gentiles... un hombre apedreado por ellos, en Listra, y dejado prácticamente como muerto, un hombre apaleado por los gentiles hasta dejarlo medio muerto, en Filipos, y en varios otros lugares no nombrados... un hombre que fue echado por ellos de la ciudad de Tesalónica.

Observen cómo Pablo escribe en la ciudad de Corinto, donde, una vez él había sido arrastrado ante el tribunal gentil. Asimismo, Pablo está escribiendo a los cristianos de Roma, algunos de los cuales apenas unos años antes habían sido echados de esa ciudad por un edicto del Emperador.

Lean este increíble pasaje. Él está escribiendo acerca de “los gentiles”, las autoridades civiles, ¡quienes con frecuencia casi llegaron a matarlo!

“Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a

lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos, Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra.”

Romanos 13:1-7.

Yo creo que este pasaje habla por sí mismo. Esta era la actitud que Pablo mostraba tener hacia los gentiles, luego de casi dos décadas de arrostrar la muerte a manos de ellos... innumerables veces.

Pero si estas palabras son extraordinarias, esperen hasta que vean el telón de fondo de la escena siguiente.

La segunda carta en que Pablo se refiere a “los gentiles” es la epístola a Tito. Esta es una carta escrita años *después* de redactar la epístola a los romanos. Tal vez convendría que nos detuviéramos aquí y explicáramos que Pablo no murió al final de su tercer viaje, al contrario de lo que él se esperaba. Se libró de los judíos... no fue muerto por aquellos que andaban armados de puñales (los dagueros) ni por ningún otro representante del sistema religioso. Veamos la continuación del relato.

Al término de su tercer viaje, Pablo llegó a Jerusalén... vivo. Pero allí casi fue muerto en un alboroto; ese alboroto fue provocado por “los Judíos”. ¡Pablo fue rescatado bastante interesantemente por “los gentiles”! Pero esa coyuntura fue un momento crítico en la vida de Pablo, que le significó un cambio. Esa sería la última vez conocida en que Pablo realmente encaró jamás la muerte a manos del hombre religioso. De allí en adelante serían únicamente los gentiles los que le harían daño físicamente.

Pablo acabó quedando encarcelado en Cesarea por dos largos años. Probablemente la única razón por la que estuvo allí tanto tiempo, fue que sus carceleros estaban esperando obtener algún soborno de él; pareciera no haber ninguna otra justificación posible para su largo encarcelamiento. Luego hubo aproximadamente un año más que --como prisionero-- Pablo pasó en camino a Roma. Después pasó dos años encarcelado en Roma. Estuvo esperando allí su turno para una breve entrevista con el emperador Nerón.

Finalmente, Pablo fue absuelto. Él no lo sabía entonces, pero sólo le quedaban unos años de vida, (Desconocido para él, la muerte por medio de la hoja afilada lo esperaba en Roma... a manos de los gentiles.)

Como quiera que sea, una de las cosas que Pablo hizo durante esa breve libertad, fue realizar una gira por la isla de Creta con su discípulo Tito. Luego él dejó allí a Tito y fue a una ciudad llamada Nicópolis. Estando allí le escribe una carta a Tito. Una vez más, después de todos esos encarcelamientos y palizas, abusos, tratamientos injustos, improbidades, e incluso un intento de un gobernador de obtener un soborno de él, Pablo reafirma el criterio que expuso anteriormente en su carta a los romanos. El hombre no ha cambiado. Ninguna amargura, ha penetrado su alma. Por nada del mundo podrían ustedes saber nunca que él hubiese sufrido jamás algo a manos de los gentiles. Ciertamente, ustedes no conjeturarían nunca que el autor de esta epístola hubiese pasado recientemente cinco años en la cárcel -- injustamente-- a manos de las autoridades civiles.

“Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestas a toda buena obra...” Tito 3:1.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud hacia el sistema del mundo... hacia *los gentiles*? Levanten la vista, hermanos, y miren hacia arriba, y vean a qué alturas fue llevado primero el estandarte original. Nuestra actitud, nuestra perspectiva, nuestra reacción, nuestro andar no deben ser ni una pizca inferiores a los establecidos por el gran siervo de Dios llamado Pablo, que fue el mortal más perseguido que vivió en todo aquel primer siglo.

Quién sabe en qué naciones pudiéramos encontrarnos un

día y qué pruebas y aflicciones pudieran estar esperándonos. Puede que un día aprendamos que este... sufrir --con nobleza-- a manos de *los gentiles*... ¡también es *nuestra* misión!

PARTE TERCERA

CAPITULO 11

La norma del obrero

Ahora debemos considerar un tema completamente diferente... el hombre que sirve a Dios... el hombre dotado de dones... llámeselo apóstol, profeta, evangelista o lo que sea. Me referiré a él como obrero. Este hombre es el edificador. ¡Con todo, él es el destruidor-demoledor también! Produce más divisiones y problemas, rompe más corazones, causa más dolor, destruye más vidas, que todos los demás creyentes de la historia combinados. Displicente, regañón, legalista, receloso de los demás, superguardián de su propia obra, hipercrítico de todos los demás... él es, sin discusión, la peor mancha en cualquier página de la historia de la iglesia. Espantoso, ¿verdad?

“Entonces, con un historial como ése, deshagámonos de toda la partida. ¡Fuera con los obreros!” Bueno, lamento tener que decirlo, pero a pesar de lo destructivo que es, el obrero es esencial. Por propia y especial elección de Dios, el obrero es el que fue ordenado a establecer la iglesia aquí en la tierra. El obrero es el elemento más necesario para edificar el Reino de Dios. Pero un obrero verdadero y fiel, ¿quién puede hallarlo?

No es la posición del obrero de lo que se trata. Es la *calidad* del hombre lo que es tan horripilante.

Es necesario establecer un nuevo patrón entre los obreros cristianos. De hecho, se necesita toda una nueva generación de obreros; quizás el elemento específico más necesario en la futura obra de Dios aquí en la tierra sea esto: una generación de obreros enteramente nueva.

Hablemos un poco acerca del obrero. ¡El OBRERO! La causa de *todos* los problemas en la historia de la Iglesia. Miren su proceder. *Allí* está el problema. ¿Qué es lo que se necesita? Se necesita establecer una nueva norma de conducta; una norma más elevada que ninguna que se haya visto en un *grupo* de hombres a lo largo de los siglos.

Es necesario que ustedes vean esto de que estoy hablando, con los más penetrantes ojos... con los más penetrantes ojos de su espíritu; debe impresionarlos, ¡hasta espantarlos!

Una nueva generación de obreros, una nueva norma de conducta del obrero, establecida por una nueva generación de hombres. Déjenme hacer una pausa para decir que según el criterio más estricto, no debe haber ninguna cosa tal como una “norma de conducta para el obrero”. La norma de conducta para la vida de un obrero no debe ser más elevada que la norma de conducta para todos nosotros que creemos. Recuerden que lo que digo del obrero, le viene bien a cada santo de la iglesia.

Dos observaciones están a la orden: Con respecto a este asunto necesitamos una revelación, no un entendimiento. En segundo lugar, jamás procuren *ustedes* ser obreros. El Señor hará lo que hará. Ustedes no pueden detener el fuego que haya en su corazón, ni el don que haya en su ser, si el Señor lo ha puesto allí. Eso vendrá. Si ustedes son; ustedes son; si ustedes no son, ustedes no son. “¿Pero no debemos procurar el don supremo? ¿No se nos dice que hagamos eso?” Seguro que sí. Pero ese don es el amor. ¡Procuren el amor!

Ahora, con respecto a la conducta. Pablo dijo: “Imítenme a

mí.” Esto es asombroso. Pablo invitó a los hombres a que lo imitaran a él. ¡Cuán osado, y cuán peligroso! ¡Qué hombre éste que osa dar semejante invitación!

Déjenme explicar por qué su ‘invitación’ es tan peligrosa. Una vez alguien me dijo: “¿Se ha dado usted cuenta alguna vez de que nosotros los cristianos imitamos a los líderes cristianos que admiramos? ¿Pero se ha fijado en que, invariablemente, ¡son sus *debilidades* las que imitamos!?” ¡Y es cierto! ¡Demasiado cierto!

Sabiendo esto desde el principio mismo, yo he implorado a los cristianos que están cerca de mí que no me imiten; que no imiten mis peculiaridades, mis excentricidades; que no imiten mis debilidades. Imitar estas particularidades de algún otro creyente no los hace espirituales a ustedes. En forma alguna. La cruz los hace espirituales. El dolor es lo que causa crecimiento espiritual, no las peculiaridades de un vaso de barro. Mis peculiaridades no añadirán ni un pelillo a la altura espiritual de ustedes.

Pudiera interesarles saber que cuando empecé a ministrar entre ustedes, brotó una epidemia de ‘pronunciación sureña’. Ustedes no necesitan que se les diga de dónde vino eso. Gracias a Dios esa etapa ya pasó. Mientras más nos conocemos unos a otros, menos ocurre esto.

Este asunto de cómo los jóvenes imitan al obrero, ciertamente pone una tremenda responsabilidad sobre el obrero. Si *él* es amado y admirado, también será imitado. Pero la parte más imitada serán sus debilidades... ¡sus debilidades espirituales! Corolario: Sería mejor que no tuviera ningunas.

Me doy cuenta de que eso es más o menos imposible. Pero aun así, ésa debe ser la meta.

Puede que ustedes nunca sepan cómo es un hombre, incluso cuando trabajan lado a lado con él por años. Puede que *nunca* lleguen a conocer el verdadero interior de un hombre. Pero eso no se puede decir de un obrero. Ustedes lo conocerán. ¿Cómo? Es muy sencillo. Al cabo de cinco, a diez, o doce años échenle un vistazo a su obra... y con ver la misma, podrán conocer al hombre. Para entonces (pero no antes de entonces, porque toma tanto tiempo para que quede hecha la impresión), la obra estará

reflejando la imagen de ese hombre. El punto es: Si esto es cierto, entonces será mejor que ese hombre esté reflejando la imagen de su Señor.

Puede que ustedes vayan a visitar un grupo de cristianos que figuran como la iglesia en la ciudad donde se congregan. (Obviamente, hablo de una obra que habría de estar *fuera* del sistema religioso.) Ustedes están allí de visita por un cierto tiempo. Llegan a amar y admirar al obrero, pero quedan horrorizados con la obra. Pero ténganlo por seguro, la obra es una amplificación de ese hombre. Por otro lado, puede que ustedes amen la obra y queden muy impresionados con su profundidad, y al propio tiempo no les guste el obrero. Pero, de hecho, ellos son lo mismo. El hombre puede parecer y actuar de una forma, y la iglesia, de otra, pero son inseparables. Miren la obra al cabo de diez años, y conocerán al obrero. Ya no estoy hablando del tamaño de la obra, sino de la imagen --la personalidad, la profundidad-- de la obra.

La verdadera naturaleza de las partes internas, recónditas del obrero pueden ser vistas en su obra. Estén seguros de que, después de aproximadamente siete años, llega a ser imposible ocultar totalmente este hecho.

Por tanto, es mejor que estén dedicados a conocer ninguna otra cosa sino sólo a Jesucristo. Si a la largo de unos siete años ustedes se levantan, andan alrededor, respiran y hablan, y conocen alguna otra cosa que no sea Cristo, ¡esa 'otra cosa' llegará a notarse en la iglesia --y quedará grabada en ella y será parte de ella!

Vamos a ilustrarlo de esta manera.

Aquí tenemos un hombre joven que ha vivido junto a Pablo de Tarso durante siete años. Ha visto a Pablo trabajar, ayunar, orar, iniciar la iglesia, establecerla y nutrirla. Este joven ha vivido junto a él y ha experimentado la obra. Asimismo ha visto eventualmente cómo la iglesia que Pablo estableció sufría ataques. Ha visto cómo se mentía con respecto a Pablo, cómo lo escupían y cómo lo atacaban. Ha visto cómo la iglesia casi quedó destruida. Ha quedado con los ojos muy abiertos al ver el proceder invertido de Pablo (siempre haciendo lo contrario a sus

sentimientos naturales). Inconscientemente, este joven ha visto más que lo que comprendía. Siendo joven, sin haber visto nunca hacerlo “de la otra manera” sino siempre de la manera más elevada, él cree que todo ese sufrimiento, ese silencio, ese ser atacado, ser odiado, etc., es realmente fácil de manejar. Todavía no conoce la bestia despiadada y malvada que acecha allí, dentro de su propio corazón.

Finalmente, un día *ese joven* sale. Deja a Pablo. Se encuentra afuera en la línea de fuego... solo. Es un obrero. Queda escandalizado ante la conducta cristiana, confundido ante la debilidad de los santos y pasmado al ver de cerca las ocultas monstruosidades del corazón. Un día su techo idealista se viene abajo... sobre él. Está sufriendo un ataque y no le gusta ni pizca.

Un día, por primera vez, lo critican. Eso es grande. Malo. Eso no le ha sucedido nunca. Quiere justificarse, criticar al hereje inútil que ha dicho eso. A continuación, la iglesia con la cual está trabajando, entra en aguas revueltas. Ahora los hombres ponen en duda su autoridad, menosprecian sus palabras, se oponen a su liderazgo. “Es que *Pablo* nunca tuvo estos problemas”, se dice. “O si los tuvo, ciertamente yo nunca los vi.” Un día el joven despierta para verse en medio de una crisis a todo meter; se encuentra de espaldas a la pared. La peor cosa posible que él temía está a punto de ocurrir.

Empieza a pensar: “Tengo que salir de esto. Veamos, puedo hacer esto. Ah, esto los detendrá.” O “Puedo exponer todo este asunto públicamente.” O “Pelearé; eso es lo que voy a hacer.” “En la próxima reunión me pondré de pie allí y los haré picadillo” “Esto es demasiado. Ese hombre debe ser corregido. Ha ido demasiado lejos.” El joven obrero da vueltas a todas estas posibilidades en su mente. ¡Todas ellas son ideas buenas! Sí, cualquiera de ellas habrá de funcionar. Y cientos de hombres las han usado. Tiene un buen y exacto versículo bíblico para cada una de ellas. De hecho, tiene un solo problema. Una sola cosa impide que ese joven obrero haga al menos una de esas cosas de estilo ‘guillotínico’. ¿Y qué es esa cosa? ¡Que él no puede recordar que Pablo haya hecho jamás semejante cosa!

Cuando él veía a Pablo en esas mismas dificultades, nunca, ni una sola vez, lo vio recurrir a esta clase de solución. Se devana

los sesos. ¿No hubo ni siquiera una vez cuando Pablo perdió los estribos, protestó enérgicamente o excomulgó a alguien por ese tipo de conducta? No, ni siquiera una vez.

Y en ese momento el joven obrero empieza a darse cuenta verdaderamente de qué vida tan disciplinada vivía Pablo. Cuánto guardaba sus palabras, y cuánto, pero cuánto tuvo que vivir en agonía interna... no siéndole permitido, por la cruz, hablar. Cómo tenía que morir Pablo, a diario.

Tengan ustedes por seguro esto en particular: Si este joven obrero *puede* hallar tan sólo un único incidente en la vida de Pablo, cuando Pablo hizo tal o cual cosa, entonces él tendrá su justificación. ¡Él lo hará también! Sólo que él lo hará con frecuencia, y lo hará con diez veces más vendetta que él cree haber visto en Pablo. Eso es imitar las faltas de aquel que él admira, y hacer eso con creces.

Anoten mis palabras: ustedes escudriñarán al obrero. Tratarán de encontrar una mácula en él. Y estando bajo presión, en años posteriores, ustedes tendrán un pretexto, y se valdrán de la conducta de él para justificar la *de ustedes*. ¡Ustedes recordarán la conducta de él y con eso se creerán con derecho a hacerlo también!

De modo que recuerden esto: ¡Algún día ustedes pudieran ser obreros! Habrá santos jóvenes que estarán *observándolos*. Tengan este extremo delante de ustedes. Y recuerden: Dios anhela más tener un obrero *idóneo*, que tener la expresión de la iglesia. Sin embargo, la verdad es que a Dios le interesa más tener la iglesia que tener un obrero. Dios no va a tener una apropiada expresión de la iglesia *hasta* que tenga obreros idóneos. ¿Qué es lo que quiero decir? Que el obrero *precede* a la iglesia; es por esta razón que Dios debe levantar primero al obrero. Como ustedes ven, su Señor tiene algunas normas terriblemente elevadas para la iglesia.

Para que esas normas vengan a ser una realidad, el Señor tiene que requerir normas muy elevadas del obrero. Si Dios comienza con obreros contemporizadores, de baja calidad, luego va a tener una desastrosa expresión de la iglesia.

A propósito, su Señor tiene una forma de prevenir semejantes desastres. Con frecuencia el Señor impide que el hombre incompetente llegue a ser un verdadero obrero. Dios lo detiene bruscamente antes que vaya a levantar una expresión de vida de iglesia. Podríamos decir que Dios ha diseñado una carrera de obstáculos. Él hace pasar por esa carrera de obstáculos a todos los hombres que Él llama a ser obreros.

¡Observen ustedes esa carrera de obstáculos! Háganse alguna idea de cuán determinado está Dios a tener lo que quiere, cuán totalmente rehusa contemporizar, y qué elevada --oh, cuán elevada-- es esa cumbre; cuán inalcanzable la meta de la norma del obrero.

Muy bien, ustedes comienzan a correr esa carrera. Son jóvenes. Son negligentes, contemporizadores, terriblemente pecaminosos, ignorantes y cometen muchos errores. Pero el Señor es liberal... especialmente al principio. Lo que quiero decir, es que ustedes pueden comenzar en forma chapucera, pero no pueden continuar siendo de esa manera.

Déjenme usar un ejemplo perfectamente horrible. Digamos que ustedes dicen palabrotas y maldicen. Ahora, ¿es correcto eso? Bueno, francamente, yo creo que no. Pero mientras más veo la gracia de Dios en la vida de sus hijos, tengo que decir que eso está bajo la sangre y parece no haber impedimento para el amor de Dios por ustedes, o para su paciencia en trabajar con ustedes. (El Señor es muchísimo más liberal que nosotros los seres humanos.)

Así que sigan adelante y digan palabrotas. Pero déjenme hacerles una pregunta... ustedes que están bajo la gracia, y beben... ustedes que están bajo la gracia, y dicen palabrotas, contesten esta pregunta: ¿Creen ustedes *realmente* que Dios va a dejar que sigan con ese hábito y al propio tiempo confiar en sus manos la obra misma del Reino de Dios?

Él no hará eso.

En la vida de cada obrero Dios ha diseñado una carrera de obstáculos hecha a la medida. ¡Tremenda carrera que es,

asimismo! No hay dos carreras iguales. Un hombre puede encontrar su carrera entera sazonada con un cierto obstáculo. Puede que otro obrero nunca, ni una sola vez en toda su vida, encare ese obstáculo en particular. Ese tiene un conjunto de obstáculos totalmente diferente. Cada hombre tiene una carrera hecha a la medida de *sus propias debilidades*. ¿Y cuál es el propósito de esa carrera de obstáculos? La respuesta puede sonar chocante. Pero de una forma muy real esa carrera fue diseñada por Dios para destruirlos a ustedes... para destruirlos *espiritualmente*... o para exponerlos, o cuando menos, para *detenerlos*.

Ustedes ven, en alguna parte allá afuera, más allá de la mitad de esa carrera, Dios comienza a consignarle al corredor, la mismísima obra del Reino de Dios en la tierra. La carrera está diseñada como para que sean desechados todos esos hombres que son incompetentes para manejar tales cosas. Los mismos o apostatan o se nivelan a cierto punto... para nunca elevarse más arriba.

Muchos hombres no saben siquiera que existe semejante carrera. Y ciertamente muchos no saben tampoco que han fracasado en correr la misma.

Déjenme ilustrar esto. Aquí tenemos un hombre llamado por Dios. La carrera está delante de él. Nuestro hombre empieza a correr. Por algún tiempo corre bien. Pero una y otra vez, al encontrarse con diversas crisis en su vida, --al llegar a encrucijadas de sufrimiento, a tiempos de indecisión-- él elige el camino más seguro. No se arriesga a lo desconocido... tiene una debilidad por la seguridad. No dejará que su necesidad de seguridad vaya a la cruz.

¿Dónde está ese hombre hoy? ¿Vendiendo autos usados? ¡Oh no! ¡Encontrarán que ese hombre sigue sirviendo al Señor! Está casado con una romántica esposa, tiene dos hijos fabulosos y vive en una casa novelesca. Es pastor de una iglesia grande, o se sienta detrás de un escritorio, con una posición ejecutiva en su denominación... o es un famoso evangelista itinerante. Según los patrones aparentes, parece como que él ha corrido la carrera y ha ganado. Él hecho es que puede que él no haya pasado de los preliminares. ¿Qué habría pasado si él hubiese ido en la otra

dirección, por el camino del sufrimiento, y de la inseguridad? Dios podría haberle enseñado mucho, así como podría haberse encontrado con él a menudo. Tal vez habría podido llegar a conocer a Dios --en esas horas tenebrosas-- de un modo que pocos hombres lo hayan conocido jamás. Hoy él pudiera estar por ahí realizando la mismísima obra que está más cerca del corazón de Dios --entregada a él con el más elevado sueño de Dios. (¡Seguramente él no estaría sentado detrás de un escritorio, si eso hubiese ocurrido!)

Ciertamente hay una carrera de obstáculos puesta delante de cada obrero. Si ustedes lo son, entonces deben correrla. Si la corren bien, algún día (digamos que si comienzan al tener algo más de veinte años, probablemente en la edad madura) Él *pudiera* muy bien poner alguna obra real de su Reino en las manos de *ustedes*.

¡Y es allí donde esa carrera de obstáculos *realmente* se pone ardua! Cada día resulta casi insoportable. Y es entonces cuando Dios *comienza* a usar el vaso. De allí en adelante ya la prueba es más severa; los límites que hay entre un evento y el otro van teniendo un tono más pastel; las líneas no están muy claramente definidas; los riesgos son más altos; y los ocultos y desconocidos motivos del corazón son puestos a prueba cada vez más.

Al mirar atrás a mi juventud, recuerdo los años que pasé en el seminario. Así también los años subsiguientes después de éstos. Y pregunto: ¿Dónde están esas antorchas, esos ardientes evangelios de aquellos días? Yo fui salvo en una época de avivamientos. Abundaban los jóvenes fogosos que predicaban con denuedo un evangelio extremo. ¡Ahora, en nuestros días! ¿Dónde están ellos?

Unos han abandonado el ministerio; algunos dejaron la fe. Otros naufragaron. La mayoría se sientan detrás de escritorios. Muchos quedaron atascados en algún temprano nivel de los tratos del Señor. Y no crean que los pocos sobrevivientes están seguros. Ciertamente ustedes nunca están seguros.

Veán ustedes, Dios no tiene ningún inconveniente en que los obreros naufraguen. Ellos constituyen el mínimo común denominador en el Reino de Dios... el más sacrificable. Son los

últimos de todos. Y tengan siempre presente que su Señor anhela más tener un obrero idóneo que tener una iglesia plenamente restaurada, puesto que Él no tendrá lo segundo hasta que tenga lo primero.

Podemos decir que Dios quiere más tener una apropiada expresión de la iglesia, que tener obreros idóneos. Desde luego. Con todo, el hecho permanece, el obrero viene primero. (Adán y Eva. Cristo antes de la iglesia. Esdras antes de la restauración... obreros antes de la vida de iglesia.) La iglesia *viene después*: de manera que el interés *principal* del Señor está en levantar obreros.

Pero recuerden esto El Señor tiene normas tremendamente elevadas para la iglesia. (Ella es su *Desposada*, como ustedes saben.) A fin de que la iglesia alcance esas elevadas normas, el Señor tiene que requerir del obrero normas todavía más elevadas. Si el Señor deja pasar a hombres que están acomodados, que son contemporizadores, entonces la expresión de la iglesia habrá de ser una terrible tragedia.

Es por esta razón (la eliminación de obreros --la depuración de obreros), que Dios trazó esta carrera de obstáculos. "La carrera que tenemos por delante."*

**Entienda, estimado lector, que estoy hablándoles a creyentes que están fuera de las organizaciones religiosas. Para estos creyentes, estas verdades son mucho más delineadas y observables... en su propia vida y en la vida de aquellos con quienes colaboran. Si usted está aún en el sistema, mucho de lo que estoy diciendo puede no sonar apropiado a su situación. Recuerde que estoy hablándoles a creyentes que están en la experiencia práctica, diaria de la vida de Iglesia.*

Difícilmente sería yo justo si no aventurara aunque sea algunas conjeturas en cuanto a qué es lo que pudiera esperar a ustedes allá afuera en esa carrera, así que voy a enumerar algunas posibilidades:

1. Una prueba de cuánto ustedes aman el dinero.

2. El fin de toda seguridad.
3. La conducta moral de ustedes.
4. ¿Mienten ustedes? ¿Es importante la verdad?
5. Su disposición de abandonar su obra y sufrir la pérdida de todo.
6. ¿Habrán de atacar ustedes a otro obrero... o criticar a otros?
7. ¿Recurrirán ustedes al legalismo y a tácticas de amedrentar para mantener unida la obra?
8. ¿Pueden esperar ustedes hasta que tengan 40 años de edad... o más... para empezar?
9. ¿Pueden ustedes someterse a otro obrero?
10. ¿Pueden someterse a la obra de algún otro... obra con la cual ustedes no están de acuerdo?
11. ¿Se someterán ustedes a sus compañeros?
12. ¿Habrán de dividir ustedes una obra, o una iglesia... por cualquier motivo? ¿Permitirán que otros los sigan, saliendo de la obra de otro hombre cuando ustedes la dejen?
13. ¿Habrán de renunciar ustedes a su propia obra... dejarla para siempre, entregándola en las manos de Dios?
14. ¿Habrán de servir ustedes durante toda la vida, sin paga, vivir sin dinero, envejecer sin tener ahorros, hacer todo eso con gozo y morir en la pobreza, sin quejarse?
15. ¿Habrán de trabajar ustedes y no ser perezosos?
16. ¿Se defenderán ustedes cuando sean atacados?
17. ¿Cuál será su definición de un “lobo en medio de

nosotros”, y qué harán con esos lobos? (Duplicado para “herejes”. Los cristianos parecen saber que no es amable atacar a otros cristianos, pero desde luego eso no es cierto (!) si el sujeto es un lobo o un hereje... de modo que muchos tienen una medida muy ancha de lo que es un hereje --de hecho, anchísima. Que si no pudieran rotular de herejes a los hombres muy fácilmente, no podrían atacar a muchísimas personas.)

18. ¿Habrán de continuar creciendo espiritualmente cuando ya sean ancianos?

19. ¿Habrán de tener ustedes “fuertes convicciones acerca de...” y le “harán frente resueltamente a...”? Porque uno de los trucos que ustedes habrán de aprender en la obra de Dios es (como haré notar más adelante) que ustedes pueden mantener, una obra unida enseñando a su gente a odiar; una unión basada en el odio mutua de algo o de alguien.

20. ¿Se darán ustedes por vencidos? ¿Se rendirán bajo el debilitador fuego de una constante pérdida, del continuo bombardeo de desaliento, de fracasos y de reveses?

21. ¿Se habrán de enojar con el pueblo de Dios... porque son lentos en aprender y pronto en olvidar?

22. ¿Esparcirán ustedes la enseñanza de la “sumisión” y la “autoridad”? Los hombres que ponen mucho énfasis en estas enseñanzas demuestran, al hacerlo, que no tienen verdadera autoridad de parte de Dios.

23. ¿Harán ustedes algo que no sea Cristo el centro de su mensaje, de su ministerio y de su experiencia?

24. ¿Serán bienvenidos todos los cristianos a participar de la confraternidad del Cuerpo de Cristo, sin tener en cuenta las doctrinas de *ustedes*?

25. ¿Serán ustedes cobardes o valientes cuando estén bajo presión? ¿No contemporalizadores? (Y ustedes preguntan, “¿Cómo puedo ser *manso* --ceder, someterme, irme de mí trabajo-- y sin embargo ser *valiente*? ¡Ah, apreciados

hermanos, ésa es una de las cosas que hace esta carrera tan ardua!)

26. ¿Pueden ustedes vivir afligidos, pero no dejar nunca que la aflicción quebrante su espíritu?

Y podría continuar. Requeriría todo un libro abarcar las trampas, las barreras, las minas terrestres que los esperan a ustedes allá afuera. Pero mi objetivo ahora mismo es éste: Que Dios les dé alguna idea de la imposibilidad de la carrera que tienen delante... que puedan captar alguna idea de cuán alta es la cumbre que el obrero es llamado a escalar... y de cuán inalcanzable es la que ustedes han sido llamados a alcanzar.

Sí, es cierto, el Señor es bondadoso... y clemente. Especialmente al principio. Él sabe pasar por alto las debilidades --pero no para siempre. Que conste, hay algunos a quienes no habrá de tolerar, ni siquiera al principio. Sí, ustedes pueden comenzar siendo negligentes; pero no pueden finalizar de ese modo. Y no deben comenzar nunca de esa manera. Les convendría empezar bajo disciplina. (No poniendo a otros bajo la definición de disciplina de ustedes, sino a *ustedes* mismos bajo la disciplina de *Dios*. No bajo la de ningún otro.)

De manera que limpien ustedes su vida. Y crucifiquen los motivos ocultos de su corazón.

Allá afuera al término de esa carrera --o en algún punto allá afuera cerca del final de la misma-- ustedes encontrarán el verdadero ministerio de Cristo. Así que volvamos a mi pobre ilustración y digamos que ustedes todavía usan palabras de imprecación allá, camino abajo, ¡hacia el final de la carrera de obstáculos! Oh, tan sólo un poquito.

Escuchen ustedes, hay apreciados santos jóvenes que aman al Señor con todo su ser --están allá afuera en algún lugar en el futuro, quizás en el futuro de *ustedes* mismos. Allí están, amando al Señor con todo su ser --y los miran a ustedes con respeto y admiración, teniéndolos en alto más que los ángeles. Ahora bien, a ustedes se les escapa solamente una palabra de imprecación. Sólo una. ¡Respecto de cualquier cosa! ¡Por cualquier razón! Ustedes destruirán esos corazones jóvenes o ellos imitarán esa

debilidad de ustedes casi como un distintivo de evidencia de su completa dedicación a ustedes y de su admiración por, ustedes. Y *ellos los superarán a ustedes, diez veces más* en cualquier debilidad que haya en la vida de ustedes. En cualquiera. Y he usado las imprecaciones como una ilustración, pero no he tenido sólo las imprecaciones en mente. Estoy hablando de la más mínima mácula posible.

Déjenme decirlo lisa y llanamente. El Señor no permitirá *nunca* que terminen esa carrera de obstáculos. ¡Él no permitirá nunca que caigan en una posición semejante a la que acabo de describir! Un lugar en que el Reino depende de ustedes. ¿Con un defecto tan ultrajante? ¡Nunca! Él moverá cielos y tierra para detenerlos. ¡Ustedes serán descartados! La iglesia es demasiado importante a los ojos del Señor, y el obrero demasiado sacrificable.

Y les digo a ustedes que tengo la impresión de que el Señor está dispuesto a continuar sentado en el cielo durante uno o dos milenios más, esperando llegar a tener algunos hombres que igualen sus normas, y de ese modo lograr que su iglesia se exprese apropiadamente.

Prosigan ustedes y disfruten su descuido. Pueden ir llevando tales cosas por algún tiempo. Un cigarro aquí, una pipa allá, una lata de cerveza aquí, una palabra de juramento allá. Todo esto está muy dentro de la tolerancia de la gracia. Pero tales cosas no se ven en *ninguno* de aquellos que se encuentran todavía corriendo allá afuera en medio de esa carrera. Todas esas cosas han quedado depuradas y eliminadas de un corredor dispuesto, o el corredor mismo ha sido dejado de lado, soberanamente, por el Señor.

Como he dicho, ésta es una ilustración pobre, pero puede servir para aclarar un punto. Estén atentos conforme llegamos al siguiente mensaje acerca del obrero. ¡Observen conforme pasamos a ámbitos tan elevados, a patrones tan extraordinarios! Ustedes verán cuán elevadas, cuán excelsas, cuán inalcanzables son las normas del obrero. Cuando llegamos a entender la verdadera conducta que el Señor espera que tenga el obrero, estas exposiciones de negligencia y de chapucería que he usado, caen tan totalmente debajo del tema de la conversación, que ¡ni

siquiera servirán como ilustraciones pobres!

(Por el mismo principio, ningún cristiano --sea obrero o no-- va a entrar en el profundo ámbito espiritual de la experiencia cristiana estando aún gravado con estas cargas. La experiencia misma con el Señor y con su cruz habrán depurado y eliminado de su vida esos detalles elementales. O eso o la inmersión más profunda en la experiencia espiritual habrán sido detenidos.)

Estos hábitos menores que acabo de usar como ilustración, pierden totalmente su derecho de ser siquiera enumerados como problemas. En la carrera de obstáculos a que me refiero, hace mucho tiempo que esas cosas habrán sido abandonadas y olvidadas, ya que ese hombre (el obrero) debe haber proseguido desde hace tiempo para agarrarse ya con problemas verdaderamente cataclísmicos. ¿Saben ustedes cuáles son realmente los riesgos? ¿Conocen ustedes la cuestión real que está en debate? ¿Conocen ustedes el *verdadero* resultado que se discute? ¿¿¿Conocen ustedes la decisión que habrá de ser establecida en esta guerra que se está librando al presente??? Es ésta: ¡El obrero se encuentra enfrascado en una batalla en que se decide nada menos que quién habrá de gobernar la eternidad!

¡Las idoneidades que ustedes deben demostrar tener para participar en esa batalla son, efectivamente, elevadas!

CAPITULO 12

Pérdida de la obra

El obrero moderno: ¿Es como eran los antiguos obreros del primer siglo? En este capítulo se contestará esta pregunta.

Herramientas. Hablemos una vez más de las herramientas. Hablemos respecto de las herramientas que los obreros usan hoy para hacer que la obra funcione, así como de los métodos que los obreros usan ahora para preservar la obra. ¿Usaba el antiguo obrero estos métodos para hacer que la obra funcionase y para proteger la obra?

El obrero del primer siglo era el arquitecto más increíble de la historia humana. Edificaba la iglesia siguiendo el principio de que si usted pierde, usted gana. ¡Tremendo!

Espero que este capítulo lo estremezca, estimado lector. Profundamente. Este mensaje desafía a todo el conjunto de las acciones del obrero moderno cuando el mismo enfrenta una crisis; esto es, cuando la obra de sus manos entra en su inevitable crisis. Y ésta es la crisis *inevitable*, la que debe venir: *la supervivencia o destrucción de la obra de toda su vida*.

¿Por qué caerle tanto a este asunto en particular? Porque la mayor parte de todas las feas escenas de la historia de la iglesia se desarrolla cuando los hombres se encuentran en una crisis; cuando su obra está amenazada. ¡Es *entonces*, sí, realmente entonces, en esa coyuntura, que la verdadera naturaleza del hombre sale a la superficie! Es *entonces* que los motivos ocultos del corazón emergen. Es *entonces* que el lado feo emerge. Es *entonces* que se revela la verdadera razón de por qué el hombre está trabajando para Dios. *Hay* motivos ocultos del corazón. Cuando la presión aumenta, cuando su obra está siendo atacada, cuando su obra se está desmoronando, ustedes pueden recitar versículos bíblicos durante todo el día para justificar aquello que están haciendo (esto es, para justificar su contraataque). Pero la

verdad es que los motivos ocultos de su propio corazón son los que están provocándolos para realizar semejante acción.

¿Cuáles son algunos de los posibles motivos *ocultos* del corazón? Francamente, no lo sé, pero voy a conjeturar algunos de ellos.

Cuando ustedes ven que su obra está a punto de ser destruida, estos son algunos de los *motivos* ocultos --secretos-- no expresados--impensados *de su corazón*, que no obstante pueden ser la fuerza motriz detrás de su vida. Estos son los motivos que ustedes *nunca* admitirían públicamente, pero que pueden ser el verdadero factor determinante de su conducta.

A menos que ustedes hagan algo, su obra sufrirá pérdida y eso significa que:

- 1) No tendrán una fuente de ingreso,
- 2) perderán su lugar en la historia de la iglesia,
- 3) quedarán avergonzados en la comunidad,
- 4) perderán a todos sus seguidores y tendrán que comenzar de nuevo todo,
- 5) un lobo se apoderará de *su* rebaño, y
- 6) ¡perderán todo lugar para ministrar!

Así que, para conservar su obra, se defienden con todas las herramientas del oficio. A lo largo de 1.900 años, hombres miserables han provisto este oficio con más herramientas miserables que ustedes puedan siquiera soñar que existan.

¿No es exacta esta lista? ¿Y no son éstas algunas de las verdaderas razones 'entre bastidores' de tantos ominosos conflictos que ha habido entre creyentes? ¡Miren! Yo no conozco ni un ejemplo en la historia de la iglesia en que los hombres hayan dejado que su obra fuera destruida por una oposición interna o externa (excepto por la espada). Todos se defienden y

pelean. ¡Por lo general la lucha resulta ser mucho peor que lo que habría sido jamás la pérdida!

Mi punto es éste: Objeto la justificación, esto es, pongo en tela de juicio las razones *expresadas* que se han aducido en lo que respecta a *todas* las divisiones habidas en toda la historia de la iglesia! Todas ellas. Desafío los motivos, pese a todas las razones altisonantes dadas y a las justificaciones escritúrales citadas.

Que conste aquí que digo esto: la mayor parte de los peores choques frontales que hay entre obreros, sale directamente del corazón tenebroso de los hombres. Los hombres que protegen su propia obra, cuando en verdad deberían dejar que la misma fuera devastada.

Por todas partes --en cualquier país-- ustedes pueden ver hoy cómo se forman pequeños grupos. (Parece haber un sinnúmero de ellos.) A los pocos años viene alguien y se une al grupo (o ya estaba en él desde el principio) y surge un desacuerdo. Entonces se produce un tiroteo o un golpe demoledor que elimina, usándose la Biblia en vez de balas. Las Escrituras en vez de una espada.

Digamos que un hombre empieza a llevarse a algunos de los miembros del grupo. Lo hace ya sea subrepticamente, o por medio de un ataque abierto. Malos motivos o lo que sea. Entonces el líder ve que 'sus' ovejas están siendo seducidas y robadas, y *zoom*, se sube por las paredes y empieza a atacar abiertamente al lobo. ¿Quién es el culpable? ¿Quién sabe? Todo lo que sé son estas dos cosas: *Primera*, lo que acabo de describir es el historial de los obreros de los últimos 1.700 años. En *ambos* lados de la división. Elija la conducta de cualquiera de los dos --la de ninguno de los dos es justificable. Ninguno de los dos hombres tiene excusa.

La segunda: Docenas, y a veces cientos, de individuos del pueblo de Dios quedan perjudicados irreparablemente, cada vez que ocurre esta clase de tragedia entre dos hombres. Y ocurre con demasiada frecuencia. De hecho, ocurre cada día en algún lugar. Miles de individuos del pueblo de Dios son destruidos

espiritualmente sin misericordia, por causa de dos hombres y de sus ocultos y tenebrosos motivos del corazón... embarcados bajo la cortina de humo de “ser bíblico”, o alguna otra razón justamente tan insípida.

Creo que puedo aclarar esto con una ilustración.

Veamos dos famosas incidentes de la historia de la iglesia. Lutero y Zuinglio, y Darby y Newton.

Lutero y Zuinglio

Ahora bien, los libros de historia de la iglesia les dirán todo acerca de la “gran controversia teológica que ardió” entre estos primeros dos hombres. Bazofia. Yo desafío las declaraciones de esos dos hombres en cuanto a *por qué* se separaron, y desafío las interpretaciones de los historiadores de la iglesia. He visto a obreros ponerse en posición de defensa desde que yo era niño. He escuchado sus razones altisonantes, pero también he presenciado su conducta casi salvaje. No, no es la teología. No son las Escrituras. Son hombres que protegen su obra... a toda costa... usando casi cualquier método... buscando cualquier excusa... para prevenir la pérdida. Nosotros los obreros cristianos no hemos aprendido la lección de perder nuestra vida, y sufrir toda pérdida.

Pero prosigamos con la ilustración.

Lutero encendió la Reforma. La fecha, alrededor de 1.520. El lugar, Alemania. La gente, y naciones enteras por toda Europa estaban dejando el monolito católico romano. Todos ellos eran “luteranos”. O al menos Lutero y los estados germánicos *querían* que todos fuesen luteranos.

Más abajo, en Suiza, había surgido otro personaje más. Se llamaba Zuinglio. Cuando se hizo evidente que la influencia de Zuinglio prevalecía en el norte de Suiza, y que él no era luterano, entonces Lutero empezó a atacar a Zuinglio. (También se mofaba de él.)

Los historiadores les dirán a ustedes que eso fue debido a

diferencias doctrinales. Sinceramente recuso esta premisa. Antes que nada, fue un asunto del corazón. Lutero se sintió amenazado. O mejor: vio amenazada su obra. Cuando eso ocurre, el hombre siempre mira 1) las enseñanzas del otro hombre y 2) la vida del otro hombre. *Encontrará* errores en las enseñanzas del otro hombre... así como en la vida de ese hombre. No hay duda al respecto. *Encontrará* fallas. Aun cuando tenga que inventar una teología contraria a la enseñanza del otro hombre, sacándola de la nada. ¡Una teología instantánea! Necesaria para ocultar, como cortina de humo, los tenebrosos motivos del corazón. Yo desconfío acérrimamente del corazón. Más específicamente, la obra amenazada es la verdadera motivación, el origen, la fuente de *mucha* de la nueva teología que fue inventada durante la Reforma (el período que vio más teología nueva inventada que cualquier otro) y durante todas las épocas desde entonces. Déjenme expresarlo en forma simple: El motivo oculto del corazón es la madre de mucha teología nueva y de numerosas batallas teológicas.

Como quiera que sea, los ataques contra Zuinglio se tornaron más rencorosos. En ambas partes, algunos amigos de ellos trataron de acercarlos y juntarlos. Tal vez de ello podía resultar la paz --y hasta la unión. Así que, finalmente en 1.529 los dos hombres se reunieron en la ciudad de Marburgo, Alemania. Se pusieron de acuerdo sobre trece de los catorce puntos bajo consideración. En el decimocuarto llegaron a un acuerdo en un cincuenta por ciento. En conclusión, trece y medio puntos frente a medio punto.

Cito a continuación la crónica de un escritor:

“Lutero mismo dice que Zuinglio suplicó con lágrimas en los ojos... diciendo: ‘No hay pueblo en la tierra con el que yo quisiera estar más en armonía que con los de Wittenberg.’ Sin embargo, no cedía en su posición de que la Cena del Señor... era simplemente la agradecida recordación de la misma efectuada por almas fieles... Respecto de ese punto Lutero era inexorable --‘insolente y obstinado’-- y, finalmente, [Lutero] suprimió a sus hermanos suizos. ‘Ustedes tienen un espíritu diferente del nuestro’, dijo Lutero conclusivamente.”

Basados en este relato, ustedes probablemente se situarán de parte de Zuinglio. Y yo no los reprocho. Él era benévolo. Más tolerante. Menos doctrinal, obviamente. (No se dejen engañar demasiado pronto. Este no es el fin de la historia.)

No obstante, los dos grupos nunca se unieron. De hecho, yo creo que la renuencia de Zuinglio de pasar al campo de Lutero, puede muy bien haber sido la razón de que Lutero hallara tanta indignación y ofensa justicieras en la terrible doctrina de Zuinglio.

Zuinglio cometió un error. Él --y sus seguidores-- sólo querían *confraternizar* con los luteranos. Yo creo que la historia habría sido diferente si ellos hubiesen ido a *unirse* al movimiento luterano. Si hubiesen ido a unirse, yo creo que Lutero no se habría sentido amenazado. La historia habría sido totalmente diferente.

A pesar de los nobles esfuerzos de Zuinglio, Lutero no iba a ceder ningún territorio. Él protegía su obra, su territorio, el norte de Europa. Zuinglio representaba una amenaza externa para Lutero. Lutero sólo quería luteranos en la tierra. Zuinglio era una amenaza territorial.

Pero Zuinglio también tenía territorio. Y tenía una obra. Y había una amenaza interna para la obra de *Zuinglio* en Zurich. Veamos cuán noble era este hombre allá en su patria.

Cada condado urbano (cantón) en la parte norte de Suiza se había unido a la reforma de Zuinglio. Pero allá en su tierra Zuinglio era “Lutero” y tenía algunos pequeños “Zuinglios” que lo hacían enfadarse. ¿Era él más afable para con los que eran una amenaza para *su* obra?

La amenaza para Zuinglio era un grupo de creyentes llamado los Hermanos Suizos. Ellos, los Hermanos Suizos son los que debieron haber tomado la Reforma. Y lo habrían hecho, excepto por una cosa --la espada. Más de esos ‘radicales’ fueron muertos en la persecución religiosa que se desató allí, que todos los demás grupos combinados. En cada país los radicales fueron virtualmente exterminados. Decenas de miles, posiblemente millones. Hoy eso se llama genocidio.

Aquí presento la relación de lo que les aconteció tan sólo a los líderes de los Hermanos Suizos. Grebel fue desterrado y murió de la peste; Manz fue ahogado --por en consejo municipal de Zuínglio-- en el lago Zurich; *Blaurock* fue flagelado y desterrado bajo pena de muerte; *Hubmeier* fue quemado vivo en la hoguera en Viena.

¿Cómo aconteció todo esto? Ustedes pudieran saber. Zuinglio lo empezó. Él se sintió amenazado por esta pequeña banda; por lo tanto él hizo lo que Lutero hizo. De hecho, en el mismo año que Lutero rechazó a Zuinglio, Zuinglio rechazó a los Hermanos. Desde luego, siendo un hombre más benévolo que Lutero, ¡ustedes esperarían que él fuera más bondadoso de lo que Lutero fue con él! (Bueno, nunca subestimen la que un obrero hará cuando su obra está amenazada.)

Lean aquí el decreto que el consejo municipal de Zurich puso en vigor como ley. El consejo hizo eso bajo la influencia directa de Zuínglio.

“Estamos determinados a no tolerar a los rebautizados dentro de nuestras fronteras. No debe haber confraternización con ellos en forma alguna.”

Más adelante, en el Edicto Imperial de 1.529, decretaron

“que toda persona rebautizada, de cualquier edad a sexo, sea muerta por espada, o por fuego, o de otro modo. Todos los predicadores --y aquellos que los ayudan-- todos los que persisten, o reinciden, deben ser muertos. No habrá perdón.”

El baño de sangre que siguió, que se extendió a todo lo ancho desde el Atlántico hasta los confines orientales de Europa, es uno de los capítulos más horribles e increíbles de los anales del género humano.

Y ahora voy a concluir esta historia. Acabo de contarles 1) lo que Lutero, un protestante, le hizo a un protestante, y 2) lo que otro protestante --Zuinglio-- les hizo a los Hermanos. Ahora vamos a ser ecuménicos y consignar lo que hicieron los católicos. Sí, dos años después los católicos entraron en escena. Los

cantones rurales del norte de Suiza organizaron un ejército y marcharon sobre la Zurich de Zuinglio.

El ejército protestante de Zuinglio peleó contra el ejército católico. El bando de Zuinglio perdió. Los soldados del ejército católico recorrieron el campo de batalla buscando el cadáver de Zuinglio hasta que lo hallaron. Entonces formaron un estercolero, colocaron sobre el mismo el cadáver de Zuinglio --junto con el de un puerco, picaron en pedazos el puerco y picaron en pedazos el cadáver de Zuinglio y así quemaron los despojos juntamente sobre el estercolero.

Ustedes pueden pensar que éste es un relato terrible. El peor de la historia de la iglesia. No. ¡Es un relato típico! Y toda la historia que ustedes acaban de escuchar ¡cubre tan sólo tres años! Esta no es una historia única en su género. No, ustedes pueden hallar otras semejantes en casi cualquier página de la historia de la iglesia desde más o menos el año 350 como hasta 1.700. ¡Tres años no demasiado extraordinarios!

Esta es la cristiandad. *Este* es el sistema religioso. Pero sobre todo, éste es el modo de obrar del hombre religioso, del servidor de Dios, digamos --del obrero-- ¡cuando su territorio está amenazado! ¡Que un obrero crea que su obra está en peligro, y ahí tenemos un hombre capaz de hacer casi cualquier cosa! Y cuando haya terminado, nos dará una razón buena, sólida y bíblica por lo hecho. Lutero lo hizo. Zuinglio lo hizo. Los católicos lo hicieron.

Y esa actitud aún vive hoy. Y esa actitud, y esa clase de proceder, deben terminar con nosotros. Esta es nuestra misión.

Más de lo mismo

En la última ilustración, hablamos acerca de tres grupos que están 'en el sistema religioso' (Lutero, Zuinglio y los católicos) y de

uno que se encuentra 'fuera del sistema religioso' (los Hermanos Suizos).

A propósito, aquí hay un interesante caso de 'la historia se repite'... o al menos una buena ilustración de la naturaleza sectaria del hombre caído.

Los Hermanos Suizos no perseguían. Ellos eran los perseguidos. Pero oigan esto: Los únicos sobrevivientes auténticos de los Hermanos Suizos son los menonitas. Y los menonitas sufrieron tanto (rivalizando con casi cualquiera de la historia de la iglesia) durante un siglo a más. Ustedes pensarán que esa gente --pacifistas, si quieren-- nunca jamás se rebajarían a hacer lo que sus enemigos hicieron. Pero, allá por el año 1.750 un menonita escribió un libro que era un rencoroso ataque contra los hermanos moravos. Lo que decía ese libro era falso, pero los que lo leían, lo creían, y lo que decía, persiguió a los hermanos moravos durante un siglo, produciendo toda clase de historias increíbles --pero creídas-- acerca de ellos. Y de este modo la triste historia continúa.

Bueno, ustedes todavía no han escuchado bastantes historias tristes, de modo que déjenme contarles otra.

Desde el año 325 hasta 1.520 el romanismo tuvo el monopolio en cuanto a la persecución. Después, desde 1.520 hasta como 1750, todas las iglesias estatales --esto es, todas las grandes denominaciones patrocinadas con los impuestos-- cayeron en el hábito de matar, quemar, ahogar, ahorcar y descuartizar a sus compañeros cristianos. Era la gente del fondo, los de la parte baja de este pilar totémico, los grupos radicales (que por lo común tenían la palabra "hermanos" en su sobrenombre), quienes recibían siempre la mayor parte de la persecución. Pero ellos no perseguían a nadie. *Los creyentes que se encontraban fuera del sistema religioso no perseguían a nadie.* No en aquellos días. Ellos eran siempre los perseguidos, nunca los perseguidores.

Oh, ellos denunciaban al sistema religioso. Lo hicieron siempre. Pero los cristianos que eran de la tercera corriente nunca persiguieron ni a los protestantes ni a los católicos.

Entonces vino la libertad religiosa. En la era posterior a 1.750. Ahora ustedes, como individuos o como grupo, ya podían salir del cristianismo estructurado, sin que por ello fueran encarcelados o muertos. Pero, aunque parezca increíble, poco tiempo después se desarrolló un acontecimiento totalmente nuevo en la historia de la iglesia. ¡Ocurrió que los creyentes que estaban *fuera* del sistema, comenzaran a atacarse unos a otros! De hecho, empujaron la mismísima herramienta escandalosa que el mundo religioso había esgrimido a lo largo de unos mil años --atacándose unos a otros porque el otro sujeto no “creía de la manera correcta”.

A continuación presento mi segunda historia triste. No es una historia muy conocida, pero tuvo una gran influencia sobre la fe. Es la historia de lo que hicieron unos hombres de *fuera* del sistema religioso.

Darby y Newton

Era alrededor del año 1.820. El lugar era Dublín, Irlanda. Uno de los más grandes períodos de veinte años de la historia de la iglesia estaba a punto de comenzar.

Un grupo de cristianos empezó a reunirse en Dublín. Ellos ponían énfasis en tener simples reuniones sin que hubiera ningún clérigo presente.

Las reuniones eran vivas y fogosas. El movimiento empezó a crecer. Un poco después hubo, creo yo, un cambio en el énfasis. En vez de tener reuniones atractivas que tenían a Cristo como Cabeza, se efectuó un cambio hacia un ministerio de marcada enseñanza bíblica. (Se estableció un tipo de reuniones de ‘yo hablo, ustedes escuchan’. Toda la atmósfera de libertad y sinceridad que caracterizaba a las reuniones más tempranas comenzó a declinar algo.) ¿Por qué el cambio?

Ese cambio fue causado por un hombre que probablemente ha influido la historia de la Iglesia tanto como cualquier hombre en particular, con la excepción de Lutero. Puede que ustedes nunca hayan oído hablar de él. Su nombre es Juan Darby. Él es el padre del cristianismo evangélico fundamental de nuestros días.

Él solo, sin ayuda alguna, sacándolo de la nada, inventó el criterio más popular del premileniarismo de hoy y, en cierta forma, inventó toda esa doctrina. Él es el padre de un 80 por ciento de todas las doctrinas evangélicas y fundamentales que los hombres enseñan hoy. Sus enseñanzas son tan ampliamente mantenidas, tan aceptadas como la correcta interpretación de las Escrituras, que la mayoría de la gente ni siquiera sabe que ha aprendido un sistema doctrinal en absoluto. El 'darbyismo' es la Biblia para la mayoría de los evangélicos.

Así pues, poco después de haberse unido al movimiento de los Hermanos, Darby lo dominó por completo. En breve el mismo vino a ser un movimiento de enseñanza. Hubo alrededor de dos docenas de grandes maestros en él. La atracción de esas reuniones 'sin cabeza' prontamente decayó. La mayoría de la gente simplemente se sentaba, cantaba y escuchaba. (Excepto en las reuniones de la Cena del Señor. No había oradores allí, de modo que los creyentes mismos tenían que compartir. Se nos dice que esas reuniones eran verdaderamente gloriosas.) A propósito, los maestros de ese nuevo movimiento figuraban entre los más grandes maestros de toda la historia de la iglesia. Esos maestros prácticamente no tienen iguales. Lo que aquella gente laica escuchaba sentada allí en esas sillas era algo de lo más grande desde los Apóstoles.

Ahora viene la parte triste.

Aquello creció llegando a ser una obra realmente grande en la ciudad de Plymouth, Inglaterra. Darby era la figura central en ese grupo.

Entonces Darby decidió viajar. Se fue, y estuvo ausente durante años. Mientras estaba lejos, un hombre llamado Newton emergió como líder en Plymouth. La gente seguía a *Newton*.

A poco de haber regresado Darby, éste acusó a Newton de herejía. Simplemente así. Bang. Herejía consumada, no cristiana, flagrante, impía, peligrosa.

Newton se arrepintió, de todo y en todo. Sin embargo, el arrepentimiento de Newton no fue "suficientemente adecuado". Darby dijo que todo aquel que había oído siquiera a Newton y

había estado de acuerdo con él, ahora estaba contaminado y nadie debía confraternizar con esa persona. Luego Darby les dijo a todas las demás asambleas que no podían aceptar en sus reuniones a nadie que fuera de Plymouth, a menos que renunciaran a Newton. Si cualquier asamblea de alguna otra ciudad aceptaba a esa gente, entonces esa asamblea entera quedaba también excomulgada del movimiento. La misma quedaba contaminada también por confraternizar siquiera con *uno* que hubiese confraternizado con Newton.

¡Ahora bien, *hay* una cura nítida para detener la amenaza a la obra de ustedes! *Hay* más de una forma de impedir que la amenaza se extienda. De hecho, Darby inventó una flamante doctrina bíblica --sacándola de lo etéreo-- para hacerla adecuada a la ocasión y resolver el problema de su amenazada obra: *Demostró* con un versículo bíblico que esa gente era inmunda, y que en los días de los Apóstoles las iglesias trataban a los cristianos ‘inmundos’ de esa misma manera.

Y, además, la gente creía en Darby.

Bueno, hasta ahora han pasado más de 120 años. Algunos de los Hermanos todavía están conteniendo sobre aquel incidente, como si hubiese ocurrido ayer. Los Hermanos ‘abiertos’ les dicen la “Versión N° 1” y los Hermanos ‘cerrados’ les dirán la “Versión N° 2”. Ambos grupos lo consideran un importante asunto doctrinal.

Yo no estaría demasiado lejos de la verdad si dijese que --todavía hoy-- ¡algunos de ellos están más dispuestos a confraternizar con un zulú animista que uno con el otro!

Quisiera expresarles mi propia opinión en cuanto a todo este asunto. Yo pongo en tela de juicio todo lo dicho en todo ese incidente... de modo especial la parte acerca de “contender... por la fe que ha sido una vez dada”. El problema no fue ninguna herejía. El problema no fue ninguna nueva doctrina bíblica --el problema no fue ninguna *doctrina*. El problema no fue “defender la fe”. El problema fue la *obra*. Darby se sintió amenazado. El resto fue una invención (una cortina de humo). Tal vez ni siquiera pensada en la mente, sino en el corazón... fue simplemente una

cuestión de una obra amenazada.

La obra estuvo amenazada. Alguien tomó una herramienta, y acusó a un hombre de una herejía casi diabólica, acusó a un hombre de ser infiel a la Biblia... y la usó para recobrar el control del movimiento.

No desprecien ustedes a los Hermanos Plymouth. Esta es no más que una ilustración. Hay otra semejante a ésta en cada página de la historia de la Iglesia. Y en cada caso contienden unos con otros, como fue la primera --y única-- disputa en la historia, donde el trono mismo estuvo en juego.

Siempre contendemos cuando nuestra obra se encuentra amenazada. Siempre. Y nos ponemos rencorosos. Cada página de la historia de la iglesia es testigo de este hecho. Lean ustedes la historia de cualquier denominación. Vayan a cualquier “casa de Jesús”, entren en cualquier clase bíblica casera, visiten cualquier “grupo libre” o “reunión casera”, vayan a las oficinas centrales de cualquier organización interdenominacional. Pregunten. Van a escuchar la misma historia.

Los obreros contienden. Los obreros acusan. Los obreros inventan una “herejía doctrinal instantánea” con la cual picar en pedacitos a su oponente. Los obreros disienten. Los obreros dividen iglesias y movimientos. Los obreros escriben panfletos acusatorios, los obreros se denuncian unos a otros --y voy a ir todavía más lejos: ¡Si el estado les otorga el derecho legal para hacerlo, los obreros incluso se matan unos a otros!

Y ahora llegamos a nuestro objetivo.

Se necesita: Una nueva generación de obreros

En esta tierra debe nacer una nueva generación de obreros. Que sean hombres que no ataquen, no critiquen, no condenen, o más sucintamente: hombres que no protejan su obra. Hombres que estarán allí de pie y dejarán que la obra de toda su vida sea destruida. Dejarán que los hombres arruinen su obra, pero venga lo que venga, ellos estarán resueltos a *no contender*.

Sé que ustedes pueden decir: “Eso no es bíblico.” Puede que tengan razón. Entonces les contestaré que la situación hoy es tan aterradora --y la ha sido en el pasado--, que ya es hora de que surja una posición más elevada que aquella a la que los hombres acuden como la forma ‘bíblica’.

Esto no es algo sin precedente. Cierta vez Pablo observó: “La forma bíblica de que un obrero reciba su salario es que la iglesia en que él ministra se lo dé. ‘Digno es el obrero de su salario. No pondrás bozal al buey que trilla.’ Pero para mí... YO, PABLO, TOMO UN CAMINO MAS ALTO QUE EL PRESCRITO’. ¡Yo *trabajo* para ganarme la vida! Rehusó ser pagado. Yo voy más alto que la norma prescrita.”

Estoy consciente de que la presente (y pasada) interpretación de la Biblia es defender cada uno su obra a toda costa. “Sean defensores de la fe.”* Yo he leído el versículo que dice: “...por tanto, estén vigilantes a causa de los lobos.”** Con esto, los hombres le meten hacha en tres condados a todo lo que encaja en su interpretación de ‘lobo’. Basados en este versículo los hombres han asesinado; y hasta hoy, se ha venido usando este versículo para justificar algunas de las más horribles conductas imaginables.

Yo desafío esta interpretación. En primer lugar, no hay nada de la cruz en él. Nada de sufrimiento. Nada de pérdida. La obra de *Dios* siempre está edificada sobre pérdida. Después, tal modo de ver no equipara el ejemplo de Jesucristo. Por último, desafío la opinión de que Pablo haya hecho *jamás* tal cosa. ¡¡¡Estoy diciendo aquí que Pablo nunca atacó esos ‘lobos’ de que hablaba!!!

Una rápida inspección no es suficiente. No puedo ‘probar’ esto con un versículo bíblico. Tendríamos que reconstruir el ambiente histórico de todas sus epístolas, y de toda su vida (sin usar versículos recortados, sacados del contexto así como del trasfondo histórico), y ver acerca de qué estaba hablando Pablo. Cuando hagamos esto, un Pablo totalmente diferente podría emerger. Y todos esos versículos pueden tener un sentido enteramente diferente.

Tengan cuidado con los versículos individuales.

* "...que contendáis ardientemente por la fe" (Judas 3/R.V.) (N. del T.) ** Ref. a Hechos 20:29 y 31 (R. V.) "...entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, ... Por tanto, velad..." (N. del T.)

¡Y ahora yo voy a citar un versículo!

Pablo hizo un comentario sumamente interesante acerca de la disensión, acerca del conflicto. Él dijo: "Estas cosas tienen que ser." Él tomó el modo de ver contrario. No "Salven la obra"... "Prevengan el choque"... "Tiren afuera al bribón"... o "Estas cosas no deben ser." O más al objetivo: "Para asegurar la unidad en nuestro movimiento, vamos a pasar ahora las siguientes 387 reglas. Obedézcanlas o serán calificados de rebeldes."

"Estas cosas *tienen que ser.*" ¡Pablo dijo esto!

¿Por qué? "Pablo, ¿por qué son necesarias las crisis de la iglesia?"

A fin de que pueda ser demostrado quién está aprobado.

Hay lobos. Siempre los ha habido, siempre los habrá. No traten de detenerlos. *Estas cosas tienen que ser...* para que pueda ser demostrado quién está aprobado.

"¡Pero el rebaño será dispersado! Muchos serán heridos. ¡No! Debemos pastorear el rebaño. Pablo lo hizo." ¡Oh! ¿Lo hizo? Si lo hizo, ¿fue con el mismo espíritu que ustedes tienen? Y además, ¿ustedes son Pablo? ¿Con qué derecho reclaman la posición que él tiene en la historia de la Iglesia? Pueden haber bases legítimas para hacer, así. Pero esas bases legítimas se encuentran en el sufrimiento, en llevar la cruz, en la mansedumbre y en el quebrantamiento. ¡No en astiles de hacha!

Bueno, hablemos acerca de eso. Háblenme ustedes acerca de la noche cuando un ángel descendió a la habitación de ustedes, les dio palmaditas en el hombro y les dijo: "Vayan, e inicien una iglesia." (¿O fue una misión interdenominacional --sin interés de lucro, libre de impuestos-- a albinos, zurdos de ojos azules en el

rincón noreste de la ciudad?) Simplemente porque ustedes tienen un grupo de personas que se congregan, ¿es eso repentinamente la obra *de Dios*? *Ustedes* comenzaron esa obra. ¿Qué derecho tienen ustedes a citar, todos esos versículos y a aplicarlos a una *organización* que ustedes y sólo ustedes comenzaron? ¿De cuándo acá se han tornado ustedes en *sometedores* y ellos en *sometidos*? ¿Cómo es que adquirieron ustedes el lugar de autoridad? ¿Cuál ángel del cielo se los dio? ¿Por medio de qué magia aconteció eso?

Yo pongo en duda que Pablo haya picado *jamás* en pedazos a ningún lobo. “Estas cosas tienen que ser.” ¿Y con qué derecho ustedes pican en pedazos a los lobos? --y, en cualquier caso, ¿¿¿qué es lo que hace de su grupo un ‘rebaño’??? ¿Qué derecho tienen ustedes a agarrar súbitamente las Sagradas Escrituras y empezar a citar todos esos versículos como si los mismos fuesen aplicables a *su* obra?

“Guarden el rebaño sobre el cual *Dios* los hizo a *ustedes* sobrevedores.” ¿Quién, aparte de ustedes mismos, ha dicho que ustedes son sobrevedores? El hecho de que un hombre tenga la habilidad de juntar a un centenar de personas para que se reúnan, no lo justifica a decir: “Esto es aplicable a nosotros.” ¿Fue *Dios* quien lo hizo sobreveedor, o fue *usted* mismo quien se hizo sobreveedor?

¿Quién los envió a ustedes? Pero, ¿fueron ustedes enviados? ¿Por Dios? Lo dudo. Lo dudo seriamente. Por la evidencia de su proceder hacia sus ‘lobos’.

Pero hay una forma de saberlo. Al parecer, hay una forma de saber si ustedes han sido aprobados por Dios, ¡y si el *suyo* es un rebaño!

“Estas cosas tienen que ser, para que podamos saber quién está aprobado.”

¿Están ustedes aprobados? ¿Demuestra el hecho de picar en pedazos a los lobos que ustedes son aprobados? ¿O eso demuestra exactamente lo contrario?

Déjenme ilustrar esto: Un hombre inicia una obra (su propia

obra). Los que constituyen esa obra se congregan durante unos dos años. Entonces comienza a desarrollarse una división. *Eso habrá de ocurrir*. Ocurrirá cada vez. No ha habido prácticamente nunca ninguna excepción a este hecho. Y probablemente nunca la habrá. Toda obra pasa por una crisis. ¡Y cuando esa crisis venga, observen ustedes! Cómo los versículos salen a la luz. El hacha se manifiesta. Las diferencias doctrinales aparecen de la nada.

La base entera desde la cual el líder opera --toda su teoría al citar versículos, al atacar, al escribir artículos, al acusar-- es ésta: La obra debe ser, preservada, el rebaño debe ser protegido, la gente debe ser protegida del daño (esto es, de la competencia local). Esta es la tesis --el teorema-- del obrero. "Mí obra *tiene que ser preservada*." Y no hay ninguna otra consideración. Pero, hermano mío, puede ser que lo contrario sea cierto. Pudiera ser que en esta crisis el Señor lo esté probando. ¡Lo más elevado puede no ser el hecho de preservar, sino de perder total, absolutamente! Y obrar de otra forma es demostrar que usted no está aprobado.

Todo ese alboroto de usted, el hecho de acusar, de atacar es con el fin de tratar de preservar *su propia* obra. Oh, niño atemorizado, egoísta, egocéntrico, asustado, coronado por *sí mismo*...

Todo el esfuerzo de usted para preservar su obra es prueba de que Dios no lo ha enviado. Y es prueba de que esa obra es obra de usted y no obra de Dios. Y ahora usted está asustado. Tiene miedo de que a menos que dispare todos los cañones y use todas las herramientas, su obra recién fundada se derrumbe; se derrumbe porque algún maligno monstruo está en medio de ustedes. Está asustado. Atemorizado. Sin embargo usted habla de 'autoridad' y de 'sumisión', y sus palabras son rudas, osadas y ásperas. Pero Dios no está con usted. Sus esfuerzos de preservación son prueba de que Él no está con usted. "Es necesario que estas crisis vengan." Pero las crisis no han de ser recortadas, combatidas, suprimidas. No, han de ser aceptadas, abrazadas... sin una palabra de murmuración, sin ningún acto de resistencia.

¡Estas cosas son necesarias para que podamos decir, para que Dios pueda decir, para que los ángeles puedan decir quiénes están aprobados!

Si Dios lo hubiese enviado --en verdad enviado-- usted no le haría esas cosas a los hombres que amenazaran su obra. La obra de Dios es la obra *de Dios*. *Lo que Dios ha hecho no puede ser destruido*. Repito: La obra de Dios no puede ser destruida. Pero lo que *usted* ha hecho, se va a desmoronar --algún día-- no importa cuánto usted salte arriba y abajo.

Los católicos nunca debieron haber asesinado a todos esos hermanos en la edad media. ¡Si esos católicos hubiesen sido de veras obra de Dios, entonces aquellos pequeños grupos de cristianos libres no podían haberlos ofendido! Lutero, Zuinglio, *et al.*: ¡qué vergüenza! Las erupciones volcánicas de ustedes fueron pruebas de sus propios temores, su propia falta de confianza en que Dios estaba con ustedes.

Si ustedes son la obra de Dios, esa obra habrá de sobrevivir una crisis. Ciertamente habrá pérdida --sí, pérdida para ustedes (sí, numérica), pero no pérdida para Dios. Lo que Dios ha hecho, no puede perderse. Díganme tan sólo ¿cuál es su excusa por proteger su obra? ¿Cuál es su excusa por semejantes ataques reprensibles, rencorosos e impíos contra sus propios hermanos?

Los reto a ustedes. Los reto doblemente a que se vayan de su obra justamente en el peor momento. ¿Tienen el valor de hacerlo? ¿Están ustedes tan seguros de su ministerio? ¿Creen que lo que han dicho habrá de mantenerse? ¿Tienen suficiente confianza en su mensaje, en sus seguidores, en la paz de Dios en ustedes? Y, sobre todo, están ustedes tan seguros de que fue Dios quien los envió para ese ministerio, que pueden irse del mismo... sabiendo que no importa? Dudo que tengan el valor. Y *esto* es prueba de que su proceder (sus ataques contra otros) es erróneo. Los hombres enviados no tienen temor, y no protegen. Ellos saben que... *¡¡¡esas crisis son necesarias!!!*

La mayoría de los hombres que encabezan una obra viven en un continuo temor: temor de que si la obra que dirigen se desintegra, nunca llegarán a poder levantar otra. Aquí está, algo

que los hombres dicen en su corazón cuando su obra se encuentra bajo ataque (pero que no dirían nunca en voz alta, porque eso revelaría las verdaderas intenciones de su corazón): “A la verdad, ésta es mi única oportunidad de tener una obra, de demostrar que Dios está conmigo. Si fallo aquí, esto bien puede ser el fin. De modo que mejor me arremango y empiezo a echar fuera a todos los que están causando mi problema.” Eso es temor. Temor de perder la gran oportunidad de uno. Temor de la desgracia. Temor de perder la reputación. Temor de fallar. TEMOR. ¡Porque Dios no los ha enviado!

¿Y qué les acontecerá a esas preciosas obras protegidas tan concienzudamente por medios tan encarnizados? ¿Qué les sucede a los hombres que pasan por distintas crisis, batallando todo el tiempo? ¿Qué les acontece? Después de terminar la lucha, qué es lo que queda? Algunas veces una obra sobrevive... escasamente... pero sólo usando los medios más encarnizados. Y después, durante muchos años los sobrevivientes van hablando acerca de ello y vituperando a los demás que estuvieron involucrados en esa crisis. Este *no* es el apropiado proceder de un hombre de Dios, no importa lo que se le haya hecho.

Y el otro lado. (Porque hay dos lados,) ¿Qué le sucedió a todos esos que fueron llamados ‘herejes’? ¿Qué le ocurre a esa gente que fue expulsada del grupo? ¿Qué les sucede a tantos de los líderes --en ambas facciones-- de modo especial si el movimiento queda muy dañado y hay una notable pérdida numérica? ¿Qué les sucede, por lo general, a los hombres que se quedan totalmente sin seguidores? Cuando toda la confusión ha terminado, se tornan frustrados y amargados. ¿¿¿Se sacuden de sí la tragedia??? ¿Siguen amando al Señor? ¿Siguen teniendo esa visión que predicaban? ¿Regresan, sin rencor ni amargura --sino más bien con *gozo*-- para edificar de nuevo? ¡Ustedes saben la respuesta a esto! ¡No, no regresan! Y esto es prueba, *una vez más*, de que ellos no fueron enviados. Es prueba, *una vez más*, de que ésa era obra de hombre, no obra *de Dios*. *Sí, estas cosas son necesarias. ¡Esta es parte de la carrera de obstáculos que ustedes deben correr! Y Dios mismo coloca una crisis en su vida, para que todo el universo pueda ver su proceder. Contesten por ustedes mismos, ¿fueron aprobados, o descalificados?**

**Consideren dos exhibiciones de automóviles usados, una frente a la otra a uno y otro lado de la calle. ¡Hay escasos clientes! Escuchen las falsedades que cada vendedor les dice a sus clientes respecto al hombre del otro lado de la calle: “Ese es un tramposo.” “Vende autos robados.” “La policía lo está Investigando.” “Los esquimales lo están demandando.” Ahora bien, ustedes y ya entendemos esta clase de lenguaje. Pero con frecuencia no nos damos cuenta de que son exactamente las mismas circunstancias y los mismos motivos los que hacen que un hombre llame a otro grupo de la ciudad ‘herejes’ y ‘secta’ y ‘diabólico’. Con mucha frecuencia, los conflictos de la historia de la Iglesia no son más que la lucha de vendedores de autos usados, que tratan de abrirse paso, pero con un vocabulario teológico.*

Es bueno, necesario y terriblemente importante (y también es una absoluta certeza) ¡¡que su obra sea probada por *fuego!* Estén esperanzados por ese día. Esperen ese día. Y cuando venga, quítense de en medio y dejen que el fuego caiga. Todo lo que quede, todo lo que permanezca, que no esté manchado, ni se haya derretido, que esté indemne --eso es la obra de Dios.

Quizás ustedes pueden captar ahora la profundidad de lo que quiero dar a entender cuando digo que debe haber una nueva generación de obreros en esta tierra: hombres que no hayan de contender; sí, hombres que sepan edificar lo que el fuego no puede destruir. Hombres que, después que la crisis haya terminado, sean hallados aprobados, real, verdadera y manifiestamente aprobados por Dios. Hombres que no estén atemorizados. Hombres que sepan ver y estén dispuestos a ver, toda su obra destruida. En otras palabras, hombres enviados. Hombres intrépidos, pero intrépidos --no porque sean rudos-- sino intrépidos porque saben que no son importantes, ni lo es su obra; y temen a *Dios* porque tan sólo quieren la obra *de Dios* (no la de ellos) en esta tierra.

“¡Estas cosas son necesarias para que podamos *saber* quién está aprobado!” Pero éste es un *conocimiento* doble: El obrero es aprobado porque su obra sobrevivió el fuego (sola y sin la ayuda

de él). Y podemos estar completamente seguros de que los *creyentes* que salieron por el otro lado sin estar chamuscados, están *también* aprobados, porque *ellos* también sobrevivieron al fuego. ¡Sólo veo *ganancia* en una obra semejante! Oh, Dios, danos hombres que no contiendan, sino hombres que pierdan -- *todo*, si fuera necesario.

Ver hombres así, erguidos: Esta es nuestra misión.

CAPITULO 13

Conducta del obrero:

Un ejemplo

Estamos hablando acerca de los obreros. En los pocos mensajes siguientes voy a hablarles acerca de Pablo. Voy a hablarles un poco acerca del desconocido Pablo.

En primer lugar quiera que ustedes vean cuán limitado hacía Dios a Pablo cuando surgía una crisis; cuán confinado en Dios lo tenía; cuán poco permitía el Señor que él hiciera en una crisis. Pablo estaba tan confinado, tan limitado, que algunas veces, durante tiempos de crisis, hacía tan poco que ya lucía ridículo.

Así es como debe ser. Al siervo del Señor se le proporcionan tan pocas cosas que pueda hacer para proteger la obra; tan pocas --si acaso algunas-- maneras de defenderse o incluso de sobrevivir. El obrero queda arrinconado. No puede decir nada, ni hacer nada. Da la impresión de que ni siquiera tiene la capacidad mental para ordenar una buena defensa, ni para proponer la más simple solución. Consecuentemente, luce como que no tiene defensa... por tanto, parece que los que se le oponen tienen razón y él está equivocado. ¡Después de todo, si él tuviera razón, podría decir *algo!* Ante el mundo, ante sus acosadores y destruidores, él emerge en una crisis no como el hombre fuerte de Dios, sino todo lo contrario, como el idiota de la aldea. Se habrá de hundir. Habrá de perder. No hay esperanzas. Un niño podría prevalecer contra él.

Ahora bien, ¿cómo puede un verdadero siervo de Dios meterse en semejante confusión? Y esto es lo que vamos a ver: Es *Dios* quien lo ha metido en una situación tan desamparada. ¿Cómo? Esta es una buena pregunta. Veamos la respuesta.

Dios los llama a ustedes. Al principio de la vida el Señor permite que se salgan tanto con la suya. Ustedes cometen errores. Él mira hacia otro lado. ¿Pero y diez años más tarde? Ustedes se

encuentran tan limitados, tan confinados. No tienen casi ningunas herramientas que puedan utilizar, que los ayuden a sobrevivir. Él los ha desarmado contra los ataques. Esta es una marca del siervo de Dios, ¡estar confinado!

Un obrero en medio de una crisis es un hombre desarmado, confinado. No es el hombre intrépido del tipo de pistolero del Oeste, que saca y dispara al mismo tiempo, que entra en la población cabalgando y mira por encima del hombro al villano. Al contrario, el obrero que está pasando por una crisis es, o debe ser, un hombre desarmado, indefenso. En vez de ser el héroe nacional, con frecuencia luce más el tonto del barrio. Durante una crisis, Dios confina a sus siervos, sin dejarles hacer nada, excepto sufrir... y perder.

¿Habrán de llegar ustedes jamás a un punto donde, espiritualmente, lleguen a estar tan verdadera y sinceramente indefensos? Sí. Pero no por sus propios esfuerzos. Y no se supongan que ustedes pueden fingir un andar tan elevado. *No pueden*. No este andar. Ustedes ven, llegar a un punto en que nunca se levantan en su propia defensa, es un proyecto de transformación que dura toda la vida. Y pueden estar seguros de que Dios solo está al mando en este proyecto.

Tornémonos a la vida de Pablo; entonces ustedes entenderán lo que estoy diciendo. Tratemos de llegar a conocer a este hombre. Al hacerlo, veremos la elevada norma de un obrero... en medio de una crisis.

Primeramente, consideremos sus cartas. Son trece las cartas de Pablo que aparecen en el Nuevo Testamento. A partir de estas epístolas podemos llegar a conocer a este hombre. Consideremos la naturaleza de sus cartas.

Tres epístolas introductorias

Romanos, Colosenses, y Efesios, la carta circular, son cartas

escritas a personas que Pablo nunca había conocido. Debido a que éstas son cartas escritas a nuevas iglesias que él nunca había visto, las mismas nos proporcionan alguna idea de su ministerio oral. Romanos, Colosenses y Efesios... el contenido de estas cartas es lo que Pablo *habría dicho* si hubiera estado allí personalmente. En otras palabras, lo que Pablo escribió a esas tres iglesias, es probablemente lo que la gente *escuchaba* en el resto de las iglesias. Ninguna de las otras cartas nos dice lo que él comunicaba a las iglesias jóvenes. Por lo tanto, no adquirimos una amplia idea del contenido del mensaje de Pablo a partir de las otras epístolas. Estas tres epístolas y algunas líneas de Hechos son nuestro mejor indicio.

Dos epístolas muy personales

En Filipenses y Filemón retratamos a este hombre como lo conoceríamos si él fuera nuestro amigo personal. Estas son cartas muy íntimas: una escrita a una iglesia muy amada, la otra a un amigo personal.

Tres epístolas escritas a jóvenes apóstoles

Estas son dos cartas a Timoteo y una a Tito.

Las cinco epístolas de tiempos de crisis

Con esta quedan cinco cartas. Y es de estas cinco epístolas de donde Pablo adquiere esa su imagen de ‘tipo duro’. Basados en estas cartas los hombres justifican sus fieros ataques y sus motivos para ser “defensores de la fe”.

Estas cinco cartas son las epístolas ‘de crisis’. Todas ellas fueron escritas a iglesias, y todas las iglesias involucradas estaban pasando por crisis al tiempo que él les escribió. Todas esas iglesias eran iglesias establecidas, iglesias que él había *dejado*.

Una de estas cartas fue escrita a las cuatro iglesias de Galacia. Pablo tenía el genio subido cuando la escribió. Esta fue probablemente su primera carta, escrita alrededor del año 51 d.

de C., poco después de su primer viaje.

Dos de estas cartas fueron para la iglesia de Tesalónica (fueron escritas durante su segundo viaje). Esa iglesia tenía alrededor de un año.

Las últimas dos de esas cinco epístolas 'de crisis' fueron escritas a la iglesia de Corinto, unos seis años después del nacimiento de esa iglesia. Cuando Pablo escribió esas dos epístolas, él estaba afrontando una muerte casi segura y vivía los peores y más tenebrosos momentos que hubiese experimentado jamás en su vida.

Echemos una mirada fresca a estas cinco cartas 'de crisis'. En todas estas cartas Pablo nos dice distintas cosas con respecto a sí mismo que nadie sabía antes. Casi que pudiéramos obtener un nuevo retrato de Pablo, y podemos adquirir alguna idea de la obra de Dios y de sus elevadas normas para el obrero, de modo especial para el obrero que se encuentra en medio de una crisis. Y me parece que probablemente ustedes pudieran tener que renunciar a esa imagen de 'tipo duro' que han tenido hasta ahora de Pablo.

¿Qué decir de la carta a los gálatas? Fue escrita a las cuatro iglesias que fueron establecidas por Pablo en su primer viaje, probablemente como un año después de dejarlas.

Las epístolas a los tesalonicenses son dos epístolas 'de crisis', escritas como a mitad de su segundo viaje. La iglesia a la cual se dirigen tiene un año de existencia.

Las últimas dos epístolas 'de crisis' son las epístolas a los corintios. La segunda es de modo especial una epístola de 'crisis', porque Pablo estaba ocultando su situación cuando escribió la primera carta. ¡Ustedes tienen que leer la segunda carta para ver en qué horrible y lastimosa confusión estaba él cuando escribió la primera!

Muy bien, consideremos a este hombre. Y ojalá que ustedes lleguen a descubrir cosas que nunca soñaron siquiera y captar una vislumbre de la elevada norma de conducta establecida por este obrero. Una norma que se halla perdida en nuestros tiempos.

Una norma que debe ser recuperada. Vengan conmigo a hacer un viaje imaginario con Pablo.

Entrando en una nueva ciudad

Imaginémonos que Pablo está a punto de entrar en una ciudad por primera vez. Al entrar en ella, tiene esperanzas de llegar a ver la iglesia establecida en esa ciudad. ¡Figúrense todo lo que él sabe! (Imagínense ciudades como Tesalónica y Corinto.) Por ejemplo, él sabe que lo desprecian: lo desprecian en la última ciudad en que estuvo, lo desprecian en la ciudad anterior, lo desprecian en Damasco, lo aborrecen en Jerusalén. Él sabe que va a hablar en la sinagoga local. Sabe que a los pocos días o a las pocas semanas a lo sumo, va a ser expulsado de ese edificio, sin permitírsele que vuelva allí *nunca*.

Él sabe que más adelante esa ciudad entera habrá de tornarse contra él y probablemente tratarán de matarlo, o cuando menos, de echarlo de la ciudad y desterrarlo de su territorio. Sabe que la iglesia va a quedarse completamente sola, y él sabe -- hermano, mejor es que estés seguro-- *sabe enfáticamente y con toda seguridad* exactamente qué peligros y qué males aguardan a la iglesia allá en el futuro.

Pablo sabe todos los detalles de esto --sabe todo lo que le va a suceder a esa asamblea de creyentes, ¡que ni siquiera existe todavía! ¡El mismísimo día que llega, él lo sabe! Él lo sabe todo.

Los de la circuncisión se habrán de levantar. Los falsos hermanos (los obreros que traen su evangelio judío), los impostores, los hombres motivados por el dinero; los que causan disensión, y división, toda la podrida y fétida bazofia. Él lo sabe todo. Repito: Él *sabe*.

No obstante, en todo el tiempo que Pablo permanece en esa ciudad, él no habrá de hablar *nunca* de esas cosas. No hará nada para advertir ni para preparar a esos preciosos e inocentes creyentes en cuanto al cenagal a través del cual habrán de ser arrastrados. Había tanto que él sabía, y es increíble cuán poco hablaba de la confusión que habría de seguir.

¿Acerca de qué hablaba él? Bueno, ¿acerca de qué habrían hablado ustedes? ¿Acerca de qué hablan hoy los obreros? Hablan y predicán acerca de los tópicos que acabo de enumerar, desde luego. ¡Los obreros pasan una gran parte de su ministerio nada más que previniendo al pueblo del Señor contra los peligros! Pablo no hablaba de ninguna de esas cosas. Era como si no las conociese --aun cuando acababa de pasar por casi todas ellas en la ciudad de la que acababa de salir.

¿Acerca de qué hablaba él? Hablaba acerca de Cristo. Ganaba a los perdidos. Ministraba a Cristo. Eso era todo lo que sacaban de él: Cristo.

Sí, Pablo tenía muchas cosas guardadas en su corazón. Por ejemplo, sabía que él era un llamado de Dios. Sabía que había sido enviado por Dios. Sobre todo, sabía *por qué* él había sido enviado. Esa era la parte más difícil. Sabía que de él dependía tanto. Más allá de eso. Pablo tenía revelación de Cristo; revelación tan grande que no era lícito hablar de ella. Pero sabía algunas cosas negativas también.

Como ya lo dije, Pablo sabía que habrían de venir hombres que tratarían de desviar cada iglesia que él estableciese. Lo más peligroso era esto: *¡Pablo sabía cómo detener a esos hombres!* Conocía los peligros que cada iglesia encaraba. Él podía prepararlos para enfrentar esos peligros. Podía sentarse con ellos y decirles todos los sórdidos detalles de toda la lamentable confusión que había venido antes. Él podía decirles qué clase de personas habrían de venir a la ciudad y qué habrían de decir y hacer.

Pablo podía presentar a esos “falsos hermanos” en la peor perspectiva, despreciarlos y atacarlos. *Podía* detener a esos hombres. Podía proteger esas iglesias. Él podía garantizar que sobrevivirían. Podía asegurar una inexpugnable defensa contra todos los enemigos que vinieran. Pero Pablo era un hombre sabio. Había algo más que sabía: sabía que si hacía todas esas cosas, destrozaría el mismísimo corazón y alma de la iglesia.

Habría logrado salvar esas pequeñas asambleas, pero habría introducido en esta tierra algo inferior a Cristo y algo inferior a la iglesia de Cristo.

Pero sigamos. ¿Cuáles son algunas de las cosas que Pablo sabía? Él sabía que un día tendría que marcharse de esa ciudad. Tendría que decirles adiós a los santos. Sabía que ellos serían nuevos. Sabía que serían frágiles. Sobre todo, gracias a Dios, sabía que ellos serían Inocentes. Sabía que él sufriría para establecer esa iglesia.

A veces, en algún lugar allá afuera, lloraría toda la noche u oraría durante toda la noche. Algunas noches tendría que hacer ambas cosas. Ayunaría. Le harían mil preguntas elementales, pasaría por muchísimas crisis con hermanos y hermanas individualmente. Derramaría su sangre vital. Trabajaría de ocho a diez horas diarias bajo el ardiente sol; nunca recibiría ni un centavo de la iglesia. Algunas veces le darían las gracias. Otras veces tal vez sería criticado por no haber hecho más.

Él trabajaría laboriosamente. Sudaría mucho. Arriesgaría su vida. Algún día probablemente sangraría; posiblemente sería apedreado. Trabajaría más duro por esos creyentes, daría más de su vida que ningún hombre en la tierra habría dado; él se derramaría más por ellos, y más en ellos, que ningún otro hombre sacaría jamás en hacerlo. Él tenía todo el derecho a esas iglesias y tenía todo el derecho a sentirse protector.

Pero había algo más que él sabía. Sabía cuán importantes eran esas ocho o diez pequeñas iglesias. Menudas, corrientes, insignificantes, gentiles hasta los tuétanos. Toscas. Negligentes. Todo eso. Sí, era cierto. De aspecto poco importante. Con todo, Pablo sabía algo tocante a esas iglesias: sabía que eran la expresión más pura de la iglesia en toda la tierra. Sabía que el evangelio que él predicaba era el evangelio más puro en todo este planeta. De hecho, él sabía que todo el futuro curso del Reino de Dios en esta tierra dependía del buen éxito de ese pequeño puñado de iglesias corrientes. Todo, todo el destino de la eternidad, pendía de esa gente insignificante.

¿Por qué? Porque él sabía que un evangelio verdadero, puro, liberado había establecido esas iglesias, y que *tan sólo* en esas iglesias estaba preservada la pureza del evangelio. Su evangelio (el de Pablo) era un evangelio mejor que el que se estaba experimentando en Judea. Y la expresión de la iglesia era una

expresión más elevada que la que se conocía entre los creyentes judíos. En otras palabras, Pablo sabía que el destino de la salvación, del ministerio de Cristo, del evangelio, del Reino, de toda la futura historia del cristianismo, descansaba sobre esta gente. Él sabía que esto era un hecho. En efecto, ése era su 'envío', su 'misión'. Pablo sabía eso y vivía *cada* día con este aterrador conocimiento.

Como dije, él sabía que allá afuera en algún lugar había hombres que venían para destruir esas iglesias, para destruir la obra de Dios en la tierra. ¡De modo que ya era hora de que se decidiera a pensar en la protección! Si alguna vez en todo el curso de los acontecimientos humanos un hombre necesitaba preservar y proteger, ese momento era *ahora*. Pablo sabía eso. Mejor le era que se decidiera a prevenir, a enumerar todas las aterradoras posibilidades del futuro, a instruir a los santos, a mostrarles exactamente cómo debían reconocer los inminentes peligros, cómo debían precaverse de los extraños, cómo debían recelar de otras enseñanzas diferentes y de toda clase de lobos que se encontraban allá afuera, listos para devorar a la gente inocente. De seguro que era mejor que Pablo hiciera un buen trabajo en prevenirlos contra esa gente nefanda, y contra las trampas ominosas.

¡Y con toda seguridad, eso es exactamente lo que *nosotros* creemos que Pablo hizo! Yo creo que ustedes tienen una clara impresión de que él le dijo a cada iglesia: "Ahora esos sucios inmencionables van a venir aquí. De inmediato les van a hablar a ustedes acerca de la circuncisión. Planean atacarme. Tengan cuidado. No los escuchen. Ellos me siguen adondequiera que voy, me causan problemas, me persiguen, mienten acerca de mí, quieren apedrearme. Pueden llegar cualquier día después que yo me vaya. No escuchen a esa gente terrible."

Esta es la imagen que tenemos de Pablo. Y ésta es también la forma en que los obreros han estado hablando y actuando por centenares de años. Y tantas veces ellos justifican su proceder fundamentados en Pablo. Pero si nosotros los obreros nos detuviésemos y considerásemos nuestro corazón tenebroso, sabríamos que nuestros motivos no son encumbrados y santos, sino que más bien nacen del temor, de la codicia y de la ambición.

No es la fidelidad a las Escrituras ni los motivos elevados y honrados los que nos dirigen, sino que más bien son las partes más tenebrosas de su humanidad las que hacen al hombre proteger su obra. Ha sido la continua costumbre de las edades, que los obreros prevengan (¿o es *sobreprevengan*?) a los cristianos contra enemigos, herejes, “doctrinas de demonios”, enseñanzas diabólicas, etc., etc., etc. La tragedia es que, tantas veces ese hablar está dirigido a un hombre que una vez era nuestro amigo. ¡Algo está fuera de lugar aquí, en alguna parte!

Prevenimos al pueblo del Señor contra las doctrinas falsas. “No crean en eso de ‘una vez salvo, siempre salvo’: eso es del diablo.” “No crean en nada sino sólo en ‘una vez salvo, siempre salvo’: todo lo demás es del diablo.” Prevenimos contra hombres. A veces hacemos esto desconsideradamente, a veces lo hacemos incluso más potentemente que eso: lo hacemos con la sutileza de unas cejas arqueadas. Somos peritos de psicología. Alguien lo llamó la habilidad de maldecir a un hombre por medio de una indistinta alabanza.

Hermanos míos, nada más traten de darles a los apreciados cristianos simples una constante dieta de todas estas ominosas posibilidades. Advertencias, advertencias y más advertencias. Tan sólo miren alrededor de ustedes. Veán lo que eso hace a la inocencia infantil de ellos. Veán lo que eso le hace a su inherente pureza. Veán lo que eso le hace a su sinceridad. Veán lo que eso le hace al amor fraternal. Dios nos ayude, hermanos míos. Este proceder tiene que irse.

Pero volvamos a Pablo.

Gracias a Dios, había una cosa más que Pablo sabía... o que Dios le enseñó; Él sabía que no podemos edificar la iglesia sobre cosas negativas. Él sabía que no podemos edificar la iglesia analizando el sórdido pasado o previniendo a los hombres acerca de un futuro peligroso. Pablo podría haber edificado una iglesia fundamentada en las advertencias de: “Cuidado con la circuncisión, “Cuidado con los judíos”, “Cuidado con 1.000 cosas”. Él podría haber edificado una iglesia de esta manera. Me temo que muchos lo hacen. ¿Pero cómo habrían de ser todos esos creyentes? Bueno, vendrían a ser creyentes que pasarían todo su tiempo virando al revés cada piedra, mirando debajo de cada

árbol, revisando cada hueco, tratando de hallar siquiera uno de esos tunantes circuncidados, para darle duro en la cabeza con una sandalia. Habrían pasado todo el tiempo previniendo al pueblo del Señor, trayendo a colación todo lo negativo; ¡esto es exactamente lo que el pueblo de Dios habrá de hacer cuando se le proporciona una constante dieta de advertencias!

¿Pero seguramente Pablo tomó algunas medidas de precaución en contra de todos esos peligros? Después de todo, si él no hubiese prevenido al pueblo de Dios de alguna manera, todos ellos habrían terminado siendo circuncidados y se habría perdido todo. ¿Qué fue lo que él hizo?

Él no hizo absolutamente nada.

Pablo era un hombre limitado por Dios. Estaba confinado.

Miremos cómo estamos hoy. Nos hallamos en medio de toda clase de peligros muy reales. (Y también estamos en medio de un enorme montón de peligros imaginarios.) Los cristianos de nuestros días se forman recibiendo enseñanzas de hombres, doctrinas de hombres; ¡se les dice que estas doctrinas son para su beneficio! “La Biblia dice que se nos manda saber todas estas doctrinas.” Pero muchas de estas doctrinas (y si la verdad se conociese, probablemente *la mayor parte* de estas doctrinas) han sido inventadas de lo etéreo hace siglos, ¡al instante y sobre la marcha, por hombres que más que nada trataban de proteger su obra!

Se nos dice que es necesario que se nos prevenga contra esto, se nos proteja contra eso, que no tengamos nada que ver con ‘ellos’ y que ‘él’ es un hereje insigne. La iglesia debe ser protegida, prevenida y guardada contra tantos y tantos males. ¡Sandeces! ¡Basura! ¡Bazofia! Semejantes advertencias no ayudan a los cristianos. Al contrario, destruyen a los cristianos, los trastornan, les roban la inocencia, los hacen ser sectarios. Y peor todavía, de repente muchos Cristianos inocentes se tornan en inspectores y protectores. Entonces nace el negativismo. Eso los hace tan legalistas y proteccionistas, tan frentiestrechos que sus orejas se tocan.

Cristianos sencillos, apreciados, puros, bellos, amantes, no

complicados, pierden su franqueza con *todos* los santos. Sobre todo, nuestra super-sobreprotección los llena de temor: temor a las sombras, temor a cosas inexistentes. Se pierden la inocencia y la pureza por razón de preservar una obra. Tragedia de tragedias. Repito: Una obra que necesita ser preservada no vale la pena preservarla. O, para decirlo de otra manera, acabamos con algo menos que Cristo. Considerablemente menos.

Casi puedo oír a alguien allá atrás en la última fila que dice: “Gene, usted pierde el caso. Vea la epístola a los Gálatas. Pablo le entró a esa gente a rajatabla, sin misericordia, previniéndola acerca de toda clase de peligros.” Absolutamente correcto, pero por favor, deje de mirar la Biblia como si fuera una compilación de textos evidenciases individuales. (Ya hemos tenido bastante de eso también.) Esa carta fue escrita por un hombre vivo, que respiraba, a una gente viva, que respiraba, y ellos se encontraban en una situación muy especial. Ese libro, igual que cada libro del Nuevo Testamento, tiene un ambiente histórico.

Pablo estaba refunfuñando cuando escribió Gálatas. Sí, se encontraba balanceándose a derecha e izquierda. Pero esto es prueba del verdadero corazón de Dios que estaba en Pablo. En primer lugar, recuerden que esas iglesias habían sido establecidas durante el primer viaje. En segundo lugar, Pablo, junto con Bernabé, habían entrado en cada una de esas cuatro ciudades presentando a Cristo y nada más que a Cristo.

La iglesia quedó establecida. Sin advertencias, sin protección. Pablo y Bernabé se marcharon. Los creyentes que ellos dejaron, eran corderos rodeados de lobos. *No* tenían advertencias de peligros. Se gozaban en su pureza, su inocencia y su libertad. Con todo, Pablo probablemente sospechaba qué les sucedería a esas iglesias. Él también sabía cuánto había sufrido por ellas. Y no obstante, a pesar de todo eso, no los previno. Fue sólo *después* (noten la palabra ‘después’) que la partida de los circuncisos hubo pasado por Galacia, que por fin Pablo habló tan claramente con respecto a ese asunto. No fue hasta después que su obra estuvo en el fuego y las iglesias supieron que estaban en una crisis, que él comenzó a hablar *sobre cosas que él sabía desde hacía años*.

Si ustedes dudan de esto, vuelvan a leer Gálatas y 2 Corintios; un poco más atentamente. ¡En ambos textos la relación es tan clara! ¡En ambos lugares los creyentes recibieron con los brazos abiertos a los enemigos de Pablo! Los creyentes de Galacia y de Corinto acogieron a esos “falsos hermanos”, les dieron de comer, les creyeron, y casi los siguieron. Algunos casi hasta el punto de renunciar a Pablo y a su evangelio. ¡Nadie hace cosas como éstas, a menos que sea totalmente inocente y esté del todo desprevenido!

¡No! Pablo *no* atacó a sus reconocidos enemigos. ¡¡¡Nunca mencionó siquiera su existencia!!!

¿Pero querrán todos ustedes, obreros de todas partes, notar algo? ¡La obra de Pablo *se mantuvo en pie* en la hora de la prueba! ¡Sin protección! Cuando el humo se disipó, cuando pasó la prueba (y no hasta que pasó la prueba), se pudo ver que las iglesias habían quedado en pie... ensangrentadas, sacudidas, ¡pero permanecían allí?

¿Por qué Pablo no habló antes de eso? No me digan que no tenía nada que decir. No me digan que él quedó sorprendido por lo que sucedió. No me, digan que todo eso vino inesperadamente. ¡Hay una sola razón de por qué Pablo no había hablado claro, ni había corregido, ni prevenido, ni protegido! ¡No podía hacerlo, porque Dios *lo había Limitado!* Le había quitado todas sus armas. No había nada que él pudiera decir o hacer --al menos nada que pudiera decir o hacer de *puro corazón*. Lo único puro que él podía hacer era permanecer callado, saber que eso iba a pasar, verlo ocurrir y, mientras tanto, *ministrar sólo a Cristo*. ¡Aleluya! Que su tribu se multiplique.

No, antes de que Pablo escribiese la epístola a las iglesias gálatas --esto es, a la de Listra, de Derbe, de Iconio y de Antioquía de Pisidia-- hasta que esa carta llegó a su destino y aquellos apreciados santos desplegaron ese rollo, ellos eran casi totalmente indoctos y faltos de preparación para el inesperado arribo de los circuncisos o para cualesquiera otros peligros ominosos. Para ellos el contenido de la epístola de Pablo fue casi un sobresalto total... al tratar de un asunto al cual sólo se les había proporcionado una introducción muy vaga.

Vuelvan a leer esta carta. ¿Pueden llegar ustedes a cualquier otra conclusión?

¡Pero hay más!

¿Creen ustedes que Pablo era demasiado inhábil como para encontrar una forma de advertir previamente a las cuatro iglesias? ¿Por qué no las previno? Las dejó expuestas a ser presa de la circuncisión. ¿Por qué?

Pablo era ministro de *Jesucristo*, no de advertencias ni de doctrinas; ni tampoco ministro de un movimiento paulino. Cristo era el centro y la circunferencia de su ministerio. La circuncisión no es Cristo. Atacar a los judíos no es Cristo. Atacar a los creyentes no es Cristo. Preservar *su propio* ministerio no es Cristo. Asimismo edificar sobre cosas negativas no es Cristo.

Pablo sabía que probablemente esos hombres vendrían. Pero él estaba limitado. Limitado a Cristo. No le estaba permitido hablar. Estén ustedes plenamente advertidos: Dios hace justamente tales demandas de sus obreros.

Pablo miró alrededor. Había herramientas dondequiera. Tenía métodos de todo tipo delante de sí. Herramientas buenas, herramientas efectivas. Había que agarrarlas y funcionarían: algunas eran defensivas, algunas, negativas, otras eran agresivas, otras más, valerosas. Todas eran justificables, pero *ninguna era Cristo*.

Oh, toda la basura que vertemos en los oídos de los cristianos, simplemente para ahuyentarlos de otro grupo. Oh, las cosas terribles que decimos y hacemos, nada más que para conservar a un hombre en nuestro propio grupo.

Pablo vivía cada día en el pleno conocimiento de lo que estaba reservado para las iglesias. Y moría a diario. ¡Perder era *su camino*!

Consideren su dolor. Casi podemos sentirlo retorcerse en una agonía silenciosa

“Además... sobre mí se agolpa --cada día-- la preocupación por todas las iglesias.”

Concluyo llamándoles la atención sobre una última cosa. Pablo no preservaba su obra, y por semejante elevada determinación, su recompensa era ver cómo su obra era pisoteada por otros. (Además, Pablo no sólo dejaba indefensa su propia obra, sino que nunca jamás interfirió con el territorio o ministerio de ningún otro hombre. Ni una sola vez. Sólo podía localizarse a Pablo en la frontera.) Confinado. Limitado por Dios --dejado sin ninguna arma con que librar batalla. Dios no le otorgaba permiso para hacer nada sino sentarse, mirar y esperar: un espectador silencioso, callado, parado allí, mudo, mientras los hombres destruían la obra de su vida. Y al perder así, la obra vivía y se tornaba indestructible. Abran los ojos y miren; vean la hermosura de Dios en semejantes maneras.

Aquí vemos cuán alto llevó Pablo el estandarte del obrero. Levanten la vista y miren. ¡Allí está! En la misma cumbre. ¿La ven? Y, por más de un milenio, han sido pocos los hombres --si es que hubo algunos-- que han alcanzado semejantes alturas espléndidas. Ese es nuestro estandarte. Allí ondea. Si es que vamos a tener una meta, que sea ésa. Pisemos esas alturas nuevamente; ésta es nuestra misión.

CAPITULO 14

¿Hay justificación bíblica para responder a las acusaciones?

Confío en que la imagen que ustedes tienen de Pablo está desmoronándose. Veamos aún más atentamente a este hombre. Después de todo, él es quizás el obrero más conocido de la historia de la Iglesia. Invariablemente los hombres lo citan para justificar su propia conducta como obreros.

Estoy consciente de que hay una opinión casi unánime en cuanto a que Pablo se defendió, y por lo tanto yo voy descaminado. La mejor ilustración es el propio apostolado de Pablo. Aparentemente pasó mucho tiempo 'demostrando' que él era apóstol. Con frecuencia les dirán a ustedes: "Defiéndanse. Pablo se defendió, como ustedes saben." Y si tienen un adversario, probablemente él los abordará con: "Demuestren que ustedes son _____." (Pueden insertar la palabra, Podría ser cualquier cosa: "Un hombre llamado de Dios", "Un hombre enviado por Dios", "Un verdadero siervo de Dios", "Un profeta", "Un apóstol", etc.) Él les dirá: "¡Pruébenlo! ¡Pablo lo hizo!"

¡Pablo no lo hizo!

Una vez más, échenle un nuevo vistazo a las Escrituras. ¿Exactamente cuándo se *defendió* Pablo? Pobre Pablo, la gente siempre lo cita como justificación de sus actos más malignos. ¿Justifica la vida de Pablo tales justificaciones?

Pablo se convirtió en Damasco, predicó allí, y lo forzaron a huir de la ciudad. Entonces se fue al desierto de Arabia donde estuvo varios años, regresó a Damasco, allí poco faltó para que lo mataran, huyó de la ciudad, trató de pasar a Jerusalén, huyó de allí, y finalmente regresó a Tarso, su ciudad, donde se quedó por varios años. Después Bernabé fue a Tarso, encontró a Pablo y lo llevó a Antioquía. Pablo permaneció en Antioquía por cuatro años; fue allí donde él y Bernabé fueron enviados --hechos apóstoles-- por el Espíritu Santo.

Y desde ese momento en adelante, muchos suscitaron dudas en cuanto a sí Pablo era o no un Apóstol genuino, de buena fe. ¿Y se defendió él?

A continuación, Pablo y Bernabé realizaron un viaje que duró dos años, en el cual establecieron cuatro iglesias. Por cierto que no hay ninguna relación de que él se haya defendido durante ese tiempo. Dos años. Ninguna defensa.

De regreso en Antioquía, Pablo tuvo noticias de que los "falsos hermanos" habían invadido las cuatro iglesias que él y

Bernabé habían acabado de establecer. Entonces él escribió una carta a esas iglesias.

¡Esos falsos hermanos habían suscitado serias dudas entre esas cuatro iglesias, acerca de Pablo, acerca de su evangelio, acerca de quién era él --*todo!* Pero él ignoró los ataques personales; echó a un lado en la salutación, con tan sólo media oración, las dudas que se suscitaron acerca de su apostolado “Pablo, Apóstol de Jesucristo, no por la voluntad de hombres, sino por la voluntad de Dios...” Entonces se lanzó, pluma en mano, al corazón del asunto... la centralidad de Jesucristo. ¿Podemos decir que eso fue un alegato de Pablo para defender su apostolado?

Más adelante Pablo realizó un segundo viaje. Esta vez él era más conocido, más controversial, y se encontraba bajo un ataque y una presión mucho más grandes. Fue durante ese segundo viaje que algunos, hombres empezaron realmente a rastrearlo y perseguirlo.

Bueno, como a mitad de ese viaje, Pablo escribió una carta. (En realidad, dos: 1 y 2 Tesalonicenses.) ¿Dejó a un lado el tema de Cristo? ¿Se defendió? Lean esta epístola. ¿Es una carta escrita a la defensiva? ¿Suena como una epístola escrita por un hombre que trata de proteger su obra? No, la misma está escrita en la pasión del amor por una iglesia que se encuentra en una profunda turbación.

Cuando Pablo escribió esta carta, le quedaban un viaje y medio más en su vida. Eso era todo. Y no hay ninguna defensa apostólica en esta carta. ¿Comenzó la misma con: “Pablo, Apóstol de Jesucristo” No. La epístola empezaba en forma simple y bella: “Pablo, Silvano y Timoteo a la iglesia de los tesalonicenses.” Si él estaba siendo desafiado respecto de la cuestión del apostolado, no se demostraba en él. Lo siento. Aquí tampoco hay ninguna defensa.

Me temo que tengan que ir a alguna otra parte para tener su justificación para defenderse en los aprietos.

Muy bien, echemos un nuevo vistazo a la única vez que Pablo defendió su apostolado. Él sí lo hizo, una vez. ¿Cuándo?

Una vez que él creyó que era el término de su vida.

Aquí está la relación.

Pablo estaba al *final* de su *tercer* viaje.* Se le estaba diciendo a diario que si iba a Jerusalén, probablemente sería muerto. En lo que concernía a Pablo, él ya estaba sentenciado a muerte.

Fue por ese tiempo, en esas circunstancias, que él escribió la incomparablemente bella carta a los corintios. En esa epístola, que era poca más o menos un adiós a la vida misma, Pablo defendió su llamado y su apostolado.

Pero adviertan esto: ¡Él escribió esa carta a una iglesia que para entonces ya tenía seis años! Una iglesia que él había establecido; una iglesia en que algunos habían desafiado repetidamente las credenciales de Pablo. Ellos no habían escuchado nunca antes en todos esos años, ninguno de estos argumentos... él no se había defendido nunca ni había defendido su apostolado, aun cuando estaba bajo una tremenda y constante presión exterior para hacerlo, y podía haber aliviado muchos problemas si lo hubiera hecho. Por último, al (supuesto) final, habló... ¡majestuosamente! Y no fue tanto una defensa, sino más bien un “ahora que ya no importa, les diré algunas cosas que nunca he dicha a nadie.”-**

* *Él era Apóstol desde hacía once años por lo menos... y no había defendido nunca su apostolado durante todo ese tiempo.*

** Hacía seis años que lo conocían; seis años turbulentos en los cuales su apostolado había estado bajo un constante ataque, y en todo ese tiempo la iglesia de Corinto no lo había oído nunca defender su apostolado.

Y bastante interesantemente, Pablo no hizo ninguna referencia a aquel día histórico cuando, allá en Antioquía, él y Bernabé fueron apartados por el Espíritu Santo... ¡él no usó ese día para demostrar su apostolado!

Tomen nota: Pablo estableció la iglesia en Corinto y después la dejó. Varios años después los falsos hermanos vinieron a Corinto. Esos farsantes consentidores que fueron allí con un propósito --apartar la iglesia de la persona de Pablo-- habían rastreado a Pablo durante años. Él sabía que vendrían a Corinto. Sabía qué harían cuando llegaran allí. Pero, marquen esto: el día que esos hombres llegaron a la ciudad, la iglesia de Corinto no tenía la más ligera idea de quiénes eran ellos. Pablo no los había prevenido nunca. Asombroso.

¿Podrían ustedes andar de ese modo? Llevar esa cruz, ser *tan* callados, por tanto tiempo... con tanto en juego?

Aquellos hombres constituían la cruz más grande de Pablo, la angustia y agonía mismas de su vida... ¡¡¡pero los creyentes de Corinto no sabían nada de eso!!! La iglesia de Corinto abrió los brazos para recibir a esos hombres. ¡Les dieron una gran ofrenda monetaria y se creyeron cada palabra que esos pillos les dijeron!

Y eso, apreciado lector, es uno de los más grandes tributos que se hayan dado a un hombre en toda la historia humana. ¿Por qué? Porque ese hecho prueba que Pablo no preparó a sus conversos, no protegió su obra; no arruinó a sus conversos con advertencias. Él se los dejó a Dios, y les concedió el privilegio de *pasar por* una crisis --no salvándolos de una crisis. Pablo sabía que hacer de otra manera era torcerlos. Esa es tal vez la mayor distinción que existe entre la obra de Pablo y la obra de otros hombres. Él dejaba que las crisis vinieran. Y eso también prueba que practicaba lo que él decía que practicaba... él no conocía nada entre el pueblo de Dios, excepto a Cristo. ¡Cuán contrario es esto a los hombres de hoy, que sostienen una constante batalla protegiendo al pueblo del Señor en su propio grupo, de toda sombra e indicio de una crisis!

Pablo, ese increíble hombre no temía ver que su obra fuese probada por fuego. Y se adhería estrictamente al tema. El *único* tema: Cristo.

A propósito, esos hombres --los falsos hermanos-- dijeron que Pablo no tenía credenciales. Ellos sí tenían credenciales: cartas de la iglesia de Jerusalén. Pablo conocía las profundidades de sus propias palabras cuando dijo: “¡Sí, yo sí tengo

credenciales! Ustedes (la iglesia) son mis credenciales.” ¿Qué otro obrero podía producir semejantes ‘cartas’; iglesias que podían ponerse en pie, y sobrevivir, bajo el ataque furioso de lobos y salir con el alma intacta, aún juvenil, aún inocente, aún creyente?

¡Los falsos hermanos no podían hacer eso! Ellos *no podían* fundar iglesias... ¡y ciertamente no ese tipo de iglesia! ¡Pero, Pablo sí podía! ¡Oh, ellos podían atacar! Podían contender sobre doctrinas. Ellos podían hacer todas las cosas que la mayor parte de los obreros hace hoy en día. Pablo *no podía hacer eso*. Él sólo podía *ministrar a Cristo... y permanecer callado*. ¡¡Sí, cierto, todo lo que Pablo podía hacer era *fundar iglesias ¡Auténticas iglesias!*

Pablo estaba diciendo: “Yo lloré. Yo sufrí. Yo sangré. Yo fui maltratado. Pero de todos esos quebrantos, de todas esas privaciones nació una iglesia. Y bien pronto después de su nacimiento, surgieron problemas. Empezaron a venir crisis, una tras otra, rugiendo, como marejadas. Una, luego otra. Y otra. Y otra más. Lobos de afuera. Lobos de adentro. La sinagoga. El Imperio. Problemas adentro. Los que criticaban, los que dudaban; asaltos, alborotos. Y ustedes, la iglesia, han pasado por cada una de ellas. ¡Ustedes han sobrevivido! ¡Ustedes son la prueba de mi apostolado!

“Todos ustedes, ustedes que la critican a ella, que me critican a mí y que me maldicen: déjenme verlos a *ustedes* establecer una iglesia --inocente, pura, llena de amor, sincera, sin legalismos, ni temor, ni estatutos. Déjenme verlos establecer una obra que pueda soportar la clase de asaltos que ustedes han lanzado.

“Sin paranoia. Fresca, viva y lista para seguir adelante. Déjenme verlos producir una carta semejante, Ustedes, que me critican, la maldicen a ella y procuran destruirnos a los dos --¿dónde está su igual de ella?

“Díganles, a mis críticos. ¡Díganles a sus huéspedes allí, a esos que desean ver mi carta, díganles que yo espero ver una carta similar de parte de ellos! Las ocho iglesias que establecí, han permanecido todas. Ellas son la evidencia, mi única prueba, de apostolado. *Ellas* (no una reunión de oración en Antioquía, donde el Espíritu Santo habló) son la *demostración* de que soy

enviado de Dios.”

Esa fue la defensa de Pablo, su única defensa; y él hizo esa defensa sólo en la ocasión que él creyó que sería el término de su vida.

Sí, resulta que los obreros *sí* tienen derecho bíblico a defenderse, ¡Sólo uno! ¡Que esto esté en pie y esto *solo* sea su defensa! ¿Puede una iglesia pura, inocente, indestructible ser su defensa?

(¿Y dónde deja el ejemplo de Pablo al resto de nosotros? ¡Nosotros! ¡Los obreros! Sensibles, displicentes, proteccionistas, defensivos, ásperos, belicosos, listos a guerrear al oír una crítica.)

¿Por qué no se defendió Pablo? Por la misma razón no enseñó a las iglesias a cuidarse de todos los enemigos, trampas, problemas, etc., que las esperaban. ¿Por qué? Porque tales cosas son tanto menos que Cristo --y nos distraen de Cristo.

¡Además, él sabía quién era! ¡Pablo confiaba en su propia obra! ¡Él creía realmente que la misma se sostendría sin protección alguna! Semejante obrero, digno de muy grande estima; ¿quién puede hallar uno?

Cuando Pablo entraba en una ciudad, él sabía qué era lo que iba a tener lugar allí. Pero al venir, durante su permanencia y al irse --él no decía *nada* acerca de esas cosas. Se quedaba callado. Indefenso. Nada que echarle al problema, excepto Cristo. Solamente Cristo.

Pablo podía haberles ahorrado tanto sufrimiento; y haberse ahorrado a sí mismo... una verdadera agonía. A los santos se los podía haber enterado, y preparado. Pero traer a colación semejante tema habría sido menos que Cristo.

¿Cuál fue el resultado de un denuedo tan pasivo... de semejante disposición para sufrir pérdida? Fue esto: En el otro lado del fuego emergió una mujer --la iglesia-- digna de ser la contraparte misma (el 'otro yo') de Cristo.

“Yo no los voy a trastornar. No los alimentaré con temores, dudas

y sombras espectrales. Voy a llenarlos de Cristo. De este modo, ustedes son más vulnerables. Sí, yo sé que un ataque negativo puede hacer más que 10.000 palabras positivas. Una negación puede deshacer el fruto de una vida entera de dar a los hombres nada más que Cristo. Lo primero Cristo, solamente Cristo) es tan frágil, tan destructible, tan vulnerable, tan débil, tan fácil de eliminar. Y lo otro, tan poderoso, tan abrumador, tan destructivo, tan irresistible, tan total y tan todoconsumidor. Pero no me rendiré. Les daré Cristo a ustedes. Que otros les den madera, heno y hojarasca. Y que enciendan un fuego. Y que ese fuego rastrille la iglesia y la, deje hecha un escombros. LA OBRA DE CADA UNO DEBE SER PROBADA. Esto es inescapable, inexorable. De modo que venga. Y en lo que quede, en alguna parte allí en las ruinas y escombros, habrá un poco de oro, algo de plata y algunas piedras preciosas. Eso es todo lo que quedará. Pero eso será Cristo.”

Algún día algunas de ustedes habrán de ser obreros. Habrán de pasar por muchas crisis y presenciar mucha confusión. Y habrán de aprender, instintivamente, muchísimo; algunas cosas buenas, algunas cosas no buenas en absoluto. Ustedes habrán de aprender cómo evitar los problemas, cómo detener las crisis, cómo terminar las confusiones. Cómo estafar a los hombres y cómo amedrentar a los santos. Cómo ganar. Cómo dominar... y cómo aplastar amenazas, tanto de adentro como de afuera. Mil herramientas. Un sinfín de trucos. Hay tanto a disposición de ustedes para ayudarlos a edificar la casa de Dios. Poco a poco esas herramientas *irán* emergiendo. Y ustedes vendrán a saber cómo usarlas.

Una ilustración. Observé una de esas herramientas mucho atrás, cuando yo era un joven ministro. ¡Aquí! ¡Les voy a dar una de esas herramientas ahora!

¿Quieren ustedes tener unidad? Les diré una forma de tenerla. Nunca falla. Funciona siempre, todas las veces. ¿Está amenazada la unidad? Ustedes pueden juntar la tropa y reunir a todos en un instante. Ustedes pueden restaurar la unidad. Instantáneamente. ¿Cómo?

Proporcionándole al pueblo de Dios un común enemigo. Para tener unidad, denle a un grupo de personas una causa, y

proporciónenle un común enemigo. O en esencia, enséñenle a odiar. Denle un enemigo al cual temer y al cual hacerle frente. Ustedes tendrán unidad instantánea. ¡Ahí tienen! Una herramienta. Es suya. Pueden usarla cada vez que la necesiten. Simplemente ataquen a alguien o algo, un hombre, una doctrina, un movimiento --o una herejía 'inminente'. Inventen un espantajo que está a punto de pasar y de engullirse a todos. Si para ustedes no está claro lo que quiero decir, entonces lean *Animal Farm*.

Veán cómo Napoleón usaba el nombre de su enemigo, Bola de Nieve, para crear una diversión cada vez que había una crisis. Los hombres han estado haciendo eso mismo a lo largo de toda la historia de la iglesia. ¡Ahí tienen! ¡Una herramienta muy usada! Ahora esa herramienta es suya, si desean usarla.

Sí, la misma es menos que Cristo. Mucho, mucho menos. Y recuerden esto: Algún día su obra será probada. Ustedes pueden aplazar ese día, pero no pueden impedirlo. El día de la prueba de fuego debe venir.

Y cuando el día de la prueba de fuego venga, ¿qué herramientas van a usar?

Quiera Dios que ustedes empiecen a comprender que todas esas herramientas que están a su disposición no son Cristo. Cada día esas herramientas están ahí mismo delante de ustedes. Las tentaciones son lo que ellas realmente son. Ustedes tratarán de echarles mano. (Se han estado usando esas herramientas desde hace ya 1.700 años.) La mano de Dios los habrá de detener. Ustedes se sentirán frustrados en esa hora. Exclamarán: "Entonces ¿qué he de hacer? No tengo nada en las manos. Señor, Tú me has quitado *todo*. Estoy indefenso. Estoy mudo. ¡Ni siquiera me dejarás hablar! Señor, ¿ni siquiera una palabra? ¿Ni siquiera arquear las cejas?" ¡Y en ese momento ustedes vendrán a comprender que el Señor *los* ha limitado!

Y ustedes comprenderán que la iglesia *habrá* de caer. Que *habrá* de ser totalmente diezmada. Sí, *ella* *habrá* de caer y hacerse pedazos. No hay esperanzas. Este es el final. Y, tantos apreciados hermanos y hermanas van a sufrir un daño irreparable. ¿Qué habrán de hacer *ellos*? ¿Qué carnicería *habrá* de

ser. “¡Y, con todo, Señor, permitirás que yo no haga nada en esta la más espantosa de todas las horas!”

En esa hora, en esa hora tenebrosa, si ustedes son fieles ministros de Jesucristo, habrán de dar un paso atrás y decir: “Muy bien, Señor, la iglesia habrá de caer. Que así sea. ¡Los santos habrán de naufragar! Que así sea. Señor... (y es aquí que el centro de su alma muere. Es aquí, es en este punto, que los motivos ocultos de su propio corazón tenebroso emergen y ustedes contienden con ellos)... mi reputación y mi ministerio vendrán a ser el hazmerreír de todos. (Y añadan esto: “¡Habré de perder mis ingresos también!”) ¡Que así sea, Señor! Si no pueda ministrar a Cristo --si no puedo ministrarlo a Él, y eso con un espíritu puro, si debo condescender por algo más bajo, aun por un instante-- no haré nada; ¡que caiga *todo*! Si tengo que escoger entre ver el Reino de Dios frustrado o dar a los hombres algo menos que Cristo, entonces veré el Reino de Dios frustrado.” Oh, santos, agarren ese estandarte, ¡¡¡Qué excelsa victoria habrá de ser cuando *la cruz* triunfe!!!

CAPITULO 15

El aguijón

Estamos considerando al obrero. Estamos procurando establecer una norma de conducta que sea nuestra estrella polar. En ninguna parte se ve más claramente esta norma que en la historia que usted, estimado lector, está a punto de leer, porque éste es una de los más increíbles relatos de toda la historia de la humanidad. Es la historia de Pablo y su famoso aguijón en la carne. Fue un gran aguijón, increíblemente grande. Un día Dios puede muy bien darnos exactamente ese mismo aguijón.

Pablo habló de “peligros entre falsos hermanos”. Como dije mucho antes, veremos qué peligros vinieron de esos hombres. Veremos cómo era el proceder de Pablo cuando le hacía frente a las crisis del tipo de “falsos hermanos”, así como una vez observamos su reacción a las crisis provocadas por los “judíos” y a las crisis provocadas por los “gentiles”.

Así que nuestro relato tratará de dos cosas: el *aguijón* de Pablo y los “*peligros*” que él arrostraba estando entre los *falsos hermanos*. Es este relato el que nos mostrará --más que ninguna otra cosa que hemos abarcado-- a qué nos ha llamado el Señor. Veremos justamente cuán lejos, cuán *sumamente* lejos está el pico de la cumbre desde donde nos hallamos ahora. Cuán empinada es la cuesta, cuán imposible el asalto de esa cumbre. Cuán improbable la perspectiva. Con todo, a pesar de todas las probabilidades, no tenemos ninguna otra alternativa. Aquí está nuestro llamado.

Comenzaremos nuestro relato con la conversión de Pablo.

Historia del aguijón

Cuando Pablo se convirtió, también recibió una sublime revelación. Tan grande como (o más grande que) cualquier otra que se haya conocido jamás. En primer lugar, al principio mismo de su vida cristiana Pablo supo que él habría de ser Apóstol a los gentiles. Le fue dada una muy clara revelación del evangelio. Ahora, consideren ustedes eso. Él recibió de Dios ese conocimiento revelado. Eso habría vuelto presumido a cualquiera. Tal vez hasta *demasiado* presumido. En efecto, la suficientemente confiado como para destruirse a sí mismo. Esa revelación, tan sublime, contenía el potencial de la destrucción de Pablo.

Unos diez años después de su conversión, como a los cuarenta años de edad (probablemente), Pablo emprendió la obra de apostolado. Es decir, alrededor de diez años *después* de la revelación recibida. Luego de diez años de espera. Finalmente, Pablo emprendió un viaje de dos años de duración en compañía de Bernabé. Cuatro iglesias fueran establecidas durante ese viaje misionero. Entonces Pablo y Bernabé regresaron. El viaje resultó un brillante éxito. Sí, hubo sufrimiento también. Pero hubo asimismo una resonante *victoria*. Justo lo suficiente como para hacer que uno se tornara peligroso en la obra del Señor. El espectro de la presunción y el asomo del orgullo acechaban entre bastidores.

¿Florecería ahora la simiente de destrucción, ya sembrada en Pablo? ¡No! ¡Porque Dios estaba preparando un aguijón para él! Es muy probable que el pleno impacto del mismo golpeará a Pablo primeramente después de regresar a Antioquía, *después* de ese primer viaje misionero. Fue una cosa horrible e insoportable lo que Dios le dio. Pero aquello cumplió su tarea. ¡Hizo que Pablo se sintiera débil! ¡Quebrantado! Curó su presunción, y lo dejó metido en dificultades por el resto de su vida. ¿Qué fue ese aguijón? ¿Una escasa visión? No. Algo mucho más terrible que eso.

Pero sigamos el relato. Ese primer viaje había terminado; los dos hombres habían regresado a Antioquía. Pero fueron confrontados con un problema. Vinieron algunos hombres de Judea a Antioquía y originaron allí una crisis realmente grande. Aquellos visitantes, visitantes cristianos (!)... de *Jerusalén* (!) les

estaban diciendo a los cristianos de Antioquía que tenían que circuncidarse para ser verdaderos creyentes.

Ahora una pregunta está a la orden: ¿Quién encabezaba ese grupo procedente de Jerusalén? ¿Cómo se llamaba ese hombre? La respuesta: ¡No lo sabemos!

El problema era serio. Era tan serio, que Pablo y Bernabé tuvieron que hacer un viaje a Jerusalén para resolver todo ese asunto. Los hombres que vinieron a Antioquía habían suscitado serias dudas y habían sacudido la fe de todos. Había que hacer algo. Esos perturbadores habían venido de la iglesia de Jerusalén, por tanto era en esa ciudad donde el problema tenía que ser resuelto. ¡Entonces Bernabé, Pablo y algunos otros partieron rumbo a la Ciudad Santa!

En Jerusalén se reunieron luego los hombres para resolver ese problema. Esa fue la más grande asamblea de gigantes espirituales de toda la historia. Catorce Apóstoles, los ancianos de la iglesia de Jerusalén, algunos de los cristianos de Antioquía y “otros”... cuyos nombres no sabemos.

Después de mucha discusión, se definió el asunto. Pedro enunció la solución, Jacobo la confirmó. Pablo y Bernabé habían sido reivindicados. Entonces se regocijaron: una victoria más. El evangelio ‘gentil’ había ganado la batalla. Incluso se enviaría una carta, redactada en Jerusalén, de vuelta a Antioquía, y a *todas* las cinco iglesias gentiles. Verdaderamente un triunfo importante. Quedó demostrado que esos hombres antagonistas que habían venido a Antioquía desde Jerusalén, estaban errados. Quedó resuelto el problema de si el hombre tenía que ser circuncidado o no a fin de ser creyente.

Sin embargo, en realidad de verdad, sólo había empezado.

Otro hecho muy interesante tuvo lugar en ese concilio de Jerusalén. Sin embargo, mayormente nadie lo advirtió entonces. Se habían introducido a la reunión algunos hermanos que ya sea no les correspondía estar presentes, o si les correspondía, no estaban de acuerdo con la decisión tomada. Asimismo había presentes algunos que estaban allí “para espiar” la libertad de los gentiles (Gálatas 2:4). Tal vez fue en esa reunión misma que este

hombre --o grupo de hombres-- resolvió seguir los pasos de Pablo hasta los mismos confines de la tierra, a fin de desafiar y destruir todo lo que Pablo dijera o hiciera jamás, a dondequiera que fuese.

Anoten: “falsos hermanos”.

Desde ese momento en adelante, y por todo el resto de su vida, si bien él no lo sabía entonces, habría un sabueso devorador pisándole siempre los talones. De modo que es un hombre misterioso, anónimo, el que empieza a emerger en nuestro relato. ¿Pero quién? ¡No lo sabemos!

Esto sí sabemos: Pablo salió de nuevo en un segundo viaje. Volvió a visitar aquellas cuatro iglesias. ¡Pero al llegar allí, descubrió que ese hombre lo había precedido! (Vean todo el libro de Gálatas.) Ese hombre --u hombres-- había poco menos que vuelto a todos los conversos de Pablo en congregaciones *judeocristianas*; se los había ganado tan totalmente a ese evangelio ‘más iluminado’ de él, que al parecer la gente había abandonado más o menos a Pablo y había seguido a otro hombre. ¿A quién? No lo sabemos.

Pero esto sí lo sabemos: Pablo arrostraba una crisis. Era ésta: “¿Qué he de hacer en lo que respecta a este hombre, en lo que respecta a las cuatro iglesias; y qué en lo que respecta a todas esas iglesias aún no nacidas allá en el futuro?”

¿Atacaría él a ese hombre? En alguna parte, poco después de escribir esa carta a los gálatas --quizás fue un poco más tarde, cuando fue a Galacia-- Pablo supo directamente lo que ese hombre había dicho... vio el daño que había hecho... Fue poco después de eso que Pablo fue al Señor y le rogó que quitara de su vida a ese hombre. Después de todo, ese hombre casi había hecho naufragar a la iglesia de Antioquía, y se había aproximado aún más a un completo éxito en Galacia. ¡Pablo debe haberse tambaleado en agonía cuando Dios comenzó a revelarle cuál debía ser su relación con ese hombre! ¡Dios; no le estaba dando a Pablo ningún perímetro defendible!

(Veremos más adelante, que fue en esa misma ocasión que Pablo recibió su aguijón.)

Y así la presunción de Pablo comenzó a ser hecha pedazos. Ahora los motivos de su corazón estaban siendo probados. Sus virtudes cristianas estaban siendo probadas. Asimismo su evangelio de “vuélvele también la otra mejilla” estaba siendo sometido a vigorosos extremos. ¿Era eso real en él? Pablo había sido arrojado al fuego. Dios lo golpeó en sus partes débiles, en su punto más vulnerable: las iglesias. Y Dios empezó a hacerle a Pablo una increíble demanda. La norma del obrero estaba siendo elevada. ¡Y Dios era el que impartía la medida!

Un hombre allá afuera se había entregado totalmente a ver destruidos el evangelio para los gentiles, las iglesias de los gentiles y al Apóstol de los gentiles. Las iglesias, tanto las establecidas ya como las que aún no habían sido plantadas, estaban arrojando la destrucción. De repente Dios limitó a Pablo. Él quedó indefenso, enmudecido. Todo lo que Pablo podía hacer ahora era esperar en silencio hasta que ese hombre volviera a golpear otra, y otra, y otra vez.

Aquí empezamos a ver a un hombre que procura destruir a Pablo, y lo está haciendo con una energía que rivaliza con la propia de Pablo... pero por una razón contraria. Uno derrama su vida a fin de levantar iglesias gentiles, el otro derrama su vida para destruirlas.

¿Quién era él? No lo sabemos. Pero esto sí sabemos; Pablo sabía que ese hombre vendría... a cada ciudad... a cada iglesia. Todos los días de su vida él lo sabía. ¡Pero no hablaba! Años más tarde --después que hubo recorrido su camino marchando a través de Filipos, Tesalónica, Berea y Corinto y finalmente de Efeso, en donde arrostraba una muerte segura-- llegó a oídos de Pablo que ese hombre había venido a Corinto, así como había venido a todas las demás ciudades en que Pablo había establecido iglesias.

Les he preguntado a ustedes ¿quién era ese hombre que tan despiadadamente acosaba la vida entera de Pablo? No lo sabemos. Pablo nos dice muy claramente quién era, pero la verdad es que Pablo nos dice quién era ese hombre tan sólo después de *años* y años de haber vivido con esa indescriptible cruz.

Estamos hablando de un hombre anónimo. Los “falsos hermanos”, nada menos. Ahora cambiemos el tema. Hablemos acerca del aguijón de Pablo.

En 2 Corintios Pablo habla de un “mensajero de Satanás”. Este es un lenguaje bien fuerte de parte de un hombre que le acreditaba poco o nada a Satanás.

Echémosle un vistazo más atento a ese “mensajero”, porque nos espera una sorpresa.

Aquel “mensajero” mantenía a Pablo humilde y débil. ¿Qué era ese mensajero que Pablo llama un *aguijón*. Pensamos en el aguijón de Pablo como que era una ‘cosa’. Pero en ese *mismísimo pasaje* él habla de un *hombre* que había venido a Corinto y que “predicaba *otro* evangelio distinto”. Un obrero, sí, pero un obrero falso. (Vean 2 Corintios 11:13-15) ¿¿Y qué era ese aguijón?? ¿¿¿Quién era ese mensajero??? ¿Está hablando de dos temas Pablo? ¡¿O de uno?!

¿Por qué puso Dios ese aguijón en la vida de Pablo? ¿Por qué esa cruz? “Por la grandeza de las revelaciones... me, fue dado un aguijón en mi carne... que me abofetee... para que no me, enaltezca sobremanera.”

¿Podía el “aguijón” y el hombre que “predicaba otro evangelio” ser uno mismo? Sí. La evidencia es abrumadora. Vuelvan a leer 2 Corintios 11:13 a 12:9. El aguijón y el mensajero son *el mismo*. ¡*Son un hombre!* A continuación cito la traducción de Wuest de este pasaje:

“Respecto a este [mensajero] tres veces rogué al Señor que él se fuera de mí. Y Él me ha dicho, y su declaración aún está en pie: Mi gracia es suficiente para ti, porque momento a momento mi poder llega a su plena energía y completa operación en la esfera de la debilidad.”

2 Corintios 12:8, 9.

Lo mas interesante en cuanto a esta traducción en particular es que el “aguijón” es llamado ‘él’. ¡Una persona! ¡El “aguijón” de Pablo era un hombre! ¡Tres veces pidió Pablo que Dios hiciera

algo con respecto a ese *hombre!* Tres veces Dios le dijo: “Es mejor que seas débil. Deja que ese hombre haga lo que quiera. *No lo quitaré de ti.* Te daré gracia para que te estés allí y veas cómo te destruye.” ¡¡¡Pablo, será tu debilidad lo que habrá de ser tu fortaleza!!!

¡Alcen la cabeza! ¡Ustedes que son aspirantes a obreros! ¡Vean lo que se está manifestando!

Ahora nuestra curiosidad está fuera de control. ¿Quién es ese hombre misterioso? ¡Él ha venido ahora a Corinto y ha sido tan bien recibido! ¡No sabemos quién es él, pero estamos empezando a reunir todas las piezas! La respuesta está cerca. Una cosa resulta clara: él es el aguijón de Pablo.

Ese hombre, quienquiera que fuese, era un obrero. Era tenido en alta estima. Él había sido enviado por la iglesia de Jerusalén; consecuentemente, tenía credenciales de la iglesia de Jerusalén, que daban fe de que él era un genuino Apóstol de buena fe. Ahora él había llegado a Corinto. ¡¡¡Un Apóstol procedente de Jerusalén!!! Los creyentes corintios lo recibieron, lo pusieron en alto, lo escucharon, le dieron dinero --y creyeron cada palabra que dijo.

Ese hombre, igual que en cada ciudad anterior, se las ingenió --muy sutilmente-- para traer a colación serias dudas acerca de Pablo. “Todos los verdaderos Apóstoles tienen cartas credenciales. ¿Pablo no tiene ninguna, dicen ustedes?... ¿Pablo no tomó ninguna ofrenda de caridad, dicen ustedes? Hmmm, interesante.”

Resulta obvio que la iglesia de Corinto, si bien ya tenía alrededor de siete años de establecida, *nunca* había sabido de ese hombre y ciertamente nunca había sido prevenida contra él. Pero Pablo vivía cada día de su vida con temor de ese hombre. Después de todo, ese hombre era muy listo, procuraba obtener el derecho de la iglesia para sí mismo. En efecto, las cosas andaban tan mal, que Pablo no estaba seguro de poder regresar jamás a Corinto. No obstante, Pablo *nunca* había hablado de la existencia de ese hombre ni tampoco había advertido a la iglesia de Corinto respecto de su peligroso y poderoso evangelio; ni respecto de la

destrucción que había causado en Antioquía, Galacia... ¡y quién sabe dónde más! Durante esos siete largos años de existencia de la iglesia de Corinto, nunca habían oído a Pablo referirse a ese hombre... ¡ese hombre que era la más abrumadora cruz que Pablo conociera jamás! ¡Marquen esto, estimados aspirantes a obreros!

¿Podrían ustedes andar por un sendero tan recto? ¿Puede algún hombre?! Bueno, recuerden esto: ¡Pablo lo hizo!

¿Quién era ese hombre? No lo sabemos, pero Pablo escribió una carta a los corintios que, finalmente, *hizo alusión* a la existencia, de él. La epístola que escribió, sería probablemente la última carta que Pablo escribiría jamás. Él mencionó esa desesperante y difícil situación --ese hombre-- cuando suponía que ése habría de ser ya el final mismo de su ministerio... al término de su vida.

No olviden nunca este hecho. Hasta ese día de su muerte casi cierta, Pablo nunca habló de su peor enemigo, ni la iglesia de Corinto oyó hablar nunca de él... su más insoportable, increíble cruz.

¿Quién era ese hombre? No lo sabemos. Pero veamos si podemos juntar las piezas. Probablemente Lucas nos proporciona nuestro primer indicio de la existencia de ese hombre, cuando escribe acerca de la conversión de unos "sacerdotes del templo" en Jerusalén. (Más adelante esos sacerdotes casi lograron tomar la delantera en la iglesia allí.) A continuación, oímos hablar acerca de una visita a Antioquía hecha por algunos hombres importantes de Jerusalén. Luego, están los 'espías' en el concilio de Jerusalén. Después de eso oímos hablar acerca de una delegación de hombres, que salen de Jerusalén y van a las cuatro iglesias de Galacia, y casi logran inducir a todos los santos de allí a circuncidarse.

Más tarde esos hombres aparecen en Filipos, en Tesalónica y, finalmente, en Corinto.

Y así emerge el tenue perfil de ese hombre. Probablemente es un sacerdote del templo o un fariseo; encabeza un grupo de hombres que son todos sacerdotes o fariseos convertidos, hombres que están decididos a establecer un evangelio

judaizante; y más adelante, al observar ellos el ascenso de Pablo y de su evangelio, también resuelven detenerlo a él, sus iglesias y su evangelio. ¡Ahora, miren el agujón! Y no desdeñen a ese hombre. Él puede muy bien haber sido un hombre altamente respetado, muy dotado y, quizás, bien conocido. El hecho de que tenía carisma queda fuera de discusión.

¿Quién era ese hombre? No lo sabemos. Pero marquen esto: Uno de los más grandes homenajes que se hayan rendido jamás a un cristiano debe ser rendido a Pablo... ¿Qué homenaje? Que no conocemos a ese hombre, ni su nombre, ni nada más. Todo eso se ha perdido. Para siempre. Pero el hecho es que ese hombre era el archienemigo de Pablo. Pablo nunca lo mencionó. Pablo vivía por encima de eso. Él vivía *por encima* de la cruz más horrible que le haya sido puesto jamás.

¿Es posible, y hasta concebible, que ese hombre haya estado persiguiendo a Pablo durante tanto tiempo, y que los de la iglesia de Corinto estuvieran totalmente desapercibidos de su llegada? Desapercibidos. Desprevenidos acerca de ese hombre; tanto que los creyentes de Corinto ¿lo pusieron en alto, lo escucharon, le pagaron, le creyeron y hasta lo siguieron?! ¿Es realmente posible eso? ¿El hecho de que al término de una década entera de estar ese hombre merodeando al hermano Pablo, la iglesia de Corinto ni siquiera sabía que ese hombre existía? ¡Con todo, él estaba resuelto a destruir todo el ministerio de Pablo!

¿Si eso es verdad, entonces por qué Pablo dejó tan vulnerable a la iglesia? En verdad ¿por qué Pablo no había hablado nunca de ese hombre?

Bueno, ¿era Pablo tan inexperto que no pudo figurarse cómo detener a ese hombre, o tan poco sabio que no pensó en prevenir a la iglesia? ¡¡¡Imposible!!!

¿O nosotros estamos equivocados? Quizás Pablo *sí* advirtió de antemano a las iglesias respecto a que, en breve, después que él se fuera, probablemente habría de llegar allí un sutil judaizante.

“¡Seguro que las previno!” Hacer lo contrario sería rayar en la *locura*.

¡Pero no olviden, estamos tratando con la vida *divina*! Y Pablo era un hombre confinado Dios tenía a Pablo encerrado, desarmado, indefenso. Día tras día, año tras año, Pablo estaba allí frente a su archienemigo. Mucho peor que los judíos de la sinagoga y el Imperio romano --aquí está un *hermano*, pero un *hermano* que está resuelto a destruir a Pablo, las iglesias de los gentiles y el evangelio. “¡Peligros entre falsos hermanos!” Sí, *allí* estaba el peligro de Pablo.

¿Cómo debe haber, sido para Pablo aquel día en que vio lo que Dios había puesto en su vida? ¿Se, determinó él a combatir a ese hombre, o a prevenir a las iglesias respecto a ese peligro? Tal vez él lo habría hecho en las etapas más tempranas de su apostolado, allá durante el tiempo de su primer viaje. En aquel tiempo su éxito, su orgullo y su sublime revelación podían haberle hecho así de ‘fuerte’. Pero ya no.

No *Dios* no le habría de permitir a Pablo el lujo de desviarse a cosas inferiores: defensas, acusaciones, insinuaciones, redacción de panfletos en contra de enemigos, etc. No. Dios le dio jaque mate a Pablo, él no podría levantar, un pueblo alimentado con negativos, ni administrar una dieta que fuera menos que Cristo. Todo lo que Pablo podía hacer era estarse ahí, una y otra vez, y observar cómo era devorado todo lo que había hecho.

Esta es la razón de por qué encontramos una sola carta a los gálatas escrita por Pablo. Fue inmediatamente después que él escribió esa epístola candente, que Dios le dio a Pablo su aguijón, y con eso Él quebró para siempre la ‘lucha’ en Pablo.

Pablo quedó encerrado. Todo lo que podía hacer era entrar en una ciudad, levantar una iglesia, irse (sin prevenir en modo alguno con respecto a ese hombre)... y esperar. Ondas de oposición entraban arrollando sobre él y sobre aquellos inocentes, infantiles, confiados y desprevenidos creyentes. Pablo no podía hacer sino una sola cosa: podía llorar. Día tras día. Verter lágrimas. Esa era su única defensa, su única arma.

Exteriormente Pablo tenía la apariencia de tonto. Pero lo que Pablo podía ver en lo recóndito de su ser, lo que los hombres que

vivían entonces no podían ver, ni los hombres que viven ahora tampoco pueden ver... ¡eran líneas de conducta que están más allá de las líneas de conducta de los hombres!

“Que nadie me tenga por loco; o de otra manera, recibidme como a loco.”

¡Qué hombre! Miren no más. Vean cuán poco espacio le dejó Dios a Pablo. En la labor de establecer la iglesia y de preservarla solamente le fueron permitidos los mínimos absolutos: En cuanto a *tiempo*, seis meses en cada ciudad, por lo regular no más. Con frecuencia, menos. En cuanto a *preparar* la congregación para los peligros venideros, pocas advertencias, sí acaso algunas. En cuanto a su *mensaje*, tan sólo uno positivo: Cristo... y la cruz. Poderoso, pero sin embargo tan frágil, cuando más tarde fuera confrontado con él mucho más grande magnetismo y poder de atracción de los *negativos*. Ninguna medida de seguridad integral. Ningún margen para errores. Una obra frágil, a lo sumo. ¡¡¡Un soplo, y se acabó!!! Tremendo, ésas fueron las limitaciones de Dios puestas a Pablo.

Recuerden ustedes estas cosas.

Resultados del aguijón

Pero, oh, lean ustedes lo que Pablo pudo decir como resultado. (El versículo siguiente es el mismo pasaje referente al aguijón.) *Aquí* está lo que Dios procuraba. Oh, tan diferente del concepto de los obreros de hoy. ¡¡¡Aquí está el *verdadero* hombre fuerte de Dios!!!

“Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.”

“Apreciado hermano Pablo, da la vuelta. Mira allá atrás el camino que acabas de andar subiendo acá para llegar a esta nueva ciudad. Un día habrá de venir un hombre subiendo por ese mismo camino. Un hombre poderoso. Dotado. Con cartas. Un ex sacerdote, del templo. Un poderoso testimonio: ‘Convertido del sacerdocio a Cristo,’ ¡En Jerusalén! Pablo, una vez ese hombre te

siguió a Antioquía. ¿Y estuvo allí en esa sala en el concilio de Jerusalén? ¿O sería el que fue a las cuatro iglesias de Galacia mientras otros de sus compañeros subieron a Jerusalén? “Peligros entre falsos hermanos.” Un mensajero de Satanás, un falso Apóstol. Pablo, él está en tu vida; es un instrumento de Satanás, para hacerte desviar; para herirte, para amargarte, para envejecerte, para hacerte negativo, defensivo; para forzarte a pasar tiempo en las iglesias obsesionado con temores, peligros y sombras, para hacer que la iglesia venga a ser introvertida, paranoica.

“¡Él ha sido enviado a tu vida para tentarte a atacar a otro hombre!”

“Pero yo no me voy a rendir. Seguiré predicando a Cristo, ministrando a Cristo, sirviendo a Cristo a todos los hombres. Seré un *competente* ministro de Cristo; nada sino Cristo. Dios ha removido --o quitado-- todo lo demás. Saquen a Cristo de mi mensaje, de mis conversaciones diarias, y no tendré nada que decir.

“No voy a hablar contra ese hombre. Ustedes pueden aprender menos que Cristo de alguno, pero no de mí.”

¿Cómo les habría gustado a ustedes haber tenido el aguijón de Pablo? Véanlo: llamado a establecer iglesias gentiles; tener revelaciones más que revelaciones; salir y ser apaleado con varas; azotado, apedreado, aporreado; víctima de mentiras; engañado; trabajar cada día con las manos, en el calor; no recibir ni un centavo de las iglesias; ver tergiversada la verdad de su vida así como su mensaje; ser odiado por incrédulos y por creyentes; y debido a la atmósfera creada por todo eso, ser recelado por los mismísimos santos por los que había derramado su alma, y por los que había sufrido tanto. ¿Cómo les habría gustado ser Pablo? ¿Cómo les, habría gustado a ustedes estar en ese camino, sabiendo que (a pesar de la totalidad de su sacrificio) un día ese hombre vendría por ese mismo camino y arruinaría todo lo que ustedes hubiesen hecha jamás? Y además, ustedes debían seguir a la siguiente población y sufrir allí igual que han sufrido aquí, además con el conocimiento de que esa nueva obra también habría de ser hecha pedazos por ese hombre. Y *ustedes* no pueden decir nada ni hacer nada. Su única arma es Cristo; están

enmudecidos para todo lo demás.

¡Qué aguijón! ¡Qué debilidad! ¡Qué Dios! ¡Es Él quien puso ahí el aguijón! ¡Qué demanda! ¡Qué norma!

“No criticaré a ese hombre, ni siquiera lo voy a mencionar. Tampoco voy a corregir, ni prevenir. *¡Y en ESTA mi abrumadora debilidad, mi Señor, Tú que pusiste esta limitación en mi vida, Tú tendrás que hacer todo lo demás!*”

Cuando Pablo dijo a los creyentes: “Imítenme”, ellos sabían que él practicaba sus propias palabras hasta los últimos límites de la racionalidad. Y ellos se veían muy apremiados a hallar justificación o ejemplo para hacer cualquier otra cosa. Pablo era un ejemplo. El precio que él pagó para ser ese ejemplo fue pagado en sangre. Si ustedes esperan para atacar a alguien basados en el ejemplo de Pablo, tendrán que esperar un largo tiempo. Como he dicho antes, uno de los más grandes homenajes que se le hayan dado jamás a un hombre, es otorgado a Pablo cuando vemos que el nombre del hombre que se puso a destruir el ministerio de Pablo --el aguijón viviente, respirante de Pablo, la cruz más grande que Pablo llevó jamás --el nombre de ese hombre se ha perdido por siempre para nosotros. Asimismo los nombres de todos sus compañeros. *Ahora* escuchen ustedes la palabra de Pablo:

“Imítenme”

Yo creo que Pablo estuvo tentado a atacar violentamente a ese hombre. Igualmente también lo habrán de estar ustedes... algún día... en alguna parte. Pero Pablo hacía un inventario de su corazón. Lidiaba honradamente con los motivos ocultos de su corazón. Además de eso, se detenía para escuchar las instrucciones de su espíritu. ¿Que era lo que el Espíritu Santo le permitía hacer? ¡Nada! Excepto dejarse destruir. “Imítenme.” ¡*Tremenda cruz!* ¡Tremendo destino!

Pablo no se rendía al pecado cardinal del obrero: racionalizar ataques rencorosos contra otros. Pablo no se rendía a la racionalización que se vierte sobre el hombre --sobre cualquier hombre-- en una crisis. Él admitía los motivos ocultos de su

corazón, y entonces se dirigía en dirección contraria a los mismos.

Cómo quiera que sea, ¿dónde estaba la fuente de Pablo?

Pablo trabajaba para ganarse la vida; no recibía ningún dinero por el ministerio. Ministraba, sufría, se sacrificaba. Edificaba, pero con el conocimiento de que todo lo que edificaba, habría de ser derrumbado. ¿Cuál era el motivo impulsor detrás de todo eso? ¡Nada! Eso era lo que sacaba de todo aquello. El motivo de Pablo, su fuente, era su inmotivada pasión por Cristo.

Pablo escribió: “Me propuse no saber... cosa alguna sino a JESUCRISTO, y a éste crucificado.” ¿Y Pablo? Él no llegó a tener nada más que la cruz. Aleluya.

Bueno, tomó mucho tiempo, y muchas pruebas, aflicciones, sufrimientos y tiempo, y luego, aún *más* tiempo, para producir un obrero como ése. Habrá de tomar muchísimo más de lo mismo, en nuestra era, para tener semejantes hombres en la tierra... durante la vida de ustedes, espero. ¿Dónde se encuentra el estandarte del obrero? ¡¡¡Allí está, en la cumbre!!! ¡Pablo lo puso allí! En agonía. En sangre. En sufrimientos. ¡Con gloria, él lo colocó allí! Y probablemente esa proeza no ha sido igualada desde su día.

¿La misión de ustedes?

¿Pueden ustedes andar como él anduvo? Bueno, estén seguros de esto: *¡Ustedes van a tener su oportunidad!* Que en esa hora ni la razón, ni la lógica, ni la racionalización, ni el sentido común prevalezcan, sino tan sólo la cruz. Que la pérdida, no la ganancia tenga éxito.

De ser *esto* su porción (de ustedes): estar hambrientos, sedientos, apaleados, encarcelados, sin dinero, aborrecidos y malentendidos por prácticamente todos, habiendo derramado su última medida de devoción por la iglesia, consientan, delante del altar de Dios, en ver cómo es desmenuzado... destruido... todo lo que ustedes han hecho, ni más ni menos, sin hablar negativamente de nadie. ¡Qué cruento precio se ha de pagar! ¿Y por qué? ¿Por un principio de conducta tan insignificante? Con todo, es a fin de ordenar su vida para vivir por medio de esta

norma: “¿Es Cristo esto que estoy a punto de ministrar? Si no, ¡entonces no voy a ministrar!”

Ahora deténganse un momento. Ustedes no son obreros. ¡No lo son ahora! La mayor parte de ustedes nunca lo habrá de ser. Pero son *hermanos y hermanas*. ¡Y ésta debe ser su conducta de unos con otros, aquí, en la iglesia, y siempre, cueste lo que les cueste! A lo largo de toda su vida. ¡Sean obreros o no! ¿Por qué? Porque un día dedicaron su corazón a aprender de la mano de Dios --a no dar un solo paso que no sea Cristo.

Habrà de ser un aprendizaje largo y agonizante. Sólo Él puede hacerlo. Pero *ustedes* pueden hacer esto: Pueden dedicar el *motivo de su corazón* a un andar tan elevado con Dios.

Aquellos primeros creyentes, obreros y simples santos por igual, no hallaron ningún ejemplo en Pablo que les permitiera *criticar*. Y poquísimos ejemplos para *defenderse*. Hoy no hay obreros entre nosotros --ni uno. Tan sólo hay jóvenes. ¿Dónde han de comenzar? Han de comenzar en su vida diaria. No habrán de empezar adelante, allá afuera cuando hayan de ser obreros. Han de comenzar ahora con su *compañero de habitación*, con todos los santos en la casa del Señor. Han de comenzar aquí, no importa lo que ellos digan o hagan. No importa cuán ásperos o satíricos sean. Ustedes han de morir (pronto) frente a cualquier asalto. Aprendan esta lección *ahora*.

Ustedes son solamente unos, cristianos que están experimentando la iglesia. Pero algún día, en alguna parte, el Señor, habrá de hacer obreros de *algunos* de ustedes. *Ay de ese día*. Y algún día, en algún lugar, la crisis paulina habrá de venir. ¡A ustedes! Será mejor que ese día ustedes tengan ya una buena experiencia en *perder*. Si no, ese día ustedes habrán de conservar, y habiendo conservado, habrán de destruir.

Tal vez, por gracia que se les haya dado, ustedes habrán de perder... y *ser* destruidos. Y de esa terrible, horrorosa y catastrófica pérdida, *Dios* habrá de ganar.

Dios debe trabajar, comenzando ahora, para tener algunos hombres que no tengan nada que presentar excepto a Cristo, y

nada que ganar excepto una pérdida... pérdida de *todas* las cosas... incluso la obra de toda su vida.

Algunos de ustedes que están en esta sala habrán de ser obreros. Y afrontarán ese tiempo cuando sean el número uno en una obra. Y *habrá* de venir un tiempo cuando otros hayan decidido destruirlos a ustedes. Si no es eso, puede ser que un día ustedes se encuentren *bajo* el hombre número uno; ¡y un día podrán despertar y ver que él ha decidido destruirlos a *ustedes*! (O podrán estar bajo el hombre número uno que *crea* que ustedes se han propuesto destruirlo a él.) O alguna situación grotesca que ninguno de nosotros pueda imaginarse ahora. Los obreros sí suelen chocar: a través de la mesa, o a través de naciones o, a veces, hasta cuando están separados por un océano. Los obreros suelen encontrarse con tiempos peligrosos.

¿Qué habrán de ser ustedes en esa hora? ¿Un Lutero? ¿Un Darby? O alguno de los otros que yo puedo recordar --un Zuinglio? ¿O habrán de ser ustedes esa rara excepción? ¿Habrán de pagar ustedes el precio para ser, un *Pablo*?

Si ustedes se atreven a andar por ese sendero ascendente, entonces finalmente serán traídos al punto en que su conducta, sus palabras y su corazón no sean sino Jesucristo en toda situación... sin reparar en lo que esté teniendo lugar alrededor de ustedes.

¡Levanten la vista y miren esa montaña una vez más! ¿Podrían ustedes haber soñado jamás que un estandarte pudiera ser colocado tan alto? Alcanzar esa cumbre, *de nuevo*, vivir a esa altura, de acuerdo a esa norma, cueste la que cueste, a toda costa y perdiéndolo *todo* --volver a tener semejante generación de hombres, *ésa* es nuestra misión.

CAPITULO 16

¿Qué les sucede a los hombres que viven por medio de la vida divina?

Ahora voy a cambiar el tema. He hablado acerca de qué clase de obreros deben llegar a ser los hombres... entre nosotros. Pero ese tema no es mi carga. No son solamente los obreros los que deben andar de esta manera, sino todos nosotros. Entonces ¿por qué hablé de los obreros? Porque si ellos no andan de este modo elevado, nadie más lo hará. Si ellos lo hacen, otros también lo harán.

De manera que ustedes ven, todos nosotros --obreros y no obreros-- debemos andar por un camino duro y difícil... En efecto, debemos andar de la manera *divina*. La forma divina es la que se necesita; es la forma perdida. Pero no crean que ésa es la forma emocionante o la forma gozosa. ¿Qué es esta *forma divina* en que debemos andar? ¿Qué es andar divinamente? ¿Adónde lleva la misma?

Con frecuencia les he dicho a ustedes que tenemos dos vidas dentro de nosotros: vida humana y vida divina. Antes de ser salvos, nosotros siempre vivimos por medio de la forma de vida humana. Ahora, después que fuimos salvos, tenemos además otra forma de vida en nosotros. Pero hay algo más. Dios nos ha hecho posible vivir por medio de esa vida divina --exactamente como una vez vivíamos por medio de la vida humana. Podemos vivir por medio de la vida divina igual que Dios vive por medio de la vida divina.

Una vez un hermano me dijo algo bastante Increíble. Fue algo así como: “Usted está ayudando de veras a los santos aquí a aprender a vivir por medio de la vida divina. Un día de éstos, ellos sabrán realmente cómo vivir por medio de la vida de Dios. Vivirán por medio de la vida divina y no mediante la vida humana. Pero esté usted preparado: Cuando lo logren, empezarán a desafiarlo.”

¿Es verdad esto? ¿Es ése el fin fundamental de vivir por medio de la vida de Dios? Esta es una buena pregunta. ¿Cuál es el fin fundamental de vivir mediante la vida divina? Veamos. ¿Qué es lo que realmente los espera a ustedes allá afuera si verdaderamente viven mediante la vida de Dios? ¿Qué es lo que pueden anticipar ustedes que sea su destino final, si viven por medio de la misma vida mediante la cual *Dios vive*? ESTO:

¡El resultado final de un hombre que vive por medio de la vida divina es la *crucifixión*! Vivan mediante la vida suprema un tiempo suficiente y eso los va a llevar a la cruz. Ustedes descubrirán qué significa, qué significa realmente, ser crucificados. No, ustedes no habrán de salir, como se ha dicho, y echar abajo a alguien. ¡Ese no es precisamente el proceder de la vida divina! La expresión final de la vida divina en ustedes es la crucifixión. ¡La crucifixión *de ustedes*!

La primera vez que hablé en Isla Vista, hablé sobre cómo vivir por medio de la vida, divina. Esa fue una nueva idea para todos (a pesar del hecho de que éste es uno de los temas centrales, de la Biblia). Sonó como algo muy divertido. Sonó como una idea mucho mejor que vivir mediante la vida humana. Bueno, pues no la es. Recuerden, vivir por medio de la vida divina es ir hacia la crucifixión.

Recuerdo los días de mí labor evangelística. Relumbrón. Multitudes. Tratamiento de 'persona muy importante'. Bueno, es mejor que persistan con esa vida. Yo recuerdo vívidamente que desde que dejé esa vida, absolutamente nada ha funcionado correctamente. La diversión terminó.

Digamos que ustedes rompen francamente con el mundo y con sus *modos de obrar*. Digamos que ustedes aman al Señor con todo su corazón. Maravilloso. Somos un pequeño grupo. Todos gentiles. Altamente calificados para ser gentiles. Pero si ustedes caen bajo la disciplina *del Señor*, vendrán a ser gentiles que están *transformados*. El mundo está esperando por tal suceso.

Bueno, imaginémonos un poco el progreso de ustedes.

Primeramente ustedes entran en la expresión práctica del

cuerpo de Cristo. Gradualmente, a diario, experimentan al Señor. Día tras día lo contemplan. Poco a poca Él se graba a Sí mismo en ustedes. Ustedes aprenden a renunciar la esencia misma de su propio yo. Aprenden algo de la obra del Espíritu del Señor en el espíritu de ustedes. Así empiezan a aprender a vivir por medio de una vida que no es la de ustedes.

Entonces un día llegan a un lugar difícil en el camino. Ustedes levantan la vista, y allí está la cruz. Por la gracia del Señor pasan por ella. Luego el Señor los lleva más lejos aún, de un plano a otro, (Asimismo algunas veces Él se vuelve *atrás*, para hacerles repetir lecciones que ustedes pueden haber aprendido muy escasamente o *apenas* aprendido. Esas se llaman 'lecciones de repaso'.) Cada peldaño se torna más difícil; los tratos de Dios son cada vez más profundos con cada año que pasa. Déjenme ilustrar esto.

Quiero que todos ustedes sepan que los tratos de Dios por los que ustedes están pasando ahora, son más bien tratos poco profundos. El Señor está tratando con ustedes acerca... bueno, digamos, acerca del transporte. Ahí está. Ustedes quieren tener un auto. Un automóvil muy particular. ¡Hombre, si quieren ese carro! Están impelidos, obsesionados. Cada vuelta de sus entrañas grita: "¡Tengo que tener ese carro!" Ya no pueden vivir más sin él. Pero Dios sí puede. Esas dos vidas luchan. Por último, ustedes vienen al Señor, y con cada célula de su cuerpo chillando en son de protesta, el tan deseado 'carro' queda rendido a su Señor.

¿Y luego, qué? Bueno, a veces me he imaginado una fantástica computadora IBM celestial. Se le alimentan los datos del acontecimiento anterior, y luego de un momento de pausa, aparece la respuesta en la pantalla: "Estas, ahora, están listos para un encuentro más grande con la cruz. "Y así, Dios los va llevando más arriba, más alto... y la penetración de la cruz va haciéndose más y más profunda. Esta es la ascendente experiencia de aprender a vivir por medio de la vida divina.

Prepárense. En alguna parte allá afuera, en el futuro no muy distante, espera otra, aún mayor experiencia de la cruz. ¿Saben ustedes qué es eso realmente? Es una mayor oportunidad para que ustedes se tornen a Cristo, en vez de tornarse a sus propios criterios.

Si transcurren bastantes años (y es mejor que crean que eso va a tomar *muchos* años), las cosas que suceden entre ustedes y el Señor pueden llegar a ser muy importantes --puede que perciban tan sólo un levísimo moverse de Dios en ustedes, pero el mismo habrá de ser en lo que respecta a las cuestiones más cataclísmicas, importantes y altamente refinadas. El encuentro con la cruz se agranda siempre... *el camino* para andar se pone *menos* claro.

Con mucha frecuencia nos visitan personas procedentes de todo el país, miran alrededor y dicen algo así como: “¡Tremendo! ¡Qué ocurrencia tan bella!” No saben por todo lo que hemos pasado. ¡¡¡Y *nosotros* no sabemos por todo lo que hemos de pasar *todavía!!!* Pero sabemos esto: el Señor tiene que llevarnos más allá de donde estamos ahora. Eso, por necesidad, demanda un mayor sufrimiento. El cuerpo de Cristo debe completar constantemente los padecimientos de Cristo.

Sigan al Señor un tiempo suficientemente largo y un día la respuesta en la pantalla de esa IBM no dirá solamente: “Están listos para una cruz más grande”, sino que también dirá: “Es tiempo de que sea crucificado,” ¡*Ahí* es donde viene a parar el que vive por medio de la vida divina!

La cruz está puesta ahí en el suelo delante de ustedes, a sus pies mismos. Los hombres están esperando. Esperando para clavar los clavos. Pero ustedes deben rendir la obra... deben rendir su voluntad. Entonces ustedes contemplan la cruz por un momento. Se inclinan hacia adelante. Se agarran a ella. Dan la vuelta. Se acuestan sobre ella y extienden los brazos. Abren las manos. Y esperan los clavos.

Gracias a Dios. Háganlo. Pero quedan advertidos: Ustedes tendrán la obligación de hacer eso más de una vez. La primera vez. Después otra vez. Y otra, y otra vez. Luego un día ustedes hacen un sobrecogedor descubrimiento. Miran hacia atrás y consideran una vida de pérdidas. ¡Entonces ven! Ven que el Señor cuida de todo. Finalmente se percatan de quién es Aquel a quien ustedes sirven. Finalmente llegan a comprender, de repente y con gran brillantez, que: “Si Jehová no edificare la casa, en vano

trabajan los que la edifican.”

Pablo dijo: “Imítenme.” El obrero va a ser imitado. Miren a Pablo. Vean su norma. ¡Imiten esa norma! Imiten esa elevada y exótica norma. Aquí está la misión *de ustedes*.

Dos hombres que vivieron mediante la vida divina

Yo he dicho anteriormente que si ustedes viven bastante tiempo por medio de la vida divina, el resultado final habrá de ser la crucifixión.

Déjenme tratar este hecho con la vida de dos personas que vivieron durante el primer siglo. La primera fue Pablo. Él creció y creció en la vida divina. Eso le trajo una crucifixión. (Sí, una sólida tradición dice que Pablo fue decapitado. No obstante, él *fue crucificado*.)

Observen la vida de Pablo conforme evoluciona de una profundidad a otra. Véanlo al *principio*: es el nuevo converso; se pueden percibir su celo y su denuedo. Esas son las características más importantes de este hombre. *Más adelante*, véanlo como el hombre “enviado” por el Espíritu Santo. Después vienen las penalidades físicas: sufrimientos, lágrimas, hambre, frío. Conforme la vida divina se acrecienta, el camino se vuelve más escarpado; las penalidades físicas se tornan en palizas, flagelaciones, apedreamientos, golpeaduras con varas, cárceles, calabozos, naufragios. A esas palizas se añade luego la agonía de la carga por las iglesias: está aturdido, temeroso por causa de ellas. Pura, interminable y redoblada agonía.

La vida divina crece con cada escalón que se asciende y con cada sufrimiento que se abraza. Ahora, ya hacia el final, las agonías se multiplican. Hay una delegación de hombres que anda tras él adondequiera que va. Son viajeros internacionales que esparcen, destrucción... y están dedicados tiempo completo a su tarea: ¡destruir la obra de Pablo!

¿Y Pablo? Le fue difícil ajustarse a su nueva y más ardua función. En varias ocasiones casi no lo logró. Pero véanlo. Lo

soporta todo, absolutamente todo, día a día --no que *una* tormenta atronadora lo acometiera, sino un diluvio de tormentas. ¡Este es el lugar adonde el vivir por medio de la vida divina ha traído a Pablo! Él lleva la cruz cada día. ¿Habrá de terminar eso finalmente? ¿Cuándo menos, para descansar? ¡No! Lo que sucede es todo lo contrario. ¡Eso es siempre! Dios va subiendo las estacas a alturas aún mayores.

Entonces, un día llega el resultado impreso de esa IBM: "Pablo está listo para ser crucificado." La vida divina está sazónada, añejada e incrustada. La prueba final está lista. La vida divina siempre acaba siendo desafiada a expresarse *aquí*. Y es asimismo la *naturaleza* de la vida divina la que ha de ser traída a esta prueba. ¿La prueba? ¿Puede la vida divina *engastada* en ustedes, nacida en ustedes, *una* con ustedes, ser la vida que esté en control durante una crucifixión pública?

Y así el día de Pablo llegó. Su fidelidad, su vida espiritual más y más profunda, siempre creciente --¿a dónde lo han traído? A una fea, horrenda y perversa crucifixión.

¡Con todo, oh, oh, oh, qué testimonio nos fue dejado como resultado! ¡Qué demostración de cómo es la vida divina cuando la misma está siendo vivida en un hombre! ¡Qué vislumbre tan sobrecogedor de cómo se comporta la vida divina! Es tan enteramente diferente la forma en que la vida humana se comporta. Cuán totalmente contraria es a todo lo que nosotros entendemos. Cuán completamente en desacuerdo con el testimonio de la historia de la iglesia.

Aquí está la historia.

Ustedes recuerdan, de unas ilustraciones anteriores, que en su tercer viaje Pablo fue a Efeso. Estuvo en esa área alrededor de cuatro años. Entonces se fue. ¿Cuál era su destino? ¡Jerusalén! Y una muerte segura. Hizo la travesía por medio de varios viajes indirectos (uno a Corinto), algunos planeados, otros no planeados. Finalmente, llegó a Palestina. Se detuvo en varias ciudades a lo largo del camino. Todos le rogaban que no entrara en Jerusalén. Agabo casi que predijo su muerte. Pero Pablo estaba determinado. Echen una mirada alrededor. El futuro no

podía estar más tenebroso. Pablo se ha ganado una reputación en el Imperio romano, que para entonces llega ya de Jerusalén a Corinto. Tiene problemas con los romanos. En segundo lugar, los judíos incrédulos están buscándolo por todas partes. Una secta judía llamada “los dagueros”, desparramada ya por todo el Imperio, ha puesto en marcha un plan para localizar a Pablo, emboscarlo y matarlo. En tercer lugar, están los “falsos hermanos”, de los cuales hablamos antes, que para entonces han entrado en todas las iglesias que Pablo ha establecido. Su campaña para desacreditarlo en las iglesias gentiles está en pleno apogeo. Esas iglesias se tambalean con incertidumbre: podrían inclinarse a un lado u otro.

Lo que estaba destruyendo efectivamente a Pablo (esto es, destruyendo su efectividad, su reputación, haciéndolo sospechoso absolutamente a todos, cerrándole todas las puertas, a punto de hacer de él un proscrito social) era toda esa enorme confusión en concierto. Pablo era temido por los romanos, aborrecido por los judíos, espiado, calumniado y difamado por los falsos hermanos. Por último, se le estaba echando en cara --y promulgando en todas las iglesias gentiles-- que él había perdido el favor de la iglesia de Jerusalén. Si eso era cierto, entonces él estaba “fuera de la fe”. ¿Quién querría acercarse a Pablo en una coyuntura como ésa?

Esto era obvio: La mayoría de los creyentes era gente muy sencilla; personas que caminarían un kilómetro fuera del camino para evitar *cualquier* situación de presiones. Eran personas que no querían vivir su vida en turbación ¡sólo por seguir a un sujeto a quien casi todos consideraban equivocado! ¿Podría ser que Pablo fuese el único que tenía razón? Improbable. ¡Y todos esos rumores! Había tantos, y eran tan titánicos. ¡¿¿Qué decir si tan siquiera algunos estaban en lo cierto??! Y seguramente algunos debían estarlo.

Pablo estaba perdiendo rápidamente en todas partes de la tierra su posición establecida. Estaba a punto de ser destruido. Según su propio testimonio (2 Corintios), ésa fue la hora más tenebrosa de su vida.

Él sabía (echando una rápida mirada al futuro no muy distante --aun cuando entonces eso ciertamente no había

ocurrido todavía) que, después de un poco más de tiempo, sus conversos ni siquiera serían considerados como verdaderos seguidores de Cristo; ¡las iglesias gentiles no serían consideradas iglesias en absoluto!

Un último detalle para empeorar las cosas y yo creo que éste molestó a Pablo más que todas las demás injurias combinadas durante todo su ministerio. Ahora Pablo estaba captando un flamante rumor por todas partes: “Pablo no conoce las Escrituras.” *Esa* mentira estaba siendo transmitida a sus conversos. Y algunos de ellos la estaban creyendo. Ya todos la estaban repitiendo. Pero lo que más hería, era escucharla de los labios de hombres que no conocían las Escrituras ni la décima parte de lo que él conocía, hombres que sólo creían que la conocían, incluso creían que debían enseñarle a él, porque él era tan ignorante. Después de todo, si lo que él les decía resultaba nuevo para ellos, debía ser falso. Nunca se les ocurrió que el ministerio de Pablo estaba tan sólo revelando la ignorancia de ellos.

Verdaderamente, la ignorancia había alcanzado nuevas profundidades. No obstante, Pablo estaba hondamente herido. Por dentro, en lo más íntimo, él estaba enojado y pasmado. Esa era la vergüenza suma.

Fue con ese trasfondo que Pablo llegó a Jerusalén. Había sentido que tenía que ir. Esas tensiones habían estado fermentando y revolviéndose durante años. El tapón de corcho estaba a punto de saltar. Pablo estaba determinado a ir a la iglesia de Jerusalén, armado de un ingente regalo de dinero para las necesidades de los santos locales, demostrándoles con ello, de una vez y para siempre, que tanto él como las iglesias gentiles eran uno con Jerusalén... aunque ello le costase la vida. Él sabía que la solución de ese problema era de suprema importancia para la supervivencia de la fe.

Pablo había llevado consigo algunos hombres jóvenes muy queridos. Todos ellos eran de iglesias gentiles. Uno de esos jóvenes se llamaba Tíquico.

Pablo se reunió con los dirigentes de la iglesia. Ellos aceptaron el presente. Pero la situación era demasiado grave como

para que una ofrenda la pudiera solucionar. Ellos le dieron una vista panorámica de la situación. “Toda la ciudad sabe que estás aquí. La atmósfera está cargada. Los judíos ortodoxos te odian. Esos creyentes ‘más hebreos que cristianos’ te menosprecian. Los fieles están cautelosos, o confundidos. Muchos creen que tú estás aquí para destruir las tradiciones del pasado y para echar abajo las enseñanzas de Moisés.”

Entonces los líderes de la iglesia le ofrecieron una solución. “Haz un voto mosaico. Algunos de los otros santos de aquí, de la iglesia están a punto de comenzar uno. Únete ahora a ellos. Esto demostrará a todos que tú también eres un seguidor ortodoxo de Moisés.”

Pablo estuvo de acuerdo. ¡Fantástico! A continuación se hizo rasurar toda la cabeza. (Y a mí me parece que como media docena de jóvenes profetas gentiles quedaron allí atónitos al verlo.) “¿¿¿Este es el hombre que escribió aquella acerba carta a los gálatas???” Pablo puede sorprender a uno. Su libertad iba en *ambas* direcciones. ¡La libertad de ser legalista! ¿O era alguna otra cosa? Tal vez fue su respeto a las autoridades le pidieron que hiciera eso, ¡y él se sometió a ellos!

Pablo fue al templo. Enseguida comenzó los ritos. Allí estaba en compañía de algunos jóvenes judíos, todos con la cabeza afeitada. Uno de esos hombres, al menos así sin cabello, debe haber lucido como Tíquico. Probablemente algunos judíos habían visto unos días antes a Pablo haciendo un recorrido turístico de Jerusalén con sus jóvenes compañeros gentiles, sirviéndoles de guía. (Debe haber sido tremenda excursión: ¡Pablo guiando un grupo de gentiles a través de Jerusalén, señalándoles los tipos, símbolos e imágenes veterotestamentarios de Jesucristo y de la iglesia!)

Los Judíos creyeron que Pablo que ahora hacía sacrificios dentro del templo, había metido a gentiles en ese sagrado lugar y había profanado las cosas santas de Dios. Creyeron sus propios rumores.

Estalló un alboroto. ¿Sus propósitos? Despedazar a Pablo. Y medio que lo lograron, cuando tropas de la guarnición romana lograron penetrar la multitud y apoderarse de Pablo. Pero él no

quedó mucho mejor librado. El capitán de la guardia creyó que había capturado nada menos que a un famoso revolucionario antirromano. Dos grupos tenían agarrado a un hombre, y los dos consideraban que él no merecía vivir.

Aquella escena había de llegar a ser una de las grandes escenas tragicómicas de toda la historia. Allí estaba Pablo, sangriento, golpeado, arrastrado, halado, empujado, los vestidos rotos, sucio, medio muerto... Los romanos lo agarraron y empezaron a tratar de figurarse un modo de sacarlo de allí. La multitud estaba enfurecida, los romanos, un poco mejor. Ahora, en todo esto, ¿qué está pasando por la cabeza de Pablo? Mírenlo. Sus labios están hinchados, su cabeza rapada está cubierta de sangre y brillando al sol... Probablemente es con el único ojo con que puede ver, que logra entrever la gigantesca multitud que está al pie de las gradas, y se dice a sí mismo: “¡Mira, qué inmensa muchedumbre a la cual predicar el evangelio!” ¡De alguna manera logra que los soldados lo bajen al suelo, ya que era llevado en vilo, y lo dejen hablarle a esa multitud! (Tal vez Pablo estaba tratando de realizar otro Pentecostés.) Y ciertamente él, estando ahí de pie, más muerto que vivo, ¡se remontó en una invitación evangelística!

¡Eventualmente la multitud se puso frenética al escuchar una de sus típicas (diminutas) salidas de ingenio sarcástico evangelísticas improvisadas! De alguna manera los soldados lo sacaron de allí vivo. Esa noche un grupo de judíos se reunió y, en una ceremonia solemne, juró no comer ningún bocado hasta que Pablo estuviera muerto. “¡O muere él o morimos nosotros!” Me he preguntado a lo largo de mi vida cristiana qué les habrá ocurrido a esos hombres. Cada uno de ellos estaba, más que dispuesto a ver morir a Pablo. Pero me atrevo a decir que ninguno de ellos estaba dispuesto a verse morir.

(A propósito, ésta es una buena ilustración de lo que la gente que se aferra a su doctrina favorita, es capaz de hacer --¡llegan a cometer asesinatos! Y no me digan que los hombres religiosos no lo harán. Cada página de la historia de la iglesia de estos últimos mil setecientos años, dice que esto es un hecho. ¡La historia de la iglesia! ¡La relación de cristianos asesinando a cristianos a causa de doctrinas!)

Los romanos sacaron a Pablo de contrabando de la ciudad

para impedir su asesinato.

Pablo fue encarcelado en la ciudad de Cesarea. A continuación se convocó una audiencia. Descendiendo de Jerusalén, desfilaron los sacerdotes del templo, encabezados por el sumo sacerdote. Llegaron todos vestidos con sus ostentosas vestimentas --los padres de toda la clerecía ataviada que los han seguido a lo largo de los siglos.

La audiencia dio comienzo. Allí estaban aquellos mismos hombres que habían crucificado a Cristo, y que habían apedreado a Esteban. Y allí estaba la misma escena. Religión, conocimiento, legalismo, todo ataviado pomposamente, amenazado por un solitario personaje, vestido con ropas de aldeano. ¡OJALA QUE SIEMPRE SEA ASI! Igual que cuando enfrentaron a Jesús y a Esteban, su intención ahora era la misma. Los sabios religiosos del siglo estaban ahí con un solo propósito en su corazón: ¡asesinato! Sus palabras eran piadosas, el tono de su voz santo, su declarada intención, altisonante. “Te rogamos que envíes a Pablo a Jerusalén a fin de que sea juzgado justamente por nosotros, en lo que concierne a un asunto religioso.” Sin embargo, la verdad es que ellos esperaban que ese juicio no se efectuaría nunca. Su propósito era que Pablo no llegara nunca vivo a Jerusalén.

“Sana doctrina.” “Defensores de la fe.” Y Pablo, molido a golpes, hinchado, triturado, enfermo y con casi dos décadas de abuso debajo de su túnica de parte de esos hombres, tuvo que estar allí de pie y ver toda esa escena hipócrita, ¡teniendo en juego su vida!

¡Y esto, queridos hermanos, es adonde la vida divina los lleva: ¡a una crucifixión!

Entonces ellos hablaron, uno tras otro. Un falso testigo tras otro falso testigo; quebrantaban *sus propias leyes* ¡para destruir a uno que según ellos creían, no aceptaba esas leyes! Como los cristianos que obran como no cristianos, para detener a otros cristianos que no creen como ellos creen.

A continuación se le permitió a Pablo que hablase. El

momento había llegado. Este era el cuarto hombre que ese grupo mismo habría de crucificar. Jesús permaneció callado. Esteban predicó a Cristo. Pedro (el único de ellos que escapó) ¡dormía! ¡Ah, pero éste era Pablo, el sujeto recio! ¿Qué haría él ahora, en su crucifixión? ¡Aquello ya era demasiado! Las mentiras de ese grupo debían ser expuestas. Su hipocresía debía ser revelada. Una década o dos de eso ya era suficiente. Ahora Pablo descargaría todos los sentimientos contenidos, todas las heridas, y mentiras, y sufrimientos en una vasta explosión de venganza. Finalmente había llegado el momento. ¿No era ése el momento para responder? (Y recuerden ustedes, hombres piadosos que están ahí afuera, que hablan de que “hay tanto en juego, y los principios justos tienen que ser defendidos” --ese hombre, Pablo, tenía en juego nada menos que su propio cuello.)

Entonces Pablo abrió la boca. Y a manera de un ángel que desciende del cielo en su primera visita a la tierra, Pablo, puesto en pie allí, *sin ningún pasado*, predicó el evangelio de salvación... como un recién convertido que da su testimonio por primera vez. *Ni una sola palabra* de acusación respecto de nadie ni de nada. ¡Qué norma de conducta! Antes de que ustedes actúen en una hora de crisis, coloquen su norma de conducta al, lado de esta vara de medir.

En medio de una crucifixión, Pablo nunca titubeó. Y en un logro tan titánico, él reclamaba nuevas alturas; avergonzó a todos los que, en la historia de la iglesia, atacaron alguna vez a otra persona. Si alguien, alguna vez, dondequiera, cuando quiera tenía jamás derecho a atacar, ése era Pablo, y era *entonces*. De ninguno de nosotros... repito, de ninguno de nosotros se ha abusado jamás tanto como de él. De nosotros nunca. No puedo imaginarme que alguna vez haya de ocurrir. Pablo no encontró ninguna excusa para decir ni una palabra de crítica. Fue como si hubiese acabado de nacer. Fresco, nuevo, sin ningún recuerdo de cosas pasadas, Pablo pasó resueltamente a una exhortación evangelística a creer en Jesucristo. ¡Qué hombre! ¡Qué increíble hombre!

Pablo pasó dos o tres veces por semejantes audiencias públicas oprobiosas. Pasó todo su ministerio viviendo en presencia de una mentira siempre presente, que lo consumía todo --en las ciudades, en los hogares, en las reuniones de la iglesia.

Aun la razón de estar encarcelado era una farsa de la justicia. Él permanecía allí tan sólo porque los que lo mantenían encarcelado esperaban que él pagaría un soborno por su liberación, para que pudieran obtener dinero de un hombre que sabían que estaba falsamente acusado e injustamente encarcelado.

Vuelvan atrás y verifiquen la historia. Lean todas las palabras de Pablo. Lean su biografía escrita por Lucas. ¿Pueden encontrar amargura? ¿Alguna evidencia de *cicatrices*? Aun en medio de los peores insultos personales, este hombre, este obrero, andaba y hablaba como si tales hechos cruentos nunca hubiesen ocurrido. Pablo no tenía pasado. No tenía presente. Vivía fuera del tiempo. Vivía por encima de las nubes. Hasta *esta misma hora* ni siquiera estamos seguros exactamente de qué era aquello de que los hombres acusaban a Pablo en las iglesias gentílicas. Su pasado y presente eran el Señor.

Esa no es la forma en que la vida humana se comporta. Ustedes están mirando aquí directamente, cara a cara la *única*, la *sola* forma de vida que actúa de esa manera, bajo esas circunstancias. Ustedes están mirando directamente, cara a cara el comportamiento divino. ¡Que quede bien claro! Pablo no comenzó su vida cristiana con esos atributos. Eso tomó años. Los mismos fueron entretejidos en su experiencia. Eso requirió muchísimos distintos acontecimientos, una multitud de diversas experiencias, dolor, sufrimiento, pérdida... pérdida incalculable. Eso requirió abrazar esa cruz, experimentar al Señor, vivir por medio de la vida del Señor. Él creció hasta *ese punto* llevando la cruz en muchos lugares, de formas, hasta que finalmente ¡se ganó el derecho a ser, crucificado!

¿Qué hemos aprendido aquí? Hemos aprendido que Dios necesita una nueva generación de servidores una nueva generación de cristianos; de hombres que sean sufridores. Pero eso habrá de tomar toda una vida de llevar la cruz, de sufrimiento *enmudecido*, de tratamiento injusto... sin ninguna represalia, sin defenderse ni estar a la defensiva. Un cordero llevado al matadero. Trabajar, servir, sin paga. Experimentando los rigores del desgaste humano. Frío, desnudez, hambre, palizas, noches sin dormir, mentiras de parte de creyentes y de inconversos. *Todo* a fin de que la iglesia pudiera ser establecida. Bella, joven,

inocente. Pero sin que el hombre integrara *nunca* en la iglesia ningún mecanismo para la supervivencia. Sin enseñarles nunca semejantes cosas. Sin preservar nunca la obra de sus manos. Hacerlo todo, pero haciéndolo con el conocimiento de que ciertamente habría de perderlo todo a causa de las maquinaciones de un hombre injusto, sin escrúpulos.

Una reseña

Hemos aprendido aquí que los hombres no deben poner nunca la doctrina por encima de la confraternidad. Proteger una obra es prueba de que no hay apostolado. Combatir a un enemigo constituye prueba de que el hombre edifica con temor. Preservar una obra es admitir que ha edificado con nada más que madera, heno y hojarasca. Combatir a sus destructores es demostrar que uno no tiene confianza en lo que uno mismo edificó. Trabajar, edificar, dejar sin fortificaciones, no levantar un dedo, es atestiguar al mundo que creemos que hemos estado comprometidos, no en nuestra propia obra, ni en la obra de hombres, sino que hemos estado comprometidos en la presente obra de Dios sobre la tierra. Porque de Él solo es la indestructible obra de los siglos. Porque si nuestro Señor no edifica la Casa, en vano trabajan los que la edifican.

Ahora prosigamos.

Otro hombre que vivió por medio de la vida divina

Quiero que consideremos un segundo ejemplo.

Hay otro hombre en la era del Nuevo Testamento que vivió por medio de la vida divina. ¡¡¡Él vivió *tan sólo* mediante la vida divina!!! Vivió por medio de ella en forma tan completa, que lo llevó a ser crucificado. ¿Su nombre? Jesucristo, el Hijo de Dios. *Él* vivió por medio de la vida de Dios. Mantuvo el alma en sujeción al Espíritu. *Él* perdió. “El que pierda la vida... la hallará.” Vivan ustedes por medio de la vida de Dios un tiempo suficiente, y Dios los traerá a un punto en que tendrán la oportunidad de escoger ser crucificados, o escapar de la crucifixión.

Ahora escuchen esto: Todos nosotros tenemos vida humana. ¿Correcto? Pero si de veras somos salvos, también tenemos vida divina en nosotros. Una de esas vidas, la vida humana, nunca estará de acuerdo en ir de buena gana a la cruz. La vida humana tratará de hallar una salida. De hecho, hay una sola forma de vida en el universo que está dispuesta a ir a la cruz. Sólo una que consiente en la crucifixión pública. Hay una sola vida que dice: "Sí." ¡La vida divina!

Sí, es verdad. Miles de personas han sido crucificadas. Pero todas fueron arrastradas, llevadas allí a la fuerza. Hay una sola forma de vida que va allí sin coerción.

Pero, ¿Fue Él? ¿No llegó Jesús a encontrarse en una situación en que Él fue ejecutado a la fuerza? No, absolutamente *no*. Nada más considérense todas las posibilidades que tuvo Él de evadir esa crucifixión.

En primer lugar, Él tenía a los ángeles. Podía haberlos invocado. Pero Él tenía también modos de obrar menos dramáticos, muy realistas. Él *podía haber abierto su boca*. Aquí está un principio: Abran la boca, y evadirán la crucifixión. Solamente con abrir la boca, ustedes pueden eludir casi *cualquier* crucifixión.

Esa fue una de las desilusiones más agudas de todas que sufrieron los discípulos. Su Señor no se defendió para nada en el juicio. Descubrieron que tenían un líder... un rey... que no peleaba.

Estoy en el ministerio desde los dieciocho años de edad. Ha sido un largo tiempo. En todo ese tiempo he observado algo: un destello en los ojos de la gente. Les gusta seguir a hombres denodados, incluso a *sujetos rudos*, 'de pelo en pecho'. A los cristianos les gusta escuchar a un hombre que se pare detrás del púlpito y relate historias de cómo cierta vez quedó atrapado en una terrible situación y cómo se abrió paso para salir de la misma. Tuvo todos esos tremendos contrarios y peleó --¡vaya!-- y todos ellos dieron la vuelta allí y salieron corriendo --¡vaya!-- y "yo soy rudo, vean" --¡vaya! Los hombres alardean de su bizarría.

Y a los cristianos les gusta. Lo devoran, especialmente la gente joven. “El hombre que sigo es rudo. Él defiende los principios. No es nada cobarde. Defiende el derecho, y combate el error y ataca a esos buitres inútiles.”

Difícilmente puedo recordar en toda mi vida una excepción a esto. Hombres rudos, intrépidos. (Oh, yo sé que hay cobardes entre los siervos del Señor. Muchos más que ‘denodados’. Pero la gente sólo sigue a los hombres denodados.) Mi pregunta es: ¿Dónde están los hombres *mansos*?! “Mansos”, digo; no “cobardes”. ¿Dónde está el hombre que es intrépido, que es ‘rudo’, que *puede* contraatacar y que puede ganar la batalla, pero que *no lo hace*; en cambio, permite la cruz. *Eso* es mansedumbre. ¿Y dónde está ese hombre?

Jesús desilusionó grandemente a sus discípulos debido a su mansedumbre, en un momento que ellos esperaban que Él les mostraría un par de cosas a todos aquellos miserables hipócritas. Gracias a Dios que Él no hizo nada de eso. En los últimos 1.700 años, la cristiandad ha matado ya a demasiados cristianos creyentes, *sin* citar el ejemplo del Señor. Tiemblo al pensar qué podrían haber hecho ellos --con espada y fuego-- si hubiesen tenido un ejemplo, ¡siquiera uno *pequeño*!

Ustedes ven, hasta ese momento los hombres nunca habían visto a la *vida divina* encarar la cruz. Sólo habían visto a la vida humana ir a la cruz. Sólo tenían la vida humana como regla empírica a que atenerse. Esa era una conducta enteramente nueva originada por una forma de vida totalmente diferente. Se le estaba añadiendo una nueva dimensión a la experiencia humana. Ellos esperaban *naturalmente* que la vida divina (después de todo era *vida divina*) peleara. Era una suposición *muy lógica*. Pero estaba equivocada.

¡Sí, el Señor Jesucristo podía haber detenido el proceso! ¿Dudan ustedes que Él podía haber tornado todo ese proceso judío (el proceso *religioso*) en un alboroto? No lo subestimen. ¿Y el proceso civil? Vean a Jesús delante de Pilato. Este casi rogó a Jesús que le diera una razón, cualquier razón, para detener la crucifixión. Lo *único* que Jesús necesitaba era abrir la boca y hablar.

Si ustedes quieren saber cómo es realmente un hombre por dentro, obsérvenlo cuando otros lo están atacando y difamando. Obsérvenlo cuando su trabajo, su reputación, la obra de su vida están siendo derrumbados. ¡Obsérvenla cómo él se adapta a una crucifixión!

¡Únicamente la vida divina puede sufrirla con nobleza... y en silencio!

Hay una cosa más. Miren ustedes quién fue el que envió al Señor Jesucristo a la cruz. La *vida divina* envió a Jesucristo a la cruz. La vida divina, parece ser atraída inexorablemente a la cruz. Es algo innato. El autor de la vida divina envió a su Hijo a la cruz, *y ¡lo consideró bueno!*

Ahora observen ustedes la conducta *divina*. No parece muy humana, ¿verdad? A lo largo del proceso el Señor Jesús nunca se defendió. De hecho, apenas si abrió la boca. Casi la única vez que lo hizo fue cuando el sumo sacerdote lo “conjuró” por el Dios viviente. Entonces el Señor se vio obligado a responder. Pero aun así tuvo tan poco que decir frente a su propia crucifixión.

Aprendan a vivir por medio de la vida del Señor. Esa es la vida que Dios les ha dado. Pero tengan presente esto: Ustedes están casi seguramente encaminados a una crucifixión. ¡La de ustedes! Allá afuera en el camino hay un lugar difícil. Algo totalmente injusto los espera allí. Y sepan esto: *Hay una salida*. Ustedes pueden salir de todo eso. Procuren su salida hablando. Cuando sean atacados, respondan, defiéndanse, acometan, hablen, peleen, destrocen. Pero sepan esto: Algo allá en lo recóndito de ustedes estará procurando obtener su atención. “Yo quisiera que se callaran. Yo quisiera que pasaran directamente por eso.”

*Todo el camino al Calvario
Con mi Salvador yo quiero ir.
Ayúdame, Señor, para ir contigo
Todo el camino al Calvario.*

Una profunda sensación dice: “Sí, habrá de doler. Pero

vayan. Y cuando vayan, vayan como un cordero al matadero.” Vayan ustedes. Y cuando lleguen allá, no actúen en forma evasiva, no usen *ninguna* de las herramientas que tienen disponibles. Sin alarde. Sin atajos. Sin componendas. Sin buscar benevolencia, sin tomar ninguna de las formas fáciles. Simplemente vayan.

Creo que fue en mi segundo viaje a California que alguien nos llevó, a mi esposa Helen y a mí, a un lugar llamado *Forest Lawn*. Allí hay un inmenso cuadro. Creo que ellos aseguran que es el mayor del mundo. Ese cuadro es una vasta representación de la crucifixión. El artista muestra a Cristo de pie mirando hacia arriba, a la cruz. Representa, creo yo, su disposición de ser crucificado. Sin embargo, la verdad probable es que la cruz estaba colocada en el suelo. El condenado tenía que ser forzado a acostarse sobre ella, entonces lo clavaban a ella, y la levantaban hacia el cielo junto con el crucificado.

El Señor no fue forzado. Él estuvo allí de pie un momento y miró esa horrible cosa que estaba puesta allí en la tierra. Lentamente se agachó, se acostó sobre ella, extendió los brazos, abrió las manos... ¡y esperó! Por último, la consumación de la crucifixión. Y entonces, más que nunca antes, Él no pronunció ni una sola palabra, ni ofreció resistencia alguna. Los clavos hicieron contacto con las palmas *abiertas* de sus manos. Él fue crucificado voluntariamente.

Este es *su* ejemplo, el de ustedes. *Aquí* está cómo se ha de ir a la cruz. No lo olviden nunca. Este es el comportamiento divino. Así como un llamado para andar de *esta* manera: *Esta* es nuestra misión.

Esto es algo interesante. Vivan por medio de la vida del Señor, y con el tiempo ustedes también acabarán siendo crucificados. Pero igualmente tan interesante es este hecho: Todos aquellos que son crucificados tienen la tendencia de levantarse de los muertos.

Pablo y Esteban, igual que su Señor, pasaron por la tremenda prueba pública de ser vilipendiados, y pasaron por ella como si ni siquiera estuviesen allí. Como si hubiesen estado en

otro lugar. Después vino una resurrección. *Pero* la resurrección está reservada exclusivamente para aquellos que han tomado la cruz.

Para levantarse de la tumba, ustedes tienen que ir primero a la cruz. Quédense vivos si quieren, pero para ustedes no hay resurrección. Francamente, tengo la noción de que el Señor querría hacernos pasar, a la mayoría de nosotros --tal vez a todos nosotros- por una crucifixión pública, ignominiosa, injusta. Y luego Él quiere levantarnos de los muertos. ¡Todo el propósito de la crucifixión es: ¡la resurrección!

Fíjense ustedes en la conducta del Señor Jesucristo *después* de la resurrección. ¿Han notado que finalmente Él habló claro? ¿Han leído sus mordaces denuncias de todos esos sucios y mentirosos hipócritas? ¿Han visto ustedes cómo Él finalmente dio rienda suelta a su amargo e hirviente veneno, derramándolo sobre los que lo crucificaron? ¿Han leído sus palabras con que reseñó vívidamente el juicio, cuando citó cada mentira dicha respecto de Él, haciendo observaciones y comentarios al proseguir, vomitando aseveraciones iracundas? ¿Condenando a Judas? ¿Denunciando a Pilato?

¡Oh, no! ¡Por supuesto que no! No hay tal relación. Estamos hablando del proceder mismo de Dios; y Dios simplemente no haría eso. Él era el Señor de gloria. Esas cosas habían desaparecido para siempre después de la resurrección. Él no volvió a vivir aquellas horribles horas, expresando nuevamente cada emoción y cada trauma. *Tampoco debe hacerlo ningún otro hombre que haya sido así crucificado.* Jesucristo no se refirió jamás, ni en el tiempo ni en la eternidad, al tratamiento que recibió en su crucifixión. ¡Él vivió sin ningún pasado!

Un día ustedes habrán de recibir una cruz. Ella habrá de venir una y otra vez. Cada vez será más larga, más penosa, más purificadora. Entonces, un día les será otorgada una crucifixión: difícil, fría, cruel, injusta y, posiblemente, pública. Cuando la misma haya terminado, ustedes tendrán una alternativa. Podrán ir llevándola a rastras con ustedes por el resto de su vida, sacándola del pasado, trayéndola al presente, y luego a su futuro.

Desde luego que hay otra forma.

Sí ustedes olvidan todo eso, no importa cuán horrible haya sido, el Señor habrá de sacar vida de esa tumba. Y ustedes estarán donde nunca han estado antes --más alto, más santos, más fuertes. Dejen su pasado allí donde le corresponde: en la tumba. Cualquier tenebroso agravio recibido en esa crucifixión ahora yace --olvidado-- en la tumba.

Se necesita una nueva generación de hombres en esta tierra. Hombres como éstos de que hemos estado hablando en estos mensajes. (Cuando tengamos a tales *hombres*, siguiendo diligentemente detrás de ellos habrá de estar la *iglesia*, conforme la hemos visualizado todos.) Y éstos son hombres que mueren a sí mismos, a las circunstancias, a la lógica, a la injusticia, al derecho bíblico de desquitarse; hombres que andan con una conducta casi perfecta, que no tienen nada que ver con el sistema religioso, pero que no vierten odio sobre él. Esos son hombres que demuestran una franqueza total a todos los cristianos, que tienen un corazón puro e incontaminado; hombres que conocen a Cristo y nada más que a Cristo, cuando hay tanto que se podría conocer. Hombres que aman apasionadamente a la iglesia, hombres que pueden rendir su obra; hombres indefensos que nunca se empeñan en controversias religiosas, hombres que se dejan crucificar, sin abrir la boca. Esos son hombres que nunca usan “las herramientas del oficio”. ¡Hombres resucitados!

¡De una muerte tan pequeña ha de venir tan gran abundancia de vida! El mundo espera que la semilla que ha muerto... vuelva a vivir otra vez. Pero hay más: El Señor espera por un pueblo que tenga puestos los ojos en la cumbre. Veán ustedes cuán alta, cuán elevadísima es esa cumbre. Veán cuánto tiempo ha pasado desde que los pies del último esforzado pisaron algunas de esas colinas.

Podemos recobrar esas elevadas y encumbradas alturas donde aquellos nobles hombres una vez clavaron el estandarte. O podemos no recobrarlas. Pero concordemos hoy: Nuestra intención es llevar el estandarte todo el viaje a la cima. A falta de eso, deseamos con el mismo ahínco llevarla mucho más allá del punto donde otros la llevaron. Cuando menos, deseamos llevarla hacia arriba más alto, para que la siguiente generación vaya más allá de nosotros, a mejores y más altos lugares.

Si a Dios le place, si es su soberano designio, y si la gracia perdura, nos ofrecemos --un sacrificio corporativo, vivo-- a este fin.

¡¡¡Señor!!! ¡Que ésta sea nuestra misión!

<><

TABLA DE CONTENIDO

NUESTRA MISIÓN

<u>DEDICATORIA</u>	<u>3</u>
RECONOCIMIENTOS	3
HISTORIA DEL TRASFONDO DEL LIBRO	4
PARTE PRIMERA.....	28
CAPITULO 1.....	28
TRES GRUPOS EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA.....	28
¿A CUÁL DE ELLOS PERTENECEMOS?	28
CÓMO CONOCER NUESTRA HERENCIA	32
LAS TRAGEDIAS DEL ÉXITO, LA CERTEZA DEL FRACASO.....	35
NUESTRAS ALTERNATIVAS	37

CAPITULO 2	40
TESTIMONIO DEL PASADO	40
CAPITULO 3	44
TESTIMONIO DEL PASADO RECIENTE	44
LAS PÁGINAS DE COLOR ROJO SANGRE	47
EL HOMBRECITO DE ADENTRO	50
CAPITULO 4	59
LA SOLUCIÓN	59
LAS CRISIS SON INEVITABLES	60
EL PROBLEMA	60
LA SOLUCIÓN	62
CAPITULO 5	77
CÓMO SOBREVIVIR A LAS CONSECUENCIAS	77
LAS CONSECUENCIAS TAMBIÉN DEVASTAN	78
SU PASADO	78
CURIOSIDAD	85
HERRAMIENTAS QUE USTEDES NO DEBEN USAR	88
SU PRESENTE	90
LAS AVISPAS DE DIOS	93
PARTE SEGUNDA	99
CAPITULO 6	99
NUESTRA RELACIÓN CON OTROS	99
CAPITULO 7	101
EL PRIMER PELIGRO: EL SISTEMA RELIGIOSO	101
QUÉ FUE LO QUE EL SISTEMA RELIGIOSO LE HIZO A PABLO	101
LA HISTORIA DE ÉFESO	103
ACTITUD DE PABLO HACIA EL SISTEMA RELIGIOSO	104
CAPITULO 8	108
UN VISTAZO MÁS ÍNTIMO AL SISTEMA RELIGIOSO	108
HISTORIA DEL SISTEMA	110
HISTORIA ESPIRITUAL DE LA ORGANIZACIÓN	112
HISTORIA DE LA ORGANIZACIÓN EN LA HISTORIA SECULAR	114
LA HISTORIA: ESPIRITUAL Y SECULAR	117
LA IGLESIA: ANOTEN ‘ANTIESTABLECIMIENTARIANISMO’	119
EL ESTILO DE VIDA PROPIO DE DIOS	120
LA IGLESIA CAE VÍCTIMA DE LA ORGANIZACIÓN	121
LUGAR DE LA ORGANIZACIÓN DURANTE LA REFORMA	124
ORGANIZACIÓN DESPUÉS DE LA REFORMA	125
ESTADO ACTUAL DE LA ORGANIZACIÓN	126
LA PARTE ‘RELIGIOSA’ DEL SISTEMA	128
¿QUÉ ES EL SISTEMA RELIGIOSO EN NUESTROS DÍAS?	131
ORGANIZACIÓN ROMANA	134
TRIUNFO DEL PAGANISMO SOBRE LA IGLESIA:	134
ESTRUCTURA DE LA IGLESIA:	135
‘CONVERSIÓN’ DE CONSTANTINO AL CRISTIANISMO:	135
PAGANIZACIÓN DEL ORDEN DE LA IGLESIA:	135
¿QUO VADÍS?	136
UNA PRUEBA	138
CAPITULO 9	140

NUESTRA RELACIÓN	140
CON CRISTIANOS INDIVIDUALES.....	140
NUESTRA MENTALIDAD PRESENTE.....	142
LAS DOS MENTALIDADES EN CONTRAPOSICIÓN.....	143
¿CUÁL HA DE SER NUESTRA ACTITUD?.....	146
CAPITULO 10.....	151
EL SISTEMA DEL MUNDO	151
1. LOS PRIMEROS AÑOS DE CRISTIANISMO.	152
2. PRIMER VIAJE.	152
3. SEGUNDO VIAJE.....	153
4. TERCER VIAJE.....	153
5. MÁS ADELANTE.	153
NUESTRA ACTITUD HACIA LA MUNDANALIDAD.....	154
QUE ÉSTA SEA NUESTRA NORMA.....	156
NUESTRA ACTITUD HACIA EL SISTEMA MUNDANO QUE PERSIGUE	157
PABLO DECLARA SU ACTITUD HACIA UN IMPERIO QUE LO PERSEGUÍA.....	159
PARTE TERCERA	163
CAPITULO 11	165
LA NORMA DEL OBRERO	165
CAPITULO 12.....	181
PÉRDIDA DE LA OBRA	181
LUTERO Y ZUINGLIO.....	184
MÁS DE LO MISMO	188
DARBY Y NEWTON	190
SE NECESITA: UNA NUEVA GENERACIÓN DE OBREROS.....	193
CAPITULO 13.....	203
CONDUCTA DEL OBRERO:.....	203
UN EJEMPLO.....	203
TRES EPÍSTOLAS INTRODUCTORIAS.....	204
DOS EPÍSTOLAS MUY PERSONALES	205
TRES EPÍSTOLAS ESCRITAS A JÓVENES APÓSTOLES.....	205
LAS CINCO EPÍSTOLAS DE TIEMPOS DE CRISIS.....	205
ENTRANDO EN UNA NUEVA CIUDAD.....	207
CAPITULO 14.....	216
¿HAY JUSTIFICACIÓN BÍBLICA PARA	216
RESPONDER A LAS ACUSACIONES?	216
CAPITULO 15.....	227
EL AGUIJÓN.....	227
HISTORIA DEL AGUIJÓN.....	228
RESULTADOS DEL AGUIJÓN	237
¿LA MISIÓN DE USTEDES?.....	240
CAPITULO 16.....	243
¿QUÉ LES SUCEDE A LOS HOMBRES QUE VIVEN POR MEDIO DE LA VIDA DIVINA?.....	243
DOS HOMBRES QUE VIVIERON MEDIANTE LA VIDA DIVINA.....	247
UNA RESEÑA	256
OTRO HOMBRE QUE VIVIÓ POR MEDIO DE LA VIDA DIVINA.....	256

Gene Edwards es un ministro bautista del sur, retirado, que sirvió en calidad de pastor y evangelista antes de entrar de lleno en el ministerio de vida cristiana más profunda, que tuvo por veinticinco años. Ahora su pluma interpreta algunas de las mas profundas verdades de la fe cristiana en los términos más sencillos.

El autor Edwards obtuvo su licenciatura en literatura inglesa y en historia en la Universidad Estatal del Este de Texas, y su maestría en teología en el Seminario Teológico Bautista *Southwestern*. Al presente él y su esposa, Helen, residen en la Nueva Inglaterra.

Si usted está interesado en saber más acerca de la vida

cristiana más profunda,

Escríbanos a:

Cells Christian Ministry
3027 N. Clybourn
Chicago, Illinois 60618
EE.UU. De América